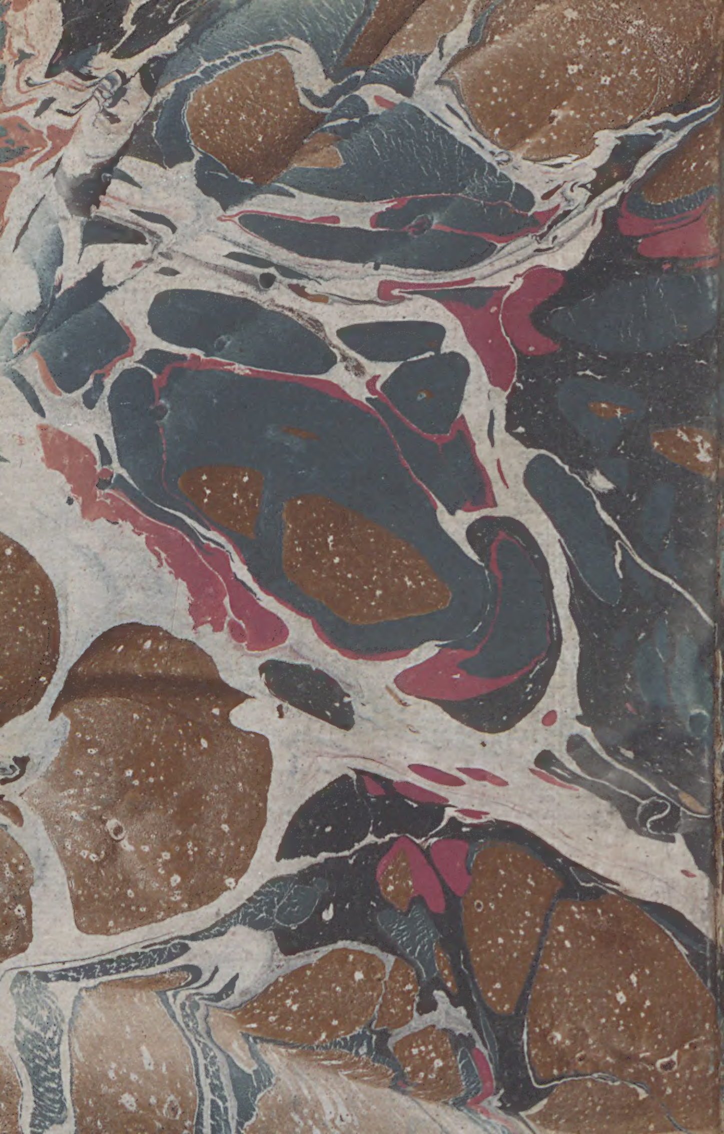






278-217

Historia Universal

DEL

Conde de Segur.

TOMO VI.

Rb 278
217

HISTORIA
Universal.

HISTORIA ANTIGUA

Por el Conde de Segur,

de la Academia Francesa, Par de Francia:

traducida al español

Por D. Alberto Lista,

con correcciones, notas y adiciones.

TOMO VI.

BIBLIOTECA PROVINCIAL Y DE LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA.

MADRID: Octubre, 1830:

Oficina de D. J. Palacios,

calle del Factor, núm. 4.

HISTORIA ROMANA.

CAPITULO X.

Cuadro de Roma desde su fundacion hasta el imperio de Augusto.

Espiritu público de los romanos. Religion. Costumbres. Trages. Comidas. Legislacion. Gobierno civil. Gobierno militar. Artes. Ciencias. Espectáculos.

Espiritu *público de los romanos*. La historia de la mayor parte de los pueblos no es mas que la de algunos hombres que los han gobernado. Su grandeza pasagera, su pronta decadencia, solo se esplican por la casualidad de tener mayor

ó menor número de grandes príncipes ó reyes medianos. Basta la narracion de los hechos para pintar estos gobiernos sin mácsimas, estas naciones sin carácter propio, estos pueblos sin fisonomía ni color. Otros merecen que se observen sus leyes é instituciones, no como monumentos durables, sino como ensayos hechos por el espíritu humano para organizar el cuerpo social. Hay mil modos de combinar las instituciones y arreglar las formas del gobierno: se pueden escribir una infinidad de leyes, mas ó menos justas, prudentes ó defectuosas; pero tan poco sólidas como el papel ó la tabla en que se graben. Solo pertenece al genio fijar principios en las almas, crear las costumbres, y trasformar en sentimiento, y aun en pasion, las mácsimas de una legislacion que ha de atravesar los siglos. Taut ó Nermes en Egipto, Licurgo al pie del Taigeto, y los primeros legisladores de Roma han merecido una gloria tan rara. Sus palabras eran semillas que arraigaban en los corazones; y muchos tiempos despues que sus cadáveres yacian en la tumba, su voz y su espíritu gobernaba á los pueblos. No es pues esa multitud de leyes é instituciones muchas veces contradictorias, y siempre hijas de

las circunstancias, lo que conviene estudiar; sino un pequeño número de principios fecundos, fruto de la meditacion de los hombres de genio, y que han sido los que han creado hombres grandes y grandes naciones. «El caracter de un romano, dice Bossuet, era el amor de la libertad, que quiere que se obedezca á las leyes y no á los hombres; que une todos los intereses privados al bien comun, y que mira la patria, no como una idea abstracta y fugitiva, sino como una madre benéfica, poderosa, querida y respetada.»

El gobierno no era entre los romanos el negocio de pocos hombres y el gravámen de todos: era la república. Todos tenian en él igual interes, y una parte mas ó menos activa. El ciudadano, sometido á leyes que no tenian fuerza sino por su consentimiento, las obedecia como pensamiento suyo, y las ejecutaba como actos de su voluntad. El nombre de romano era superior á todos los demas afectos, y le dictaba todos sus deberes. Honrar á Roma era respetarlo: ofenderla, injuriarle personalmente. La república romana era su primera familia, la que tenia en casa la segunda. Asi, la ley en este pueblo prodigioso se mostró

muchas veces mas fuerte que la naturaleza, y Bruto sacrificó sin vacilar la vida de sus hijos á la salvacion de su madre la patria. El ciudadano, animado de estos sentimientos, peleaba mas bien por la gloria pública que por la suya propia: tenia por mas honroso salvar á un romano que matar á un enemigo, y la corona cívica fue durante muchos años la primera de las recompensas.

Religion. En Roma todo inspiraba á los ciudadanos un respeto, no solo humano, sino tambien religioso. Era aquella la ciudad sagrada, fundada por un hijo de Marte. Júpiter preferia la mansion del capitolio á todas las demas: los dioses prometian á los romanos el imperio del mundo: por sus órdenes dictó la ninfa Egeria sus leyes á Numa Pompilio: Hebe y el dios Término, habiendo rehusado, segun las fábulas de aquellos tiempos, salir del capitolio, les aseguraban una juventud eterna y límites inviolables. El fuego de la independencia les parecia tan sagrado y divino como el de Vesta. El doble lazo de las instituciones y del culto unia á todos como si fuesen un pueblo de hermanos que marchaba bajo la direccion de los dioses. Nada emprendian sin consultar su voluntad,

anunciada por el rayo, los vientos y el vuelo de los pájaros, é interpretada por los augures despues de ecsaminadas las entrañas de las víctimas. Mas para agradar á los dioses era menester ser virtuosos, justos, sóbrios, intrépidos, y no tener mas pasion que el amor de la patria. Estas mácsimas graves y sencillas, que pertenecian á un mismo tiempo al órden político y al religioso, recibidas por cada romano con la leche del seno maternal, dieron á este pueblo durante muchos siglos una maravillosa conformidad de opiniones y sentimientos, una regla invariable de conducta, una práctica constante de valor, de virtudes cívicas, y de costumbres, mas difíciles de trastornar que las leyes. Hasta el fin de la segunda guerra púnica conservaron las costumbres toda su pureza y vigor. Si se ecsamina en este largo intervalo los usos de la vida privada de los romanos, se observará el carácter particular que consagraba á la patria todos los individuos del estado, y hacia preferir la felicidad pública á la doméstica.

Costumbres. Entrando en una casa particular, se veía en ella la sencillez, la modestia, la frugalidad; y hasta la pobreza era tenida en honor. El dictador

Cincinnato, dejados los haces, volvia á tomar el gorro de lana y á dirigir el arado; y el cónsul Curio Dentato comia en presencia de los samnites habas mal guisadas en una cazuela de barro. No se respetaba en los magistrados sino la autoridad de su empleo. Cuando salian de él eran iguales á los demas ciudadanos; pero paseándose por la ciudad, se admiraba la riqueza de lós templos, la belleza de los monumentos, el aparato augusto de las ceremonias religiosas, y el esplendor de los triunfos. El romano, labrador, gañan y soldado, se gloriaba de despreciar el oro y los placeres, como despreciaba la muerte. No queria riquezas sino para la república, ni lujo sino para Roma. Desde muy temprano se levantaban del duro lecho en que habian descansado sus miembros vigorosos: iban á los templos á invocar á los dioses en favor de la república: visitaban á los magistrados, se reunian en el foro, asistian á los juicios, daban su voto en las elecciones, y volvian á sus casas á tomar una ligera refaccion. Despues se reunian jóvenes y ancianos en el campo Marcio, ejercitaban el vigor y la destreza en la carrera á pie ó á caballo, en la lucha, en el pugilato y en el manejo de las armas. Cu-

biertos de polvo y sudor, se bañaban en el Tiber, y volvian á sus casas á cenar con sus familias, y á gozar de la felicidad doméstica al lado de sus esposas, que no les eran inferiores en virtudes. Caseras, activas y laboriosas, igualaban á sus maridos en piedad, en denuedo y en amor á la patria. No tenian mas placer que sus deberes: sus ornamentos, sus joyas mas preciosas eran sus hijos: su gloria consistia en hacerlos dignos, con una educacion severa, de sus padres y de la república.

Trages. Los vestidos de los romanos eran sencillos como sus costumbres. Al principio se cubrian, como todos los pueblos selváticos, con las pieles de los animales domésticos ó muertos en la caza. Despues se vistieron con una túnica de lana, estrechada por medio de un cinto. La túnica de los hombres no tenia mangas: en tiempo de paz se ponian sobre ella otro vestido llamado *toga*, y en la guerra un manto pequeño como el de los griegos, que se aseguraba en el hombro izquierdo, y dejaba libre y descubierto el brazo derecho. La toga de los senadores y caballeros tenia los estremos de púrpura, y se llamaba *pretexta*. Se usaba en los banquetes un vestido particular, lla-

mado *sintesis*. Las matronas, cuando asistian á alguna ceremonia, llevaban sobre el vestido una ropa que arrastraba, llamada *estola*. Los vestidos de los ricos eran blancos, los de los pobres, pardos, y los de luto, negros. El calzado de los romanos era una sandalia asegurada con cordones. Los primeros progresos del lujo se dirigieron á hacer ricas armaduras, y á cubrir los caballos con jaeces magníficos. En mucho tiempo no se sirvieron del lino, á no ser en las velas de los navíos, y se censuró la afeminacion de los primeros que le emplearon en fabricar telas mas finas. La templanza y sencillez de los romanos resistió por mucho tiempo á las riquezas que introdujeron las conquistas. Muchos varones ilustres, como Fabio y Paulo Emilio, se gloriaban de ser pobres, cuando Marcelo y Mummio llenaban el erario y los templos con los ricos despojos de Siracusa y de Corinto. En fin, el oro, mas penetrante que el hierro, minó los cimientos de la república, y corrompió las costumbres. Perdída la pureza de estas, descaecieron las leyes, y la ambicion y la codicia desterraron la justicia y aniquilaron la libertad.

Comidas. Los usos mudaron como los principios: los particulares llegaron á ser

mas opulentos que la república. Los romanos, que antes se sentaban á comer sóbriamente en bancos de madera, se recostaron despues en lechos suntuosos y resplandecientes de púrpura, marfil y oro. Sus mesas de una madera esquisita, embutidas de oro ó de plata y piedras preciosas, se cubrieron con quince ó veinte entradas. Un lado de la mesa quedaba vacío para que los esclavos, que eran numerosos, pudiesen colocar los platos y las copas, renovadas con mucha frecuencia. La hora de la comida no se consagró ya á las puras efusiones de la amistad, á la ternura virtuosa, á las nobles conversaciones sobre los intereses de la república, á las lecciones graves y útiles que se daban á la juventud: durante el banquete acudian bufones, bailarines, músicos y pantomimos, y estaban encargados de alegrar la conversacion algunos frívolos y despreciables convidados que pagaban su admision con adulaciones y bajas complacencias. Estos parásitos se llamaban *sombras*, y en efecto no merecian la denominacion de hombres. En vano se promulgaron muchas leyes para reprimir el lujo de las mesas: en vano se mandó á los ciudadanos someterse á la censura del pueblo, comiendo en el vestíbulo de sus

casas: perdidas las costumbres, el lujo se burló de las leyes. No tardaron en verse túnicas de lino, oro y plata, con bandas de púrpura. Las plazas resonaban con el estruendo de las carrozas elegantes en que iban hombres afeminados y mugeres corrompidas. Las calles se llenaban de esclavos que seguian las literas magníficas en que iban recostados sus dueños indolentes. Las casas de los particulares eran mas ricas y espaciosas que los palacios de los reyes. Se añadieron galerías muy largas, llamadas *miliares*, para pasearse al abrigo del sol. La frescura de las aguas del Tiber atemorizó á la juventud romana, y se construyeron hermosos edificios, en que el agua caliente mezclada con la fria formaba baños voluptuosos. Los poetas venian allí á recitar sus versos; y para conservar un débil vestigio de la igualdad antigua, los grandes, y aun los emperadores, conversaban muchas veces en estos baños con los simples particulares. Los placeres y ocupaciones no eran ya las mismas. Se preferia el reposo á los peligros, el deleite á la fatiga, los juegos y los espectáculos á los ejercicios del campo de Marte. Ya no era el primer cuidado de un ciudadano romano al rayar el dia adorar á los dioses en su

templo, sino á los grandes y al príncipe en sus casas y palacios.

Legislacion. A medida de la corrupcion se multiplicaron inútilmente las leyes, cuya necesidad demostraba el desorden universal. En tiempo de la espulsion de los Tarquinos las leyes se reducian á algunas ordenanzas y reglamentos. El espíritu republicano, que quiere el menos gobierno posible, y admite solo las trabas indispensables, contuvo la nacion con la austeridad de las costumbres, la escitó por el amor de la patria, y arregló los intereses privados mediante el poder paternal que nunca es muy peligroso por grande que sea. Así durante muchos siglos, los padres tuvieron en Roma derecho de vida y muerte sobre sus hijos; y no se cita ningun caso en que hayan abusado de esta autoridad. El verdadero espíritu de un pueblo virtuoso es el espíritu de familia, que suaviza el yugo y hace ligeras las cadenas. Hasta los amos trataban á los esclavos como individuos de casa. Y asi, aunque en la antigüedad eran muy pocas las personas libres en comparacion de los siervos, Roma gobernó pacificamente el gran número de estos que la guerra habia acumulado en su recinto; y no fueron peligro-

sos hasta que se pervirtieron las costumbres. Montesquieu observaba con razon que «los hombres se acostumbran á todo, hasta á ser esclavos, con tal que el amo no sea mas cruel que la misma esclavitud.» Cada familia tenia por juez de sus intereses privados al padre de ella. Los intereses locales de cada ciudad estaban confiados á sus magistrados propios. Roma, pues, no necesitó de leyes en mucho tiempo para arreglar los intereses generales de la república, que era la gran familia. Sin embargo, esta legislacion, tan sencilla como fuerte, prometia mas grandeza al estado que felicidad á los ciudadanos, y contenia desde sus mismos principios un germen de ruina.

Gobierno civil. Los reyes se habian mostrado muy favorables á la libertad, sometiendo los decretos principales del senado y las grandes cuestiones políticas á la aprobacion del pueblo: y al mismo tiempo le habian humillado, creando un órden de patricios, revestido esclusivamente del derecho de ocupar las magistraturas, de ascender á las dignidades civiles y militares, de juzgar á los ciudadanos y de interpretar las leyes. A la verdad, procuraron impedir los in-

convenientes de este repartimiento desigual de los derechos civiles y políticos: pero el patronage no fue mas que un paliativo, y bajo cierto aspecto aumentó el mal. Los patronos, enriquecidos por la guerra, y herederos en muchos casos de sus clientes, vendieron su proteccion en lugar de darla, y no pocas veces oprimieron á los que debian proteger. Prestaron á usura á los pobres, prendieron á sus deudores, y tal vez los redujeron á esclavitud. Esta division del pueblo romano en patricios orgullosos y ricos, y en plebe envidiosa y oprimida, hizo degenerar en discordia la rivalidad de las clases, y fue el motivo de las contínuas turbulencias que agitaron tan frecuentemente la república. Es verdad que estas disensiones aumentaron su poder, y que Roma fue belicosa porque no estaba tranquila: pues el senado se veia siempre obligado á hacer la guerra, para ocupar las facciones fuera de casa. Pero en vano esperaba mantener largo tiempo el equilibrio entre los grandes, que tenian toda la autoridad, y les plebeyos sin cuyos votos no se podian obtener las magistraturas: entre los senadores, que gozaban esclusivamente la gloria de las armas, y les ciudadanos

altivos y numerosos que constituian la fuerza de los ejércitos: la envidia hizo nacer el odio, y el odio las facciones. El pueblo en los principios quiso reprimir la usura: despues pidió parte en la gloria como la tenia en los sacrificios, y ecsigió que fuesen admitidos los plebeyos á todas las magistraturas. Cansado de que se le juzgase por leyes que no conocia, y que los cónsules esplicaban á su arbitrio, pidió una legislacion escrita, y nombró decenviros para redactarla. El senado, despues de haber defendido palmo á palmo sus privilegios, se vió obligado á ceder en todos los puntos, y á repartir con el pueblo la autoridad: pero estos sacrificios arrancados por el temor, debilitaron el poder sin estinguir el odio, y el desorden producido por estas disensiones se comunicó á las leyes. El senado, las centurias, las tribus, los dictadores, los cónsules y los tribunos fueron alternativamente legisladores; y dejándose llevar del espíritu de partido, hicieron unos y otros nuevas leyes, interpretaron las antiguas, las variaron segun las circunstancias, y el código se convirtió en un caos. Para penetrar en él, se creó la jurisprudencia: pero los que la profesaban eran en

corto número, y escepto Varron, ninguno consiguió grande aprecio. Aquel pueblo turbulento y guerrero no tributaba honor al saber: las facciones preferian el artificio, la fuerza y la ambicion, á una erudicion formularia que espantaba á los perezosos y encadenaba las pasiones. La insuficiencia y dificultad de esta profesion se aumentó á proporcion que la república. Cada ciudad de Italia se gobernaba por sus magistrados, conservaba sus costumbres y seguia sus reglamentos particulares. Una política antigua y prudente, que fue la principal causa del engrandecimiento de Roma, dejaba á los pueblos conquistados en Africa, España, las Galias, Grecia y Asia, las leyes que una larga costumbre les hacia amar. Asi la legislacion de la república romana, lejos de ser uniforme, ofrecia tantas variedades y anomalías como pueblos y ciudades le estaban sometidos.

Gobierno militar. Los generales, pretores y procónsules llevaron este desórden á lo sumo, sustituyendo con frecuencia su voluntad á la ley, y la fuerza á la justicia, disponiendo á su placer de las propiedades particulares para enriquecer sus soldados. Estos no conocian

mas patria que su campamento, mas gefes que su general, mas leyes que la fuerza, mas jueces que la victoria. Las costumbres estaban pervertidas por el lujo y las conquistas: no se respetaba ni aun el derecho de propiedad, principio conservador del órden social. Observando esta corrupcion moral y esta legislacion incierta, se entiende por qué motivo los fieros dominadores del mundo renunciaron á una libertad tan tempestuosa, la cual no se fundaba en las leyes, sino en el poder de la oligarquía militar. La caida de la república fue á los ojos de todos una revolucion feliz: porque en lugar de muchos tiranos armados unos contra otros, no quedaba mas que un señor. El amor del descanso, que generalmente es un sentimiento poco activo, llegó á ser entonces la necesidad y la pasion universal. El valor, el genio, la fortuna de los generales, la disciplina admirable de los ejércitos, fueron al principio las causas del engrandecimiento de la república, y durante muchos siglos sostuvieron el espíritu belicoso que caracterizó á los romanos. Sus virtudes hacian perdonar su poder: sus costumbres daban seguridad á los paises que sometian: fundaban en

ellos el órden, la paz y la justicia: y los pueblos se creian mas bien protegidos que vencidos, mas bien libertados que conquistados. Pero cuando los generales, independientes ya del senado y del pueblo, triunfaron de las leyes como habian triunfado del mundo, la república desapareció, y la guerra destruyó el edificio levantado por ella misma. Esta esperiencia fue útil á los emperadores: porque temerosos de dar á sus generales demasiada gloria y poder, no combatieron sino para rechazar á los bárbaros, y evitaron las guerras con tanto cuidado cuanto habia sido el de la república para promoverlas. Sin embargo, la fuerza militar, que se burla de todas las combinaciones de la prudencia y la política, engañó la sábia prevision de los príncipes. Los ejércitos, destinados á sostener el trono, conocieron su fuerza, y lo derribaron: dieron el cetro como habian dado el triunvirato: dividieron el imperio con sus disensiones como habian destrozado la república: acabaron de destruir con sus querellas sangrientas lo poco que aun restaba de espíritu público: abrieron las fronteras á los bárbaros, cuya inundacion echó por tierra el coloso romano, que tantos siglos ha-

bia gravitado sobre el mundo. Condillac dice, no sin fundamento, que los romanos no conocieron nunca la verdadera libertad: la suya estaba fundada en las costumbres, que duran poco cuando no estan apoyadas en instituciones bien firmes, como son las leyes votadas por los ciudadanos, y un poder que conserva la balanza entre la aristocracia y la plebe. Los antiguos no conocieron este sistema de equilibrio: la esclavitud era entonces la suerte de la mayor parte del género humano. Una multitud tumultuosa, reunida en el foro de Roma, decidia el destino de las provincias: y aun en la misma capital la administracion de justicia fue siempre arbitraria. Todo dependia del capricho de una faccion en los principios de la república, y en los fines, de la espada de un general. Las costumbres y el amor de la patria suplieron la falta de buenas instituciones en los tiempos felices. La gloria y la altivez de los romanos equivalieron á muchas virtudes. Celosos de su dignidad, conservaron por muchos años el derecho de no estar sometidos á mas pena que la prision ó el destierro. La vida de un romano era sagrada: el respeto al nombre de ciudadano conservó largo

tiempo la independencia, que solo se perdió en la ruina de los Gracos y en las proscripciones de Mario y Sila.

Artes. Un pueblo que solo honraba el arado y las armas, y que despreciaba el comercio, no podia hacer grandes adelantamientos en las artes y ciencias. La filosofia, cuyo único objeto es mantener la tranquilidad de espiritu, é impedir el desórden de las pasiones, agradaba poco á una nacion idólatra de la gloria. Los sueños pacíficos de Platon eran vanas puerilidades para aquellos hombres altivos y feroces que soñaban la conquista del universo. El único arte en que brillaron al principio los romanos fue el de la elocuencia, no la que nace y se fortifica con el estudio, sino la de las pasiones, inspirada por la naturaleza al hombre de genio que quiere dirigir á su arbitrio las olas de un pueblo alborotado.

Ciencias. Hasta el tiempo de la tercer guerra púnica no logró penetrar en Roma la filosofía: y si entró, fue acompañada del lujo, su mortal enemigo: el antidoto llegó con el veneno. Cuando los ejércitos romanos conquistaron la Grecia, los filósofos griegos emprendieron la conquista de Roma. Paulo Emi-

lio, vencedor de Perseo, trajo de Atenas á Metrodoro, y le encargó la educacion de sus hijos. Á este siguieron otros muchos filósofos y retóricos. Carneades, académico: Diógenes, estóico, y Critolao, peripatético, fueron embajadores de Atenas en Roma. Las costumbres romanas se resistian aun á la difusion de las luces: Caton el censor hizo que se despidiese con prontitud la embajada, y despues que se desterrasen todos los filósofos y sabios. Su rústica virtud los creia envenenadores públicos. En vano la ignorancia se opuso á los progresos del espíritu humano: á la verdad los retardó por algun tiempo: pero mientras mas se civilizaba el mundo, mas se conocia la necesidad de la instruccion: y á pesar de todos los obstáculos que el hábito y la antigua preocupacion oponian á las luces, se propagaron en esta nacion guerrera las ciencias, las letras y las artes. El segundo Escipion abandonaba los laureles y la gloria para entregarse á las doctas conversaciones de Panecio y Polibio. Terencio presentó en la escena de Roma obras maestras tan correctas como las de Menandro. El mismo Sila, á pesar de su crueldad, no fue insensible á las bellezas de las musas de

Grecia. César, antes de ser conquistador, escribió como filósofo, y cogió las palmas de la elocuencia. Ciceron aclimató en su patria la oratoria y la filosofía. Los amigos austeros de las costumbres antiguas, viendo que era imposible desterrar á los filósofos, se unieron á la secta estóica, mas conforme á su carácter por el rigor de los principios, y mas propia para conservar en su fuerza las virtudes republicanas. Por el contrario, los hombres voluptuosos y entregados á la ambicion, adoptaron la doctrina de Epicuro, mas favorable á las pasiones, porque disipaba el temor de la vida futura. César profesó públicamente en el senado la opinion de los epicúreos contra la inmortalidad del alma. Este sistema relajado aceleró la ruina de las costumbres, de la religion y de las leyes. La virtud es la argamasa de las instituciones: todo lo que debilita su fuerza, disuelve y arruina los estados. El idioma griego, que enriquecia el espíritu con ideas y sentimientos desconocidos hasta entonces, y con ficciones halagüeñas, fue tan bien admitido en Roma, que llegó á preferirse á la lengua patria. En las escuelas se enseñaba á componer discursos en griego, los cuales se traducian

despues al latin para arengar al pueblo. Ciceron, alimentado en los escritos de Demóstenes, Platon, Sófocles y Eurípides, é instruido en la filosofía por los libros y conversaciones de los sabios mas célebres de todas las sectas, ostentó en sus discursos y escritos una razon madura, adornada con todas las gracias del ingenio. Hay en sus obras tanta profundidad como esplendor, tanta sabiduría como elegancia: se admira en ellas la gravedad romana embellecida por la imaginacion griega. Los sentimientos republicanos y las virtudes de este grande orador le inspiraban respeto á las doctrinas del pórtico: su amor á la tranquilidad le inclinaba á las opiniones de Epicuro: la moderacion de su carácter le hizo preferir la duda al dogma, y adoptó el sistema de la academia.

La poesía, que precede ordinariamente á la filosofía, no entró en Roma sino despues de ella: y es muy de notar que los poetas, creadores en otras partes de los dioses y del Olimpo, fueron los primeros que impugnaron en Roma la idolatría. Se presentaron cuando las letras y las artes no hacian mas que adornar un edificio ruinoso. En estas épocas se raciocina y no se siente, y el culto es

tan poco respetado como las leyes. Eunio se burlaba de los augures y de la credulidad popular. Lucrecio profesó la contagiosa doctrina de Epicuro, y el mismo Virgilio no hizo bajar al averno al hijo de Anquises, sino para contar á los romanos el origen celeste y la gloria de la familia de César. Horacio fue poeta y filósofo. Severo en sus poesías satíricas contra la avaricia y la ambicion, ninguno se ha mostrado mas indulgente para los placeres y la molicie, que no cesaba de predicar. Enriqueció mas que ningun otro poeta la lengua latina con imágenes, giros y espresiones estrangeras ó nuevas. Nadie ha hecho hablar con mas elegancia á la razon, al deleite y á la lisonja.

Espectáculos. Mientras el pueblo fue soberano en Roma, se le adulaba y divertia para obtener su favor: cuando tuvo un dueño, fue necesario alimentar su pasion á los espectáculos y juegos para que no se acordase de lo que habia sido en los principios. Aquel pueblo altivo, belicoso y cruel no conoció mas fiestas que los triunfos, ni mas diversiones que los combates, y se complacia en ver degollarse mútuamente á los prisioneros de guerra. Para satisfacer su sed de san-

gre humana, muchos hombres intrépidos, pero viles, tomaron la profesion de gladiadores. Por un pequeño salario arrostraban la muerte todos los dias; y cubiertos de heridas, no dejaban el combate sino cuando la piedad, muchas veces tardia, de los espectadores les daba permiso para ello. Las matronas asistian á estos espectáculos sangrientos, aplaudian á los vencedores, y algunas veces mandaban á los vencidos que muriesen. La pasion del pueblo á estos juegos inhumanos no disminuyó aun cuando se suavizaron las costumbres; y Roma, despues de perdido su valor, conservaba todavía la ferocidad. El lujo multiplicó estos espectáculos y aumentó su pompa: en desprecio de las leyes se vieron combatir entre las filas de los gladiadores á individuos del senado, á caballeros y hasta matronas. Este desórden vergonzoso se aumentó bajo los emperadores, cuyo despotismo confundió todas las clases y desdeñó toda decencia. Calígula hizo combatir en el circo á cuarenta senadores y doscientos caballeros. Algunas veces los combatientes eran leones, elefantes, tigres y osos, á cuyo furor se entregaban víctimas humanas. Sila, siendo pretor, dió al pueblo el hor-

rible espectáculo de cien leones combatiendo contra cien hombres. En medio de aquella ciudad, siempre agitada por pasiones violentas, siempre dividida en facciones, los primeros juegos de la poesía fueron tambien combates: y para satisfacer la animosidad de los partidos, los primeros poetas se sirvieron del puñal del epigrama, y del látigo de la sátira. Este uso sobrevivió á la república. El pueblo, menos flecsible que los grandes, conservó por mucho tiempo algunos vestigios de su orgullo é independencia: y cuando los senadores y caballeros, humillados ante un señor, hablaban el lenguage de la lisonja, algunos plebeyos atrevidos, siguiendo la antigua costumbre, fijaban en una estátua del Tíber pasquines satíricos, en los que se denigraba sin miramiento á los mas altos personages, y á veces al mismo emperador. Desde que el lujo invadió la república, los grandes, deseando que el pueblo les perdonase su inmenso caudal, gastaron la mayor parte de él en fiestas suntuosas y en juegos magníficos. Livio Andrónico sustituyó á las groseras farsas de los tiempos antiguos, piezas mas regulares: pero los progresos del arte dramático fueron mas lentos en

Roma que en Grecia, porque sus jueces no eran tan ilustrados. La sal de Plauto era mas fuerte que delicada, y hasta el tiempo de Escipion no se vieron en el teatro obras como las de Terencio, que manifestaban la perfeccion del gusto.

Los grandes talentos literarios parecieron siempre en Roma árboles exóticos y trasplantados: y asi fueron brillantes, pero pocos. Horacio, Virgilio, Ovidio, Tíbulo y Cátulo no dejaron á sus sucesores ninguna esperanza de igualarlos. Plauto y Terencio no tuvieron en la escena herederos célebres: y la tragedia, que se podia creer mas conforme al carácter grave de los romanos, no se elevó en la república sino al grado de la medianía. El pueblo romano, apreciador grosero del mérito literario, preferia las pantomimas á los dramas, las acciones á las palabras, las luchas sangrientas de los gladiadores y de los osos á los certámenes del ingenio. La representacion de tres tragedias de Sófocles habia costado mas dinero á los atenienses que la guerra del Peloponeso. Roma, muy superior á Atenas en poder y en riquezas, empleó mas profusion en sus gastos para los espectáculos de un género diferente. La emulacion de los candidatos, que deseaban

captar los sufragios del pueblo, hacia que se arruinasen á competencia. Construian teatros capaces de 80.000 personas, y prodigaban todas las riquezas de la arquitectura, pintura y escultura para adornar estos edificios, que solo debian durar algunos dias. Las artes fueron por mucho tiempo tan estrangeras en Roma como las letras: los romanos al conquistar la Grecia, se apropiaron sus obras maestras, y no crearon ninguna. Marcelo fue el primero que enriqueció los templos de Roma con vasos, estátuas y cuadros cogidos en Siracusa. Fabio se mostró poco tiempo despues mas obediente á las antiguas costumbres, y habiendo tomado á Tarento, solo trajo á Roma de esta ciudad una estátua colosal de Hércules. Múmmio, destructor de Corinto, llenó la Italia de las obras preciosas hechas por los artistas mas célebres de Grecia: pero Roma las miró como trofeos que lisonjeaban su orgullo, no como modelos que escitasen su genio. Los grandes que se disputaban la autoridad, emplearon las artes en embellecer los sitios donde se reunia el pueblo, instrumento de su fortuna: le hartaban de fiestas para que les diese poder. Los emperadores alimentaron cuidadosamente la pasion de los romanos á los

placeres para mantener al *pueblo rey* en una esclavitud tranquila, y en una infancia perpétua. En fin, estos antiguos señores del mundo perdieron hasta la memoria de su independencia, y llegaron á ser tan voluptuosos, indolentes, afeminados y frívolos, que miraban con igual serenidad los triunfos y los reveses del imperio; y no pedian á sus señores, por precio de su servidumbre, mas que *pan* y los *espectáculos del circo*.

CAPITULO XI.

Augusto.

Gobierno de Augusto. Paz con los partos. Muerte de Agripa. Victorias y muerte de Druso. Nacimiento del Salvador. Muerte de Cayo César Agripa. Guerra de Arminio.

Gobierno *de Augusto*. (A. M. 3974. A. J. 30.) La fortuna tiene á veces mas influencia que el genio en el destino de los príncipes y de los pueblos, y los triunfos de los grandes hombres dependen menos de su talento que de las circunstancias. César, el mas hábil de los capitanes, el mas profundo de los estadistas, elocuente orador, y vencedor compasivo, pereció bajo el puñal de los romanos cuando le vieron aspirar al supremo poder. Octavio, soldado tímido, endeble orador, mediano general, casi siempre vencido cuando mandaba él mismo, mas

cruel que Mario y Sila en sus venganzas, sometió á Roma á su yugo, y gozó pacíficamente durante 40 años de un trono fundado sobre la ruina de la república. Las circunstancias no eran las mismas: la corrupcion de los grandes, y el cansancio de las naciones, habian derribado todas las barreras que podian contener al usurpador: no halló ni la altivez que rechaza toda dependencia, ni la fuerza que rompe todas las cadenas: solo tuvo que contentar la vanidad pueril, que se satisfacia con la apariencia de las formas. Triunfó con el artificio mas bien que por el valor; y donde la audacia hubiera sucumbido, se logró la astucia.

Revistió una monarquía militar con todas las formas republicanas: contentó á los grandes con dignidades, al pueblo con repartimientos, y á todo el imperio con el descanso, única felicidad á que aspiraba despues de medio siglo de facciones y guerras civiles. Sin embargo, á pesar de la inclinacion de aquella época á la paz y á la sumision, todavía era menester mucha maña para pasar sin convulsiones de la república á la monarquía. Las tradiciones y los hábitos favorecian la libertad; y la muerte trágica y reciente de César asustaba á Octavio. Se veia

sentado enmedio de los mismos senadores que aplaudieron la accion de Bruto: se hallaba rodeado del mismo pueblo que habia arrancado la corona puesta sobre la cabeza del dictador : contaba en las filas del ejército, su único apoyo, muchos soldados que acababan de combatir por Pompeyo, por Casio y por Antonio, contra César y contra él. Faltábanle pretestos para conservar la autoridad : César estaba vengado : en la batalla de Accio terminó la guerra civil : la muerte de Antonio y Cleopatra habia espiado las injurias hechas á la república : el término del triunvirato habia espirado ya : nada autorizaba la prorogacion de las leyes de circunstancias : nada debia impedir el curso ordinario del antiguo régimen. En esta posicion difícil, Augusto puso el mayor cuidado en disimular su ardiente ambicion. Decidido á reinar, manifestó grande aversion á los negocios y á la dignidad suprema, único objeto de sus pensamientos y acciones. Algunos historiadores han dicho que consultó á sus dos validos Mecenas y Agripa, acerca del partido que deberia adoptar : que Agripa le aconsejó dar oidos á la justicia, restablecer la república, y buscar en la vida privada una gloria pura y una tran-

quilidad que la usurpacion no podia darle; y que Mecénas le aconsejó lo contrario, apoyado en la vasta estension del imperio, en la necesidad de un monarca, en las facciones que renacerian con la república, y en la inseguridad que tendria Octavio despues de tantas proscripciones, si no buscaba en el trono su asilo: y que Octavio, que probablemente estaba resuelto antes de consultar, dió grandes elogios á la franqueza de Agripa, y siguió el consejo de Mecénas.

Determinó pues no conservar el poder violentamente, sino legitimar su autoridad por el consentimiento público, y hacer que el senado y el pueblo le obligasen en cierto modo á gobernarlos. Antes de ejecutar este designio, hizo en el senado una gran reforma, socolor de restituirle su dignidad. Creyó necesario ganar el afecto del pueblo con fiestas y liberalidades, reparar muchas injurias antiguas con beneficios, y asegurar con la estimacion pública el poder que debia á la fuerza. Antonio, despues del asesinato de César, por medio de falsos decretos, que suponia firmados de mano del dictador, llenó el senado de muchos partidarios suyos, hombres sin nacimiento, mérito ni caudal. El pueblo los llamaba

caronitas, para dar á entender que habian sido nombrados por un muerto. Este desórden creció en el triunvirato. Octavio, para separar de aquella corporacion ilustre á todos los que mancillaban su esplendor, propuso la reforma con tantos miramientos y habilidad, que de 400 senadores escluidos por la ley que presentó, mas de 200 hicieron voluntariamente su dimision, y recibieron el premio de su docilidad en títulos honoríficos ó empleos lucrativos. Los demas fueron depuestos. Durante esta negociacion, Augusto llevó siempre un peto debajo de su toga, y no se presentó en las juntas sido rodeado de senadores, cuyo valor y fidelidad tenia esperimentados. Entonces no gobernaba sino con el título de cónsul, y aceptó el de *príncipe del senado*, para conservar la presidencia de este cuerpo. Se le habia conferido el consulado por seis años. Como al mismo tiempo era censor, renovó la ceremonia del lustro, interrumpida durante las guerras civiles: el censo dió 4.163.000 ciudadanos. Augusto restableció con sus liberalidades varias familias senatoriales, embelleció la ciudad con muchos y magnificos monumentos, y entregó á los pretores el depósito del tesoro público, encargado

hasta entonces, no sin imprudencia, á cuestores jóvenes. Pero de todas sus actas, la que escitó en el pueblo mas gratitud y alegria, fue la anulacion de todos los decretos de los triunviros. Esta accion de justicia reprobaba su conducta anterior, borraba lo pasado de la memoria de los hombres, y prometia un porvenir mas venturoso.

En los años 722 y 723 de Roma tuvo Agripa por colega en el consulado. Con el ausilio de este ministro fiel y amigo ilustrado, restableció la tranquilidad en las provincias, la disciplina en el ejército, y la magestad en la curia: se reconcilió con los vencidos: distribuyó empleos, mandos, dignidades y gracias pecuniarias; de modo que solo hubo dos caminos abiertos, el de la sumision, que conducia á los honores y á la fortuna, y el de la resistencia, que condenaba los obstinados amantes de la república á la inaccion y oscuridad. Cuando Augusto juzgó que los ánimos estaban dispuestos al desenlace que meditaba, habiendo concluido uno de sus consulados, se presentó en el senado, y dijo que renunciaba á todos los poderes estraordinarios que se le habian conferido. Cuanto era menos sincera su abdicacion, tanto mas arte

empleó para que se creyese en la pureza de sus intenciones. «Nadie dudará, dijo, de la espontaneidad de este paso: los reyes estrangeros estan unidos á mis intereses: he recibido del ejército las mayores pruebas de afecto y obediencia: el pueblo y las provincias me consideran como la garantía de su tranquilidad, y todos los partidos, como su único lazo: los facciosos y perversos me temen como el solo obstáculo insuperable á sus designios. En esta situacion de cosas, si quisiera conservar el mando, nadie podria disputármelo. Pero es justo restituir á cada uno el ejercicio de sus derechos, al senado su autoridad, al pueblo su independencia, á las leyes su vigor. El sacrificio del poder al bien público me parece mas honorífico que las mayores victorias: para mí la gloria principal de César fue haber renunciado la diadema, y la mia será la abdicacion de la autoridad suprema. No tomé las armas sino para vengar á mi padre: despues, á pesar mio, me he visto obligado á conservar el peso del gobierno para libertar la república de las facciones que la destrozaban. César está vengado, las facciones destruidas, los estrangeros sometidos. Reina el órden en el interior: á precio de mi san-

gre, á peligro de mi vida, he salvado la república y hecho respetar sus armas desde el mar de Etiopía hasta el Támesis, desde el Eufrates hasta las columnas de Hércules: he cerrado el templo de Jano. Ya ¿qué tengo que desear sino el descanso y el retiro? ¿Qué gloria puedo adquirir sino la de ver el estado libre y floreciente gobernarse por sábias leyes, y recobrar sus antiguas costumbres?» A estas palabras añadió prudentes consejos sobre la administracion de la república: recomendó al pueblo la precaucion contra las intrigas y facciones: á los senadores, la moderacion de su orgullo, la reforma de su lujo y de su ambicion, fuentes de ódio y de discordia; y á los procónsules y pretores, que no hiciesen aborrecible el nombre romano con sus escandalosas vejaciones. «Si lo haceis asi, dijo al terminar su discurso, colmaréis mis votos, aseguraréis vuestra gloria y la prosperidad de la patria; pero si despreciais mis consejos, y arrastrados de la ambicion y codicia entregais otra vez la república al funesto azote de las guerras civiles, hareis que me arrepienta de mis sacrificios, y volvereis á caer en el abismo de que os he libertado.»

Los senadores escuchaban á César con

la admiracion que debia escitar su discurso. Los que no estaban en su confidencia, aplaudieron mucho su generosidad; mas se guardaron de apoyar su proposicion. Los que le creian sincero, pero cansados de facciones preferian los favores de la fortuna á las tempestades de la libertad, y el reposo de la monarquía á las convulsiones republicanas, manifestaron el pesar que les causaba la renuncia. El temor impedia á los amantes de la república aceptar el sacrificio de Augusto, y la vergüenza contenia á los que hubieran querido hablar en favor de la servidumbre. En fin, todos se reunieron para suplicarle que abandonase una resolucion tan funesta á la tranquilidad pública. Despues de una resistencia mas larga que animada, Augusto obedeció y se sometió á conservar el supremo poder: sin embargo, socolor de que el peso del gobierno era demasiado grande para él solo, quiso partir con el senado las provincias del imperio. En esta particion escogió para sí los gobiernos mas espuestos á los ataques de los enemigos, y donde habia por consiguiente mayor número de tropas; y asi conservó bajo su dependencia la verdadera fuente del poder, que era el

ejército. El senado tuvo la administracion del Africa, Bética, Grecia, Asia menor, Sicilia, Ponto, Creta y Cerdeña. Augusto se reservó lo demas de España, las Galias, la Siria, la Fenicia y el Egipto. La Italia y Roma parecian gobernarse por las antiguas leyes. Octavio mandaba como monarca bajo el velo de la libertad, porque sabia que todo se puede quitar á los hombres, con tal que se les deje la esperanza. No aceptó mas que por diez años el sacrificio que Roma le hacia de su libertad; y mientras vivió empleando siempre el mismo artificio para producir la misma ilusion, renovó su oferta de abdicacion, y prorogó su autoridad, ya por cinco, ya por diez años. Mesala, á quien el senado encargó espresarle el reconocimiento de los romanos, le dió en nombre de todos el título de *Augusto*, equivalente en cierta manera al de *sagrado*. Prefirióle al de Rómulo, que querian darle, porque este recordaba el trono, odioso siempre al pueblo. Por lo demas, su autoridad no se apoyó en ninguna denominacion nueva: sabia que la muchedumbre no se gobierna sino con palabras, y que los nombres mas antiguos son los mas respetados. El de rey hubiera causado una

revolucion: el de imperator ó emperador estaba ya en uso y no incomodó á nadie. Bajo este título reinó, y el esplendor de la nueva monarquía militar lo hizo bien pronto superior al de rey. Pompeyo habia gozado de una autoridad casi absoluta con esta denominacion. Cuando los generales llegaron á ser soberanos, la espada fue su cetro, el ejército su apoyo: pero este mismo ejército fue el escollo de los emperadores, como el pueblo lo habia sido del senado. La muchedumbre y las tropas son los instrumentos de que se valen los ambiciosos para trastornar las monarquías y las repúblicas: sin embargo, en el reinado de Augusto los títulos civiles de que gozaba, parecian templar el poder militar. Como cónsul, ejecutaba las leyes en Roma: como procónsul, en las provincias: como tribuno, era inviolable: como censor, inspeccionaba las costumbres; y cuando Lépido murió, el sumo pontificado puso en sus manos el poder religioso. Siempre atento á hacer olvidar que era el dueño de la patria, tomó el título de padre; y este nombre, dado á Ciceron cuando salvó la república, se confirió unánimemente á Augusto por haberla destruido. El emperador se apro-

vechaba de todos los yerros cometidos por el gobierno republicano para aumentar su poder. Como Pompeyo y Escipion recibieron del senado la dispensa de edad para ser cónsules, Augusto obtuvo del senado y del pueblo un decreto que le libertaba de la observancia de las leyes; de modo que su administracion, sometida en la apariencia á las reglas republicanas, fue no solo monárquica, sino despótica, y el imperio romano la mezcla monstruosa de la república y de la arbitrariedad. Dióse este decreto el año 725 de Roma, desde el cual empiezan á contar la mayor parte de los historiadores el reinado de Augusto.

Nos admiramos de que un pueblo, acabando de derramar tanta sangre por la libertad (1), cediese tan cobardemente á los caprichos de un hombre; pero la necesidad del reposo, la memoria de lo pasado y la habilidad de Augus-

---

(1) *Nosotros no creemos esto cierto. Desde la muerte de los Gracos acabó la libertad en Roma. Las guerras civiles no tuvieron por objeto la defensa ó caida de la república, sino el hombre que la habia de mandar. La libertad era ya imposible. (N. del T.)*

to, esplican este fenómeno. En otro tiempo habian confiado los romanos á los dictadores el poder absoluto sin dejar de ser libres; y creyeron, viéndose destrozados por las guerras civiles, que podian adoptar sin inconveniente este remedio durante diez años. La política artificiosa del emperador les hacia creer que devolveria la autoridad confiada. Un carácter mas decidido los hubiera desengañado: la aparente modestia y suavidad de Augusto los sedujo, y se durmieron en los brazos de la tiranía soñando en la independencia (1). Esta ilusion puede esplicarse porque la república conservaba todos sus derechos: Augusto habia recibido su autoridad del senado y del pueblo, que podian ó recogerla ó prorogarla. Por otra parte, este príncipe hábil dió siempre á los senadores y á los tribunos gran parte en el ejercicio de la soberanía. Los ediles presidian á los jue-

---

(1) *Todo esto es inesacto. Roma ni queria ya ni esperaba la libertad. Solo habian quedado los débiles restos de un partido que deseaba devorar el mundo bajo la autoridad oligárquica del senado. Este partido, cuyo gefe fue Casio, no merecia el nombre de partido* republicano.(*N. del T.*)

gos, los pretores á los juicios: el pueblo daba su voto en las elecciones y nombraba los colegas del emperador en las diversas facultades que ejercia. Los embajadores de los príncipes estrangeros pedian audiencia al senado. Augusto invitaba á este cuerpo á deliberar sobre todos los negocios de importancia; y si se reservaba la decision de los mas urgentes, los sometia á la discusion de un consejo privado, compuesto de los cónsules y quince senadores.

Mientras mas aumentaba su autoridad, mas la encubria con formas populares y modestas. En lugar de habitar un palacio como Luculo y Pompeyo, se contentaba con una casa mediana, donde en otro tiempo habia vivido Hortensio. No brillaba el lujo en su mesa ni en sus vestidos: en los espectáculos se sentaba en los bancos de los senadores y de los cónsules. Cumplia escrupulosamente los deberes privados de los ciudadanos: asistia á las bodas ó funerales de sus amigos, defendia sus causas, solicitaba á favor de ellos sufragios del pueblo, pronunciaba en público su elogio fúnebre, y pedia al senado las gracias y dignidades que deseaba obtener para los individuos de su familia. Asi, aunque el cuerpo de la re-

pública estaba sin vida, su sombra aterraba todavia al universo con su grandeza magestuosa. Augusto buscaba por colegas en el consulado los hombres mas ilustres de Roma. Daba el gobierno de las provincias á los consulares ó á los senadores mas esclarecidos, satisfaciendo su vanidad con un poder civil muy limitado, un título honorífico, lictores, haces y homenages: pero la verdadera autoridad de las provincias estaba confiada á los lugartenientes militares del emperador. Habia creado en Roma un prefecto que recibia sus órdenes y las ejecutaba; de modo que los magistrados de la república solo poseian la parte ceremonial del gobierno. El pueblo fue mas dificil de engañar que el senado: no se atrevió Augusto á quitarle el derecho de sancionar las leyes, y la plebe no queria que este derecho fuese ilusorio. Mientras el emperador estaba en Roma, dirigia á su arbitrio las elecciones de la muchedumbre; pero en su ausencia hubo tumultos y movimientos sediciosos. Por eso, despues de muerto Augusto, Tiberio transfirió al senado, que se mostraba mas condescendiente, el derecho de eleccion. Los romanos gozaron plenamente del orden y descanso que Augus-

to les dió, ejerciendo moderadamente el poder arbitrario, y haciéndolo amable. Cerrado el templo de Jano, ahogadas las facciones, restituidos los bienes á los proscritos, el vigor á las leyes, la fuerza á los tribunales, la disciplina á los ejércitos, el respeto á la religion, la libertad al comercio, la seguridad á la agricultura y promovidas las letras y las artes, el mundo entero logró una paz y felicidad no conocida hasta entonces. Horacio ha descrito en hermosos versos el cuadro de esta época tranquila, en que los romanos sin temor de las armas estrangeras ni de las guerras civiles veian enfrenada la licencia y la virtud vengada del vicio. El agricultor recogia tranquilo ricas mieses: el buey trazaba sin peligro el pacífico sulco: las provincias no estaban ya entregadas á la insolente avaricia de los pretores ni á la violencia de los feroces soldados.» Lo que prueba mas que el incienso de los poetas, la sabiduría del gobierno de Augusto, es su esterilidad para la historia, á la cual no ofrece ninguno de estos sucesos que brillan en la posteridad á costa de la sangre y del llanto de los contemporáneos.

¡Qué homenages no hubiera merecido Octavio, si hubiese tenido la previ-

sion de poner á sus sucesores los mismos límites que su moderacion le ponia á él mismo! Si declarando hereditario el trono, en lugar de conservar las formas electivas, ya vanas y peligrosas, hubiera cimentado el poder sobre una base mas sólida á la sombra de leyes sábias é instituciones fuertes! En fin, si hubiera preservado la libertad pública de la tiranía del príncipe, como la preservó de las tempestades populares! Pero haciéndose amar por su moderacion, no trabajó sino para sí mismo. La suerte futura de su patria no le mereció un pensamiento; y no supo ó no quiso ver que el poder aislado es tanto mas frágil cuanto mas se eleva, y que no hay solidez donde no hay base. Un príncipe, cuyo título mismo anunciaba que debia el trono á la victoria, no quiso que sus soldados se acostumbrasen á no verle. Partió, pues, para Galia, donde Mesala, su lugarteniente, acababa de sosegar una rebelion. La presencia del emperador acabó de someter este pais á la policía y leyes romanas, que dieron á los galos paz, ilustracion y felicidad, y al mismo tiempo molicie y afeminacion. Asi perdieron el vigor para resistir á los pueblos bárbaros de Germania. En este mis-

mo tiempo quiso hacerse independiente Galo, prefecto del Egipto; pero las circunstancias no eran favorables á un designio de esta especie: el imperio romano estaba pacífico y no queria que se turbase su reposo. Galo, abandonado por las tropas, fue destituido. Un castigo tan suave pareció poco al senado y le desterró; pero Mecénas, amigo constante de las letras, consiguió la restitucion de aquel magistrado infiel, pero buen poeta. Augusto tuvo durante todo su reinado la habilidad de dejar al senado los rigores, y reservar para sí los actos de clemencia y generosidad. Durante su ausencia, Agripa, encargado de embellecer la capital, terminó el soberbio edificio del panteon, que en su recinto semicircular reunia todos los dioses del universo, como Roma bajo sus leyes todos los pueblos del mundo.

Entonces solo brillaba el fuego de la libertad en la parte septentrional de España. Los cántabros y astures, encastillados en sus montañas, tomaron muchas veces las armas para sostener su independencia. Vencidos por Varron y Murena, volvieron á insurreccionarse. Augusto, temeroso de su valor y de su ejemplo, creyó esta guerra tan impor-

tante, que fue á dirigirla por sí mismo. Resistiéronse con valor, y al principio consiguieron victorias: pero al fin hubieron de someterse los de las llanuras; porque los de las sierras permanecieron siempre independientes, aunque tranquilos. Augusto tuvo el honor de terminar la conquista de España, que habia durado doscientos años. Estableció muchas colonias para enfrenar aquellos pueblos belicosos, y fundó la ciudad de Emerita, cuyo territorio fue propiedad y recompensa de sus soldados. Dos jóvenes guerreros se distinguieron entonces en los ejércitos de Augusto. Marcelo, sobrino suyo, era la delicia y la esperanza de Roma por su valor, talento y generosidad, por su amor á la antigua disciplina y por sus virtudes benéficas. Tiberio, hijo de Livia, era estimable por su intrepidez y habilidad militar; pero lleno de ambicion, envidioso, deshonesto, pérfido y cruel. En la edad que los hombres se entregan á la franqueza y á los afectos dulces, se mostraba ceñudo y suspicaz, y no se fiaba de la obediencia sino cuando era esigida por el temor. Aconsejó que se tratase con crueldad á los cántabros vencidos, y cuarenta mil de estos infelices fueron

dispersados en paises lejanos. Roma no previa que Tiberio habia de ser su dueño. Augusto no le amaba; y la única distincion que á instancias de Livia le concedió, fue dispensarle cinco años para que pudiese aspirar á las magistraturas. Las armas romanas victoriosas en todas las fronteras del imperio, no fueron tan felices en Arabia, defendida mas bien por sus arenales abrasados que por sus guerreros. Elio Galo quiso penetrar en ella: su ejército estraviado por guias infieles, errante enmedio de los desiertos, privado de víveres y quemado por el sol, fue casi enteramente destruido, sin haber perdido mas que siete hombres en los combates. Petronio, gobernador de Egipto, no tuvo mejor ésito en una guerra que emprendió contra los etiopes. Candaces, reina de este pais, perdió al principio su capital: pero conservó su valor. Reuniendo sus tropas, obligó á los romanos á retirarse. Su reino, separado del mundo por desiertos, apenas conocia el nombre de los señores de la tierra. Cuando se le propuso para terminar la guerra enviar una embajada al emperador, preguntó dónde residia. Augusto le concedió la paz, y la libertó del tributo que le habia impuesto Petronio.

Poco tiempo despues cayó enfermo y no se esperaba que viviese. Creyéndose él mismo prósimo á la muerte, dió su sello al prudente Agripa, lo que era designarlo por sucesor y preferir la felicidad del imperio al engrandecimiento de su familia. La habilidad de su médico Musa lo salvó: por lo cual los romanos agradecidos le erigieron una estátua junto á la de Esculapio. Marcelo, á pesar de la nobleza de su carácter, no pudo resistir á la ambicion, y llevaba á mal la brillante preferencia que Agripa acababa de obtener. Los talentos y servicios de un ministro tan esperimentado, de un general tantas veces victorioso y de un amigo tan fiel, no le libertaron de la desgracia. Augusto no tuvo fuerza para defenderlo contra su familia; pero deseando dar á su destierro un pretesto honroso, le nombró gobernador de la Siria. Marcelo sobrevivió poco á este triunfo, que probablemente le produjo mas arrepentimiento que gozo. No tenia mas que veinte años cuando murió. El pueblo le lloró porque se le suponia el deseo de restablecer la república. Segado en flor, hizo brillar sus virtudes, y gozó al morir de una gloria que quizá no hubiera conservado viviendo mas tiem-

po. Los versos de Virgilio le inmortalizaron : mas tarde hizo su elogio Séneca; y se dió su nombre por órden del emperador á un teatro magnífico. Los romanos no amaban á Livia : atribuíanla todas sus desgracias, y sospechaban que habia acortado los dias de Marcelo para que Tiberio reinase. Pero Augusto se conciliaba cada vez mas el afecto del pueblo. Su principal medio para ello fue olvidar lo pasado, no proteger ningun partido, y tratar con igual favor á los hombres de mérito, ya hubiesen peleado contra él, ya á favor suyo. Nombró para colega de dos de sus consulados á Pison, republicano ardiente, y á Sextio, fiel amigo de Bruto. Así acabó con las facciones, olvidándolas. El azote de la peste vino entonces á turbar la felicidad de que gozaban los romanos. Este pueblo, estremado siempre en sus amores y en sus odios, creyó que solo podria desarmar la cólera del cielo el hombre que habia dado fin á los desórdenes de la tierra; y volando á recibir el yugo con la misma ansia que otro tiempo defendió su independencia, se reune en tumulto, obliga al senado á dar una ley nombrando á Augusto dictador perpétuo, y se la presenta. El emperador conocia sobradamente

la instabilidad de la muchedumbre para ceder á esta embriaguez momentánea: rehusó el inútil título que se le ofrecia; y como su resistencia aumentase el ardor de la plebe, rompió sus vestiduras, y declaró que preferia la muerte á un poder tiránico, abolido por una ley formal. Solo aceptó la autoridad tribunicia para toda su vida, y el pueblo se retiró admirando su modestia, que solo consistia en preferir el trono á la dictadura.

Paz con los partos. (A. M. 3982. A. J. 22.) Augusto creia que solo la vigilancia del gefe podia impedir los desórdenes de la administracion, y que para asegurarse de la ejecucion de sus órdenes era necesario estar á la vista de los subalternos. Resolvió, pues, visitar muchas provincias del imperio: recorrió la Sicilia y la Grecia: restableció en todas partes el órden y la justicia: se mostró generoso y liberal: dió á los lacedemonios la isla de Citera, y con gran sentimiento de los atenienses volvió á Egina su independencia. Pasó despues al Asia, donde hizo bendecir su nombre, mezclando justamente el rigor y la blandura. Privó á Sidon y Tiro de su libertad, que habia degenerado en licencia; pero seducido por los artificios y

adulaciones de Herodes, aumentó sus estados. El orgullo romano, saciado de triunfos, no habia recibido humillaciones de parte de ningun pueblo, á escepcion de los partos. César murió cuando se preparaba á vengar la derrota de Craso. Augusto, queriendo cumplir el último deseo del dictador y mostrarse digno de su nombre, reunió sus tropas para marchar al Eufrates. Fraates, rey de los partos, aterrado de verlo cerca, le desarmó sometiéndose á él, y le restituyó las banderas y los prisioneros romanos, tristes reliquias del ejército del triunviro. Los partos eran tan temidos, que este suceso fue celebrado en Roma como una gran victoria. Los cónsules colocaron los estandartes en el templo de Marte vengador: el senado hizo acuñar medallas para perpetuar la memoria de aquel feliz acontecimiento, y el pueblo levantó un arco de triunfo en honor de Augusto. Fraates dió al emperador en rehenes cuatro de sus hijos, no tanto por temor de las armas romanas, cuanto por quitar á los partos la ocasion de rebelarse.

Augusto permitió á todos los pueblos tributarios gobernarse por sus propias leyes; y obligó á los monarcas que depen-

dian de Roma, á tratar con mas dulzura sus vasallos. Artaxias, rey de Armenia, y aliado de los partos contra los romanos, cuando le abandonó Fraates, fue destronado y colocado en su lugar Tigranes, que se habia educado en Roma. Cuando Augusto volvió á Grecia, recibió en Samos los homenages de todos los príncipes de Europa y Asia. Pandion y Poro, reyes de la India, le enviaron embajadores. Los escitas y sármatas solicitaron su amistad. Zaremonoquegas, indio, habia recorrido la tierra para instruirse: estaba iniciado en los misterios eleusinos: creia que cuando se ha llegado al colmo de la felicidad, es conveniente morir; y siguiendo la bárbara costumbre de su pais, hizo encender una hoguera en la plaza de Atenas, y pereció públicamente entre sus llamas á vista del emperador. Augusto salió de Atenas para volver á Roma. Virgilio, que pagaba la amistad del emperador con un incienso inmortal, murió en este viage, é hizo, segun se cree (1), el siguiente epitafio: «Mántua

---

(1) *Si los versos de este epitafio son de Virgilio, el que mandó quemar la Eneida, debió con mucha mas razon condenarlos al fuego.* (*N. del T.*)

me dió la vida : la Calabria me la quitó: Parténope conserva ahora mis cenizas. Canté los pastores, los campos y los héroes.» No habiendo podido acabar las correcciones que queria hacer á la *Eneida*, habia mandado quemar esta obra. Augusto nos la ha conservado, mirando por la fama del poeta y la suya propia; porque los grandes escritores componen una parte esencial de la gloria de los grandes reinados. Virgilio, agradecido como lo son casi siempre los hombres de genio, instituyó por herederos á Augusto y Mecenas. Estos tres nombres reunidos han atravesado los siglos. Mientras Augusto estuvo ausente de Roma, se despertaron algunos recuerdos de la república. Los comicios fueron tempestuosos: un corto número de hombres turbulentos se aprovecharon de esta convulsion pasagera para conspirar. Cepion, Estatilio y Egnacio Rufo fueron castigados por el senado, y Augusto para reprimir la licencia del pueblo, nombró él mismo los cónsules de aquel año. Los cántabros se sublevaron de nuevo, y fueron vencidos por Agripa. Balbo triunfó de los garamantas, pueblo del Africa.

Despues de muerto Marcelo, Agripa recobró el favor de Augusto, y fue nom-

brado tribuno por cinco años. Con el ausilio de este sábio ministro y de Mecénas, publicó muchas leyes severas contra el lujo, las intrigas y la depravacion de las costumbres, é hizo sábios reglamentos para preservar á Roma de incendios. Completó la reforma del senado, redujo el número de los senadores á 600, y fijó sus rentas en 100.000 pesetas. Los soberbios acueductos construidos por Agripa derramaron saludables aguas en todos los cuarteles de la ciudad, y asi fueron menos frecuentes los contagios que por tantos siglos afligieron á Roma. Augusto hizo esfuerzos loables, pero inútiles, para restituir su fuerza y santidad á los vínculos conyugales. Triunfó de la libertad; mas la licencia le resistió. El desórden habia llegado á tal punto, que fue imposible contenerlo. Habia pasado ya el siglo de las Lucrecias y Cornelias. Horacio pinta las jóvenes romanas «entregadas con pasion á las artes voluptuosas de Jónia, solo deseosas de agradar, y meditando desde su infancia amoríos criminales.» El mismo Augusto, reformador de las costumbres, cedia al torrente: daba la ley, y no el ejemplo; y se le censuraba con justicia su pasion adúltera y demasiado pública á Terencia, muger de Mecénas. La

voz del que quitó á Neron su muger Livia, estando en cinta, no podia ser oida cuando fulminaba contra las malas costumbres, ni aun cuando queria corregir los desórdenes de su propia familia. Por mas indulgente que se mostrase para las diversiones públicas, creyó necesario moderar la pasion á los juegos sangrientos del circo, y no permitió los combates de gladiadores sino dos veces al año. El pueblo, sin embargo, se mostraba mas aficionado que nunca á los espectáculos. Pílades y Batilo, pantomimos célebres, disputaban el favor de la muchedumbre, que no teniendo mas grandes objetos en que emplearlo, se dividió en facciones como si se tratase de Mario y Sila. Augusto, para reprimir la insolencia del histrion, le desterró por algun tiempo, le restituyó despues, y le recomendó que no promoviese esas agitaciones populares. «Cesar, le respondió Pílades, creo mas útil que dañoso para tí, ver al pueblo romano ocupado solamente en la competencia de Batilo y mia.» El emperador preferia á todos los demas espectáculos *los juegos troyanos*, en que los jóvenes patricios divididos en escuadrones disputaban entre sí los premios de la habilidad y de la carrera. Gustaba mas de

presentar á los romanos los juegos del rey Eneas y del jóven Ascanio que los triunfos de la república.

Las guerras eran cada vez menos frecuentes. Roma solo combatia para defenderse: habia pasado la época en que cada año era necesaria una nueva gloria para los nuevos cónsules: la prudencia política ecsigia no estender las conquistas, sino conservarlas. La tranquilidad del reinado de Augusto no fue verdaderamente turbada sino por los germanos, pueblo belicoso, que no podia renunciar al deseo de apoderarse de las Galias; y cuando este pais crecia en riqueza, fertilidad y civilizacion, tanto se aumentaba en los bárbaros el deseo de poseerlo. El emperador se acercó á las orillas del Rin para contener sus primeros movimientos. Los poetas y cortesanos compararon su ausencia de Roma á los viages de los legisladores Solon y Licurgo: y sin embargo, Augusto, muy diferente de estos sábios, en desprecio de sus mismas leyes, llevaba consigo á Terencia, y escandalizaba con su ejemplo al pueblo, cuyas costumbres deseaba reformar. En Galia se le dieron graves quejas contra Licinio, encargado de percibir las contribuciones en aquel pais. Este concusio-

nario ávido, natural de la Galia, esclavo en Roma, y liberto de César, se habia elevado á fuerza de bajezas: conservando en el puesto que obtenia los sentimientos de la servidumbre, se mostraba tan duro con los hombres sometidos á su autoridad, como lisonjero y flecsible habia sido con sus amos. Augusto, irritado por sus malversaciones, resolvió castigarle. Licinio le llevó á su casa, y mostrándole un inmenso tesoro, «esto es, le dijo, lo que he juntado para tí, y lo que me ha atraido el odio público. Has de mí lo que quieras; pero conserva estas riquezas, que yo temia ver en manos de los galos, y empleadas contra tí.» El oro cubrió su delito, y Licinio fue absuelto. Sin embargo, el emperador consoló á los galos, haciéndoles beneficios, y favoreció particularmente la ciudad de Bibracte, que fue el centro de la instruccion en aquel pais. Los retos, habitantes de los Alpes, se atrevieron en este tiempo á hacer algunas correrías en Italia. Druso, hermano de Tiberio, y entenado de Augusto, venció á estos bárbaros, los arrojó al Danubio, y fundó en su pais la ciudad de Augusta, llamada de los vindélicos, para distinguirla de otras del mismo nombre. Agripa por su parte

sostenia la potencia romana en el oriente, protegió á los judíos, y venció á un aventurero que se decia nieto de Mitrídates, y aspiraba á levantar el trono de este rey. . . . .

Augusto al volver á la capital del imperio, fue recibido de los romanos, mas bien como un dios que como un señor. El universo resonaba con sus alabanzas, y el incienso humeaba en todos los templos. Los vicios y crueldades de su juventud hacen improbables las virtudes de su edad viril: sin embargo, consta de la historia, que si estas virtudes no estaban en su corazon, brillaban en todas sus acciones esteriores. Atribúyanse á sus sentimientos ó á su política, el efecto sobre sus súbditos fue el mismo; y la censura pierde su fuerza contra un soberano que sabe reprimir sus pasiones. Para formar el elogio de Augusto y borrar la memoria de Octavio, basta decir que reinó con prudencia y gloria, y que fue amado de un pueblo feliz. El agradecimiento de los romanos era tan sincero, que lo manifestaron cuando el sepulcro, no dejando motivo alguno de esperanza ni de temor, hace callar la lisonja. Muchas personas distinguidas le legaron sus bienes al morir. Augusto no

abusó de esta muestra de cariño, devolvió siempre á los hijos su patrimonio, á veces aumentado. Su mayor mérito fue escoger bien los hombres que le ayudaron á sostener el peso del imperio, y no mostrarse envidioso de los talentos que sabia tan bien emplear. Mientras Agripa ilustraba el reinado de Augusto con victorias y monumentos magníficos, Mecénas trabajaba con valor y buen écsito en libertar al emperador de los escollos del poder: suavizaba su carácter, y le impedia entregarse á su antigua crueldad. Tenia por mácsima que «un magistrado debe gobernar como querria ser gobernado.» Las verdades osadas no irritaban á Augusto, porque era digno de oirlas. Un dia estaba en su tribunal é iba á condenar á muerte á muchos. Mecénas no podia acercarse, y le escribió este billete que le hizo entregar: «baja del tribunal, verdugo.» César al momento dejó la audiencia y perdonó á los acusados. Se cuenta que el filósofo Atenodoro, viéndole irritado un dia, le dijo: «cuando te sientas atacado de la ira, pronuncia muy de espacio las 24 letras del alfabeto, antes de hablar ó hacer algo.» El emperador le replicó: «quédate á mi lado: necesito de tus consejos.»

Muerte de Agripa. (A. M. 3992. A. J. 12.) Augusto sobrevivió á los nobles amigos que le habian ayudado á vencer sus pasiones. Agripa, despues de haber sometido á los pannonios rebelados, cayó enfermo. El emperador salió de Roma con la mayor diligencia para verle; pero supo en el camino su muerte. Le hizo magníficas ecsequias, pronunció en público su elogio, y dió orden de colocar sus cenizas en el sepulcro que Augusto habia labrado para sí mismo. Este príncipe, que gustó de la verdad, domó su carácter, conoció el precio de la amistad y admitió á su favor y confianza al mismo que habia reprobado su usurpacion aconsejándole que abdicase: era digno del imperio, y los romanos no lo eran de la libertad. Agripa tenia de Julia tres hijos, Cayo César, Lucio César, y Agripa; y dos hijas, Julia, que heredó la liviandad de su madre, y la célebre Agripina, muger de Germánico. La muerte de Agripa fue una desgracia, tanto mayor para el mundo cuanto mas cerca del trono ponia á Tiberio. Augusto mandó á este que casase con la viuda de aquel grande hombre. Tiberio, aunque amaba á su muger Vipsania y despreciaba á Julia, prefirió al honor y al amor los intereses

de la ambicion. Despues de su nueva boda salió de Roma para pelear con los escordiscos y pannonios, los venció en muchos combates y recibió los ornamentos triunfales. Todos los paises civilizados estaban sometidos á Roma, cuyos ejércitos solo hallaron obstáculos insuperables en los desiertos de Africa, en las llanuras abrasadas de los partos y en las densísimas selvas de la Germania. Este último pais, cuyos límites eran entonces el Rin, el Vístula, el Danubio y el Báltico, fue en todos tiempos una semillera de soldados. El nombre de germano, que quiere decir guerrero, anunciaba que solo ecsistian para pelear. Su felicidad consistia en vivir libres y morir en el campo de batalla. Demasiado independientes para sufrir el yugo de las leyes, no conocian mas regla que su voluntad, y no salian de la ociosidad sino para la intemperancia ó la pelea. Su creencia religiosa inflamaba su aficion á la guerra; porque su infierno era para los cobardes, y su cielo para los valientes. Desde la invasion de los cimbros y teutones que fueron esterminados por Mario, estuvieron casi siempre en guerra con Roma. Vencidos muchas veces, sin ser sometidos, siempre querian pasar el Rin. Las

mas sangrientas derrotas no eran bastantes á que renunciasen á la sed de conquistas, la cual se aumentó á proporcion que fue disminuyendo el vigor de los romanos. Y asi en la decadencia del imperio se apoderaron de todo el occidente. Los pueblos de Germania eran muchos y tenian diferentes nombres, aunque sus costumbres y su pasion á la pelea eran las mismas. Esta hidra de mil cabezas resistió al Hércules romano y triunfó de él.

Victoria y muerte de Druso. (A. M. 3994. A. J. 10.) La muerte de Agripa despertó su ardor y sus esperanzas. Los sicambros, usipetes y tencteros sorprendieron las legiones que mandaba Lolio en las orillas del Rin, las derrotaron, sublevaron en su favor dos provincias de la Galia y devastaron las que les hicieron resistencia. Druso marchó contra ellos, los venció, pasó el Rin y taló las tierras de los frisones, bructeros y caucos. Al año siguiente pasó el Lupia, se apoderó del pais de los sicambros y rechazó á los queruscos hasta el Visurgis. El rigor de la estacion le obligó á acercarse al Rin: mas los sicambros le cortaron la retirada y lo envolvieron. Privado de víveres, se veia ya en el caso de ser venci-

do sin poder combatir; pero los bárbaros, creyendo que el enemigo, acosado de la miseria, no podria resistirles, le atacaron temerariamente. Druso los venció y ahuyentó, y volvió á Galia, dejando en la Lupia, cerca de donde ahora está Paderbon, fuertes y guarniciones para contenerlos. Se le concedió el triunfo: sus legiones querian darle el título de emperador; pero Augusto no lo permitió. Druso supo que los germanos reunian nuevas fuerzas contra él: peleó con los catos, suevos, sicambros y queruscos, y llevó sus armas victoriosas hasta las riberas del Albis. Roma creia ver renacidos en él sus antiguos héroes. Los bárbaros temian su valor: los romanos celebraban sus virtudes. Amante de la república y popular en sus costumbres, no disimulaba su deseo de restablecer el antiguo régimen. Una muerte imprevista rompió su brillante carrera. Como el pueblo nunca quiere atribuir á los accidentes la muerte de los grandes hombres, sospechó que Augusto y Tiberio le habian envenenado porque su gloria les incomodaba: pero Tácito, cuya inflecsible severidad no gastaba miramientos con los príncipes, y el mismo Suetonio, aunque mas satírico que historiador, han mirado

como calumniosas estas voces, acreditadas por el odio que inspiraba Tiberio.

Este jóven príncipe, al saberse la enfermedad de su hermano, recibió órden de ir á verle, y dejó el ejército con que habia vencido á los pannonios, los dacios y los dalmatas. Dióse tanta prisa, que pudo asistir á los últimos instantes de Druso: circunstancia que confirmó las sospechas; y el campo donde murió el héroe se llamó *campo malvado*. Augusto pronunció su elogio fúnebre, y aun se dice que escribió la historia de sus espediciones. El senado dió á Druso y á sus sucesores el sobrenombre de Germánico. Se le erigieron un arco triunfal de mármol y muchas estátuas en Roma, y un cenotafio en las orillas del Rin. Emulo de Escipion y de Paulo Emilio, no les era inferior en valor, y los igualaba en amor á la patria. Su hijo César Germánico heredó sus talentos y virtudes: entrambos vivieron demasiado poco para la gloria y felicidad de Roma. Tiberio tomó el mando del ejército, venció en muchos encuentros, mereció la ovacion, obligó á una parte de los suevos y sicambros á rendir las armas, transportó 40.000 de estos bárbaros al occidente del Rin, y pacificó todo el pais que media entre este

rio y el de Albis. Augusto le permitió tomar el título de emperador que la política habia negado á un príncipe mas popular, y por tanto mas peligroso.

El templo de Jano se cerró de nuevo. Augusto, tranquilo el imperio, tuvo que castigar algunos enemigos interiores; y se veía obligado á pesar suyo á reprimir con suplicios las conspiraciones que se formaban sin intermision. Hizo una mala ley, como dictada por el temor, para que los esclavos de un ciudadano acusado de delito contra el estado, pudiesen ser comprados por el emperador, para que denunciasen á su amo, ó declarar contra él. Augusto empleaba al mismo tiempo medios mas justos y eficaces para hacer respetables su trono y su vida, manifestándose mas modesto y popular á proporcion que se aumentaba su poder. En el nuevo censo que celebró, fue el primero en someterse á la ley y hacer declaracion de su caudal como el menor ciudadano. Mandó derretir todas las estátuas de metal que se le habian erigido, y formó de ellas una trípode para el templo de Apolo. Quisieron erigirle otra; pero él la rehusó, y erigió una á la concordia y prosperidad pública. El fuego consumió su casa; y todos los ciudadanos le

ofrecieron sus caudales para reedificarla. Augusto tomó de cada ofrenda una moneda de poco valor. Entonces Mesala, que llevaba la voz por el senado, le dijo: «César Augusto, para tu felicidad y la de tu familia, que es inseparable de la pública, el senado, con el consentimiento del pueblo romano, te saluda *padre de la patria*. El emperador, despues de derramar algunas lágrimas, respondió: «He llegado al colmo de mis deseos. Nada tengo que pedir á los dioses, sino que dure hasta el fin de mi vida esa unanimidad de sentimientos.» En toda la estension del imperio se le manifestaba el mismo amor y gratitud: en todas partes se le erigian templos, y casi todos los reyes estrangeros fundaron en su honor ciudades con el nombre de Cesarea. Augusto, constantemente favorecido por la fortuna y coronado por la gloria, pagó su prosperidad pública con infortunios privados. Habia perdido á Agripa: la muerte le arrebató á Mecénas: Julia, su hija, deshonró su familia: vió morir á su hermana la virtuosa Octavia, y solo le quedó la imperiosa Livia. Octavia unia la virtud á la belleza: en ella brillaban las antiguas costumbres romanas que tanto contribuyeron á la gloria de la república:

ella sola, enmedio de las facciones y furores de la guerra civil, hizo oir la dulce voz de la paz y de la humanidad: el amor maternal fue su única pasion, que llevó quizá al esceso. Inconsolable por la muerte de su hijo Marcelo, se mostró demasiado envidiosa de Livia y de todas las madres felices. El pueblo romano lloró á esta princesa, que reducida á los deberes de su secso en una condicion tan alta, no fue ni ambiciosa ni vengativa, y en un siglo de proscripciones, no pronunció mas palabra que la de la clemencia.

El emperador esasperado con tantas pérdidas y con los desórdenes de su hija, la condenó á destierro perpétuo, envolvió en su castigo á todos sus amantes, y mandó matar á Julio Antonio, hijo del triunviro, que era uno de ellos, y que ademas habia conspirado contra Augusto. La musa armoniosa del tierno Ovidio procuró en vano ablandar su rigor. Este poeta amable, desterrado de Roma, hizo resonar las orillas heladas del Boristenes con acentos desconocidos, y cantó tristemente sus quejas en aquellos desiertos, donde el emperador inecsorable le dejó consumirse y morir. Esta severidad descubrió á todo el universo las li-

viandades que un padre debe ocultar. Reconoció tarde su error, y dijo: «no habria cometido este yerro, si vivieran Agripa y Mecénas.» Este elogio, dictado por el dolor, era justo; pues debia su gloria á las hazañas del uno y á los consejos del otro. Mecénas fue el que mas contribuyó á que se olvidara á Octavio y se amara á Augusto. Al morir legó sus bienes al emperador, y le recomendó que tuviese á Horacio el mismo amor que á él. Este prudente ministro le habia enseñado que el poder debe condescender con el genio: que los grandes escritores son la voz de la fama y dictan los juicios de la posteridad. Augusto, dócil á sus advertencias, aprendió de él á vencerse, á tolerar sin irritarse el lenguage de la verdad atrevida y aun á despreciar la calumnia, y asi permitia ordinariamente mucha libertad en los discursos. Un veterano le suplicaba un dia que asistiese á un pleito suyo: el emperador le dijo que estaba muy ocupado, y que enviaria otro en su lugar. El soldado le replicó: «César, cuando era menester servirte, nunca envié á otro para que pelease por mí.» Augusto en vez de irritarse contra su atrevimiento, fue al instante á defender la causa de su veterano. Tiberio le incitaba á vengarse de

algunos que le habian injuriado en sus discursos. «Calma, le dijo el príncipe, la fogosidad de tus años: no nos enojemos contra los que hablan el mal de nosotros: basta impedir que nos lo hagan.» Respetó siempre á los amigos de la república, y favoreció al célebre historiador Tito Livio, aunque en sus escritos hacia grandes elogios de Pompeyo. El mismo alababa la firmeza estóica de Caton. «Cualquiera que se opone, decia, á una mudanza en el estado, es hombre de bien.» Entrando un dia en casa de sus nietos Cayo y Lucio, hijos de Agripa, cuya educacion vigilaba, observó que los jóvenes querian esconder un libro que tenian en las manos. Tomólo, y viendo que era una de las obras de Ciceron, les dijo: «¿Creeis que este libro me desagrada? Estudiad, admirad, respetad á Ciceron: fue un buen ciudadano, un orador elocuente y un grande hombre.» Casi avergonzado de la rapidez con que el pueblo se precipitaba en la servidumbre, rehusó siempre el título de *señor* que la bajeza quiso darle. Esta mezcla de modestia y ambicion tenia su origen en las dos fases de su vida. Habiendo llegado á la dignidad de monarca en una edad madura, conservaba algunos principios y hábitos del

tiempo en que no era mas que ciudadano.

Sus nietos Cayo y Lucio César, nacidos en la púrpura y rodeados de cortesanos jóvenes que no habian conocido la república, contrajeron la molicie y el orgullo, propios del palacio. Lucio, de edad de once años, se ensoberbeció con los aplausos que le prodigaban los romanos cuando iba al teatro. Escitado por la adulacion de sus imprudentes amigos, solicitó el consulado para su hermano, que solo tenia catorce años, y que aun no llevaba el vestido viril. Augusto, siempre atento á conservar la opinion pública, pareció muy indignado contra él. «¡No quiera Dios, decia, que la república se vea obligada á nombrar cónsules, como me nombró á mí antes de la edad de veinte años!» Se puede juzgar de la sinceridad de su enojo, observando que poco tiempo despues concedió á Cayo un sacerdocio, y el derecho de asistir á las deliberaciones del senado. La ambicion de los príncipes produjo muy pronto la envidia. En vano el emperador queria manifestarse igual para todos. Cuando nombró á Tiberio tribuno por cinco años y le encargó la pacificacion de la Armenia, Cayo manifestó un grande enojo: Tiberio se quejó del

demasiado favor de Cayo, porque veia que Augusto daba la preferencia al nieto sobre el yerno. Mirando como un disfavor su comision en Asia, pidió él mismo su retiro, resistió obstinadamente á las súplicas de Augusto y de Livia, y se desterró á Rodas, donde vivió siete años. Cuando Cayo tomó la ropa viril, Augusto le hizo nombrar cónsul, y le dió el título de príncipe de la juventud. El orden de los caballeros le regaló lanzas de plata.

Nacimiento del Salvador. El 25 de diciembre del año 752 de Roma nació en Belen de Judea el Salvador del mundo. Asi el reinado de Augusto fue la mas célebre época de la historia, en la cual comenzó la regeneracion espiritual de los hombres, y la nueva ley religiosa que debia desterrar la idolatría y establecer el imperio de la verdadera virtud, fundada en las relaciones inmortales del hombre con su Criador y Redentor. Poco despues murió Herodes, rey de Judea, cubierto de la sangre inocente que habia derramado, y Augusto dividió sus estados entre sus hijos Arquelao, Filipo y Antipas. La paz de que entonces gozaba el mundo, permitia al príncipe consolidar su poder y distraer al pueblo con

juegos y espectáculos de las memorias de la república. El año 750 de Roma Lucio César tomó el vestido viril y obtuvo los mismos honores que su hermano. Augusto hizo llenar de agua el circo flaminio, y dió en él el espectáculo de una naumaquia. Roma vió pelear á los gladiadores contra treinta y seis cocodrilos, mónstruos menos peligrosos que Mario, Sila y los triunviros. Parece que aquel pueblo necesitaba siempre de luchas sangrientas. El emperador formó en este tiempo las cohortes pretorias, compuestas de 10.000 soldados escogidos, para guardia suya. Este cuerpo distinguido, consagrado á la defensa del trono, fue despues un escollo contra el cual se estrellaron muchos emperadores. Los pretorianos quitaron y dieron la corona, fundada en la fuerza y no en la ley, como en los tiempos modernos los genízaros y estrelices.

Muerte de Cayo César Agripa. (5.) Los partos, siempre recelosos de la potencia romana, llevaban á mal su poderío en Armenia; y así dieron ausilio á una faccion formada en este reino, arrojaron del trono al príncipe que Augusto habia elevado, y pusieron en su lugar á Tigránes. El emperador quiso

con este motivo esperimentar los talentos de su nieto Cayo, deseándole «el valor de Escipion, la popularidad de Pompeyo y su propia fortuna.» Desde que el rey de los partos supo que Cayo se acercaba, prefirió la negociacion á la guerra, le pidió una conferencia, y prometió no intervenir en los negocios de Armenia. Cayo entró en este reino, venció á Tigránes, le destronó, y dió el cetro á un medo, llamado Ariobarzanes. Este jóven príncipe gozó poco tiempo de su victoria: habia recibido en la batalla una herida que algun tiempo despues terminó sus dias. Su hermano Lucio, encargado del gobierno de España, habia muerto el año anterior. Antes de estos sucesos, Tiberio, que se habia retirado á Rodas, como hemos dicho, no pudo disimular su ambicion; y al mismo tiempo, aunque afectaba las mácsimas y usaba el trage de los filósofos, manifestó los vicios de su carácter y su inclinacion á la liviandad y á la tiranía, de modo que inspiró á los rodios el aborrecimiento que le profesó despues todo el imperio. Algunos jóvenes romanos que penetraron sus odiosos designios, y que le creian capaz de los crímenes mas horribles y de la mas profunda disimula-

cion, habian propuesto á Cayo que les permitiese libertarlo de un rival tan peligroso. Cayo no lo consintió: al contrario, engañado por los artificios de Tiberio, que se fastidiaba en Rodas, y pedia en vano su restitucion, escribió en su favor á Augusto. Sus representaciones y las instancias de Livia vencieron el enojo del emperador. Despues que murieron los hijos de Agripa, Augusto, viendo que la muerte le robaba toda su familia, adoptó á Tiberio; y aunque siempre desconfiaba de su carácter disimulado, se dejó vencer ó engañar, y creyó que aquel príncipe, dotado de grandes talentos políticos y militares y de una inflecsible firmeza, era el único que podia sostener, despues de su fallecimiento, el peso del imperio. Tiberio conocia demasiado al emperador para no tomar todos los medios que podian conciliarle su afecto: fingió una lealtad sin límites y una ardiente gratitud: afectó domar la violencia de su carácter, y manifestó una modestia igual á su ambicion. Aun tenia un rival, que era Agripa Póstumo, el menor de los nietos de Augusto. La memoria del grande Agripa, su padre, lo hacia amable á los romanos; pero su ignorancia, grosería,

orgullo y temeridad lo perdieron. Estos defectos, ecsagerados indudablemente por Livia, irritaron á Augusto, el cual le privó de sus derechos, le desterró de Roma, y le dió por prision la isla de Planasia. Habiendo alejado del trono á Agripa, obligó á Tiberio, aunque ya tenia un hijo, á adoptar á su sobrino Germánico, hijo de su hermano Druso, cuyas virtudes y talentos eran la esperanza de Roma.

Mientras el emperador procuraba consolidar el trono que habia erigido, descubrió una grande conjuracion, tramada contra su poder y su vida, por Cinna, nieto de Pompeyo Magno. El príncipe tenia en su poder la lista de los conspiradores, y todas las pruebas del delito. Sin embargo, se observaba con sorpresa, que en lugar de obrar, reunia el consejo para deliberar, y que el triunviro que habia dictado sin conmoverse tantas proscripciones, vacilaba en castigar á unos conjurados. Augusto parecia tener un alma diferente de la de Octavio. Agitado por el enojo y contenido por la piedad, esclamaba dando profundos suspiros: «¿es, pues, mi herencia una inquietud eterna, y el descanso la de mis enemigos? ¿Dejaré vivos á los

que procuran mi muerte? ¿No habré escapado de tantas batallas sino para caer al pie de los altares, bajo la espada de los conspiradores? No: perezcan: y su suplicio aterre á los que deseen imitarlos.» Pero despues, mas irritado contra sí mismo que contra Cinna, decia: «si tantos desean mi muerte, ¿soy digno de vivir? ¿hasta cuándo derramaré sangre? Todos creen inmortalizarse conspirando contra mi vida: ¿vale ella tanto que deba comprarse su conservacion con nuevas matanzas?» Cuéntase que Livia, testigo de su irresolucion, le dijo: «oye los consejos de una muger. Donde los medios ordinarios no alcanzan, busca otros nuevos el médico prudente. ¿De qué te ha servido la severidad? De la sangre de unos conspiradores han nacido otros. Muerto Salvidieno, le sucedió Lépido: á Lépido, Murena y Cepion: á estos Ignacio y Julio Antonio. Prueba la clemencia, que quizá será mas eficaz: perdona á Cinna, que ya no es temible, descubierta su empresa, y su perdon te producirá una gloria inmortal.» No se sabe si la lisonja ó la verdad atribuyó este consejo á Livia: lo cierto es que Augusto le siguió. Llama á Cinna, mándale sentarse, le prohibe interrumpirle,

le recuerda que en otro tiempo le ha vencido y perdonado; le ha colmado de beneficios, y aun preferido á sus servidores: «y sin embargo, Cinna, en pago de tanta generosidad, quieres asesinarme.» Cinna esclama, que él es incapaz de semejante crimen. «Mal cumples tu palabra, le replica Augusto: te obligaste á no interrupirme.» Entonces le manifiesta que nada ignora de la conjuracion, que sabe el sitio y la hora en que debia ejecutarse, y los nombres de todos sus cómplices. Cinna aterrado se mantiene en silencio. «¿Qué motivo, prosiguió el emperador, has tenido para semejante designio? ¿Subir al trono? Muy desgraciado sería el pueblo romano si fuese yo el único obstáculo que te lo impide. ¡Quieres gobernar un imperio y no sabes dirigirte á tí mismo! Un oscuro liberto acaba de triunfar de tí en los comicios. Tú no has manifestado osadía sino contra tu bienhechor. Aun cuando me hubieses muerto, ¿tienes la insensatez de creer que los Fabios, los Servilios, y tantos ilustres personages, que son la gloria de Roma, sufririan tu dominacion? ¿Nada tienes que responderme? Oye, pues, tu sentencia. Te doy la vida segunda vez: la primera perdo-

né á mi enemigo: ahora á mi asesino. Seamos amigos; y veamos si tu gratitud se iguala á mi generosidad.» El emperador sabia que las resoluciones medias son las mas peligrosas; que una amnistía es una ofensa, cuando no es completa; y que á los hombres de talento es menester ganarlos ó arruinarlos enteramente. Cinna fue nombrado cónsul: Cinna vivió fiel, y al morir legó todos sus bienes á Augusto. Este acto de clemencia desarmó á todos los enemigos del emperador, le dió por guardia el amor de los pueblos, y despues no se formó ninguna conspiracion contra él.

Sus lugartenientes reprimieron á algunos bandidos que infestaban la Cerdeña y á los gétulos que se habian rebelado contra el rey Juba. Los ejércitos, que habian dado el imperio á Augusto, comenzaron á sentir su fuerza y quejarse de la exiquidad de su paga: el emperador la aumentó. Mantenia 25 legiones romanas de á 6000 hombres, y otras tantas estrangeras. Su guardia constaba de 10.000 pretorianos. La guarnicion de Roma era de 6000 hombres. Tenia dos escuadras siempre tripuladas, una en Miseno, y otra en Ravena. Para subvenir á los gastos que esigian unas fuerzas tan

considerables, creó un tesoro militar, donde entraban los tributos de los paises conquistados, y un impuesto sobre las sucesiones colaterales que estableció en todo el imperio. En esta época murió Asinio Polion, tan célebre por su ingenio y sabiduría, como por sus hazañas. Los vicios de Cleopatra le hicieron renunciar á la amistad de Antonio: amigo de la república, pero demasiado ilustrado para creerla posible, no tomó parte en las guerras civiles, y conservó su independencia en la soledad. Augusto escribió contra él unos versos satíricos, y como le instasen á dar respuesta, dijo: «no es bueno escribir contra el que puede proscribir.» El emperador, no pudiendo hacerle su cortesano, lo hizo su amigo. Polion brilló en todos los géneros de elocuencia: Horacio le llamaba el oráculo del senado. Roma sin hacer, como en otro tiempo, rápidas conquistas, seguia sin embargo su política antigua, y se aprovechaba de las faltas que cometian los reyes para estender su dominacion. Los judíos se rebelaron contra Arquelao, heredero de los vicios, y no de los talentos de Herodes, y Augusto le desterró á las Galias, y convirtió la Judea en provincia romana. Los germanos

turbaron nuevamente la tranquilidad del imperio. Tiberio, encargado de hacerles la guerra, los venció en muchos reencuentros. Derrotó á los atuarios y bructeros: pasó el Visurgis, y sometió á los gueruscos. El año siguiente venció á los lombardos, habitadores de lo que hoy es el Brandemburgo, y concluyó la paz despues de haber domado todos los pueblos desde el Rin al Albis. Estas victorias le adquirieron á Augusto el título de emperador por la vez quindécima, y á Tiberio por la cuarta. Marobodo, rey de los marcomanos, que habitaban en las orillas del Meno, añadia al valor de su nacion la cultura de los estudios que habia hecho en Roma. Dejando su patria con sus vasallos, y una parte de los suevos, se estableció en Bohemia, donde fundó un reino formidable. Su ejército era de 70.000 infantes y 40.000 ginetes, todos disciplinados segun la táctica romana. Daba asilo á los enemigos de Roma, y trataba de igual á igual con el emperador. Augusto conocia cuan necesario era arruinar esta potencia naciente; pero nuevas rebeliones de los dalmatas y pannonios le obligaron á renunciar por entonces á esta empresa. El número de los rebeldes era de 200.000: unos inva-

dieron la Macedonia, y otros resolvieron pasar los Alpes. La Italia estaba aterrada. Tiberio recibió órden de rechazarlos, dirigió esta guerra con habilidad, buscó prudentemente una gloria mas sólida que brillante, evitó las batallas inútiles, y procuró destruir á los enemigos mas bien por hambre que en los combates. Esta lentitud sagaz no fue agradable á Augusto. Sospechando que Tiberio prolongaba la guerra para conservar el mando del ejército, le dió por colega á Germánico, á quien creía mas ardiente y menos ambicioso. Despues de algunos reveses ocasionados por la imprudencia temeraria de Cecinna y Silvano, Tiberio sometió á los pannonios, y Germánico venció á los dálmatas en batalla campal. Baton, gefe de los sublevados, se presentó en el tribunal de Tiberio, y habiéndosele preguntado el motivo de su rebelion, dijo: «romanos, acusaos á vosotros mismos: la opresion nos redujo á la desesperacion. Si quereis mantener la paz en los paises conquistados, confiad la direccion de vuestros rebaños á pastores y no á lobos.» Esta guerra, una de las mas peligrosas que tuvo Roma despues de la de los cimbros, inquietó de tal manera á Augusto, que á pesar de los setenta

años que ya tenia, se vió obligado á salir de la capital, y aprocsimarse al teatro de la guerra. Tiberio obtuvo los honores del triunfo, y Germánico las vestiduras triunfales.

Guerra de Arminio. (10.) El emperador, tan feliz por lo comun en sus elecciones, confió imprudentemente el gobierno de Germania á Quintilio Varo. Este, en vez de hacer sufrible el yugo romano, respetando las costumbres y las propiedades de aquellos pueblos, quiso á un mismo tiempo cargarlos de contribuciones, y someterlos á las leyes y policía de Roma. A estos yerros añadió el de no conocer su riesgo, dormirse á la orilla del precipicio, y equivocar el silencio con el consentimiento, y el miedo con la sumision.

Arminio, jóven guerrero querusco, distinguido por su fuerza, alta estatura, ilustre nacimiento y gran valor, lisonjeó á Varo para arruinarlo. Atrevido en sus proyectos, hábil en sus operaciones, y fecundo en astucias, conocia las costumbres de Roma, donde habia obtenido la dignidad de caballero. Captó la confianza del gobernador, lo confirmó en el sistema que iba á perderlo, y le instó á que se apresurase á civilizar aquellos bárba-

ros. El romano, engañado por sus elogios y consejos, se creyó rodeado de admiradores y partidarios, cuando todos eran enemigos suyos. Olvidando que no dominaba sino por la fuerza, quiso obrar como magistrado en circunstancias que era menester ser general. El artificioso Arminio, con el pretesto de esparcir mas fácilmente la civilizacion en toda la Germania, le persuadió á que dividiese su ejército en muchos cuerpos, y los diseminase por el pais. Varo cayó en el lazo, los germanos se sublevaron, y degollaron gran parte de aquellos destacamentos. El general no tenia consigo mas que tres legiones. Púsose al frente de ellas, y marchó contra los rebeldes, dejando tras de sí á Arminio, que le habia prometido llevarle refuerzos y tropas fieles. Los romanos llegan á un desfiladero estrecho entre dos montañas escarpadas y coronadas de espesos bosques. Arminio da entonces la señal á todos sus compatriotas, los reune, se apodera de la entrada y salida del desfiladero, y viene despues con la mayor audacia á decir al gobernador que toda aquella gente venia en su socorro. Un germano, llamado Segesto, indignado de esta traicion, procura inútilmente desengañar al general,

y le aconseja que ponga en prision á Arminio, el cual habia llevado la serenidad hasta el estremo de sentarse á la mesa á comer con el mismo que iba á degollar. Varo no creyó la delacion, y se entregó ciegamente á su enemigo. Aquella misma noche, despues del banquete, Arminio vuelve á su campo, y pone en ejecucion sus crueles designios: un grito general anuncia la guerra: los romanos son atacados por todas partes: sostienen con valor su gloria y renombre, y oponen al furor de los bárbaros una resistencia obstinada; pero en fin, debilitados por el cansancio y las heridas, abandonan sus reales. Hacen sin embargo el último esfuerzo, se abren paso, suben á una montaña, y se atrincheran. Los enemigos, cuyo número aumentaba siempre, renuevan sin cesar sus ataques, no los dejan descansar ni un instante, y logran en fin penetrar en sus atrincheramientos. Varo desesperado se atraviesa con un puñal: muchos soldados le imitan: otros se arrojan á perecer en medio de los enemigos, y el resto se entregó á discrecion. Esta batalla memorable se dió cerca de donde hoy es Detmold, en el condado de Lipa. Arminio, tan cruel despues de la victoria, como pérfido antes del com-

bate, condenó á muerte todos los prisioneros, y los hizo perecer en suplicios horribles. La cabeza de Varo se llevó á Marobodo, que la entregó á los romanos.

Augusto, colmado siempre de las caricias de la fortuna, no habia aprendido á sufrir sus rigores. Este desastre le causó un pesar, al cual no supo dar límites su razon. Rasgó su vestido, dió con la cabeza contra las paredes, y dejó crecer su barba y sus cabellos. Gritaba desesperado: *Varo, vuélveme mis legiones*. El tiempo suavizó poco su sentimiento, y hasta el fin de su vida el aniversario de esta derrota fue un dia de lágrimas para él. Su temor fue tan grande como su pena: creyó amenazado el imperio de una invasion prócsima: echó de Roma y de su guardia á los germanos que servian en ella: mandó hacer nuevos alistamientos, y no se calmó su espanto hasta que supo que sus generales ocupaban la orilla del Rin, y que la Galia estaba tranquila. Tiberio, enviado prontamente contra los bárbaros, reformó el lujo del ejército, y restableció la disciplina. Hábil en sus planes, y pronto á ejecutarlos, borró con sus triunfos la ignominia de Varo, vengó cruelmente la matanza de los romanos, obligó á los bárbaros á confesarse

vencidos, y volvió á las Galias, cumpliendo las órdenes de Augusto, que lejos de ambicionar nuevas conquistas, queria fijar en el Rin el límite del imperio. Asegurado por las victorias de Tiberio, le colmó de elogios proporcionados al miedo anterior, y á la alegria presente. «Todos los que han militado á tus órdenes, le escribia, te aplican el elogio que hizo Ennio de Fabio Máximo, á saber: que él solo con su prudencia habia salvado la república. Por lo que á mí toca, tú me recuerdas lo que Diómedes dijo de Ulises: *con un segundo como tú no temeria empeñarme enmedio de un incendio*. Cuidate, mi querido Tiberio: si cayeses enfermo, tu madre y yo moririamos de dolor. Los dioses inmortales, cuyo ausilio imploro, os conservarán, si no aborrecen al pueblo romano.» Su voto fue oido para desgracia de Roma. A peticion de Augusto, los cónsules dieron un decreto, que el senado y pueblo sancionaron, para dar á Tiberio sobre el imperio y el ejército el mismo poder que tenia el emperador. El año siguiente, que fue el 763 de Roma, siendo cónsules Germánico César y Cayo Fonteyo Capiton, entró Tiberio triunfante en Roma. Dió al pueblo un banquete de 1.000 mesas, y

una gratificacion de 307 sestercios por cabeza. Germánico, despues de su consulado, partió á mandar en el Rin con ocho legiones, y fue tan amado, como temido su antecesor Tiberio.

Augusto era ya viejo y débil. No pudiendo asistir con regularidad á las sesiones del senado, dió una autoridad casi igual á la de este cuerpo á su consejo privado, compuesto de los cónsules y de 15 senadores que se mudaban cada seis meses. En él se decidian los negocios urgentes, y segun el decreto que se promulgó para su ereccion, las ordenanzas dadas por Augusto, por Tiberio y por el consejo, debian tener fuerza de ley. Así el gobierno de la república pasó del senado y del foro al gabinete del emperador. La salud de Augusto se alteraba cada dia mas, y la procsimidad de su muerte despertaba muchos partidos, opiniones, temores é intereses diversos. Los mas atrevidos soñaban en la resurreccion de la república: los mas prudentes temian casi en igual grado la ferocidad de Agripa, la juventud brillante de Germánico y de su hermano Druso, el orgullo de Livia y el carácter de Tiberio, heredero de la antigua dureza de los Claudios. Los mas hábiles hacian ya la corte al su-

cesor probable del imperio. Se sospechaba que Livia habia envenenado á Augusto, temiendo que se despertase la ternura de éste para con su nieto Agripa. Ya le habia dado, segun se decia, señales no equívocas de interes y piedad. El emperador, á pesar de sus males, habia acompañado hasta Benevento á Tiberio que partia á la Iliria. Visitó despues la Campania, esperando que este viage disiparia su languidez. Detúvose algun tiempo en Capreas, donde se agravó su mal. Queriendo volver á Roma, se vió obligado á detenerse en Nola, donde esperó tranquilamente en su lecho el fin de su brillante carrera. Viendo acercarse la muerte, se informó del efecto que su situacion producia en la opinion pública. Poco despues pidió un espejo para ordenar sus cabellos, y mandó entrar á sus amigos. Díjoles: *¿no he representado bien mi papel? Aplaudidme.* Despues abrazó á Livia, y le dijo: *sé feliz y acuérdate de nuestro amor.* Concluidas estas palabras, espiró (año 766 de Roma), de edad de 76 años, habiendo reinado 40. Su cuerpo fue llevado á la capital, recibido por los caballeros y conducido sobre los hombros de los senadores al campo Marcio, donde fue quemado. Un an-

tiguo pretor juró que habia visto volar al cielo su sombra. Los caballeros con los pies desnudos, sin togas ni cinturones, recogieron sus cenizas y las depositaron en un mausoleo, que habia construido en su sesto consulado entre la via Flaminia y el Tíber, y al rededor del cual habia hecho plantar muchos árboles y flores. Tiberio pronunció su elogio fúnebre : el pueblo le colocó en el número de los dioses, y el senado dió su nombre á aquel siglo. Su testamento, presentado por las vestales, fue abierto por los senadores : instituia por herederos á Tiberio y á Livia, y en su defecto á Druso, Germánico y á los tres hijos de este : y para mostrarse popular mas allá de la muerte, llamaba á la herencia, en caso de que todos los príncipes falleciesen, á un gran número de ciudadanos. Legó al pueblo romano cuarenta millones de sestercios, quinientos á cada pretoriano y trescientos á cada legionario. Inflecsible hasta el fin de su vida con las dos Julias, su hija y su nieta, no las nombró sino para prohibir que se reuniesen sus cenizas con las de ellas en un mismo sepulcro. Augusto habia añadido á su testamento la estadística del imperio y la historia de su reinado, mandan-

do que se grabasen en tablas de bronce, y se pusiesen enfrente de su mausoleo.

Este príncipe, favorecido por la naturaleza tanto como por la fortuna, era de estraordinaria belleza. Suetonio asegura que en sus facciones reinaba una magestad suave, y que sus miradas imponian respeto á sus enemigos; lo que le causaba mucho placer. Su estatura era mediana, pero muy bien proporcionada: sus cabellos rubios y naturalmente anillados, sus cejas bien unidas, su nariz aquilina, su tez entre blanca y morena. Habia estudiado con aplicacion el arte de la elocuencia; y aunque tenia grande facilidad para hablar de improviso sobre cualquier materia, escribió y leyó siempre sus discursos en el senado ante el pueblo y el ejército. Compuso muchas obras: una *Respuesta* á Bruto sobre la vida de Caton; una *Exhortacion* á Tiberio para que abrazase la filosofía: las *Memorias* de su vida en trece libros: un poema titulado *la Sicilia*: una coleccion de epigramas, y la tragedia de *Ayax*. Su estilo era sencillo pero gracioso: el mérito que apreciaba mas era la claridad: por lo que usaba de mas conjunciones y preposiciones que las permitidas por el uso. Supersticioso

como todas las almas débiles, temia el ruido del trueno, y para evitarlo se escondia en subterráneos. Crédulo de presagios, temia que le amenazaba una gran desgracia, si calzaba el pie izquierdo antes del derecho. Cuando emprendia un viage, el rocío le anunciaba una vuelta feliz, y miró su muerte como inevitable, cuando supo que un rayo habia quitado la primer letra de su nombre César de la inscripcion de una estátua suya: *Ezar* en lengua etrusca significa Dios; y Augusto se persuadió que iba á dejar la tierra por el cielo. Su vida entera, mirada bajo diversos aspectos, fue elogiada y censurada por los romanos. Unos, respetando su piedad filial, alababan su resolucion de tomar las armas para vengar á su padre, y atribuían su usurpacion á la desgracia de los tiempos, á la impotencia de las leyes, al furor de las guerras civiles y á la imposibilidad de conciliar, en época tan revuelta, la moral y la política. Disculpaban sus proscripciones con el deseo de castigar á los asesinos de su padre, y cargaban el horror de las matanzas á los otros dos triunviros. La cobardía de Lépido y las deshonestidades de Antonio, escusaban su desprecio al uno, su odio al otro. Le

colmaban de elogios por haber preferido el título de príncipe al de dictador y rey, restablecido el órden en el mundo, contenido á los bárbaros, y dado por fronteras al imperio el Eufrates, el mar de Arabia, el Océano y el Danubio. Celebraban con razon su justicia para los romanos, su fidelidad para los aliados, su magnificencia para la capital. En fin, la tranquilidad universal merecia que se le perdonasen algunos actos de rigor y violencia.

Otros no miraban su amor á César sino como un pretesto para encubrir su ambicion, y le reprehendian porque desde su juventud habia quebrantado las leyes, alistado un ejército sin autorizacion, seducido á los veteranos, corrompido las legiones, usurpado los haces, asesinado á los cónsules Hircio y Pansa, y conquistado violentamente la dignidad consular, volviendo contra la república las armas que le habia confiado. Si se le puede perdonar el sacrificio del interes público á su venganza y la muerte de Bruto y Casio, no es posible justificar su ferocidad en las proscripciones, ni las perfidias, mas útiles para él que las armas, contra Sexto, Lépido y Antonio. ¿Quién no despreciará al robador

de la muger en cinta de Neron, madre funesta para la república, y madrastra fatal para los Césares? No contento con dominar en la tierra, usurpaba la soberanía de los dioses, haciendo que se le consagrasen templos, altares y culto religioso. La paz pública que se le quiere atribuir, ¿no se mancilló en Roma con los suplicios de Varron, Egnacio y Julio, y en lo esterior con los desastres de Lolio y Varo? Y en fin, si se jactaba él mismo de haber hallado la ciudad de *ladrillo* y dejarla de *mármol*, ¿no se debe condenar al que la halló gobernada por Cátulo y Ciceron, y la entregó al morir á los caprichos del pérfido é inhumano Tiberio?

Estos elogios y acusaciones, referidos por Tácito, pueden justificarse con los hechos; pero la historia imparcial debe decir, que si Augusto no fue el mas virtuoso de los príncipes, fue por lo menos el mas hábil; pues supo vencer á sus enemigos y despues á sí mismo, pacificar el mundo, fundar un trono, reinar cuarenta años y hacerse amar.

CAPITULO XI.

Tiberio. Caligula.

Tiberio, emperador. Victorias de Germánico. Muerte de Germánico. Muerte de Druso. Muerte del Salvador. Cayo Calígula, emperador.

Tiberio, *emperador*. (14.) Todavía no estaba olvidada la república, y el trono imperial no era tan sólido, que una muger como Livia, y un príncipe tan temido como Tiberio, careciesen de inquietudes, cuando el fundador de la monarquía acababa de espirar. Livia ocultó cuidadosamente la muerte de Augusto, rodeando el palacio de guardias, é interceptando toda comunicacion. Tiberio acudió con prontitud: no se sabe si llegó á tiempo de ver al emperador en los últimos instantes de su vida: no conociendo mas habilidad que la disimula-

cion, mas apoyo que la fuerza, ni mas medios que el crímen, resolvió en la posicion crítica en que se hallaba, librarse de su concurrente Agripa, asesinándole, mandar como señor al ejército, y hablar como ciudadano al senado y al pueblo. Envió con prontitud un centurion á la isla de Planasia, para que diese muerte al jóven Agripa. Este príncipe cayó bajo el hierro de los asesinos, despues de haber empleado inútilmente contra ellos su fuerza prodigiosa, único don que le habia concedido la naturaleza. Cuando el centurion volvió á dar cuenta del cumplimiento de su encargo, Tiberio le dijo que no habia dado órdenes para ello, y que el senado juzgaria aquel homicidio. Crispo Salustio, hijo del historiador y favorito del príncipe, logró, ausiliado de Livia, demostrar cuán peligrosa sería semejante causa, y el mas profundo silencio cubrió la tumba del nieto de Augusto. Cuando Tiberio estuvo asegurado de la fidelidad de las legiones, publicó la muerte del emperador, hizo celebrar sus funerales y tomó las mismas precauciones y reunió el mismo número de tropas que si hubiese temido las turbulencias, á que dió lugar en otro tiempo el asesinato de Cé-

sar. Convocó despues el senado, fingió un estraordinario dolor, y dijo, como ahogado por los sollozos: «¡Ojalá hubiera perdido la vida como el habla!» Leyóse el testamento de Augusto, y se notó en él poco cariño al sucesor: «pues desgraciadamente, decia, he perdido á mis dos hijos Cayo y Lucio, declaro por heredero á Tiberio.» El nuevo emperador, aunque mandaba las tropas, dudaba ante el senado si se encargaria del poder supremo. Los cónsules y senadores, como observa Tácito, se precipitaron á recibir el yugo: amaban y respetaban á Augusto, y fueron condescendientes con él: á Tiberio, á quien aborrecian y detestaban, le manifestaron una vil sumision. El discurso de Tiberio fue oscuro y difuso: habló mucho del temor que le inspiraba el peso del gobierno, la estension del imperio y su insuficiencia. «Augusto, dijo, era quizá el único capaz de regir un estado tan vasto. La república tiene muchos personages ilustres: ¿por qué en perjuicio de ellos se han de acumular sobre un hombre todas las dignidades y todo el gravámen del imperio?» Al mismo tiempo demostraba, esplicando todas las dificultades del gobierno, la necesidad de un solo gefe;

y enmedio de la oscuridad de sus palabras, solo se conoció que queria ser obligado á aceptar el cetro. Todos los senadores á una voz le suplicaron que asegurase el reposo y la felicidad pública, encargándose del poder supremo. Mientras mas impaciencia de tener un dueño manifestaban, mas modestia y resistencia fingia Tiberio: en fin, dejándose vencer, pero temiendo sucumbir al trabajo, consintió en aceptar la parte del imperio que el senado quisiese encargarle. «Escoge tú,» le dijo con viveza Asinio Galo, impacientado de su falsedad. Tiberio, sorprendido de esta réplica, enmudeció algunos instantes, y despues dijo: «mal podrá escoger una parte del peso quien desea verse libre de todo él.» Otro senador esclamó: «Ya es tiempo de concluir: acepta ó rehusa.» Galo, viéndole irritado, dijo, que su pensamiento no habia sido que se dividiese el poder; sino probar, que siendo la república un solo cuerpo, debia tener un solo gefe; y concluyó haciendo un magnífico elogio de las hazañas de Tiberio, el cual insensible á sus adulaciones, no conservó en la memoria mas que su osadía. El emperador aceptó en fin el gobierno, á condicion de que se

admitiria su dimision cuando la diese.

La noticia de la muerte de Augusto causó una sedicion en el ejército de Pannonia. Bleso, que le mandaba en ausencia de Druso, dejó relajarse la disciplina, y descuidó en el intervalo de las guerras ocupar las tropas en los ejercicios y trabajos ordinarios; y asi se entregaron á los desórdenes que produce siempre la ociosidad en los reales. Percennio y algunos otros facciosos, recordando á los soldados sus fatigas y heridas, el largo tiempo de su servicio, la dureza de sus gefes y la exiquidad de su sueldo, los escitaban á aprovecharse de los principios inciertos de un nuevo reinado para mejorar su suerte, y conseguir un aumento de paga. Los tribunos y centuriones que quisieron reprimir sus movimientos, fueron maltratados y echados de los reales por los sediciosos. Druso llegó entonces é hizo vanos esfuerzos para calmarlos, prometiéndoles dar cuenta á Tiberio de sus demandas. La presencia del hijo adoptivo del emperador no pudo enfrenar su osadía: insultaron su juventud, diciendo que se les enviaban por comandantes á unos niños incapaces de tomar por sí mismos resolucion alguna. La noche aumentó el tumulto: la sedicion iba

á ser general, cuando un eclipse les robó súbitamente la claridad de la luna ; y aquella muchedumbre inconstante y supersticiosa creyó el fenómeno signo evidente del enojo celestial. Su osadía se trueca en temor, sus resoluciones en incertidumbre. Druso , aprovechándose diestramente de esta circunstancia, les habla mezclando la dulzura con la severidad, y los hace pasar rápidamente del furor al arrepentimiento. Entregaron sus gefes, los cuales fueron condenados á muerte , y se perdonó á los demas.

El mismo espíritu de sedicion prendió en el ejército de Germania; pero con un carácter mas grave y peligroso. Las legiones estaban acampadas en el pais de los ubios, actualmente territorio de Colonia. Silio y Cecinna, sus generales, cometieron el mismo yerro que Bleso : los soldados ociosos creyeron que ya no tenian señor; pues Augusto habia muerto. Gritaban : «las legiones de Germania son las que deben dar el imperio : ya es tiempo de que los veteranos descansen, á las tropas nuevas se les aumente el sueldo, y á todos se alivie la miseria, y se les vengue de la crueldad de los centuriones.» La sedicion no era parcial, sino general. Los rebeldes enfurecidos degollaron á

todos los centuriones. El intrépido Querea, que despues dió la muerte á Calígula, fue el único que pudo abrirse paso, espada en mano, por medio de los rebeldes; y su audacia le salvó la vida. Aunque el ejército estaba sin gefe, no se observaba en él ni tumulto, ni anarquia: los soldados, sin que nadie se lo mandase, cuidaban como antes de la guardia y provisiones de los reales. Este órden, raro en una sedicion, anunciaba que seria larga. Germánico, sobrino de Tiberio, nieto de Livia, y esposo de Agripina, nieta de Augusto, mas ilustre por sus virtudes que por sus títulos, acudió prontamente para reducir á este ejército faccioso. Encontró en las puertas del campamento una multitud de soldados que le mostraban sus bocas sin dientes, sus pechos llenos de cicatrices, sus cuerpos encorvados por la vejez. Mándales formarse por compañías, y sube al tribunal. Despues de haber invocado la memoria de Augusto, recuerda los triunfos de Tiberio, y atribuye las victorias pasadas y la tranquilidad de las Galias á la concordia de los gefes, y á la sumision de los soldados. Escuchanle con respeto y silencio; pero cuando habla de la antigua disciplina, representa á las legiones su deber, y las

acusa de sedicion, se levanta un murmullo que crece, se fortifica, y llega á ser gritería. Destrozan con furor sus túnicas, se quejan de la pequeñez del sueldo, de la larga duracion del servicio, y de la dureza de los gefes que los obligan incesantemente á abrir fosos, hacer atrincheramientos, trasportar leña y forrage, y conducir carros. Piden que se cumplan las promesas de Augusto, y que se les conceda tregua en los trabajos, y algunos momentos de tranquilidad antes de la muerte. En fin, todos manifiestan su amor á Germánico, y le prometen inviolable fidelidad, si quiere aceptar el imperio. A esta palabra, Germánico, como si con el pensamiento solo se hubiera mancillado su honor, se arroja del tribunal, y quiere huir: los soldados le oponen sus armas, y lo detienen. Declara que morirá antes de ser infiel: saca su espada, y la dirige contra su pecho. Algunos le detienen: otros mas feroces le gritan que se *mate*; y un soldado, llamado Calusidio, le presentó su acero, diciéndole: *este tiene mejor filo*. En fin, los oficiales lo sacan de enmedio de los amotinados, y lo conducen á su tienda. Celébrase consejo de guerra: la posicion era crítica: el enemigo, sabedor de estas discordias,

amenazaba con una invasion: el rigor era peligroso: la condescendencia vil. Supúsose pues una carta de Tiberio que concedia el licenciamiento despues de veinte años, y el grado de veterano despues de diez y seis, y doblaba los legados de Augusto. El soldado temió un lazo, y pidió que se le satisficiese al punto: fue preciso ceder: se despacharon las licencias, y se pagaron las gratificaciones.

Germánico, sabiendo que el ejército del alto Rin se habia rebelado tambien, acudió á él, lo contuvo en su deber, recibió sus juramentos, y volvió á Bona, ciudad cercana á Colonia, donde dió audiencia á los diputados que le enviaba el senado. Las legiones, atemorizadas con el remordimiento de su rebelion, temieron que el senado queria revocar las gracias logradas por un tumulto. Enfurécense de nuevo, corren á las armas, rodean la casa de Germánico, rompen las puertas, le sacan de su cama, se apoderan del águila del general, insultan á los senadores, y quieren matar á Planco, varon consular, y gefe de la diputacion, el cual se abrazó con las águilas y los estandartes, buscando asilo en aquellas insignias sagradas. Germánico se arroja en-

medio de los facciosos, les manda que le escuchen, sube al tribunal, recuerda la dignidad del senado, el derecho de legacion, la ignominia de violarlo : les ordena retirarse á sus tiendas, y hace salir para Roma á los senadores con una escolta de tropas ausiliares. El fuego de la sedicion quedó encubierto y no estinguido. Agripina queria participar de los peligros de su esposo; pero éste se negó á ello, y la mandó salir de los reales. La esposa de un general romano, la nieta de Augusto, rodeada de mugeres afligidas, se retira con su hijo en los brazos del campamento, como de una ciudad tomada por los bárbaros. A la noticia de su partida, á los gemidos de las mugeres que se separan de sus esposos, los soldados acuden, se amontonan, hacen preguntas á los de la escolta, y se les responde que Agripina huye á Treviros. La memoria del grande Agripa, del divino Augusto, de Druso, tan amado de los ejércitos, de la gloria de Germánico, y de las virtudes y fecundidad de Agripina; en fin, la vista de su hijo, criado en los reales, y al cual ellos mismos habian dado el nombre de Calígula, por la caliga ó calzado militar de que usaba, esparcieron en todos los ánimos la cons-

ternacion, la vergüenza y la piedad. Opónense al viage de la princesa, la detienen, y corren detras de ella á la tienda de Germánico. Ya no amenazan, sino suplican. Germánico, hablándoles en un tono donde dominaban el dolor y la ira, les dijo: «liberto de vuestros furores mi muger y mi hijo, no porque los ame mas que á la república y á mi padre; pero á César lo defiende su dignidad, al imperio otras legiones mas fieles, y mi familia está indefensa. La inmolaria por vuestra gloria, mas no á vuestra rabia. Matadme á mí, y dejadla. ¿De qué crímen no sois capaces? ¿qué nombre puedo daros? ¿el de soldados, teniendo cercado á vuestro general? ¿el de ciudadanos, cuando violais la autoridad del senado? Los pueblos mas bárbaros respetan el derecho de gentes, y vosotros lo profanais. Julio César calmó con una palabra una sedicion, negando el nombre de soldados á los rebeldes: Augusto con una mirada reprimió á los vencedores de Accio; y á mí, su hijo, respetado de los demas ejércitos, ¡me tratais con esa indignidad! ¡vosotros, á quienes Tiberio y yo hemos conducido tantas veces á la victoria: vosotros enriquecidos por él con tantos beneficios! Asi, cuando todas las provin-

cias del imperio, cuando todas las legiones no le dan sino motivos de satisfaccion, yo tengo que anunciarle que aqui sus soldados desconocen su poder, ciegos por la codicia: que en estos reales se asesina á los centuriones, se arroja á los tribunos, se insulta á los legados: que los campos y rios se tiñen de sangre, y que yo, su hijo, arrastro una vida precaria enmedio de enemigos. ¿Por qué me quitasteis la espada? El que me ofreció la suya me queria mejor: hubiera muerto sin ser testigo de vuestra ignominia y de vuestros crímenes. Vosotros hubierais recordado del delirio; y no queriendo dejar á otros el honor de domar la Germania, hubiérais nombrado un gefe, que aunque no vengára mi muerte, castigase por lo menos á los homicidas de Varo y de sus legiones. Alma del grande Augusto, que me oyes desde el cielo, y tú, sombra de Druso, mi padre, presentes siempre á mi memoria, bajad, mostraos á vuestros soldados, borrad el oprobio de los romanos, dirigid contra el enemigo el furor que los anima contra sí mismos. Y vosotros, guerreros, cuyo arrepentimiento leo en vuestros semblantes, si estais resueltos á volver al senado sus legados, al emperador sus legiones, á

Germánico su familia, alejaos del contagio, y separaos de los sediciosos para probarme vuestro remordimiento y fidelidad.» A estas palabras, los soldados aterrados, enternecidos, desarmados, se arrojan á sus pies, le piden que castigue á los delincuentes, que perdone á los débiles, que no confie su muger y su hijo á una escolta bárbara, y que se ponga al frente de las legiones para marchar al enemigo. Las palabras de Germánico habian mudado los ánimos: la tropa misma entregó á los gefes de la sedicion al tribunal de Cetronio, lugarteniente de la legion primera. Las tropas, espada en mano, rodeaban el tribunal; y apenas Cetronio declaraba á uno delincuente, los soldados le mataban, creyendo espiar su falta, y justificarse con la muerte de sus cómplices. De este modo puso fin Germánico á la sedicion, sin que se le pudiese tachar de rigoroso; pues los mismos rebeldes cometieron y castigaron el crimen.

La sublevacion de las legiones causaba grande inquietud á Tiberio: grande fue tambien la alegría que le causó el sometimiento; pero turbada por la envidia que le inspiraba Germánico. Mientras mas odio le tenia por sus virtudes,

mas esagerados fueron los honores y alabanzas que le prodigó. Creyéndose menos obligado á reprimir su rencor contra Julia, despreciada de los romanos; y olvidando que á su casamiento con ella debia el imperio, le quitó la pension de que subsistia, y la obligó á morir de hambre. Sin embargo, la memoria reciente del reinado de Augusto, la larga costumbre de respetar su autoridad, la admiracion que se tributaba á sus leyes y reglamentos, el deseo de afirmarse en el trono, y el temor de ver á Germánico ascender á el por el amor del pueblo, obligaron al emperador á vencer su carácter, á encerrar sus vicios en lo íntimo de su corazon, y á cubrirlos con el velo de la moderacion y de la justicia. Y así, los primeros años de su reinado fueron comparables con razon á los últimos de Augusto, y con igual razon se dijo que á los fines de su vida escedió á Octavio en crueldad y artificio. Su profunda disimulacion ocultaba su carácter tiránico, y apenas dejaba ver la autoridad. Rechazando á los aduladores, no quiso que le erigiesen templos, ni aceptó estátuas, sino despues de haber prohibido que se colocasen entre las de los dioses. Por modestia, y quizá por

conviccion; se negó á que se le diese el nombre de *padre de la patria*. El senado promulgó un decreto que obligaba á todos los ciudadanos á respetar, conservar y ejecutar siempre las leyes de Tiberio: se opuso á ello, diciendo, que nada salia perfecto de las manos de los hombres: que todo se mudaba y perfeccionaba en el mundo, y que en la mayor elevacion habia mayor peligro de engañarse, caer y perecer. Cuando los delatores, peste de la monarquía, que especulan sobre los temores y las pasiones de los príncipes, procuraron irritarle, denunciando algunos libelos escritos contra él, y algunas conversaciones contra su administracion, respondió: «¿debe estrañarse que hombres libres hablen libremente en una ciudad libre?» El senado, que se mostraba hambriento de tiranía, propuso hacer informaciones contra los delincuentes, y castigarlos. «Ocupaos, dijo el emperador, en negocios mas importantes: yo me vengaré, refutando las calumnias con mis acciones.» Reprimiendo cuidadosamente su inclinacion á la avaricia y á la deshonestidad, se vió al mas codicioso é impuro de los mortales dictar leyes las mas sábias y severas contra el libertinage y la

avidez. Cuando los gobernadores de provincia le proponian que aumentase sus rentas, respondia: «el buen pastor trasquila y no desuella las ovejas.» Publicó edictos rigorosos contra el lujo, y desterró de Roma algunas personas de familias muy nobles, cuyas costumbres eran desarregladas y escandalosas. Sus decretos sobre la administracion de justicia reprimieron los robos y establecieron la seguridad en los caminos. Su firmeza vigilante imponia respeto á los estrangeros; su discernimiento en las recompensas animaba el mérito. Afectando consideracion á los ciudadanos, libertó á Roma del gravámen de los alojamientos, é hizo acampar á los pretorianos fuera de la ciudad. Popular, aunque grave en sus modales, cumplia cuidadosamente en su vida privada todas las obligaciones de ciudadano. Mostraba mucho respeto al senado: le dejaba toda libertad en las discusiones y nombramientos, y un dia dijo á Quinto Haterio: «Perdona si como senador me opongo á tu dictámen.» «Padres conscriptos, añadió, cuanto es mayor la autoridad de un príncipe justo y sabio, tanto mas obligado está á mostrar su reconocimiento al senado y pueblo que se la han confiado. Jamás varia-

rán mis sentimientos: sé que sois rectos y bondadosos, y sereis siempre mis maestros.» Le pagaron estos elogios con adulaciones. Aunque le estimaban por su conducta, nunca pudieron amarle: el instinto de los corazones, mas seguro que la reflecsion, descubrió, á pesar del disimulo, su perverso carácter. Mas el imperio prosperaba: las leyes estaban en vigor: las propiedades respetadas: los ejércitos sumisos: los bárbaros contenidos ó castigados; y la monarquía, que parecia haber conseguido su objeto, era la protectora del órden y de la libertad.

Victorias de Germánico. (18.) Germánico pasó el Rin al frente de sus legiones, venció muchos pueblos, y sostuvo contra Arminio un combate, cuyo écsito fue dudoso. El rigor de la estacion le obligó á volver á Galia, y la retirada fue dificil y peligrosa, atacado siempre por los bárbaros, envuelto á veces en desfiladeros estrechos, obligado á pelear en un terreno pantanoso, sobre el cual apenas podian sostenerse los hombres y caballos. Su constancia y valor le libertaron de todos estos riesgos. Una parte de su ejército estuvo ya para probar la suerte del de Varo: Cecinna, su lugartenien-

te, que juntaba al valor de un jóven la esperiencia de cuarenta años de militar, rechazó á los enemigos y salvó las legiones de una ruina total.

El año siguiente Germánico fue mas dichoso. Domó á los angribarios, queruscos y catos, y recobró las banderas perdidas por Varo: cuando llegaron al sitio funesto en que habia perecido este imprudente y desgraciado general, las legiones se horrorizaron viendo los bosques sombríos, las rocas escarpadas, las ruinas de las murallas, las armas rotas, los huesos esparcidos, y las cabezas desfiguradas y clavadas en los árboles. Allí peleó Varo con el valor de un romano, pero sin esperanza de salvacion: aquí viendo forzados sus atrincheramientos por una nube de enemigos furiosos, se hundió la espada en el pecho, prefiriendo la muerte á la esclavitud: mas lejos se veian aquellas piedras, altares agrestes y lúgubres en que los bárbaros sacrificaron tantos prisioneros: en otra parte los grandes montones de huesos señalaban el sitio en que los mas valientes se habian muerto unos á otros, burlando con el suicidio los furores del vencedor. A este espectáculo horrible los romanos creian oir los gemidos de los moribundos

y los gritos de victoria de los bárbaros: miraban silenciosos y tristes el funesto teatro de la ignominia de tantas legiones: pero en breve sucedió al dolor el deseo de la venganza, desterró el espanto y los animó con un ardor que los hacia invencibles. Germánico, apresurando su marcha, venció todos los obstáculos que le oponian el clima, la naturaleza y los hombres: en fin, alcanzó al temible Arminio, y le dió batalla. El odio era antiguo, el valor igual, la lid fue larga y terrible. Despues de una obstinada resistencia los bárbaros fueron arrollados: Arminio huyó, y Germánico no encontró ya enemigos. Todas las ciudades se sometieron, y el vencedor erigió una columna, cuya inscripcion era tan modesta como brillantes las hazañas que recordaba. Decia así: «Vencidos los pueblos que habitan entre el Rin y el Elba, el ejército de Tiberio César ha consagrado este monumento á Marte, Júpiter y Augusto.» Tiberio, envidioso de la gloria de Germánico, resolvió entonces alejarle de las legiones que habia conducido á la victoria; pero algunos sucesos que turbaron su tranquilidad le obligaron á retardar la ejecucion de este designio. Clemente, esclavo de Agripa Póstumo, de la misma edad y fisono-

mía de su amo, fingió ser él; y el pueblo, amigo en todas partes de lo maravilloso, parecia dispuesto á abrazar su causa. Pero el esclavo sostuvo mal una empresa tan atrevida: fue derrotado, preso y conducido á Tiberio. Este le preguntó: «¿de qué manera te has convertido en Agripa?» «Como tú en César,» le respondió el rebelde. El emperador, temiendo las disposiciones del pueblo y de muchos senadores, favorables á aquel impostor, le mandó matar en la cárcel.

Al mismo tiempo los partos, habiendo asesinado á dos de sus reyes, rehusaron el trono á un príncipe, hijo de Fraates, que Tiberio deseaba colocar en él, y que estaba en rehenes en Roma. Tomaron las armas y se apoderaron de la Armenia. Tiberio se aprovechó de esta circunstancia para apartar á Germánico de su ejército y enviarlo al Asia. Disfrazando su odio con las apariencias de una engañosa amistad, le escribió que se le habia concedido el triunfo, y que debia venir á Roma á recibir el premio de sus hazañas. Le recordaba las campañas que habian hecho juntos en otro tiempo, y le mostraba, meditando su perdicion, todos los afectos de un padre para un hijo. Germánico respondió, que si habia adquirido

alguna gloria en la provincia donde Augusto le habia enviado nueve veces, la debia en la mayor parte á los consejos y ejemplos de Tiberio; y suplicaba que le dejase por un año el mando del ejército para acabar de someter aquella comarca vasta y belicosa. Tiberio, decidido á separarle de las legiones que le adoraban, le hizo nombrar cónsul. Germánico volvió á Roma triunfante. Todo el pueblo salió á recibirle: su gracia, su ademan magestuoso, sus virtudes, sus hijos sentados en el carro, la vista de los estandartes de Varo reconquistados, llenaron á Roma de alegria y á Tiberio de enojo. Edificóse un templo á la fortuna en honor de Germánico, y cada ciudadano recibió una gratificacion de trescientos sestercios. El emperador, que no podia fingir por mucho tiempo la virtud, empezaba á cometer actos que descubrian la perfidia y violencia de su carácter. Se vengó de Arquelao, rey de Capadocia, que durante su destierro en Rodas le habia desatendido, haciéndole venir á Roma con fingidas promesas, mandándole prender y acusar con falsos pretestos, hasta que el infeliz murió de pesar. La muerte de Antioco, rey de Comagene, y la de Filopator, rey de Capadocia, pro-

dujeron alteraciones en sus estados. Las concusiones de los gobernadores de Siria y Judea escitaron los pueblos á la rebelion: el senado se alarmaba, y Tiberio se valió de estos movimientos para enviar á Germánico al Asia, único general, decia, capaz de tranquilizar el oriente. Al mismo tiempo que le daba en apariencia una señal tan grande de estimacion, quitó el gobierno de Siria á Silano, amigo de aquel príncipe, y lo dió á Pison, hombre ambicioso, violento, sin virtudes, envidioso de todo mérito y pronto á arrostrar el desprecio público para ganar con baja esclavitud el favor de su amo. Plancina, su esposa, era digna de él. Se creyó que Tiberio y Livia le habian dado comision secreta para malograr todos los designios de Germánico, sublevar contra él las legiones y los pueblos, y aun asesinarle, si hallaban ocasion y medios. Germánico obedeció: partió al Asia con su muger y sus hijos: los esfuerzos, las intrigas, las asechanzas y prodigalidades de Pison y Plancina fueron vencidos al principio por la virtud, la prudencia y valor de Germánico. Calmó la fermentacion de los pueblos disminuyendo los impuestos: conquistó la Armenia: derrotó á los partos: les obli-

gó á deponer las armas y á solicitar la paz, y redujo á provincias romanas la Comagene y la Capadocia.

Muerte de Germánico. (19.) Pison y Plancina envenenaron todas sus acciones, y con sus calumnias irritaban incesantemente el recelo y la envidia de Tiberio. Germánico oponia á su destruccion la sola arma de los grandes caractéres, el desprecio y la dignidad. Pacificado el oriente, quiso visitar el Egipto, pais igualmente famoso por su antigüedad, leyes y monumentos. Acusósele tambien por este viage. Tiberio le escribió censurándole haber violado una ley de Augusto, que prohibia á los senadores, patricios y caballeros ir al Egipto sin comision ó licencia. Pison aprovechándose de la ausencia del general, habia logrado en fin introducir en las tropas el espíritu de sedicion. Germánico sorprendió á su vil enemigo volviendo prontamente, redujo las legiones al deber, y despues de haber reprehendido con severidad á Pison, limitó el castigo á suspenderle momentáneamente de sus funciones.

Pison, demasiado perverso para creer en la clemencia, temia una venganza mas dura: disimuló su odio bajo la apa-

riencia de una fingida sumision, hizo dar á Germánico por medio de un esclavo sobornado un veneno lento, y se retiró á una isla cercana para esperar su efecto. La mayor parte de los historiadores dicen que Pison y Plancina cometieron este delito por órden del emperador. Así cuenta Tácito los últimos momentos de aquel héroe: Germánico, viendo prócsimo su fin, y no pudiendo desconocer la naturaleza de su enfermedad, dijo á sus amigos consternados: «Si pereciese yo naturalmente, podria quejarme de los dioses por robarme en edad juvenil á mis parientes é hijos; pero soy víctima de Pison y Plancina, y deposíto en vuestros corazones mis últimos votos. Contad á mi padre y mi hermano las persecuciones que he sufrido, las asechanzas que me han rodeado, los tormentos que padezco, y el desgraciado fin de mi vida. Si mis brillantes esperanzas, mis victorias y la elevacion de mi familia, me han acarreado envidiosos mientras viví, ellos mismos lloran al contemplar que una muger ha destruido al que perdonaron tantas batallas, al que gozaba de una suerte tan dichosa. Llevad vuestras quejas al senado, invocad las leyes. La obligacion principal de

los amigos no es honrar al difunto con vanas lágrimas, sino acordarse de su voluntad, y llenar sus intenciones. A Germánico lloran aun los que no le conocen: solo á vosotros toca vengarle, si sois mas adictos á mi persona que á mi fortuna. Mostrad al pueblo romano mi muger, nieta del divino Augusto: mostradle mis seis hijos: la compasion, favorable ordinariamente á los acusados, protegerá esta vez á los acusadores. Si los delincuentes declaran que el crímen ha sido mandado, ó no se les creerá, ó no se perdonará su declaracion.» Todos los que rodeaban el lecho, estrechando su mano desfallecida, juraron vengarle ó morir. Mandó despues á su muger que se acercase: la conjuró por amor á él y á sus hijos, que moderase su altivez y que cediese á los golpes de la fortuna, para no escitar contra ella celos poderosos y temibles. Esto le dijo en público, y se creyó que le habló en secreto del temor y sospechas que Tiberio le inspiraba. Pocos momentos despues espiró. Su muerte causó un luto general en las provincias y pueblos vecinos. Las naciones y los reyes le lloraron. Ninguno fue mas amable con los aliados, mas humano con los vencidos. Sus miradas y pala-

bras causaban respeto y amor. Era popular sin familiaridad, grave sin orgullo: la memoria de sus virtudes y elogios sinceros fueron la sola pompa, las solas imágenes que adornaron sus funerales. El lugar en que murió, su hermosura, su edad y el género de su muerte hicieron que se le comparase á Alejandro Magno. Entrambos de una familia ilustre, favorecidos por la naturaleza y la fortuna, habian perecido jóvenes á la edad de poco mas de treinta años en un pais estrangero por la traicion de sus conciudadanos; pero Germánico era mejor amigo y mas sóbrio. Solo se habia casado una vez: ninguna duda podia mancillar su prole: era tan valiente como Alejandro, y menos temerario. Solo la envidia de Tiberio le impidió subyugar á los germanos, tantas veces vencidos; y si hubiese llegado al imperio, hubiera escedido al héroe de Macedonia en reputacion militar, como le escedia en virtudes. En este elogio noble se ve que Tácito participaba del error comun, creyendo que Alejandro habia muerto de veneno como su héroe. Germánico dejó tres hijos, Neron, Druso y Cayo Calígula, y tres hijas. Murió el mismo año que Tito-Livio, el mas elegante de los his-

toriadores romanos, y Ovidio, el mas amartelado de los poetas (771 de Roma).

Tiberio, libertado por el veneno del grande héroe á quien temia, se vió forzado por la opinion pública á encerrar en el fondo de su alma su horrible y vergonzoso regocijo. Apenas se supo en Roma la muerte de Germánico, cuando sin ningun edicto se abandonaron los tribunales, se cerraron las tiendas y quedaron desiertas las calles. No se oia mas que sollozos y gemidos: el pueblo, viendo la virtud inmolada al crímen, descreyó de la justicia de los dioses, rompió enfurecido sus imágenes y derribó sus altares: ni se limitaba á ecsalar imprecaciones contra Pison: maldecia declaradamente al emperador y á Livia. La llegada de Agripina, que traía las cenizas de su esposo, renovó el dolor y ecsaltó los resentimientos. Todos los veteranos que habian servido á las órdenes de Germánico, hacian su elogio: todos los ciudadanos lo confirmaban con sus lágrimas. El senado y el pueblo recibieron á las puertas de Roma á la viuda del héroe, y le prodigaron los mayores honores. El mismo Tiberio se vió obligado á manifestarse afligido como los romanos, y á pagar á su víctima el tributo de ala-

banza y duelo. Se depositaron las cenizas en el túmulo de Augusto, donde fueron conducidas á la luz de mil antorchas. El profundo silencio que reinaba en esta ceremonia fúnebre, fue interrumpido súbitamente por un grito universal: la voz del pueblo y la de los soldados, aunque ahogada entre gemidos, pronunciaba solo estas palabras: «la república ha perecido con Germánico.» Tiberio, disimulando el pesar de un género muy diferente, que le causaba el duelo comun, llenaba de elogios á Agripina, llamándola *el honor de las matronas romanas*. Aunque el pueblo habia manifestado su odio á Pison con la misma vehemencia que su amor á Germánico, aquel vil asesino, que se creia cierto de la proteccion de Tiberio, se atrevió á presentarse en Roma. Pronto conoció que ningun apoyo es menos sólido que el de un tirano. Agripina lo acusó ante el senado de concusionario, rebelde y envenenador. Oyóse su defensa sin interrumpirle; pero pudo leer su sentencia en las amenazas del pueblo y en el semblante de sus jueces indignados. Un dia amaneció muerto en su cama. Habíansele visto en la mano muchas cartas de Tiberio, que queria presentar para su jus-

tificacion. Seyano, valido del emperador, se lo disuadió, le engañó con esperanzas, le asesinó y sepultó en su tumba el horrible secreto de Tiberio.

La hipocresía era ya inútil al emperador, no teniendo rival á quien temer, ni hombres fuertes y virtuosos, á cuya vista avergonzarse. La máscara se le habia caido: el dolor de los romanos habia manifestado el odio que le profesaban. No teniendo ya esperanza de engañarlos, resolvió esclavizarlos: despreció y aborreció á todos los hombres, así como era despreciado y aborrecido por ellos. Augusto habia confundido siempre sus intereses con los del público: Tiberio separó los suyos de los del estado: no juzgó de las acciones por el bien ó el mal de ellas, sino por el placer ó disgusto que le causaban. Privó al senado, no solo de su independencia, mas tambien de su dignidad. Los senadores, promoviendo su propio envilecimiento, le adulaban á porfia. El mismo Tiberio, fatigado de su bajeza, esclamó un dia en medio de la curia: «¡Oh vil nacion, hecha para la servidumbre!» Se declaró cónsul, y tomó por colega á Druso, su hijo, sin observar las antiguas formalidades. La muerte de Germánico dió áni-

mo y esperanzas á los bárbaros : Floro y Sacroviro escitaron una rebelion en las Galias. Sus primeros progresos espantaron á Tiberio : cobarde en su vejez, temia que la guerra le arrancase del seno de las liviandades. Cayo Silio venció á los rebeldes : se le pagó con elogios; y el jóven Druso, que no habia salido de Roma, recibió el premio debido al vencedor, y obtuvo la potestad tribunicia. El numida Tacfarinas emprendió restituir la independencia á su patria : Bleso le derrotó en batalla campal; y el emperador, mas justo entonces, permitió á las legiones que le saludasen *imperator*. Poco tiempo despues estuvo á riesgo de perder la vida por haberse desplomado la casa en que se hallaba. Seyano, cuya fuerza era estraordinaria, le cubrió con su cuerpo, y sostuvo y echó á un lado con sus manos vigorosas una columna que iba á caer sobre el emperador. Ya este le amaba : desde entonces le recibió por valido, y se dejó dominar de él. Seyano, atrevido y astuto, ocultaba su ambicion bajo el velo de una lealtad sin límites. Tiberio, que veia en él sus mismos vicios, amó su imágen, le prefirió á su propia familia, le elevó á las dignidades mas altas, le dió el mando de su guardia, le alabó en

el senado como el ministro mas hábil y compañero de todas sus tareas; en fin, permitió que se le erigiesen estátuas en Roma.

Muerte de Druso. (23.) Seyano aspiraba al imperio, y Druso, hijo del príncipe, le cerraba el camino del trono. Este jóven, impetuoso y altivo, no podia sufrir la insolencia del favorito: en una disputa que tuvo con él, le dió un bofeton. Seyano, ardiendo en deseos de vengarse, sedujo á Livila, hermana de Germánico y esposa de Druso, le inspiró un amor criminal, le propuso quitar la vida á su marido para libertarse de su resentimiento, y subir al trono destinado á su víctima. Este vil seductor sabia á qué grado de infamia se llega cuando se ha entrado una vez en el camino de los delitos, y cuán capaz es de cometerlos una adúltera que ha violado el primero de sus deberes. Livila, esposa del heredero del trono, y en cuyas venas corria la noble sangre de Germánico, consintió en deshonrarse con el mas execrable de los delitos, y prometió al adúltero la muerte de su esposo. Tudemo, su médico, dió un veneno al príncipe, del que murió á los pocos dias. La afliccion de Tiberio ni fue gran-

de ni duró mucho : el pueblo no desconoció al autor del atentado. El pérfido Seyano trabajaba incesantemente en irritar el carácter de su amo y lisonjear su inclinacion á los placeres y á la crueldad. Cada dia le espantaba con imaginarias conspiraciones; y ofreciendo á sus deseos nuevas bellezas y nuevas víctimas, le hacia odioso á los romanos y despreciable á los estrangeros, minaba su poder, y esperaba sucederle. El emperador, entregado á sus consejos, era cada dia mas suspicaz, caprichoso y estravagante. La edad, en lugar de calmar sus pasiones, recalentaba y nutria sus vicios : envidioso de todo crédito, de toda opulencia, de toda prenda, miraba como culpable á cualquiera que merecia aprecio. A los que no se atrevia á matar, los alejaba de Roma. Los empleos, que en otro tiempo eran recompensas, fueron destierros. Tiberio nombraba gobernadores para echarlos de Italia, y generales para comprometerlos y arruinarlos.

Tacfárinas se rebeló de nuevo. Dolabela lo venció y mató. Tiberio le negó el triunfo, y sin razon ni vergüenza lo concedió á Seyano. Todas las ciudades tributarias del imperio le habian enviado diputaciones para darle el pésame por

la muerte de su hijo : los de Ilion llegaron un poco tarde. El emperador los recibió con desprecio, y les respondió burlándose, que «él tambien sentia mucho la muerte de Hector.» Los hijos de Germánico oponian todavia obstáculos á la ambicion de Seyano ; porque los derechos de su nacimiento, la gloria de su padre y el amor del pueblo , les prometian el trono. Seyano juró su muerte : Agripina los defendió por mucho tiempo con su vigilancia; y por mas influjo que tuviese el favorito con el emperador, no se atrevia á herir á su vista las reliquias de su familia. El artificioso ministro, oprimiéndole diariamente con inquietudes y fastidios, hizo que se disgustase de Roma y de los negocios , y le persuadió á buscar un retiro pacífico , desde el cual pudiese derramar sangre sin temor de venganzas, abandonarse á los mas vergonzosos deleites sin recelo de la malignidad del pueblo, y entregarse, lejos de las importunidades del senado, á las meditaciones que esigia la seguridad de su vida y de su poder. El objeto del favorito era que solo viese por sus ojos, y someterlo á todas sus voluntades. Tiberio, con el pretesto de edificar dos templos en Cápua y Nola, visitó la Campania, y se fijó últimaa-

mente en la isla de Cápreas, morada deliciosa, é infame por las deshonestidades y crueldades de este príncipe. Tiberio, enemigo de la verdad, y amante de las delaciones, como todos los gobernantes perversos, no veia en su corte mas que denunciadores. La conducta mas pura no libertaba de sus sospechas y venganzas: se emponzoñaban las conversaciones mas sencillas, hasta el silencio era acusado: pronunciar casualmente los nombres de Bruto ó Casio, era delito capital: lo era tambien no hacer sacrificios á Augusto; y sin embargo, quien le echaba menos, se hacia sospechoso; de modo, que se mandaba tributarle adoraciones, y estaba prohibido su elogio. La tristeza se achacaba á descontento peligroso: la alegria, á esperanza criminal. Seyano derramaba principalmente su veneno contra Neron y Druso, hijos mayores de Germánico; y el senado en vez de resistirle, favorecia infamemente sus furores. Estos jóvenes príncipes y su madre, sospechosos á Tiberio, fueron declarados enemigos del imperio. Agripina exhaló su cólera en quejas, fue desterrada, insultada, y murió en el destierro y en la miseria. Sus hijos perecieron de hambre en la cárcel. Al mismo tiempo falleció Livia, á la edad

de 86 años: el desprecio que su indigno hijo le manifestó, fue el castigo de su orgullo y de sus traiciones. El emperador, envidioso de su madre, se habia opuesto á todos los honores que el senado quiso concederle, la abandonó enteramente en su última enfermedad, prohibió hacerle ecsequias honrosas, anuló su testamento, y persiguió á todos sus amigos.

Muerte del Salvador. (33.) Tiberio habia dado el gobierno de Judea á Poncio Pilato. Este entregó á Jesucristo en manos de los judíos, que le crucificaron. Tertuliano dice que Pilato, admirado de los prodigios que se siguieron á la muerte del Salvador, dió cuenta de ellos á Tiberio, y que este príncipe, habiendo propuesto colocar á Jesus en el número de los dioses, el senado se opuso á ello. Añade que el emperador amenazó con la muerte á todos los que acusasen á los cristianos. Tertuliano es el solo autor que cuenta este hecho; y debe confesarse que Tiberio fue el príncipe menos digno de conocer y proteger la religion de la caridad.

La delacion, el mas funesto de los azotes, animada por el carácter avaro, cruel y suspicaz del emperador, arrastraba al suplicio los mas ilustres ciudada-

nos. El valido, que habia puesto en moda semejante veneno, acabó por ser su víctima. Tiberio descubrió que amenazaba su trono y su vida: aterrado por el poder del ingrato que le debia su elevacion, tiembla cuando se resuelve á destruirle: manda armar muchos buques para huir, si Seyano triunfaba. El miedo le obliga á usar del lenguage de la bajeza: escribe al senado como suplicante, é «implora su proteccion á favor de un pobre viejo privado de su familia, y abandonado de todos.» El ódio, largo tiempo comprimido, estalla con furor. Seyano es preso, condenado, ahorcado por el verdugo, y arrastrado por el pueblo en las calles. Cuanto mayor fue la infamia con que se le habia adulado, mayor fue la rabia con que se le insultó, creyendo los abatidos borrar su ignominia con el esceso de la venganza, y sobrepujando la injusticia que castigaban. Toda su familia y amigos perecieron, y Plancina participó de su suerte. El dia antes, la amistad del valido era solicitada por todos los romanos: despues de su muerte fue un crimen. Tiberio no tardó en probar que la ruina de su ministro no habia disminuido en nada su tirania: oprimió con impuestos las provincias, se enriqueció

con los despojos de todos los príncipes de Galia, y de todas las ciudades de Asia y Grecia. Confiscaba los bienes de los ricos, diezmaba la nobleza, y no perdonaba ni aun á sus infames cortesanos. De las veinte personas que componian su consejo, hizo morir á diez y siete. Su crueldad inflecsible prohibia llevar luto por los condenados. Lejos de sentir la muerte de los príncipes de su familia, decia que: «Priamo habia sido muy feliz en haber sobrevivido á todos los suyos.» Un dia se atrevieron á hablarle de los peligros á que le esponia el ódio de los romanos. «Aborrezcan, respondió, con tal que teman.» Su barbárie era ingeniosa: se entretenia en prolongar los suplicios é inventar otros nuevos. Una muerte voluntaria le parecia un robo hecho á su crueldad. Sabiendo que el senador Carnacio se habia muerto á sí mismo, esclamó: «¿cómo se me ha escapado ese hombre?» Algunas veces añadia la burla á la inhumanidad. Un condenado le pidió por única gracia que se le diese una muerte pronta: «no soy tan amigo tuyo, que te conceda ese favor,» le respondió el mónstruo. Sin embargo, enmedio de sus furores, se notaba el suplicio á que le condenaban sus remordimientos, de cuya

accion secreta, profunda y terrible no puede libertar ni aun el poder mas despótico. Un dia, pidiendo al senado el perdon de un reo, se espresaba asi en su carta: «los dioses y las diosas me han puesto en tanta perplejidad y afliccion, que no sé cómo ni por qué os escribo.» Solo el esceso de su infame liviandad podia distraerle de sus penas insufribles y de sus eternos terrores. Tirano en sus placeres como en sus venganzas, ultrajaba con sus violencias la virtud de las mugeres mas distinguidas y el pudor de las doncellas; y no se puede decir mas, sino que convirtió su casa en un lupanar. Algunas veces pensaba en volver á Roma, se acercaba á la ciudad, y no se atrevia á entrar. Gastado por los vicios y la edad, habia perdido el valor y el talento, que suplieron en su juventud por las virtudes que le faltaban. Las riendas del imperio parecian escaparse de su mano ensangrentada y moribunda. Su estupor despertó á los enemigos de Roma: los dacios se apoderaron de la Mesia: los germanos talaron la Galia: Artabano, rey de los partos, despreciando su debilidad, conquistó la Armenia, le reprendió sus crímenes y su vil ociosidad, y le aconsejó espiar su oprobio con una muerte vo-

luntaria. Tiberio, atormentado por el odio general que se le tenia, detestaba á los hombres, y dijo muchas veces: «que deseaba que el universo pereciese cuando él.» Habia pensado en tomar por sucesor á Claudio, hermano de Germánico; pero le dejó por imbécil, y eligió por heredero del trono á Cayo Calígula, á quien amaba por sus vicios. Decia con un regocijo horrible: «en este jóven he criado una serpiente que devorará á Roma: un faeton que abrasará el mundo.» Calígula se atrevió un dia á burlarse delante de él de la abdicacion de Sila. «Tú tendrás, le dijo Tiberio, todos los defectos de este hombre célebre, y ninguna de sus virtudes.»

La salud del emperador declinaba: inaccesible á los consejos de la medicina, como á los de la razon, jamas quiso emplear los ausilios del arte para favorecer á la naturaleza. Su mácsima era, que «es necio el hombre que á los treinta años no sabe ser médico de sí mismo.» Sus fuerzas le abandonaron rápidamente: un dia le tomó un desmayo, creyósele muerto, la alegria fue general; pero cuando volvió, el miedo heló á todos los circunstantes. Macron, prefecto del palacio, y Calígula, temiendo su venganza, le ahoga-

ron entre las almohadas. Murió el año 789 de Roma, á los 78 de edad y 22 de su reinado. El pueblo enfurecido queria arrojarle al Tiber: los mas juiciosos, enterrarlo en el lugar destinado á los reos. Este príncipe descendia de una familia ilustre, que solo él mancilló. Era su progenitor Ata Claudio, oriundo de Regilo, en el pais de los sabinos. Hubo en su casa veinte y ocho consulados, cinco dictaduras, siete censuras, siete triunfos y dos ovaciones. Su nombre, otras veces respetado en Roma, es ya una injuria aun para los tiranos.

Cayo Calígula, emperador. (37.) Casi todos los príncipes de la familia de Tiberio habian perecido: muchos de ellos por la suspicacia de este viejo cruel, la codicia de los delatores y la ambicion de Seyano. Calígula tenia veinte años cuando el emperador lo llamó á su lado, y supo libertarse por su disimulo de los peligros que le amenazaban en aquella corte tempestuosa. Ocultando cuidadosamente su resentimiento por la persecucion de su familia, mostró en su juventud los vicios de un antiguo cortesano, pareció dócil, sometido y adicto, lisonjeó las pasiones del príncipe y los caprichos de los privados, y se dijo de él con razon

«que nunca se vió un esclavo mejor ni un amo peor.» Hallaba en el palacio de Tiberio placeres conformes á sus inclinaciones: asistia con ansia á los suplicios de los condenados, y se disfrazaba por la noche para ir á las casas de prostitucion. El jóven Tiberio, hijo de Druso y nieto del emperador, parecia que debia cerrarle el camino del trono. Calígula, para vencer esta dificultad, sedujo á la muger de Macron, prefecto del palacio, y le prometió dividir con ella su poder si llegaba á reinar. El emperador le nombró en su testamento coheredero solamente de su nieto. Cuando estaba moribundo, Calígula quiso sacarle el anillo: el viejo espirante abrió los ojos y se defendió. Entonces fue cuando Calígula y Macron le ahogaron. Estos crímenes, sepultados en el recinto casi impenetrable de Cápreas, no se supieron hasta mucho tiempo despues. El nombre sagrado de Germánico protegia á su hijo: el pueblo esperaba que reviviesen en él las virtudes de aquel grande hombre, y los soldados le amaban como alumno suyo. Los votos unánimes del senado, de los caballeros del orden ecuestre, y de las legiones, lo elevaron al trono.

La muerte de Tiberio y la esaltacion

de Caligula escitaron un gozo universal: todas las ciudades hicieron acciones solemnes de gracias á los dioses: se les sacrificaron 160.000 víctimas, presagio funesto de las que iba á degollar en breve la crueldad. Todos los ciudadanos de Roma salieron á recibirle: se presentó en el senado: pronunció el elogio de Tiberio, y aumentó con su fingida modestia el ansia que mostraban por elevarle al poder supremo. Ya fuese porque un débil recuerdo de las lecciones de Germánico y Agripina conmoviese su alma en los primeros instantes, ya porque su carácter feroz se ablandase por el amor que un gran pueblo le manifestaba tan vivamente, ya en fin porque hubiese resuelto poner en práctica el arte profundo de la disimulacion que habia aprendido en Cápreas, no mostró en los primeros tiempos de su reinado mas que virtudes. Despues de celebradas las esequias de Tiberio, el nuevo emperador pasó á la isla de Pandataria, recogió las cenizas de sus hermanos, y volvió á Roma á depositarlas en un magnífico sepulcro. Los delatores se habian anticipado á denunciarle todos los que habian sido en el reinado anterior enemigos de su familia; pero él hizo quemar todas las delaciones sin leer-

las. Se le pasó un informe detallado de una conjuracion tramada contra él: se negó á creerla, diciendo que no habia hecho cosa por la cual mereciese el aborrecimiento. El senado anuló el testamento de Tiberio, y sin embargo él cumplió religiosamente todas sus disposiciones. Dió orden para que los desterrados volviesen á su patria y recobrasen sus bienes. Restituyó á los príncipes estrangeros los estados de que Tiberio los habia desposeido. Antíoco, rey de Comagene, ademas de su reino, que le fue devuelto, recibió 14.000.000 de indemnizacion. Calígula hizo dar 80.000 sestercios á una liberta porque habia sufrido valerosamente los tormentos sin revelar el secreto de su patrono. Uniendo la severidad á la dulzura castigó á los gobernadores concusionarios ó corrompidos, desterró á las Galias á Poncio Pilato, hizo una reforma saludable en el órden ecuestre, echó de Roma á las mugeres mas desarregladas, dió nuevo vigor á las leyes de Augusto, caidas en desuso; y en fin, lejos de parecer envidioso del jóven Tiberio, su coheredero, le nombró príncipe de la juventud. Asi que, el principio de este reinado feroz fue como el de un monarca prudente, suave y virtuoso; y los honores que

entonces se le dieron, fueron concedidos por la gratitud y no por la adulacion. El senado mandó que una vez al año el colegio de los sacerdotes, seguido de todas las corporaciones del estado, llevase al capitolio un escudo de oro con la imagen de Cayo grabada en él. Al dia de su esaltacion se dió el nombre de *Pubicia,* dando á entender que habia sido el del rejuvenecimiento de Roma.

Todas estas esperanzas se desvanecieron muy en breve. Calígula no pudo violentarse largo tiempo á fingir virtudes que no habia en su alma. Al fin de ocho meses se quitó la máscara, apareció el tirano, y el resto de su reinado no fue mas que un tejido de injusticias, atrocidades y delirios, cuya narracion aflige y da vergüenza, obligando á la historia á tomar los pinceles de la sátira. El orgullo, primer vicio que manifestó Cayo, fue el origen de los demas. Arrogóse el título de *señor*, que sus antecesores habian rehusado. Cuando los reyes estrangeros le nombraban árbitro de sus diferencias, respondia con un verso de Homero, cuyo sentido es: «al mundo bástale un rey.» No contento con tomar el nombre de *señor de los reyes*, se atrevió á darse los de Optimo y Máximo,

que solo pertenecian á Júpiter. Diciendo que no se le debia asemejar á los demas hombres, como no se compara á un pastor con su rebaño, se sentaba en los templos entre las imágenes de Castor y Polux: hacia que le adorasen bajo el nombre de *Júpiter Lacial*, y tomaba alternativamente los trages de este dios, de Baco, de Apolo, y aun los de Diana y Venus. Se le erigió en la capital un templo: sobre el altar brillaba su estátua, hecha de oro, y vestida cada dia con el trage que le tocaba llevar al emperador. Lo que parece aun mas increible que esta demencia, es que el ídolo hallase ministros y adoradores: para ignominia de la humanidad, se vió á los mas ilustres romanos solicitar con mas ardor aquel sacerdocio que el consulado, y sacrificar á la estravagante deidad pavos, faisanes y otros pájaros muy raros del Asia. Calígula, uniendo la locura al sacrilegio, asoció su esposa y su caballo al colegio de los sacerdotes. Un dia designó para el consulado á este caballo, llamado Incitato, á quien estimaba mas que á los hombres: insultando á los dioses como á los mortales, hizo construir una máquina que lanzaba piedras al cielo é imitaba el ruido del trueno. Cuando la

disparaba decia: «Júpiter, esterminame, ó yo te esterminaré.» Queria que se le creyese amante de Diana, y fingia tener conversaciones secretas con la diosa. Este insensato, avergonzándose de descender de Agripa, varon plebeyo, que solo debia su gloria á su mérito, publicó que su madre Agripina habia nacido del incesto de Augusto con Julia, deshonrando asi á sus ascendientes para atribuirse un origen mas noble.

Envidioso de toda fama, quitó á las mas nobles familias los símbolos de la gloria de sus antepasados: á los Torcuatos, el collar: á los Cincinnatos, la mata de pelo: á los descendientes de Pompeyo, el sobrenombre de Magno; y dió la muerte á uno de los últimos nietos de esta familia. En fin, sin respetar la memoria del fundador del imperio, prohibió que se celebrase la batalla de Accio, demasiado funesta, decia, á la república. La gloria literaria no fue mas sagrada para él: despreciando á Homero, á Virgilio y á Tito Livio, decia que eran soñadores é imbéciles. Creyéndose superior á todas las leyes, como á todos los hombres, obligaba á las matronas á sacrificarle su pudor: deshonró á sus hermanas: entregó dos de ellas, Livia y Agripina, á sus

cortesanos, y casó con Drusila que era la tercera, y de la cual estaba perdidamente enamorado. La instituyó heredera del imperio, y la colocó en el número de los dioses. Cuando la muerte de Drusila puso fin á este amor incestuoso, su furor bárbaro y sofístico hizo morir á los que llevaron el luto por una diosa, y á los que no lo llevaron por una emperatriz. Siendo convidado á las bodas de Pison, y enamorado de Livia Orestila, que era la novia, la declaró esposa suya desde aquel momento. Del mismo modo robó á Cayo Memmio, uno de los generales, su esposa Lolia Paulina. A esta sucedió Cesonia, muger que aunque no era jóven, tenia sin duda grandes vicios, pues tomó un imperio casi absoluto sobre el corazon de Calígula. La mostraba á las tropas en el trage de Minerva, y se dice que encargó á esta diosa la educacion de una hija que tuvo de Cesonia, llamada Julia. Decia que no dudaba de que aquella niña era suya, porque se le parecia mucho, y desde la infancia manifestaba su propension á la crueldad, sacando los ojos á los niños que jugaban con ella. Creia probar la grandeza de su poder por el esceso de sus gastos: sus prodigalidades carecian de motivo y de límites: servia

á sus convidados oro y perlas: arrojaba al pueblo desde lo alto de una torre pedazos de plata: construia navios de cedro, cuyas velas y maromas eran de seda, y la popa estaba dorada y enriquecida con pedrerías. Mandó edificar torres en el mar, allanar montañas y levantar colinas en los valles. Habiendo reunido un gran número de buques, hizo que los uniesen con travesaños, y formó con ellos sobre el mar un puente que iba desde Báyas á Puteólos. Mandó cubrirlo de tierra, plantar en él árboles y construir casas. Despues vestido de un ropage de oro, bordado de perlas, con la hacha en una mano, el escudo en la otra y la corona en la cabeza, atravesó el puente como triunfador, seguido de todos los grandes del imperio. Al otro dia, habiendo convidado al pueblo á venir á ver esta obra prodigiosa, mandó arrojar al mar á todos los que habian subido en el puente. Dícese que hizo construirlo solamenta para burlarse del astrólogo Trasilo, el cual habia dicho, reinando Tiberio, que «seria tan dificil á Calígula ascender al trono, como pasearse á caballo en el golfo de Puteólos. Calígula disipó en breve con sus gastos desatinados ciento trein-

ta millones que le habia dejado su antecesor. Escitado por la avaricia, acudió como todos los malos príncipes, á los tributos y confiscaciones. Agotados los recursos de la vejacion, oprimió el pueblo á fuerza de contribuciones, vendió la justicia, obligó no solo á los comerciantes, sino tambien á los artesanos y costaleros, á cederle una parte de sus ganancias; y á todos los ciudadanos á darle aguinaldos que él mismo recibia: estableció en su palacio sitios de juego y de prostitucion, cuyos provechos percibia. Bien pronto las delaciones y las condenaciones arbitrarias amenazaron la vida y el caudal de todos los romanos.

Algunos creyeron ponerse en salvo, instituyéndolo su heredero: el tirano los mandaba envenenar para gozar mas pronto de la sucesion. Un dia, despues del banquete, salió del juego, hizo prender á dos ricos patricios en el patio de su palacio, y mandó matarlos. Volviendo despues á sus convidados, les dijo: «vuestro juego es mezquino para mí. Yo he ido á jugar á otra parte, y he ganado en un momento 600.000 sestercios.» Desde que empezó á derramar sangre, no pudo hartar su sed. Sus sentencias parecian mas atroces por la frivolidad de los pre-

testos. Hizo morir al jóven Tiberio porque era muy afeminado, y se perfumaba con esceso. Ptolemeo, su pariente, fue condenado porque descendia de Marco Antonio: Silano, porque estando enfermo, se escusó de acompañarle en un paseo por el mar; y Macron, porque le habia hecho grandes servicios, y era muy gravoso para Calígula el peso del reconocimiento. Solo Claudio, su tio, hallaba favor en él, porque su imbecilidad le divertia. Una mañana, viendo ocupados los primeros sitios del circo, mandó echar á palos á los que estaban en ellos, y en este tumulto perecieron veinte caballeros y muchas matronas de la primera distincion. Mandó esponer al furor de las fieras todos los acusados, que llenaban las cárceles. Un caballero, obligado á combatir contra aquellos animales, clamó que era inocente: el emperador lo hizo venir junto á su asiento, mandó cortarle la lengua, y le envió á la arena. Despreciaba á los hombres en tanto estremo, que obligó á algunos senadores á correr adornados con la toga delante de su carro. Comiendo una vez entre los dos cónsules, se echó á reir inmoderadamente, y como le preguntasen la causa de su risa, respondió: «estaba pensando que á una

señal mia, si quisiese, volarian vuestras cabezas.» Su abuela Antonia le advirtió que escitaba contra sí el odio general: la mandó callar, diciéndole: «sábete que no hay persona ni ley superior á mi voluntad.» Despues la persiguió con tanta barbárie, que la obligó á darse la muerte. Feroz hasta en sus amores, dijo un dia á Cesonia, que muchas veces le ocurria darla tormento para que declarase con qué artificio le tenia cautivo. Creíase que esta muger le habia alterado la razon con un filtro, de los que entonces se creian á propósito para aumentar el cariño. En fin, llevando al estremo su delirio, dijo en un rapto de enojo contra los romanos: «¡oh! si este pueblo no tuviese mas que una cabeza, ¡con qué placer la cortaria de un solo golpe!» Roma debió conocer entonces que el despotismo militar no reconoce freno, y que la nacion que lo admite, debe disponerse á sufrirlo todo.

Es dificil de concebir cómo los romanos, en tanta degradacion, inspiraban todavía bastante respeto á las naciones estrangeras para impedirles que tomasen las armas y sacudiesen un yugo antes pesado y ya vergonzoso; pero aun no se habia destruido la disciplina por la corrupcion de las costumbres. Los romanos,

aunque perdidas las demas virtudes, conservaban el valor: ciudadanos despreciados, pero soldados fuertes, eran temidos. La tranquilidad reinaba en todo el imperio; mas se creyó que iba á turbarse, viendo declarar repentinamente al emperador, enmedio de la paz mas profunda, que marchaba para combatir con los germanos y los britanos. Reune apresuradamente sus legiones, alista nuevas tropas, y camina con tanta precipitacion, que apenas pueden seguirle las cohortes pretorias. Llega á los últimos fines de la Galia, recibe con pompa en sus reales á Adminio, hijo del rey de los britanos, que huia del enojo de su padre; y da cuenta al senado de este suceso, como si fuera una conquista. Dirígese despues al Rin, manda á una tropa de germanos de su guardia pasar el rio, ocultarse en un bosque vecino, y gritar *á las armas*, como si viesen al enemigo. Obedecen: el emperador, advertido por sus voces, marcha al frente de algunos escuadrones, penetra en el bosque, permanece en él algun tiempo para hacer creer que se ha batido, y vuelve como vencedor á sus reales al frente de sus soldados, que traían coronas de encina. Algun tiempo despues, mandando dar

escape secretamente á algunos rehenes, los persiguió, los trajo encadenados, y escribió al senado acusando su ociosidad, cuando el gefe del imperio se esponia diariamente á tan grandes peligros. Volvió á las costas de Batavia, dispuso sus tropas en órden de batalla á la orilla del mar, dió la señal de acometer, y mandó á los soldados que llenasen sus capacetes de conchas, *despojos del Océano conquistado*, como él decia. Antes de dejar el ejército dió en la manía de degollar las legiones que en otro tiempo se habian rebelado contra su padre Germánico: muy dificilmente se logró que se contentase con diezmarlas. Trajéronse á su presencia las víctimas: mandó rodearlas por la caballería: despues hizo un discurso; pero viendo que muchos de aquellos infelices se escapaban y tomaban armas, tuvo miedo, y huyó vergonzosamente. Caminando hácia Italia, escribió cartas amenazadoras al senado. Esta corporacion, terror en otro tiempo de los reyes, temblaba entonces á los pies de un insensato, y le respondió que colmase los deseos del pueblo, y volviese á Roma con prontitud. Calígula dijo, poniendo la mano en el puño de su espada: «iré, y ésta me acompañará.» Anunció

por un edicto que el deseo de ver al pueblo y á los caballeros, era el motivo de su vuelta; pero que con el senado ni seria príncipe ni ciudadano. Prohibió á los senadores que saliesen á recibirle; y como no queria recurrir á sus sufragios para obtener el triunfo, segun la costumbre, se contentó con la ovacion. La vuelta de este furioso amenazaba la total ruina del senado; pero con una bajeza tan atroz como infame, aplacó momentáneamente la ira del tirano. Su ministro Protógenes se presentó en la curia con las órdenes de su señor: todos los senadores le saludaron con la sumision á que los habia acostumbrado una larga tiranía. Escribonio Próculo escedió á los demas en adulacion, y Protógenes le dijo insolentemente: «¿por qué afectas manifestarme mas respeto que tus colegas, siendo como eres enemigo del emperador?» A estas palabras todos los miembros del senado se levantan, acometen á Escribonio, y le hacen pedazos. Semejantes hombres merecian tener por amo á Calígula.

Este mónstruo era cada dia mas feroz: irritado por el odio que inspiraba, aborrecia á Roma, y pensaba en transferir á Ancio la silla del imperio: despues quiso ponerla en Alejandría. Pero tenia la

intencion de dar antes la muerte á todos aquellos cuyos nombres recordaban la gloria de la república romana. Despues de su muerte se tuvo la prueba de este malvado plan; porque se encontraron en su palacio dos escritos de su mano, con los títulos de *la Espada y el Puñal*, donde se veían los nombres de los que destinaba á perecer. Todos conspiraban secretamente contra su vida; pero el temor que causaban los soldados, y principalmente la guardia germana, detenia los brazos dispuestos á herirle. En fin, Casio Querea, tribuno de una cohorte pretoria, resolvió con algunos amigos osados arrostrar todos los peligros y purgar el mundo de aquella fiera. Calígula volvia del baño á palacio por un camino subterráneo. Un dia le esperaron en él los conjurados: Querea se le acercó con el pretesto de pedirle el nombre, y le dió una estocada en la garganta: todos sus cómplices hicieron lo mismo, y Calígula recibió treinta heridas antes de morir. Al caer gritaba: «aun estoy vivo, malvados.» Asi murió el ano 793 de Roma, á los 29 de edad, y 4 de reinado. Los asesinos mataron tambien á la emperatriz Cesonia, á la cual se creía capaz de todos los crímenes, porque Calígula la adoraba,

y estrellaron contra las paredes del palacio la cabeza de su hija única: barbarie que no pueden disculpar los crímenes del emperador. El senado, que hubiera querido poder borrar su ignominia y el reinado de Calígula de la memoria de los hombres, hizo fundir todas las monedas que llevaban su efigie. La dignidad de la historia se profanaría, formando el cuadro asqueroso de los estravagantes delirios de este emperador, si no fuese preciso manifestar á los hombres hasta qué punto se degradó el primer pueblo del universo por haber renunciado á las buenas costumbres, y con ellas á su gloria é independencia.

En el reinado de Calígula esparcieron los Apóstoles por el mundo la palabra divina. Los discípulos del Crucificado tomaron el nombre de cristianos. San Mateo escribió el primer evangelio. El mundo, gimiendo bajo la tiranía de Tiberio y Calígula, hallaba su consuelo en una religion pura, y en las esperanzas de la eternidad.

CAPITULO XII.

Claudio. Neron.

Claudio, emperador. Guerra de Britannia. Neron, emperador. Muerte de Agripina. Victorias de Suetonio. Paulino en Britannia. Incendio de Roma, y persecucion de los cristianos. Rebelion de Vindex y Galba.

CLAUDIO, *emperador*. (41.) Los conjurados no habian tenido mas objeto que libertar á Roma de un mónstruo sanguinario. Cuando se estendió la noticia de su muerte, se temió al principio que fuese falsa, y el miedo cerraba á la alegria la entrada de los corazones; pero apenas estuvieron ciertos los cónsules de que Cayo no ecsistia, convocaron el senado. La vergüenza del yugo encendió algunas centellas del antiguo amor á la repúbli-

ca: el cónsul Saturnino pintó con energía las calamidades que habia sufrido Roma desde que tuvo señores. Al cuadro de la gloria y grandeza pasada opuso el de las afrentas y suplicios en los reinados de Tiberio y Cayo. Comparando al intrépido Querea con Bruto y Casio, le declaró mas digno de elogio que aquellos dos ilustres romanos, los cuales, acaso por faccion y rivalidad, dieron la muerte á un héroe, cuando Querea, animado de los mas nobles sentimientos, y arriesgando su vida, habia libertado la tierra de un mónstruo. «No seamos indignos de él, añadió: imitemos su generoso ejemplo: Querea rompe nuestras cadenas, recobremos nuestros derechos: él acabó con el tirano, acabemos nosotros con la tiranía.» Estas palabras, no oidas hacia mucho tiempo en el recinto del senado, inflamaron todos los ánimos. El cónsul propuso la abolicion de los títulos de emperador y césar, y se adoptó unánimemente su dictámen. Decretó el restablecimiento del gobierno republicano; y sostenido por la adhesion de algunas cohortes pretorias, se apoderó del capitolio. El espíritu de la plebe era enteramente contrario: demasiado lejana del

cetro para temer sus golpes, preferia el poder de un monarca al orgullo de los grandes: gozaba de una licencia conforme á sus costumbres bajo el dominio de los emperadóres: hallaba su reposo en la oscuridad: la política de los césares la contentaba con distribuciones frecuentes de dinero y trigo: la magnificencia del palacio le prodigaba fiestas y combates de gladiadores; y hasta los suplicios, que temian solo los nobles, eran espectáculos para aquella muchedumbre envidiosa y cruel. La memoria de la república solo le representaba guerras eternas, alistamientos rigorosos, leyes severas, y el dominio aborrecido de la aristocrácia. Los pretorianos estaban todavía mas apartados de querer el gobierno republicano, y echaban menos un trono, del cual eran custodios y casi señores. La guardia estrangera creia su ecsistencia inseparable de la de los césares, que la pagaban con prodigalidad para disipar sus terrores y ejecutar sus venganzas. Casi todo el imperio preferia el descanso bajo un monarca, á la renovacion de las guerras civiles, y á las tiranías alternativas de muchos grandes ambiciosos: en fin, todas las pasiones bajas que nacen de la debilidad y cor-

rupcion, precipitaban á la mayoría en la servidumbre. La libertad no tenia á favor suyo sino algunos recuerdos nobles, ya debilitados, y el voto de algunos hombres independientes. Sin embargo, su ardor, la antigüedad de su causa y la autoridad del senado habrian podido en una ocasion tan favorable luchar todavía algun tiempo en favor de la república; pero la casualidad, frecuentemente mas poderosa para fijar el destino de los pueblos, que las combinaciones de los hombres, decidió en pocos instantes la suerte del imperio.

Algunos soldados, que despues del asesinato de Calígula vagaban por el palacio, descubrieron detras de un tapiz á Claudio, hermano de Germánico, y tio de Cayo. Este príncipe débil se habia escondido lleno de miedo, para evitar la suerte de su sobrino. Los soldados le cogen, le ponen sobre sus hombros, le presentan á sus compañeros, y le proclaman emperador; y cuando este príncipe les pedia que le perdonasen la vida, recibe el cetro de las mismas manos, de las cuales aguardaba la muerte. Informados los senadores de este suceso, envian un tribuno del pueblo para ordenar á Claudio, que esperase el resul-

tado de las deliberaciones públicas. El príncipe respondió que ya no era dueño de su voluntad; y que su amigo Herodes Agripa, tetrarca de Judea, que á la sazon se hallaba en Roma, le aconsejaba no obedecer á las órdenes del senado. El pueblo conmovido se declaraba á favor de Claudio: los soldados amenazaban, los senadores se dividieron; y deliberando entre la república y la servidumbre, merecieron ser esclavos. El senado se rindió, y proclamó emperador á Claudio. Este, para asegurarse el apoyo del ejército, ofreció 15.000 sestercios á cada legionario; y de este modo, comprando el trono que se le daba, fundó el gobierno militar, que reune todos los vicios del despotismo y todos los peligros de la anarquía. Cuando fue elevado al imperio tenia cincuenta años. Vegetaba antes oscurecido en las gradas del trono. No carecia de talento, sino de carácter: tenia instruccion, pero no actividad, y su falta de energía se acercaba mucho á la simpleza. En su juventud se habia dedicado á la literatura, y escribió por consejo de Tito Livio una historia de Cartago. Augusto habia añadido al alfabeto la letra *x*: Claudio inventó otras tres, que no estuvieron en uso si-

no durante su reinado. Se citaban de él muchos pensamientos ingeniosos y sentencias notables. Queria el bien, é hizo el mal. Tenia un juicio esacto; pero sus enfermedades y sus escesos en todos géneros de destemplanza le embrutecieron. Era hermoso de cuerpo; pero sus rodillas temblaban, y sus pasos eran inciertos. Su vida privada fue ignominiosa: sus mugeres y favoritos inmolaron un gran número de víctimas á la codicia y á la envidia. Sin embargo, como sus ministros no carecian de habilidad, el imperio conservó en este reinado su fuerza y esplendor, y aun estendió sus límites.

En los primeros momentos de su administracion hizo un esfuerzo para vencer su debilidad, y gobernó con prudencia digna de elogios. Los edictos crueles de Calígula fueron abrogados, las cárceles abiertas, los desterrados restituidos á sus hogares, y costó dificultad á los ministros hacerle condescender por su propia seguridad, en la condenacion de Querea y de sus cómplices. Querea murió como habia vivido: ni mostró debilidad ni arrepentimiento: afirmó que habia defendido la humanidad, la justicia, la patria y la libertad, y pidió

por favor morir traspasado con el mismo acero que esgrimió contra el tirano. Claudio no quiso aceptar ninguno de los títulos fastuosos prodigados á sus predecesores: prohibió que se le diesen honores divinos, no tomó resolucion alguna sin el consejo de los cónsules, y mostró siempre grande deferencia al senado. En lugar de dar acogida á los delatores, los persiguió, y condenó á los convencidos de calumnia á pelear contra las fieras, á las cuales se asemejaban. Asistia con frecuencia á los tribunales, y las sentencias que daba eran dictadas por la equidad. Una madre se negaba á reconocer su hijo: el emperador la mandó casarse con él, y así la obligó á confesar. Al mismo tiempo una causa ruidosa llamaba la atencion de todos. El cónsul Silio promovió la renovacion de la ley cincia, que prohibia á los abogados recibir ovenciones. En apoyo de su opinion citaba las antiguas costumbres y los ejemplos gloriosos de aquellos grandes hombres, ornamento de la república, que daban y no recibian, que consagraban su elocuente voz á la defensa de los inocentes, y que aspirando con igual ardor á la gloria de la tribuna y á la de las armas, al honor de proteger un pobre o-

primido, y al de triunfar de un enemigo poderoso, no querian mas salario que la gratitud pública. Los abogados oponiéndose á este dictámen, alegaron en favor de la costumbre, la pobreza actual de la mayor parte de los senadores, los gastos de largos estudios, la necesidad de indemnizarlos; y no tuvieron vergüenza de citar los ejemplos infamemente célebres de Clodio y de Curion. Defendian la causa de la codicia contra la virtud, pocas veces dudosa, y así la ganaron; pero el emperador, poniendo freno á su avidez, redujo y fijó su salario á 150 libras por cada pleito.

La suavidad y modestia de Claudio en los primeros años de su reinado le hacian amar de todos. En un viage que hizo á Ostia cayó enfermo, y corrió la noticia falsa de su muerte. El pueblo, creyendo que lo habian asesinado, se sublevó, amenazó á los senadores, y no se sosegó hasta saber que el emperador vivia. Un hambre que sobrevino algun tiempo despues, dió una prueba de la inconstancia de la plebe; pues pasando del amor al odio, insultó públicamente á Claudio; el cual desde entonces tuvo siempre un gran número de bajeles tripulados para la provision de Roma. Del

censo que hizo resultaron 6.840.000 ciudadanos. Los hombres hábiles que empleaba en la administracion, la ilustraron con magníficas obras. Uno construyó un acueducto que llevaba aguas saludables hasta la mas elevada de las siete montañas: se concluyó el puerto de Ostia, y los canales abiertos para desecar el lago Fucino, aumentaron la corriente del Tíber, y la hicieron mas navegable. Claudio, queriendo mostrar su gratitud á Herodes Agripa, añadió á sus estados la Samária. Este príncipe abusó de su poder, promoviendo la persecucion contra los cristianos, y poniendo en prision á san Pedro, primer pontífice de la iglesia.

Guerra de Britannia. (48.) Las armas romanas restablecieron á Mitrídates en el trono de Iberia, á otro príncipe del mismo nombre en el de Cilicia, y á Antíoco en el de Comagene. La Britannia estaba entonces dividida en muchos principados. Uno de sus gefes, que esperaba engrandecerse con el apoyo de los romanos, se sometió á Claudio, y le persuadió que enviase las legiones á la isla para cimentar en ella su dominacion. Plaucio, á quien el emperador confió la ejecucion de esta empresa, encontró mu-

cha dificultad de parte de sus tropas, que olvidadas de las espediciones de César se quejaban de que las quisiesen llevar mas allá de los límites del universo; pero al fin obedecieron. Plaucio derrotó muchas veces á los hijos del rey Cinobelino; y Claudio, deseoso de recoger personalmenre la gloria de sus triunfos, salió de Roma, atravesó las Galias y desembarcó en Britannia. La historia no cuenta ningun pormenor de esta empresa: solamente dice que sometió una parte del pais, y que las legiones le saludaron *imperator*. Pompeyo y Silano, sus yernos, le precedieron en Italia: entró en Roma triunfante, y su muger Mesalina le seguia en un carro. El senado dió á su hijo el sobrenombre de Británico. En esta guerra adquirió Vespasiano, lugarteniente de Plaucio, la brillante reputacion que despues le valió el imperio. Se cubrió de gloria en cuarenta combates, tomó veinte ciudades y se apoderó de la isla de Vecta. Tito su hijo se distinguió por su valor y modestia. El senado concedió á Plaucio la ovacion, y á Vespasiano los ornamentos triunfales y el consulado.

Claudio no pudo luchar mas tiempo contra la naturaleza: el esfuerzo que ha-

bia hecho para triunfar de su carácter, agotó el corto vigor de su alma: volvió á caer en su indolencia, y entregó el imperio y su persona á los caprichos de la impúdica Mesalina y á la codicia de Palante y Narciso, sus libertos; los cuales reinaron bajo su nombre, y trocaron un príncipe justo y suave en un tirano avaro y sanguinario. Sus primeras víctimas fueron los yernos del emperador: á estos siguieron una hija de Druso y otra de Germánico, inmoladas á los celos de Mesalina. Valerio Asiático, senador estimado generalmente, poseia los magníficos jardines de Lúculo. Mesalina queria tenerlos; lo mandó prender y lo acusó de conspiracion y de adulterio con Popea, muger de Escipion. Valerio se defiende con energía, recuerda sus hazañas y servicios, y prueba su inocencia. Claudio, convencido por su discurso, estaba dispuesto á absolverle; pero Vitelio, manifestándose amigo del acusado, aunque vendido secretamente á la emperatriz, tomó la palabra, y fingiendo el mas tierno interés á favor de su antiguo compañero de armas, confiesa llorando un crímen que no habia, implora hipócritamente la clemencia del emperador, y pide como una gracia que se deje á elec-

cion del reo el género de muerte. Valerio indignado se calló: harto de los tiranos y de la vida, entró en su casa, mandó que le abriesen las venas, y dió con serenidad el orden de que la hoguera donde habia de quemarse su cadáver, se hiciese bastante lejos para que sus llamas no pudiesen causar perjuicio á los árboles del jardin. Popea, recibida su sentencia de condenacion, se dió la muerte. El emperador, entregado á las deshonestidades, ignoraba los delitos que se cometian en su nombre, hasta tal punto, que pocos dias despues convidó á comer á Escipion, y le preguntó por qué no habia traido consigo á Popea. «La suerte ha dispuesto de ella,» respondió el convidado. Los bienes que se confiscaban en virtud de estas injusticias, caian en manos de los libertos, que adquirieron inmensas riquezas, buscando crimenes en los inocentes y vendiendo la impunidad á los culpables. El emperador, gobernado por ellos, los elevó á las primeras dignidades del estado, y mientras que Roma se quejaba de sus rapiñas, él elogiaba su desinterés, y celebraba en pleno senado la moderacion de Narciso, que tenia, sin que nadie lo ignorase, mas de cincuenta millones de sestercios. Estos desórdenes

y debilidad del monarca escitaban la indignacion pública. La plebe manifestaba abiertamente cuanto despreciaba á Claudio. Un dia que administraba justicia se quejó de que era pobre; y le respondieron que podia facilmente llenar su erario con solos los despojos de sus libertos.

Estacio Corvino, y Galo Asinio, patricios ilustres, no pudiendo sufrir la ignominia de ver á Roma sacrificada á dos esclavos y á un imbécil, formaron una conspiracion que fue descubierta y castigada con el suplicio de muchos. Bien pronto estalló otra mas terrible. Furio Camilo, que mandaba en Dalmacia, tomó el nombre de emperador, fue reconocido por sus legiones, y envió á Claudio la orden de cederle el imperio. Este cobarde príncipe estaba dispuesto á obedecer á condicion de que se le perdonase la vida; pero sus favoritos le obligaron á reinar. Las legiones, inconstantes como el pueblo, no permanecieron rebeldes mas de cinco dias, y entregaron á su gefe. Desde esta época nada bastaba á calmar los terrores de Claudio: hacia registrar á los que se le acercaban: su guardia visitaba cuidadosamente todas las casas en que debia entrar; y habiendo visto en un templo la espada que se le habia caido á

un soldado, salió con precipitacion, convocó el senado y se quejó amargamente de los peligros á que estaba continuamente espuesto. Herido el príncipe del terror, abrió á los malvados la entrada mas ámplia para la fortuna y el poder. Bajo pretesto de velar por la seguridad del emperador, sus favoritos dieron la muerte á todos aquellos cuyas riquezas codiciaban. Este reinado vergonzoso costó la vida á treinta senadores y á trescientos caballeros. Claudio asistia algunas veces á los suplicios como á un espectáculo: las mas ignoraba lo que habia. Un tribuno vino á decirle que se habian ejecutado sus órdenes y degollado á un consular. Claudio respondió: «no he dado esas órdenes: pero pues está hecho, yo lo apruebo.»

Mesalina, deshonrada ya por un gran número de infamias, y animada por la adulacion, llevó la impudicia á tal estremo, que no puede escribirse la historia de sus desórdenes. Frecuentaba públicamente los lupanares, á donde aun los libertinos iban disfrazados, obligaba á las matronas á prostituirse en presencia de sus maridos: se gozaba en el oprobio del emperador, y tenia por amantes histriones, libertos, y aun esclavos. Nadie ig-

noraba sus adúlteros furores, sino su esposo. Catonio Justo, prefecto de los guardias, quiso abrirle los ojos, y pereció por órden de Mesalina. Esta muger, cuyo nombre es una ofensa, enloquecida por el crímen, tuvo una pasion tan violenta á Cayo Silio, cónsul designado, hombre de rara hermosura, que le obligó á repudiar á Julia Silana, su muger, apreciada en Roma como un modelo de gracias y virtudes. La emperatriz, impaciente de freno en sus amoríos, y de velo en sus placeres, se presentaba en todas partes con el objeto de su cariño; y llegó á hacer lo que pareceria fábula, como dice Tácito, si no hubieran sido testigos de ello el palacio y la ciudad. Burlándose de las leyes, de la decencia, de la razon, del emperador y del imperio, celebró matrimonio solemne con Silio, metió el contrato entre otros papeles, lo hizo firmar á Claudio sin que supiese lo que era; y mientras el príncipe hacia un viage á Ostia, creyendo que el adulterio era un crímen demasiado vulgar, contrajo aquella union infame en presencia del senado, de las tropas y del pueblo. Estas nupcias sacrílegas, este ultrage público al pudor, este desprecio insolente de Roma y del príncipe, escitaron la in-

dignacion universal; pero el temor la reducía al silencio. Todos condenaban á Mesalina, y ninguno se atrevia á acusarla; y como en aquella corte vil no habia mas hombres independientes que los libertos, cuyo crédito era el que solamente podia oponerse al de la emperatriz, Calisto, Narciso y Palante se concertaron para dar cuenta á su amo de su deshonra. Sin embargo, muchos ejemplos recientes les hacían temer la muerte, que podia darles una palabra, un suspiro, un halago, una sonrisa de Mesalina. Calisto y Palante no tuvieron ánimo para ejecutar su resolucion. Narciso persistió en ella, y no atreviéndose á hablar él mismo, hizo que las cortesanas Calpurnia y Cleopatra lo descubriesen todo al emperador. Cuando prosternadas á sus pies le contaron el casamiento de Mesalina con Silio, Claudio irritado estaba mas dispuesto á castigarlas que á creerlas. Cleopatra aterrada pidió que se llamase á Narciso: este liberto confirmó su narracion. «No era seguro, dijo, descubrirte la verdad: no te hubiera hablado de las debilidades de la emperatriz con Ticio, Veccio y Plaucio, ni aun de su adulterio con Silio, de las riquezas y esclavos que te ha quitado, y de tus tesoros que prodi-

ga para adornar su palacio: pero el último crímen es demasiado manifiesto para callarlo. Sábete que estás repudiado. Silio se ha atrevido á tomar por testigos de su matrimonio criminal al pueblo, al senado y al ejército. Si te detienes en castigar, el imperio será el dote del nuevo esposo.» Claudio, con mas terror que indignacion, preguntó temblando si era todavía emperador, y si se habia proclamado á Silio. Se informa de Turranio, prefecto de las provisiones, y de Geta, comandante del pretorio: sus declaraciones no le dejaron duda alguna: corre al campamento para asegurarse de las cohortes pretorías, mas atento á su seguridad que á su venganza. Su arenga fue corta: la naturaleza del delito y la vergüenza le impedian estenderse sobre la enormidad del atentado. Entretanto Mesalina, embriagada de crímenes y de placeres, celebraba en el campo la fiesta de las vendimias. Silio, coronado de pámpanos, la acompañaba: muchas mugeres impúdicas, vestidas de Ménades, danzaban al rededor de ellos. Valente, uno de los actores de la fiesta, estaba subido en un árbol. Preguntáronle riendo, qué era lo que descubria desde allí; y respondió, profetizando sin entenderlo, que

veía venir una gran tempestad desde Ostia. Pocos momentos despues supieron que Claudio estaba informado de todo, que los pretorianos participaban de su enojo, y que volvia á Roma para vengarse. Los juegos cesan, la fiesta se acaba, el vicio comienza á temer, el miedo toma la apariencia del remordimiento : todos huyen y se dispersan : Mesalina, fiándose en el prestigio de su hermosura, y en la debilidad de su marido, espera cerrarle los ojos á la evidencia y despertar en su corazon el antiguo amor. Antes de arriesgarse á verle, encargó á sus hijos Británico y Octavia, que fuesen con Vibidia, la mas antigua de las vestales, á implorar la clemencia de su padre : y ella atravesó la ciudad para salirle al encuentro. Sus vicios no habian impedido que los grandes la hiciesen la corte en los dias de su prosperidad : solo tres personas la acompañaron en su infortunio, y se vió abandonada hasta de los esclavos y favoritos. No encontró un carro en que ir, y hubo de valerse de un chirrion, destinado á sacar de Roma la basura. Narciso y sus amigos no permitieron ni á sus hijos ni á ella acercarse al emperador: mas no se atrevieron á detener á la vestal. Vibidia suplicó á Claudio que no condenase

á su muger sin oirla. El príncipe no respondió nada : Narciso dijo, que en otra ocasion se le daria audiencia. Mesalina volvió á los jardines de Lúculo, que habia comprado con la sangre de Asiático, y conociendo á su esposo, se lisonjeaba de triunfar si conseguia verle. En efecto, ya se enternecia aquel príncipe débil, y llegó á decir : «¿cuándo se presentará para justificarse esa desgraciada?» Narciso previno osadamente la entrevista: él mismo pronunció la sentencia en nombre del emperador, y encargó su ejecucion á un tribuno y á algunos soldados. Hallaron á Mesalina echada en tierra y afligida. Lépida, su madre, que se habia alejado de ella en los dias de su poder y de sus desórdenes, la acompañaba en los momentos de su infortunio. La instaba á que se libertase de los verdugos por una muerte voluntaria, y un soldado le presentó su acero. Aquella muger pusilánime, y que no tenia atrevimiento sino para el vicio, acercó muchas veces la punta á su seno palpitante, sin resolverse á introducirla, hasta que el soldado, mas por lástima que por barbárie, impeliendo su mano tímida, le sepultó la espada en el corazon. El imbécil Claudio, que si la hubiese vuelto á ver, le habria sacrifica-

do probablemente el honor y el imperio, se movió tan poco con la noticia de su muerte, que no interrumpió la comida. Suetonio refiere, que algunos dias despues, sentándose á la mesa, preguntó por hábito: ¿cómo no venia Mesalina á ocupar su sitio?

La primera vez que se presentó en el senado, declaró que habia sido demasiado infeliz en su matrimonio para contraer otro nuevo: pero sus libertos decidieron lo contrario, porque tenian interes en que se volviese á casar. Unos le propusieron á una descendiente del dictador Camilo: otros á Lolia, famosa ya por el amor de Calígula; pero triunfó Agripina, su sobrina, hija de Germánico, viuda de Domicio Aenobarbo, y madre del jóven Domicio, que despues aterró el universo con el nombre de Neron. Esta princesa ambiciosa empleó para seducir á su tio todos los artificios de una muger y aun de una cortesana. Segun las leyes romanas, aquella union era vedada y tenida por incestuosa; pero apenas el poder manifestó sus deseos, el senado aprobó el incesto, y aun los aduladores añadieron, que el pueblo obligaria al emperador á hacer la boda, si vacilaba en satisfacer á sus deseos. Sin em-

bargo, la opinion pública era tan contraria á aquel casamiento, que Claudio y Agripina, deseando persuadir á muchas personas á contraer lazos de la misma especie para apoyarse en su ejemplo, solo hallaron dos cortesanos que obedeciesen. Desde que Agripina subió al trono, mudó la corte de aspecto. A la molicie sucedió la actividad, á la licencia la compostura, al deleite la intriga. El imperio no era ya gobernado por la voluptuosa Mesalina ni sus frívolos amantes; sino por ministros graves, por una muger dominante, de alma elevada, y capaz de las acciones mas grandes y de los crímenes mas horrendos. Atrevida, fogosa, llena de ambicion, y nada escrupulosa en la eleccion de los medios para llegar al mando, queriendo asegurarlo por muchos lazos, casó su hijo Domicio con Octavia, hija de Claudio; y valiéndose del ejemplo de Augusto, que había introducido en su familia á Tiberio, aunque tenía un nieto, obligó á su débil marido á adoptar á Domicio. Este acto, en el cual empezaba la ruina de Británico, fue recibido con elogios poco sinceros en el senado y con trasportes de alegría en el pueblo, que amaba á Domicio, por ser el único descendien-

te varon que habia quedado de Germánico. Domicio, acercándose al trono, tomó el nombre de Claudio Neron. En esta época los cristianos empezaron en Roma la lid de la verdad contra el error: Claudio mandó salir de la ciudad no solo á los cristianos, sino tambien á los judíos.

Al mismo tiempo conquistaban los romanos la Mauritania, y el procónsul Ostorio se cubria de gloria en Britannia. Subyugó los icenos, habitantes del pais donde hoy estan Susfolek, Cambridge y Norfolk, y llevó sus armas hasta el mar de Irlanda. Sometió en el norte á los brigantes, moraderes del Northumberland actual. Mas resistencia encontró en los silures, que habitaban donde hoy es Colchester. Mandábalos Caractaco, príncipe hábil y valeroso, que inflamaba los ánimos en el amor de la independencia, y trasformaba en héroes sus soldados selváticos con su elocuencia, sus consejos y su ejemplo. Lidió algun tiempo, no sin fortuna, contra la táctica romana: pero al fin, despues de muchos prodigios de valor, vencido en batalla campal, fue entregado á los romanos por Cartismandua, reina de los brigantes, en cuyos estados habia buscado un asilo.

Conducido á Roma, y presentado en la curia, lejos de envilecer su desgracia con una infame sumision, la ennobleció por su intrepidez. «Romanos, dijo, si yo, demasiado ensoberbecido con mi nacimiento y mis felicidades, hubiera sabido tener mas moderacion en la prosperidad, quizá me presentára hoy á vosotros mas bien aliado que cautivo; porque es sin duda que no hubierais desdeñado la alianza de un monarca vencedor, descendiente de ilustres antepasados, y soberano de muchas naciones belicosas. Tenté demasiado la fortuna, y su inconstancia me ha vendido. Hoy me abate tanto como os eleva. Yo tenia soldados belicosos, muchas armas y caballos: ¿quién no pelearia para conservar tantos bienes? Vuestra ambicion quiere encadenar todos los pueblos; pero ¿deben ellos ser tan cobardes que vuelen á recibir el yugo? Mi resistencia honra á vosotros y á mí: una sumision pronta no habria ilustrado ni mi nombre ni vuestra victoria. Si me mandais matar, en breve seré olvidado: si me dejais la vida, este beneficio recordará eternamente vuestra justicia.» Este noble lenguaje inspiró respeto á sus enemigos, y le conservó la vida y la libertad. Su vencedor

Ostorio no tardó en sufrir á su vez los vaivenes de la fortuna: tuvo reveses, se le nombró por sucesor á Didio Galo, y murió de pesar.

Los germanos, divididos en facciones, pidieron un rey al emperador, y les envió uno de sus príncipes, que se habia educado en la capital, y que tomó el nombre de Itálico. Sus vasallos no pudieron sufrir largo tiempo el mando de un alumno de Roma, que les traía costumbres estrangeras, y lo destronaron. Pompilio penetró en Germania con las legiones, logró muchas victorias, y sometió varios pueblos. La guerra se prolongó: distinguióse en ella Corbulon por su habilidad y valor, y aun mas por su firmeza: restableció la disciplina en el ejército, y se igualó en virtudes severas á los generales mas ilustres de la república. El oriente fue tambien teatro de grandes disensiones civiles. Cotis, Mitrídates, Gotarces, Bardanes y Meardates se disputaron con las armas las coronas de Partia, Armenia y el Bósforo. Unas veces vencedores, otras vencidos, se destronaron unos á otros sucesivamente: Roma tomó parte en sus discordias, y se aprovechó de sus disensiones. El mas desgraciado de estos princi-

pes fue el que tenia derechos mas antiguos. Mitrídates, rey del Bósforo, descendiente de Ciro, viéndose echado de su reino, vendido por sus aliados, vencido por sus enemigos, cedió á los consejos de los suyos, y fue á Roma. El débil Claudio queria someterlo á la ignominia del triunfo; pero el altivo Mitrídates no le respondió mas que estas palabras: «he venido á Roma, no me han traido: si dudas de ello, déjame partir, y manda que me busquen.» Se respetó su desgracia, y se le trató como aliado.

En el reinado de Claudio se hizo célebre en el Asia Radamisto por su ferocidad. Farasmanes, hermano de Vologeses, rey de los partos, reinaba en Iberia, y Mitrídates, hermano de entrambos y protegido de Roma, en Armenia. Farasmanes, temiendo la ambicion de su hijo Radamisto, para apartarlo de sí, le aconsejó quitar la Armenia á su tio Mitrídates. En efecto, fingiendo ser perseguido por su padre, pasó á la corte de su tio, donde fue acogido con bondad, y formó un partido contra el rey. Vuelve despues á Iberia: Farasmanes con un pretesto frívolo declara la guerra á su hermano, y confia el mando de sus tropas á Radamisto. Este, á favor de

los armenios infieles, redujo á Mitrídates á tal estrecho, que se vió obligado á encerrarse en el castillo de Gorneas. Los romanos debieron sostenerle en el trono que le habian dado; mas no tuvieron tiempo: las tropas mismas de Mitrídates le instaron á hacer la paz, y Radamisto le hizo asesinar cuando se presentó á firmar el tratado. Cuadrato, gobernador de Siria, sabedor de estos sucesos, cumplió la formalidad de mandar al rey de Iberia que evacuase la Armenia; pero persuadido de que era útil á los romanos perpetuar las turbulencias en aquel pais, dejándolo en manos de un príncipe aborrecido, favoreció secretamente á Radamisto; y Peligno, lugarteniente de Cuadrato, instó al príncipe de Iberia para que subiese al trono, y asistió á su coronacion. Esta infamia se divulgó y cubrió á Roma de ignominia. Se encargó á Helvidio que la reparase; pero el temor de una guerra con los partos retardó sus movimientos. Vologeso entró en Armenia: Radamisto le venció y arrojó del pais. Gobernó como un tirano, cansó la paciencia de los armenios, que sublevados rodearon su palacio. Radamisto se escapa con su muger Zenobia en un caballo veloz, pero aque-

lla princesa estaba en cinta, no podia tolerar las fatigas de la fuga, y pidió á su marido que la libertase con una muerte honrosa de la afrenta del cautiverio. El bárbaro esposo, agitado del amor y los celos, la hiere, la arroja al Araxes, y huye á Iberia. Zenobia, sostenida por sus vestidos, fue sacada del agua por unos pastores, que curaron su herida. Volvió á Artaxata, donde el nuevo rey de Armenia, que era Tiridates, hermano de Vologeso, la trató con el decoro debido á una reina.

La ambicion, que ensangrentaba el Asia, producia otros crímenes en el occidente. La implacable Agripina hizo morir á todas sus rivales. Lolia, á la cual temia mas, fue acusada de sortilegio, y despues de muerta, quiso la cruel emperatriz que se le trajese su cabeza para hartar sus ojos en la venganza. No dejaba á Claudio mas que el nombre de emperador: ejerciendo su poder aun fuera de Italia, fundó en el pais de los ubios una ciudad que tuvo su nombre, y que despues fue llamada Colonia. El objeto de todos sus votos era asegurar el imperio á Neron; y cuando por no incurrir en su odio, y obtener su gracia, se alejaban de Británico todos los hombres que

deseaban conservar su dignidad ó su fortuna, ella atraía al rededor de su hijo los personages mas ilustres del imperio. Llamó del destierro al célebre filósofo Séneca, lo elevó á la pretura, y le encargó la educacion de Neron. Nada podia moderar su deseo desenfrenado de ver á este jóven en el trono. Un agorero le anunció, que si llegaba á ser emperador, tenia signo de atentar contra la vida de su madre; y ella respondió: «reine, y máteme despues.» La vigilancia activa de Geta y Crispino, que mandaban la guardia pretoriana, y se mostraban afectos á Británico, la obligó á disimular por algun tiempo su ambicioso designio; pero al fin logró la destitucion de estos dos gefes, y reunió sus destinos en Afranio Burro, general hábil y esperimentado, y que mostró virtudes severas en una corte corrompida, siendo su solo defecto la gratitud, demasiado condescendiente hácia Agripina.

Siempre era preciso distraer con juegos al pueblo romano para hacerle olvidar su envilecimiento. Claudio le dió el espectáculo de una gran batalla por agua. El lago Fucino sirvió de teatro, donde 19.000 prisioneros recibieron orden de derramar su sangre para divertir

la ociosidad romana. Se acudió á ver la fiesta de todas las provincias del imperio. Claudio, Agripina y Neron la presidieron. Cuando se presentaron en el trono, los combatientes clamaron: «*emperador, los que van á morir te saludan.*» «Me alegraré que lo paseis bien,» respondió Claudio con su simplicidad ordinaria. Los desgraciados creyeron que esta necedad era clemencia: se juzgaron libres, quisieron separarse, y fue dificil obligarlos á combatir: al fin obedecieron. Esta batalla cruel duró todo un dia, y pocos de los combatientes quedaron vivos. La emperatriz dió poco despues á los romanos un espectáculo diferente. Para aumentar la popularidad de su hijo, hizo que defendiese en el senado la causa de los troyanos. La elocuencia de Séneca, que le compuso el discurso, y el orgullo nacional, hacian poco dudoso el ésito del proceso; y Troya, cuna antigua de los romanos, fue libertada por un decreto de todo tributo. Sin embargo, la soledad en que Británico vivia, sus derechos, su inocencia, su desamparo, el orgullo de Neron y la altanería de Agripina, escitaban la aversion de los amigos de Claudio contra la emperatriz. Procuraban despertar al príncipe

de su vergonzoso letargo, é impedirle que sacrificase su hijo á un estraño. Solo Palante sostenia constantemente á Agripina, la cual habia comprado su apoyo con vergonzosas complacencias. El emperador, continuamente atacado por los demas libertos, daba ya oidos á sus consejos: se arrepentia de haber adoptado á Neron, y se despertaba su amor á Británico. Un dia, tomado del vino, dijo: «estoy condenado á tener esposas infieles, y á castigarlas.» Agripina resolvió desde entonces acabar con él. Hizo que le sirviesen en la mesa unos hongos, con los cuales habia mezclado la famosa Locusta un veneno sutil; mas pareciéndole demasiado lento su efecto, Jenofonte, médico del emperador, con el pretesto de hacerle provocar, le pasó por la garganta una pluma envenenada. Murió el año 55 de nuestra era, á los sesenta y cuatro de edad, y trece de reinado. El nombre de los Claudios, tan ilustre por sus abuelos, vino á ser un insulto popular á causa de su imbecilidad.

Neron, emperador. (55.) En el momento que Claudio espiraba, la artificiosa Agripina, fingiendo un profundo sentimiento, estrechaba á Británico entre sus brazos, le aseguraba que veia en él el

verdadero retrato de su padre, y le prodigaba pérfidas caricias, igualmente que á Octavia y Antonia, sus hermanas. La guardia, por orden suya, interceptaba toda comunicacion con el palacio: sus emisarios esparcian por la ciudad noticias falsas acerca de la salud del emperador, y el incienso humeaba en los templos para dar gracias á los dioses por la convalecencia de un príncipe que ya no ecsistia. Al mismo tiempo Neron, conducido por Burro y acompañado de soldados fieles, fue al campamento, arengó á los pretorianos, les distribuyó dinero, y los animó con promesas. Saludáronle emperador. Logrado el objeto de Agripina, manda abrir las puertas del palacio y publica la muerte de Claudio y la eleccion del ejército, que el senado confirmó por miedo, y el pueblo por afecto á la familia de Germánico.

Neron, despues de haber pagado los últimos deberes á su padre adoptivo, pronunció en el senado su oracion fúnebre, compuesta por Séneca. Se le escuchó con paciencia mientras habló de los antepasados de Claudio, de su gloria y de las victorias que las armas romanas habian conseguido en su reinado; pero cuando elogió las luces y la prudencia de

aquel príncipe imbécil, el senado perdiendo su gravedad, le interrumpió con universal risa: no obstante, por una inconsecuencia deplorable, adoptó las conclusiones del orador, colocó á Claudio en el número de los dioses, y el mismo Séneca, que en aquella apología le divinizaba, publicó una sátira titulada *Apoco-loquinto*, en la cual con tanta razon como indecencia le comparó á los mas viles y groseros animales. En las demas partes de la oracion Neron dió á los romanos las mas lisonjeras esperanzas: prometió dejar libre curso á la justicia, no esponer ni la vida ni los bienes de un ciudadano á los rigores de los tribunales secretos, cerrar el oido á los delatores, sacrificar su interes privado al público, y dar al mérito solo los empleos prodigados tantas veces al favor y á la fortuna. En fin, invitó al senado á recobrar sus antiguos derechos, reservándose solo el mando y la administracion del ejército. Todos los historiadores convienen en que durante cinco años cumplió Neron su promesa con fidelidad; y Trajano, uno de sus sucesores, se estendió á decir, que fue comparable en este periodo á los mejores príncipes. Sin embargo, en aquellos años que se celebran como felices, es-

te mónstruo envenenó á su hermano Británico, y asesinó á su madre. Entonces sus vicios y atentados no salian del recinto de palacio. Neron era un tirano en su familia; pero dejaba á Séneca, á Burro y al senado el gobierno del imperio. Como habia nacido lejos del trono, pareció á los principios reconocer que debia el cetro á Agripina; y asi cuando el comandante de las guardias vino á pedirle la palabra, respondió: «la mejor de las madres.» Condescendiente con sus advertencias y sumiso á sus órdenes, la escoltaba con sus pretorianos, le prodigaba los honores que en otro tiempo se habian concedido á Livia, seguia su litera á pie, y aquella ambiciosa princesa tocaba al colmo de sus deseos, y se lisonjeaba con la esperanza de reinar siempre bajo el nombre de su hijo.

Neron, ilustrado por Séneca y dirigido por Burro, disminuyó los gravosos impuestos de las provincias, restableció por medio de pensiones la fortuna de muchos senadores pobres y virtuosos; é imbuido todavia en los principios filosóficos, que sus maestros grababan en su corazon, y que sus pasiones fogosas borraron bien pronto, se mostró algun tiempo humano y aun sensible. Un dia se le

presentó una sentencia de muerte para que la firmase, y esclamó: *quisiera no saber escribir*. Él senado, acostumbrado á lisonjear, le prodigaba elogios eesagerados; y respondió: «esperad para alabarme que lo haya merecido.» En lugar de hacerse inaccesible como sus predecesores, era afable y popular: admitia indiferentemente á todos á sus diversiones; y Roma engañada bendecia al azote del mundo como un presente del cielo. Olvidaba que habian empezado del mismo modo el cruel Tiberio, el insensato Calígula y el estúpido Claudio. Estos primeros césares, á quienes divinizó una adulacion infame, merecian cuando mas haber sido colocados entre las sirenas que empezaban halagando á los que quieren devorar, y tenian rostro apacible con estremos horrendos. El orgullo de Agripina fue la primer causa de los crímenes de su hijo: irritó su amor propio y cansó su paciencia, queriendo prolongar su esclavitud infantil. Envidiosa del crédito de los ministros, destruia el efecto de sus consejos burlándose de ellos, y corrompia con su ejemplo el corazon del jóven príncipe. Entregada á sus libertos é implacable en sus venganzas, hizo morir á Julio Silano, procónsul y primer es-

poso de Octavia. Narciso recibió la muerte por su orden: este favorito del último emperador, aunque indigno de ser llorado, hizo al morir una accion laudable, porque entregó á las llamas todos los papeles de Claudio que podian comprometer y esponer al enojo de Agripina muchas personas afectas á Británico. La emperatriz aumentaba diariamente sus pretensiones: recibia con Neron á los embajadores: obligaba al senado á reunirse en el gabinete del emperador para asistir á las deliberaciones oculta detras de una cortina: aspiraba descubiertamente al imperio, y queria tener á su hijo en tutela perpétua. Por otra parte, Séneca y Burro, que conocian el carácter impetuoso de su alumno, favorecieron la propension que tenia á los placeres, con la esperanza de afeminar su corazon feroz, queriendo mejor ver desordenadas sus costumbres que el imperio. Se engañaron bien á su costa: le dejaron ser deshonesto, y en breve pasó á ser cruel. Neron se enamoró de una liberta, llamada Acte. Agripina, celosa de todo poder, quiso derribar á esta oscura competidora. El alma de Neron era inmoral, y la voz de su madre fue menos oida que la de su dama. Arrastrado por su pasion, aguija-

do por sus favoritos Oton y Senecion, á cuyas inclinaciones se oponia la emperatriz, sacudió el yugo de Agripina, y comenzó su venganza destituyendo á Palante, galan de aquella princesa. Aunque jóven era ya falso, y continuó rindiendo homenages aparentes á la misma cuyo crédito destruia, y enviándole magníficos regalos. Agripina furiosa esclamó, que *la adornaban para despojarla.* Imprudente en su ira, no se contentó con quejarse: reprendió, amenazó, y sin medida en su dolor, como sin freno en su ambicion, anunció el proyecto de restituir el trono á su legítimo soberano, y coronar á Británico, revelando á las tropas sus artificios y hasta sus crímenes.

Inspirar terror á Neron, era pronunciar la sentencia de Británico y derribar la flaca barrera que separaba á aquel jóven del abismo del crímen. Neron, resuelto á matar á su hermano, cometió este primer delito con la serenidad de un perverso consumado. Convida á Británico á un banquete: apenas el desgraciado príncipe toca con sus labios la copa fatal, el veneno sutil, preparado por Locusta, hiela sus sentidos, cae sobre su lecho y espira. Todos los espectadores consternados fijan los ojos inciertos en el empera-

dor buscando en sus miradas la regla de su conducta. Neron sin demudarse dijo: «este accidente no debe causar inquietud: desde su niñez padece de epilepsia.» Llévanse la víctima: los funerales se hacen con prontitud y sin pompa: el cadáver estaba untado con un barniz propio para ocultar las manchas del veneno; pero un aguacero que cayó mientras estaba espuesto, burló el artificio y rebeló el crímen. Octavia y Antonia, que estaban presentes á la muerte de su desgraciado hermano, dieron señales de dolor, pruebas de su inocencia. Burro y Séneca, bien informados pero aturdidos, no se atrevieron á hacer á su alumno reprensiones justísimas, pero que hubieran sido inútiles. Neron tributó pérfidas lágrimas al príncipe que habia envenenado: imploró el socorro del senado, diciendo que nunca habia tenido mas necesidad de su ausilio, privado del de un hermano. Pero sus pasiones acababan de romper el ostáculo que las contenia: la muerte de Británico les quitaba todo freno; porque hasta entonces los derechos de este príncipe y la estimacion que inspiraba, le habian obligado á fingirse virtuoso para balancear en la opinion pública el mérito de su rival. Agripina, es-

pantada del crimen de su hijo, previó la suerte que la amenazaba; y no pudiendo determinarse á la retirada, quiso formar un partido contra Neron, sobornando á los tribunos y centuriones, y escitando la ambicion de los personages mas ilustres. Neron le quita la guardia, la priva de los honores debidos á su dignidad y la manda salir de palacio. Conservando apenas algunas señales de respeto, no la visita sino rara vez y acompañado de los soldados mas fieles que tenia. Entonces quedó descubierto enteramente á los ojos de su madre el horrendo carácter de este príncipe, no menos que la bajeza de su corte y la infamia de los romanos. Apenas se esparció la noticia de su desgracia, la abandonan sus cortesanos, cesan los homenages, hasta sus amigos se alejan de ella, y á las lisonjas sucede la delacion: Julia Silana, viuda de Silio, y el histrion Páris, la acusan de un proyecto de conspiracion para colocar en el trono á Rubelio Plauto, descendiente por su madre de Augusto. Agripina respondió á la acusacion, «que no se admiraba de las sospechas de Silana, pues no habia tenido hijos.» Burro defendió valerosamente á la acusada, la querella se declaró calumniosa, y Silana y Páris fueron desterra-

dos. Este suceso produjo una reconciliacion fria y simulada entre el hijo y la madre.

Burro y Séneca veían con gusto á Agripina alejada del gobierno; y aun antes de su desgracia, queriendo un dia sentarse en el trono al lado de Neron en una audiencia solemne que daba á los embajadores, este príncipe por consejo de sus ministros bajó del trono y la impidió subir á él con el pretesto de salir á recibirla. Libre ya de las reprensiones de Agripina, y entregado á libertos y cortesanas por ministros que querian reinar, no guardó ninguna decencia en sus desórdenes: pasaba la noche en las calles y tabernas, disfrazado de esclavo, y rodeado de una multitud de libertinos, con cuyo ausilio acometia y robaba á los que pasaban. Muchas veces volvia de estas orgias apaleado y cubierto de sangre. Habiendo encontrado é insultado una noche á la muger del senador Montano, este le hirió. Neron creía que no le habian conocido; pero Montano cometió la imprudencia de escribirle disculpándose, y Neron esclamó: «¿qué, ese hombre me ha herido, y aun vive?» y le mandó órden de que se diese la muerte. Para evitar estos acasos, llevó en lo sucesivo sol-

dados que le acompañasen en sus correrías nocturnas. Toda la juventud patricia imitó este contagioso ejemplo, y apenas oscurecia, la capital del mundo se hallaba espuesta á todos los desórdenes de una ciudad tomada por asalto. Sin embargo, á pesar de estas liviandades vergonzosas, y del horror que inspiraban á los hombres de bien los crímenes de palacio, el pueblo estaba contento. Neron le prodigaba juegos y fiestas: satisfacia sus necesidades con donativos: el senado gozaba de plena libertad en sus deliberaciones, la justicia se administraba con rectitud: habia órden en las provincias: se daban sus gobiernos á hombres justos y moderados: los estrangeros respetaban los límites del imperio, y solo turbó la paz general el espíritu turbulento de los partos. Neron, dócil todavía á sus maestros, nombró á Corbulon para dirigir esta guerra, el cual sostuvo la gloria de las armas romanas, echó á los partos de Armenia, y se apoderó de Artaxata.

El emperador se habia fastidiado de Octavia, cuyas virtudes suaves no eran capaces de conservar un corazon cautivo del vicio. Enamoróse perdidamente de Popea Sabina, muger de su favorito

Oton, que por imprudencia ó inmoralidad se la estaba siempre alabando. Reunia las gracias del espíritu á las del cuerpo: todas las cualidades que escitan la sensualidad, y ninguna de las que inspiran la estimacion. Vestíase, no para burlar la curiosidad, sino para irritarla. Escuchaba con indiferencia á sus amantes, y solo admitia á los que juzgaba útiles á su ambicion. Siendo el interes la única regla de sus afectos, atrajo á Neron con sus artificios, y lo inflamó con su resistencia. El emperador, para libertarse de un obstáculo temible, alejó á Oton de la corte, dándole el gobierno de Lusitania. Oton, voluptuoso en un palacio corrompido, fue otro hombre en su provincia, y la administró con justicia, suavidad y firmeza. Popea, demasiado orgullosa para ser dama de Neron, aspiraba á lograr el trono por el repudio de Octavia. El príncipe, aunque enloquecido por la pasion, temia sin embargo las reprensiones de Burro y Séneca, el resentimiento de Agripina, y la estimacion que las virtudes de la hermana de Británico inspiraban á los romanos. Las lágrimas y los artificios de Popea triunfaron. «¿Por qué te detienes, le decia, en recibirme por esposa? ¿Carezco de hermo-

sura? O bien ¿se teme que te descubra el descontento del pueblo indignado de ver á un emperador bajo la tutela de su madre y de sus preceptores? Si no te atreves á formar este enlace, vuélveme á Oton: tendré el consuelo de no saber sino de lejos y por la voz pública la vergonzosa esclavitud del príncipe.» En vano luchó Agripina contra Popea. No faltó quien dijese que acostumbrada al crímen, y conociendo los vicios de su hijo, procuró inspirarle un amor horrendo é incestuoso. Pero todo fue inútil. Demasiado violenta para contenerse, prorumpió en amenazas; y Neron, á quien ningun atentado asombraba ya, juró la muerte de su madre.

Muerte de Agripina. (59.) Despues de haber empleado inútilmente el veneno, porque ella estaba prevenida con antídotos, fingió volver á su cariño, engañó su suspicacia con simuladas confidencias y fingidos halagos, y la persuadió á hacer un viage á las costas de Calabria para asistir á una solemnidad que él habia de presidir. El mónstruo le preparó un bajel que se abriese por medio á una señal. Agripina volvia de Báyas, acompañada de Cresperio Galo y de Asceronia Pola, y Aniceto mandaba el na-

vío : de repente el suelo de la cámara, cargado de plomo, se desprende, y cae. Agripina estaba sobre una viga que la sostuvo. El desórden que causó este accidente, impidió á los agentes del delito jugar las máquinas que debian partir el buque; pero escitados por su pérfido gefe, se echan todos á una banda, y vuelcan el navío. Caen todos en la mar. Asceronia, con la esperanza de ser socorrida, esclamó : *soy la emperatriz*, y la mataron á remazos. Agripina se mantuvo callada, solo recibió un golpe de varal en la espalda, se salvó á nado, y llegó hasta las barcas de la playa, que la llevaron á una casa cercana de la que habitaba Neron. Fingiéndose ignorante de todo, envió un liberto á dar noticia á su hijo del peligro que habia corrido. El emperador ni aun se dignaba ya de ocultar á los ojos de sus ministros tan horribles proyectos, y consultó á Burro y á Séneca sobre los medios de consumar su crímen. Al principio guardan un profundo silencio, consternados de ver profanadas todas las leyes divinas y humanas, y rotos los vínculos de la naturaleza. Pero un infame temor triunfó del deber y de la virtud. Séneca pregunta con una seña á Burro, si sus soldados obedecerian

á un parricida. Burro responde que los pretorianos respetaban demasiado á la hija de Germánico para poner las manos en ella, y que solo Aniceto era capaz de ejecutar aquel órden bárbaro. En este momento llegó el enviado de Agripina. Neron hace que le arrojen un puñal entre los pies, manda arrestarlo, lo acusa de haber atentado á su vida, da órden de llevarlo al suplicio, y pronuncia la sentencia de su madre. Aniceto va con algunos soldados de marina á la casa donde estaba la emperatriz. Descansaba entonces en el lecho, y la criada que tenia á su lado, echó á huir: un centurion dió á Agripina con su baston un golpe en la cabeza: la princesa esclama, señalando á su vientre: *hiere el seno que ha llevado á Neron*. Muere atravesada de muchas estocadas. Neron llega entonces, y ecsaminando el cadáver mal cubierto, dice: «*no sabia yo que era tan hermosa*:» espresion horrenda, y que descubre toda la perversidad de su alma. Despues escribió al senado para justificarse, acusó á su madre, y sostuvo que se habia visto obligado á aquella accion para salvar su vida. Séneca se cubrió de una infamia indeleble, componiendo esta apología, y el senado se hizo cómplice del crímen,

aprobándolo y decretando acciones solemnes de gracias á los dioses por haber preservado al príncipe de los furores de su madre: el pueblo, digno por su bajeza de tener por dueño á Neron, salió al encuentro al parricida, y le recibió en triunfo. Pero á pesar de la infamia de los hombres que alentaba al criminal con homenages pérfidos, el cielo despertó en su alma el juez que lo condenaba, y el verdugo que lo oprimia. Neron, devorado de remordimientos, busca en vano viles esclavos que procuren disipar sus terrores: teme el esplendor del dia, y no puede sufrir las tinieblas de la noche: las bóvedas de su palacio resuenan con sus gemidos; y grita á todas horas que ve á su madre cubierta de sangre, y que el azote de las furias le persigue y despedaza. Desde este momento el resto de su vida no fue mas que un espantoso delirio; y los escesos del orgullo, demencia, crímen y deshonestidad á que se entregó, embrutecieron su entendimiento, sin lograr que enmudeciese su corazon. No pudiendo ya sustraerse al juicio de los hombres por sus acciones, se lisonjeaba locamente de escitar la admiracion á fuerza de talentos. Este insensato, olvidando su dignidad, subia públicamente al teatro,

tocaba la lira, cantaba, y siendo tirano hasta en sus diversiones, impedia salir á los concurrentes, y muchas mugeres embarazadas parieron en el teatro. Sus guardias espiaban el ademan y las miradas de los espectadores; y era preciso aplaudir, sopena de muerte.

Victorias de Suetonio Paulino en Britannia. (61.) El coloso de Roma, minado en su interior por los vicios, era temido en lo esterior por su grandeza. El valor fue la última virtud que perdieron los romanos; y en los campamentos se volvian á ver los Escipiones y Camilos. Ya no eran estimados por sus virtudes, sino respetados por sus armas. Suetonio Paulino, enviado contra los britannos rebelados, se apoderó de la isla de Mona (hoy Anglesey), mas defendida por la superstición que por el valor. Los romanos se retiraron al principio de los druidas; pero despues, triunfando del terror que les inspiraban los ídolos, las piedras de los sacrificios, y los bosques sagrados, quemaron aquellas selvas sombrías, y destruyeron á un mismo tiempo la libertad y la religion de los britannos. Algunos centuriones romanos, despreciando á los bárbaros demasiado para observar con ellos el derecho de gentes, insulta-

ron á Boadicea, reina de los icenos, y á sus hijas. La vergüenza despertó el valor: los britannos, que habian tolerado enormes tributos, no pudieron sobrellevar la injuria, y se rebelaron y armaron á un mismo tiempo. Rechazan al gobernador Calpo, y degüellan 70.000 romanos. Suetonio acude con 10.000 hombres, y se apodera de Londino. Una inmensa poblacion armada le rodea, y le corta los víveres: temiendo perecer de hambre, se arriesga á una batalla, á pesar de la desigualdad del número, animando á sus guerreros con la superiodad que la táctica y la disciplina daban á las legiones sobre una multitud desordenada. Boadicea, inflamada con el deseo de la venganza, dice á los bretones: «las leyes divinas y humanas me autorizarian, aun cuando solo fuese una muger particular, á lavar con sangre mi agravio y el de mis hijas; pero hoy peleo para vengar mis injurias y las vuestras. Esterminemos á nuestros tiranos, ó perdamos gloriosamente la vida antes que vivir esclavos y deshonrados.» Dichas estas palabras, da la señal: la batalla fue larga, sangrienta y disputada. La reina mandaba como un hábil general, y combatia como un soldado: el valor arreglado de los romanos

triunfó al fin de la desesperacion de los bárbaros: 80.000 de ellos perecieron: Boadicea se envenenó, y Suetonio, haciendo suceder la moderacion á la victoria, restableció la tranquilidad en Britannia.

Las desgracias de Roma se agravaban cada dia. Burro murió, y se creyó que de veneno. Sucediéronle en el mando de la guardia Fennio Rufo, hombre de bien, pero débil, y Sofonio Tigelino, infame cortesano, malvado sin vergüenza, compañero de las deshonestidades de Neron, y ministro de su crueldad. Séneca no habia podido conservar su crédito, á pesar de su ignominiosa debilidad. Con la esperanza de buscar un puerto donde guarecerse de las tempestades, pidió su retiro, y ofreció á Neron dejarle todos los tesoros que debia á su antigua liberalidad. Su pérfido discípulo, empleando para engañarle las armas que habia recibido de él, procuró con un discurso elocuente disipar sus terrores, y convencerlo de su afecto y gratitud. Séneca no podia ya engañarse acerca de su perversa índole, y de la suerte que le destinaba. Deseando concluir por lo menos su vida de una manera digna de la filosofía que profesaba, y que la política le habia

hecho olvidar, renunció á los negocios, á la corte y al lujo, vivió en soledad, alimentándose de solo pan y agua, ó por templanza, ó por temor del veneno, y se entregó esclusivamente al estudio de la sabiduría. El tiempo nos ha conservado los frutos de su vida retirada: los tratados de este filósofo sobre la vejez, el desprecio de las riquezas, la soledad y los beneficios, forman un código de moral, cuya lectura es tan agradable como útil su meditacion; pero se conoce que lo dictó el ingenio, y no el sentimiento. El estilo es laborioso y afectado, y Séneca brilla mas por el talento que por la originalidad: sus ornamentos demasiado solicitados debilitan los pensamientos nobles y sencillos de Platon y de Ciceron; y aunque fue celebrado en su siglo por el genio mas brillante de Roma, la posteridad, acusándole de haber corrompido el gusto y el estilo, le ha colocado solamente en la segunda clase de los grandes escritores. Neron, privado de sus consejos, no oyó en lo sucesivo mas que á los delatores. Hizo morir á Plaucio, descendiente de Julio César, por sospechas de que aspiraba al imperio. Mandó matar á Palante por apoderarse de sus riquezas. Repudió á Octavia con el pre-

testo de infidelidad, la desterró á la isla de Pandataria, y despues, como el pueblo se condolia de ella, la acusó de adulterio, y la hizo morir. Libre de este lazo, tomó por muger á la artificiosa Popea. Solo un romano, en esta desastrada época, conservó inflecsible su virtud. Traséas no quiso prestarse á ninguna de las infames complacencias del senado para con el tirano, y salió indignado de la curia cuando oyó leer en ella la apologia del parricidio. Acusado por Neron, se desdeñó de defenderse, sabiendo muy bien que su virtud era el solo crimen que se le imputaba. Recibió con serenidad la sentencia, animó á los amigos que le acompañaban, y dijo al jóven oficial que la habia intimado: «Asiste á mi muerte: la de un hombre virtuoso ofrece á la juventud en la época actual un ejemplo saludable.» Si el temor y la adulacion rodeaban el trono de homenages públicos, la opinion general se vengaba á veces con reprensiones secretas. Apareció un niño espuesto en la calle, con un escrito que decia: «no te crio por temor de que asesines á tu madre.»

Corbulon, mas feliz que los habitantes de Roma, encubria con laureles las afrentas del imperio. En una ausencia

suya, Peto, derrotado en Armenia, habia concluido un tratado vergonzoso. Corbulon entró en aquel reino como vencedor, y obligó á Vologeso, rey de los partos, á consentir que su hermano Tiridates viniese á poner la corona de Armenia al pie de la estátua de Neron, prometiendo no volverla á tomar sino por orden del emperador. El orgulloso Neron ecsigió mas, y mandó que Tiridates viniese á Roma. Este príncipe obedeció. El emperador colocado en un trono magnífico, rodeado de pretorianos, del senado y del pueblo, recibió á Tiridates, que se postró á sus plantas. Neron le mandó levantar, le puso la corona en la cabeza, y creyó indemnizarle de su humillacion, dándole grandes fiestas y magníficos regalos. Usurpador de la gloria debida á Corbulon, hizo que le saludasen *imperator*, como si hubiera peleado, llevó una corona de oro al capitolio, y cerró el templo de Jano. Deseoso de una gloria que podia adquirir por sí mismo, fue á Grecia con el pretesto de cortar el istmo del Peloponeso, y con el designio verdadero de disputar el premio en los juegos olímpicos. Sobresalia en el arte de guiar los tiros de caballos: sin embargo, la fortuna se de-

claró contra su talento : el carro se rompió enmedio de la carrera, y solo la adulacion de los griegos le adquirió el premio. En la embriaguez de su alegría declaró libre la Grecia; pero no quiso visitar ni á Lacedemonia ni á Atenas, porque le hubieran ofrecido recuerdos de las virtudes que detestaba. El temor de los castigos, reservados á los parricidas, le impidió iniciarse en los terribles misterios de Eléusis, y satisfecho de haber sido coronado en la Elide, volvió triunfante á Roma, escoltado de una multitud de músicos é histriones. Fastidiado de un amor, que ya no tenia para él el atractivo del crímen, abrumó á Popea de ultrages y desprecios; y en un momento de cólera la mató. Mal satisfecho de escándalos vulgares, y llevando hasta la demencia los escesos del vicio, se vistió el trage de una desposada, y recibió por esposos, solemne y públicamente, á sus libertos Pitágoras y Doriforo. Volviendo á tomar el trage propio de su secso, se casó tambien solemnemente con el eunuco Esporo, al cual hizo vestir de emperatriz. Su sed de sangre se irritaba, en vez de saciarse, con los suplicios. Su crueldad hizo perecer millares de víctimas. Jactándose de su

perversidad, decia: «mis predecesores, demasiado tímidos, no supieron gozar del despotismo. Mejor quiero ser aborrecido que amado: para merecer el amor necesito de muchos: para inspirar odio me basto yo solo. Calígula queria que el universo pereciese con él: yo quisiera que ardiese todo, y mirase yo solo el incendio.»

Incendio de Roma y persecucion de los cristianos. (66.) Muchos historiadores refieren, que despues de una orgia infame, mandó pegar fuego á muchos barrios de Roma, y que subiendo á una torre, vestido de músico, cantó al resplandor de las llamas un poema que habia compuesto sobre la destruccion de Troya. El incendio duró seis dias, arruinó tres barrios enteros, y consumió inmensas riquezas. El emperador, despertando de su embriaguez, reedificó á su costa la ciudad, y la adornó con soberbios pórticos. Queriendo alejar de sí la odiosidad de aquel desastre, echó la culpa á los cristianos, cuyo culto estaba ya muy propagado en Roma, y los condenó á espantosos suplicios.

El pasage de Tácito, en que habla de esta persecucion, es muy notable, no solo porque añade una prueba histó-

rica á la muerte de Cristo bajo Poncio Pilato, y al establecimiento del cristianismo, sino porque esta prueba viene de un enemigo. Tácito acusa á los cristianos de *malhechores, ecsecrables*, y *enemigos de los hombres*: acusacion no solo desmentida por la santidad de la doctrina evangélica, que él no conocia, sino ademas vaga é incierta; pues no indica ninguno de sus crímenes, y confiesa, que la acusacion de Neron fue mirada en todo el imperio como calumniosa. Tácito, imbuido en las falsedades del gentilismo, llamó *ecsecrables* y *enemigos públicos* á los que miraban con horror el culto de los ídolos, que era entonces el de casi toda la tierra. Añade, y esto es muy importante para comprobar el título de *mártires*, dado á las víctimas de esta persecucion, que fueron convencidos no tanto del crimen del incendio, como de *aborrecedores del linage humano*: esto es, de profesar un culto contrario al de todo el imperio. Se les insultaba, concluye, en el momento de morir: se les cubria con pieles de fieras, y se les echaban perros que los devorasen. Atados á cruces y quemados, sus cuerpos servian de antorchas. El emperador gozaba desde sus jardines el es-

pectáculo de aquellos suplicios, y en este tiempo daba al pueblo la diversion de los juegos del circo, en los cuales se presentaba en un carro vestido de cochero. De este modo escitaba la piedad pública á favor de los condenados; pues se les creía víctimas, no de la justicia, sino de la crueldad de un solo hombre.

En esta persecucion alcanzaron la corona del martirio san Pedro, sumo pontífice de la Iglesia, y san Pablo, apóstol de las gentes. La sangre de los mártires fue semilla de cristianos. Poco tiempo despues fue acusada de cristianismo Pomponia Graecina, muger de un senador. Su marido fue juez en esta causa, segun las antiguas costumbres, y la declaró inocente. La prodigalidad de Neron se aumentaba cada dia á par de su fiereza. Insensato en sus favores como en sus crueldades, regaló á un gladiador y á un tocador de flauta inmensas riquezas, que habia confiscado á senadores ilustres. Hizo construir para sí enmedio de la ciudad un palacio magnífico que comprendia en su recinto los montes Palatino y Esquilino: su vestíbulo era muy elevado, y se colocó en él su estátua colosal, que tenia 120 pies de alto. Las paredes estaban revestidas de mármol y enriquecidas

con alabastro, jaspe y topacios: el suelo estaba enladrillado de oro, marfil y nacar. Desde los techos caia una lluvia suave y abundante de aguas de olor. En sus inmensos jardines habia cerros, llanuras, estanques y selvas que se habian llenado de bestias feroces. Distribuia al pueblo á manos llenas y sin medida oro y plata. La abundancia, el lujo y la profusion reinaban en Roma; pero las provincias, que pagaban estos gastos estravagantes, estaban aniquiladas y desiertas. Animaba á sus favoritos y procónsules á robarlas, y les decia: «traedlo todo, y no les dejeis nada.»

Sus escesos causaron en fin la paciencia de los romanos: muchos hombres valerosos, indignados de su servidumbre, conspiraron contra él. Pison fue el gefe de la conspiracion, que estuvo oculta mucho tiempo, hasta que la imprudencia de una muger la descubrió. La liberta Epicaris, no conocida hasta entonces sino por el número de sus amantes, se quejaba de que los conjurados eran pocos y demasiado lentos en sus operaciones: quiso aumentar el partido seduciendo á unos oficiales de marina. Volusio Próculo fingió entrar en el proyecto, se hizo dueño del secreto, y la denunció. Los

conjurados, recelosos de este accidente, se determinan á acelerar el golpe y matar á Neron en las fiestas de Céres. Laterano, célebre por su fuerza estraordinaria, debia acercarse á él con el pretesto depedirle un favor y darle la primer puñalada. Epicaris no habia descubierto á ninguno, y el écsito de la empresa parecia seguro; pero Escevino, uno de los conjurados, entrando en su casa la víspera del dia señalado para la ejecucion, con aquella inquietud que causan los escesos de esta especie, despues de haber hablado algun tiempo con Natalis su cómplice, distribuye dinero á sus esclavos, hace testamento, saca un puñal y manda afilarlo á Milico, uno de sus libertos. La muger de Milico, recelosa de estos preparativos, comunica al marido sus terrores y le aconseja que denuncie á su amo. Milico cede, corre á palacio y revela todo lo que ha visto á Epafródico, secretario de Neron. Preso Escevino, se defendió con prudencia y valor, diciendo que ya habia hecho testamento en otras ocasiones, y que aquel puñal era una arma sagrada en su familia, siempre cuidada y preparada escrupulosamente: justifica sus liberalidades como una costumbre digna de elogio y no de censura: añade que to-

dos aquellos indicios no pueden probar una conspiracion que no eesiste, y responde á las inculpaciones de su liberto, acusándole gravemente de ingratitud y de maldad. El delator estaba confundido, el reo vencia; pero la muger de Milico recuerda en este momento á su marido la larga conferencia nocturna de su amo con Natalis. Prenden á este, que confundido y cortado, denuncia como gefes de la conspiracion á Pison y á Séneca. Escevino renuncia á la defensa, ya inútil, y su confesion compromete á Lucano, á Quinciano y Senecion. Lucano aterrado denunció á su misma madre Atilia. Los demas conspiradores eran todavia desconocidos. Neron hizo venir á Epicaris á su presencia, esperando conocer por ella todo el secreto; mas ni se dejó engañar con promesas, ni aterrar con amenazas: los preparativos del suplicio no la espantan: ni los azotes, ni el hierro, ni la llama le arrancan una palabra. La llevan estropeada á la prision, y conociendo que se le preparaban nuevos tormentos, forma un nudo escurridizo con el pañuelo del cuello, lo ata á un palo de una silla, tira con violencia, se ahorca y muere con su secreto. De este modo hizo célebre su muerte una libertina, cuando tantos

hombres ingénuos deshonraban su vida.

Pison se abrió las venas, y por una inconsecuencia dificil de entender, legó sus bienes á Neron. Séneca dijo á sus amigos al recibir la sentencia de muerte y confiscacion: «no me es lícito hacer testamento y probaros mi gratitud. Os dejo, pues, el único bien que me queda, el ejemplo de mi vida (1).» Sus amigos lloraban. «¿Olvidais, les dijo, las mácsimas de la sabiduría? ¿Cuándo os servireis de ella para fortificaros contra los golpes de la fortuna? ¿No conoceis la crueldad de Neron? Era preciso que el que mató á su madre y hermano, hiciese lo mismo con el que lo ha educado.» Pompeya Paulina, muger de Séneca, queria morir con su esposo; y él, lejos de apartarla de esta determinacion, la esortó á cumplirla. Paulina se abrió las venas; pero un oficial que Neron envió, vendó sus heridas, y la obligó á vivir. Aquella muger ilustre vivió, aunque débil, algunos años: en la palidez del ros-

---

(1) *Séneca olvidó en aquel momento su condescendencia á las primeras liviandades de Neron, y su apología del parricidio. (N. del T.)*

tro conservaba las señales de su valor y de su ternura. El poeta Lucano, autor de la *Farsalia*, escritor de mucho talento, pero mas enérgico que elegante, se abrió las venas en el baño, y murió valerosamente recitando algunos versos de su poema, análogos á la situacion. Petronio, autor licencioso y satírico, antiguo compañero de Neron en los desórdenes, y que sus amigos miraban como el oráculo del buen gusto para las fiestas y placeres, pereció tambien; pero antes celebró un magnífico banquete, y murió con el mismo epicureismo que habia vivido. Neron, sorprendido de ver en el número de los conjurados á Sulpicio Asper, centurion de su guardia, le preguntó: ¿por qué motivo conspiraba contra su vida? «Por lástima, le respondió: no tenia otro medio para detener el curso de tus crímenes.» Granio Silvano fue absuelto por falta de pruebas; mas no pudiendo tolerar el triunfo de la tiranía, se atravesó con su misma espada. Los furores del príncipe se estendieron fuera de Italia: envidioso de la gloria de Corbulon, le engañó con fingidas protestaciones de amistad, le invitó á volver á Roma, y le hizo asesinar cuando le vió separado de su ejército.

Entonces estaba turbado el oriente por la rebelion de los judios, que ademas de pelear entre sí, sacudieron el yugo de los romanos; y aunque vencidos al principio, tomaron de nuevo las armas, derrotaron á Cestio Galo, gobernador de Siria, y le arrojaron de la Judea. Neron conoció la necesidad de nombrar para esta guerra un general hábil, y el temor del peligro triunfó del odio que aquel emperador tenia á los hombres de mérito. Dió, pues, el mando del ejército de oriente á Vespasiano, aunque habia incurrido en su desgracia, porque se quedó dormido un dia mientras Neron cantaba en el teatro. Vespasiano y su hijo Tito, habiendo reunido con prontitud en Siria y Egipto un formidable ejército, penetraron en Galilea, tomaron á Gadara, se apoderaron de Jotapa, donde quedó prisionero el historiador Josefo, que se libertó de ser entregado á Neron, pronosticando el imperio á Vespasiano: conquistaron las plazas de Tiberiade, Tariquea, Gamala y Giscala, y derrotaron completamente á los enemigos atrincherados en el monte Isaburio. Despues de tantas y tan rápidas victorias, que le habian costado mucha sangre, Vespasiano salió

de Galilea, y volvió á Cesarea.

Rebelion de Vindex y Galba. (67.) El número de las víctimas de la tiranía aumentaba incesantemente. No solo los ricos y grandes eran inmolados á los furores de Neron: ni aun la oscuridad era asilo seguro contra sus caprichos. El odio y el desprecio llegaron á su colmo: no hubo esperanza de salvacion sino en la rebelion, cuyo fuego, largo tiempo encubierto, se manifestó primero en las Galias. Vindex, natural de esta provincia, y descendiente de los reyes de Aquitania, habia llegado á la dignidad de senador, y mandaba como propretor en la Céltica. Era amante de la gloria y enemigo de la tiranía. Arrostrando el primero los peligros á que estan espuestas semejantes empresas, levanta el estandarte de la rebelion, y bien pronto se halla al frente de 200.000 hombres determinados á librar la tierra de un mónstruo. Neron estaba entonces en su último consulado, y tenia por colega á Silio Itálico, autor de un poema sobre la guerra de Annibal, delator en su juventud y poeta mediano en su edad madura. El emperador, informado de la conjuracion de Vindex, prometió diez millones al que le trajese la cabeza de este general. Vindex,

sabiendo esto, dijo públicamente: «al que me traiga la cabeza de Neron, le daré la mia, si la quiere.» Rufino, Asiático, Flaco y los demas comandantes de la Galia, abrazaron el partido de Vindex y le ofrecieron la corona; pero ambicioso de honor mas que de poder, rehusó la dignidad suprema y proclamó emperador á Galba, que mandaba en España; varon ilustre por su nacimiento, y cuya esperiencia militar y grandes cualidades merecian la estimacion general. Galba supo al recibir estas noticias, que Neron habia resuelto matarle. Reunió, pues, el pueblo y los soldados en un dia consagrado por la costumbre á la libertad de los esclavos. «Amigos, les dijo, vamos á dar á los cautivos un bien concedido por la naturaleza, y del cual no nos permite gozar la tiranía. Ningun esclavo ha sufrido nunca de su amo lo que los romanos de Neron. ¿Qué bienes estan libres de su avaricia? ¿Qué cabeza de su crueldad? Sus manos humean con la sangre de su hermano, de su madre, de su esposa y de su maestro: bajo su puñal han caido las columnas mas ilustres del imperio. Todas las víctimas claman venganza, no contra un príncipe, sino contra un incendiario, verdugo, vil histrion, des-

preciable cochero y mónstruo deshonrado por infames nupcias que hacen gemir la naturaleza. Ya Vindex lo acomete en las Galias, y sus legiones vuelven los ojos á mí para consumar la ruina del tirano. Espero vuestro consentimiento, no para lograr la dignidad imperial, que reverencio y no pretendo, sino para consagrar mis últimos dias y fuerzas á la salvacion de mi patria; y como.....» No pudo seguir: los gritos y aclamaciones universales de los soldados y del pueblo le saludaron emperador. Rehusó este título, y solo tomó el de lugarteniente del senado y pueblo romano. Oton, gobernador de Lusitania, se declaró por Galba, y aun le envió para subvenir á los gastos de la empresa, su dinero y vajilla.

Mientras que se formaba una tempestad tan formidable contra Neron, este príncipe insensato entraba triunfante en Nápoles y se encenagaba en la disolucion. La primera noticia de la defeccion de la Galia le dió mas alegria que inquietud; porque solo vió en ella nuevos pretestos para aumentar sus tesoros y satisfacer su crueldad. Fundaba su confianza supersticiosa en un oráculo de Apolo Délfico, que le habia advertido guardarse del número setenta y tres; y como estaba en la

flor de su edad, temia poco la muerte que no aguardaba hasta una edad tan avanzada. Pero cuando otros correos, trayéndole noticias de los progresos de la rebelion, le hicieron saber que los ejércitos de Galia y España habian proclamado emperador á Galba, y que este general tenia setenta y tres años, perdió el ánimo y la esperanza, y cayó en la mas profunda consternacion. Era cobarde tanto como cruel, y asi no buscó medios de defensa, y estuvo ocho dias encerrado en su palacio sin dar ningun orden. No hizo mas que denunciar al senado el manifiesto de Vindex, y pretestó una grave enfermedad para escusar su inasistencia á la curia en circunstancias tan críticas. Los terrores cobardes de este insensato, aunque absorbian todas sus facultades, no destruian sin embargo la vanidad pueril que le inspiraban sus talentos creidos para las artes; y lo que mas le irritó en el manifiesto del ejército de Galia fue que Vindex le trataba en él de mal poeta y músico ignorante. «¡Que pruebe lo que dice! esclamaba indignado: no hallará en todo el mundo un hombre mas hábil que yo en mi profesion.» El senado declaró á Vindex enemigo del estado: Neron, como todas las almas débiles, pa-

só con suma facilidad del miedo á la esperanza, creyó que nada tenia que temer de sus enemigos, y volvió á Roma. En la visita que le hicieron los cónsules, solo les habló de la invencion de una máquina hidráulica, que producia sonidos armoniosos, y que «él queria, dijo, mostrar al pueblo en el teatro, si Vindex le daba tiempo para ello.» Nuevos correos hicieron renacer sus terrores: el senado los disipó proscribiendo á Galba: entonces llevó hasta el delirió sus orgias y sus proyectos de venganza. Mandó matar á todos los gobernadores de provincia y á todos los desterrados, saquear la España y las Galias; y aun se dice que formó el proyecto de envenenar á todos los senadores en un banquete, incendiar á Roma segunda vez, y soltar por las calles las fieras del circo para que la plebe no pudiese acudir á apagar el fuego. Al mismo tiempo declara que va á marchar contra el enemigo, y forma una guardia de mugeres prostituidas, á las cuales da vestidos y armas de amazonas.

En fin, el senado, los patricios, los caballeros, el pueblo, la tropa y el imperio se sublevan contra él, y juran su muerte. Supo, estando comiendo, esta rebelion general: rompió enfurecido dos

vasos de cristal, y pidió á sus esclavos una cajita de oro que encerraba un veneno sutil. Un momento despues envió un correo á Ostia con órden para que la escuadra estuviese pronta á recibirlo. Dícenle que los pretorianos no quieren seguirle: temblando é incierto, no sabia si huir á buscar un asilo entre los partos, ó implorar la clemencia de Galba, ó vestirse de luto para escitar la compasion del pueblo romano; y pedia que se le diese el gobierno de Egipto. Decídese á esto último; pero enmedio de la noche ve que su guardia lo ha abandonado, y que estan saqueando su palacio. Salta de la cama, llama sus ministros y validos; nadie le responde. Enmedio de la capital del mundo está como un esclavo fugitivo en un desierto. Quiere valerse del veneno; pero se lo habian quitado: llama en vano á gritos al gladiador Spicilio. «¿No hallaré pues, decia, ni amigos que me defiendan, ni enemigos que me den la muerte?» Sale furioso del palacio, y vuela á arrojarse en el Tiber. Faon, liberto suyo, le detiene, y le ofrece un asilo en su casa de campo, que estaba á cuatro millas de Roma. Lo acepta, y huye envuelto en una capa vasta, y acompañado solamente del infame Esporo, y de

otros tres esclavos. Mientras caminaba, un fuerte terremoto y la vislumbre de los relámpagos que sulcaban las nubes oscuras, aumentaron sus terrores. Creíase perseguido por los hombres y los dioses. El menor arbusto, el sonido mas ténue, le parece, ó la sombra ó el grito de una víctima. Al pasar cerca del campamento de los pretorianos, oye á los soldados vomitar imprecaciones contra él, y encuentra viageros que dicen al verle: «estos sin duda buscan al infame Neron para matarlo.» Horrorizado y medroso se aleja á toda prisa del camino, y entra por senderos llenos de zarzas. Llega en fin detras del corral de Faon, se echa cansado sobre unas zarzas, bebe agua de un charco, y dice: «¡esta es pues la bebida que tendrá Neron de aqui adelante!» Sus esclavos hacen un agujero en la pared, y el emperador, arrastrándose como una vil culebra, entra en el corral por aquella abertura, y llega á un aposento remoto, donde estuvo encerrado un dia.

Entretanto, reuniéndose los senadores, le declararon enemigo de la patria, y le condenaron á sufrir todo el rigor de las antiguas leyes. Faon le trajo el decreto: Neron le pidió que se lo esplicase. El liberto dijo, que segun la antigua cos-

tumbre, se ataba al enemigo público á un palo, se le azotaba con varas hasta que muriese, y se arrojaba su cuerpo al Tiber. «¡Ay! respondió aquel mónstruo insensato, ¿por qué ha de morir un músico tan escelente?» El temor del suplicio que le esperaba, le dió una firmeza aparente: sacó del cinto un puñal, y se arrimó la punta á su pecho; pero su cobardía no permitió que lo hundiese: se puso á llorar, y pidió á los que le rodeaban que le diesen ejemplo de valor. De repente suenan muchos caballos en el patio: oye la voz de los oficiales que le buscaban: fortificado por la desesperacion, hace que Epafrodito le sostenga el brazo, y se sepulta el puñal en la garganta. Todavía respiraba, cuando entró en el aposento el centurion encargado de prenderle; el cual se puso á vendarle la herida, y le dijo que venia á socorrerlo. «Llegas tarde, respondió Neron: ¿es esta la fidelidad que me juraste?» A estas palabras espiró, amenazando todavía al cielo con sus miradas espantosas. Tenia 32 años de edad, y habia reinado 13. Murió el año 821 de la fundacion de Roma, 69 de la era cristiana, 112 desde la ruina de la república por Julio César, y 94 desde el establecimiento definitivo de la monar-

quía por Augusto. El pueblo enfurecido derribó sus estátuas, y despedazó á algunos de sus ministros. Quiso arrojar su cuerpo al Tiber; pero dos mugeres, que habian sido sus nodrizas, y la cortesana Acte, recogieron sus cenizas, y las colocaron en el sepulcro de los Domicios.

CAPITULO XIII.

Galba. Oton. Vitelio.

Galba, emperador. Oton, emperador. Batalla de Bedriaco. Vitelio, emperador. Batalla de Cremona.

Galba, *emperador.* (69.) La noticia de la muerte de Neron causó la mayor alegria en todos los que tenian peligros que temer, reputacion que conservar, y bienes que dejar á su familia. Corrian por las calles como en los dias de fiesta, y se abrazaban sin conocerse. Los amigos de la virtud y del imperio se alegraban de ver libre el mundo de una fiera. El senado, triunfante por la caida de Neron, como si él solo lo hubiese derribado, esperaba recobrar sus derechos; pero el populacho, los esclavos, los libertos, y los hombres que no conocian mas felicidad sino los vicios, las fiestas y los juegos, lle-

vaban luto por el emperador. No tardó en perturbarse el regocijo de los hombres honrados: la sombra del mónstruo vino á amedrentarlos: un impostor tomó su nombre, y tuvo partidarios en oriente, porque le semejaba y tocaba la lira como él. Despues de algunas ventajas efímeras, fue preso y muerto. Otros motivos habia de inquietud nacidos del espíritu turbulento de los ejércitos, y de la ambicion de los gefes. Estos amaban la gloria todavía, mas no querian república. Nimfidio, comandante de la guardia pretoriana, fue el primero en levantar el estandarte de la rebelion. Orgulloso con el influjo que creia tener en los soldados, aspiró descubiertamente al imperio; pero sus partidarios eran pocos, y pereció en un motin. Macro quiso sublevar el Africa: el propretor Garruciano le dió de puñaladas. Valente y Aquinio hicieron lo mismo con Capiton, que aspiraba al trono, contando con las tropas de Germania. Todas estas muertes cometidas por hombres no menos ambiciosos que sus víctimas, affigian profundamente á los partidarios del gobierno republicano, y les probaban que era imposible la libertad donde los soldados habian dejado de ser ciudadanos.

El senado, al ver estos sucesos, quiso mas bien darse un dueño que recibirlo: proclamó á Galba, y con este decreto sosegó la agitacion de una parte del ejército de España. El de Germania habia entrado en la Galia para reprimir las legiones de Víndex, á las órdenes de Virginio Rufo. Los dos gefes querian concertarse; pero las tropas, sin hacer caso de sus órdenes, pelearon encarnizadamente. El ejército de Galia fue vencido, y Víndex se dió la muerte. El de Germania quiso dar el imperio á Virginio; pero éste lo rehusó, esperando las órdenes del pueblo y del senado; y hasta que uno y otro proclamaron emperador á Galba, no le reconoció. El ejército del alto Rin era mandado por Hordeonio, general sin talentos ni carácter. Habia seguido el impulso de Víndex, y despues imitó el ejemplo de Virginio.

Servio Sulpucio Galba, ilustre por su nacimiento, contaba entre sus antepasados al virtuoso Cátulo, digno émulo de Ciceron y de Caton. En su juventud habia manifestado sentimientos nobles, rara modestia y esfuerzo brillante. Elevado al mando, tanto por sus servicios, como por su nacimiento, habia hecho la guerra con felicidad en Africa, Germania y

España. Observador rígido de la disciplina, sencillo en sus costumbres, justo en sus sentencias, y ecónomo en los gastos, se le creyó digno del imperio hasta que ascendió á él. La edad debilitó su espíritu, le entregó á favoritos que abusaron de su confianza, y trocó su severidad en dureza, y su economía en avaricia. El entusiasmo que le habian manifestado las legiones de España, descaeció en gran manera. Corrian voces de la fuga de Neron, y Galba desesperado estuvo ya para darse la muerte, cuando supo el fin trágico del tirano y los decretos del senado y del pueblo en su favor. Tomó el título de césar y la vestidura imperial, y partió á Roma; pero la inquietud que le daban las intrigas de Nimfidio, la rebelion de Macro, las pretensiones de Capiton, y la irresolucion de las legiones de Germania, le hicieron creer que debia aterrar á sus rivales, y llevó al cuello un puñal hasta que supo que sus concurrentes eran muertos. En el camino destituyó á gobernadores, destruyó ciudades, y oprimió con tributos á los pueblos que habian tardado en reconocerle. Al llegar á Roma desplegó la misma severidad: ordenó á las tropas de marina, incorporadas en las legiones, que vol-

viesen á la escuadra; y porque se negáron á hacerlo, mandó rodearlas, acometerlas y diezmarlas. La guardia germana se habia conservado fiel á Neron, y se sospechaba que queria elevar al trono á Dolabela. Galba la licenció. Muchos ciudadanos, desterrados por Neron, fueron restituidos por el nuevo príncipe; pero quedaron descontentos porque les restituian sus empleos, pero no sus bienes. Hizo pasear por Roma aherrojados á Elio, Policleto, Locusta, Patrobio, Petino, infames ministros de las crueldades de su antecesor. Creyendo neciamente que en un tiempo de vicios y de revoluciones podria restablecer el antiguo vigor de la disciplina, rehusó á las tropas la gratificacion que daban los emperadores en su advenimiento, y respondió á sus quejas, que «él escogia sus soldados, no los compraba.» Destituyó á muchos oficiales pretorianos, sospechados de haber favorecido á Nimfidio. Mas lo que apresuró su ruina fue la mala eleccion de ministros. Concedió una confianza ilimitada á Tito Vinio, su lugarteniente en España, hombre diestro y valiente, pero codicioso: á Cornilio Lacon, capitan de pretorianos, orgulloso, ignorante y cobarde; y á Marciano Icelo, liberto altanero y

adulador, que aspiraba á las mas altas dignidades, y deseaba encubrir con la púrpura las señales de sus antiguas cadenas. De la diferencia que habia entre los caracteres del príncipe y de sus validos, resultaba la mas estraña contradicion en los actos del gobierno. Todo lo que Galba hacia por sí mismo, parecia laudable: todo lo que dejaba hacer á sus favoritos, le desacreditaba. Habian merecído la aprobacion general sus discursos modestos al senado, la libertad que dejaba en las deliberaciones, su respeto á los derechos del pueblo, su desprecio á los delatores, su afabilidad con los ciudadanos; mas era intolerable la insolencia y avaricia de sus ministros, que unas veces condenaban por leves culpas á varones ilustres, y otras absolvian á verdaderos criminales, hombres sin nacimiento ni moralidad. Galba, con loables intenciones, nada hizo bueno ni útil, porque carecia de instruccion. Neron, pródigo sin medida, habia dado sumas inmensas á la muchedumbre, y se decia que en sus liberalidades estravagantes consumió 90 millones. Galba mandó imprudentemente que se restituyese lo que se habia dado sin motivo. Una junta de cincuenta caballeros, encargada de estas investigaciones,

cumplió su encargo con sumo rigor. Todos los caudales fueron acometidos y desordenados por esta pesquisa arbitraria y fiscal. Parecia que todo estaba en Roma á subasta; y lo que aumentó el descontento fue ver que el emperador, en lugar de aplicar al erario las sumas que produjo esta medida, se apoderó codiciosamente de ellas, y las guardó para sí solo. La venalidad de los comisarios aumentó el desórden: las provincias fueron maltratadas como la capital: Delfos y Olimpia tuvieron que restituir los dones que les habia hecho Neron. Quejábanse de esta severidad inoportuna, tanto mas cuanto se observaba cierta debilidad con hombres odiosos. El pueblo citó á Haloto y á Tigelino, cómplices y quizá autores de la mayor parte de los crímenes de Neron: los reos prodigaron sus tesoros á los ministros de Galba, y compraron su absolucion.

Esta mezcla de rigor y de corrupcion escitaba en Roma la ira y el desprecio. El descontento de la capital se propagó á las provincias: las legiones de Germania, temiendo el castigo del emperador, por haber sido las últimas que se declararon á favor suyo, se sublevaron contra el débil Hordeonio Flaco, su

general, y ofrecieron el imperio á Vitelio, nombrado recientemente por Galba para mandar en aquella provincia. Valente y Cecina, oprimidos de deudas, y codiciosos de movimientos y novedades, relajando todos los lazos de la disciplina para ganar el afecto de los soldados, corrompian las legiones de su mando, á fin de que siguiesen el partido de Vitelio, cuyas costumbres prometian un nuevo Neron á los amigos del vicio. Informado el emperador de estas revueltas, y atribuyéndolas al desprecio que inspiraba su larga edad, creyó que las disiparia eligiendo un sucesor jóven, y destruyendo asi todas las esperanzas de los facciosos. Apenas fue conocido su designio, hubo discordia en la corte para la eleccion. Oton, el primero que sostuvo á Galba con su nombre, tropas, espada y fortuna, aspiraba descubiertamente á la herencia, haciendo valer á favor suyo sus servicios, su celo y el amor que le tenian las cohortes pretorias. Vinio le sostenia; pero le era contrario Lacon, envidioso de su crédito y aun de sus vicios: ademas todos los buenos temian ver en el trono al compañero mas ardiente de las lubricidades de Neron. Galba, no oyendo á ninguno de sus mi-

nistros, y atento solo á la voz pública, desconcertó todas las intrigas, adoptando por heredero á Luciniano Pison, hombre de costumbres austeras, y cuyas virtudes respetaba Roma, tanto como su nobleza. El emperador le llamó, y le habló en estos términos: «Si te adoptase como un simple particular, segun las leyes, sería glorioso para mí introducir en mi familia al descendiente de Pompeyo y de Craso, y para tí añadir á tu ilustracion la de los Sulpicios y Lutacios. Pero llamado yo al imperio por el consentimiento de los dioses y de los hombres, solo tu escelente índole y mi amor á la patria me han movido á ofrecerte, sin solicitud de tu parte, un poder que nuestros mayores disputaban con las armas, y que solo por ellas adquirí. Sigo el ejemplo de Augusto, que puso por segundo suyo, primero á su sobrino Marcelo, despues á su yerno Agripa, y últimamente á su entenado Tiberio; mas él buscó un sucesor en su familia, yo en la república: no porque me falten parientes ni compañeros de milicia, sino porque ascendí al imperio esento de ambicion: díganlo no solo mis allegados, á quienes te antepongo, sino tambien los tuyos. Tienes un hermano,

tu igual en nobleza, mayor en edad, digno de esta elevacion; pero tú la mereces mas. Tus años han pasado ya los escollos de la juventud, sin que en ellos se haya notado cosa que necesite de disculpa. Hasta ahora solo has probado la adversidad: guárdate de los estímulos de la fortuna; porque la calamidad se tolera, y la ventura nos corrompe. Conservarás la fe, la independencia y la amistad, bienes principales del hombre; pero los aduladores, peste del alma, los perderán en interes suyo. Yo te hablo con toda la verdad de mi corazon: el lisonjero hablará mas á tu fortuna que á tí; porque es muy dificil aconsejar bien á un príncipe, y nada mas fácil que adularlo. Si pudiese ecsistir el imperio sin un gefe, me conozco digno de ser el nuevo fundador de la república. Pero hemos llegado á tal punto, que atendida mi vejez, nada puedo hacer á favor de Roma, sino darle un buen sucesor, y tú un buen príncipe. Fuimos como herencia de una sola familia, bajo Tiberio, Cayo y Claudio: sírvanos ya de libertad el derecho de elegir. Estinguida la familia de los Julios y Claudios, la adopcion buscará á los mejores. Porque el nacimiento es casual: la eleccion, fruto

del juicio, confirmado por la opinion pública. No olvides que Neron, ensoberbecido con la larga serie de los césares, cayó, no por las débiles fuerzas de Víndex, ni por mi legion, sino por su inhumanidad y desenfreno. Ha sido el primer emperador sentenciado. Nosotros, aunque elegidos y apreciados, no estaremos libres de malquerencia, por escelentes que seamos. Ni te espante ver, que despues de un movimiento general, haya dos legiones aun no aquietadas. No he subido al imperio para descansar; y en sabiendo tu adopcion, dejaré de parecer anciano: único defecto que me notan. Los malos siempre echarán menos á Neron: cuidemos tú y yo de que no lo echen menos los virtuosos. No es para ahora amonestarte mas; y todo te lo he dicho, si te elegí con razon. El mejor y mas breve camino para discernir el bien y el mal, es acordarnos de lo que hemos deseado y aborrecido bajo el imperio de un mal príncipe. Porque en Roma no hay, como en las demas naciones que tienen reyes, una familia determinada para mandar á los demas. Vas á imperar sobre hombres que ni pueden sufrir entera esclavitud, ni entera libertad.»

Pison respondió con ánimo sereno á

este razonamiento: habló con respeto del emperador y con modestia de sí mismo: nada se mudó en su rostro, y parecia mas digno del trono que amante. Galba le llevó al campamento, y habló con breves y secas palabras á los soldados, que le recibieron sin entusiasmo. Esta severidad era inoportuna: la mas ligera gratificacion le hubiera quizá ganado su afecto. La eleccion del nuevo césar inflamó á Oton en envidia y enojo. Observó el descontento de las tropas, y concibió esperanzas. Era afable y familiar con los soldados: tomaba parte en sus juegos é intereses: les hablaba de sus familias y negocios: aumentaba su licencia, y no les disimulaba su deseo y aun su necesidad de subir al trono. «Oprimido como estoy de deudas, es menester que perezca ó reine; y tanto se me da morir á manos del emperador, ó á las de mis acreedores.» Tal era la infelicidad de aquella época, que á despecho de los decretos del pueblo y del senado, bastaron dos soldados, corrompidos por un liberto, para derribar á un emperador elegido legalmente (1), y dispusieron del imperio á fa-

(1) *Jamás hubo ley de sucesion en el im-*

vor de un jóven, arruinado por sus desórdenes, y que no aspiraba al mando sino para pagar sus deudas. Estos dos soldados, sobornados por Onomasto, criado de Oton, sedujeron algunos otros, que formaron el proyecto atrevido de destronar á Galba, y coronar á Oton. Supiéronse con prontitud en el palacio sus intrigas y discursos, y nada era tan fácil como ahogar esta conspiracion en su cuna; pero Lacon, oficial cobarde y ministro indolente, despreció la noticia, y no la creyó digna de escitar la inquietud, ni aun la atencion del emperador. Los conjurados señalaron el 15 de enero para la ejecucion de sus designios. Oton vino el 14 por la noche, segun su costumbre, á saludar al emperador, que le recibió con franqueza, y le abrazó cordialmente. Asistió á un sacrificio, y permaneció en palacio, hasta que Onomasto le avisó, que «su arquitecto le esperaba.» Era esta la señal: sale con pretes-

---

perio romano. Augusto, su fundador, lo dejó todo á la casualidad y á la violencia. Así es, que la muerte de un emperador era casi siempre, ó efecto ó presagio de una guerra civil. (N. del T.)

to de ecsaminar una casa que queria comprar. Llega á donde estaban los conjurados, cerca de la columna dorada, de la cual salian todos los caminos de Italia. Admírase de no ver reunidos mas que treinta soldados; pero demasiado adelantado ya para retirarse, y fundando su esperanza en la osadía, arengó á aquella tropa, le recordó la avaricia y la severidad de Galba, la matanza de los marinos, la dureza intolerable de su disciplina, la destitucion de los oficiales, las rapiñas de los favoritos. «¿Quereis, les dijo, poner remedio á tantos males? En vosotros consiste. No temais la guerra civil; porque todos los romanos desprecian unánimemente al flaco viejo que nos gobierna. La cohorte de guardia está, segun la antigua costumbre, con togas y sin armas; y servirá mas que para defender á Galba, para impedir que se nos escape. Combatireis con ella solamente en el celo, para servirme.»

Los conjurados responden á estas palabras con aclamaciones: saludan emperador á Oton, sacan las espadas, intimidan la multitud que los rodea, pasan por medio de ella, recogen en el camino los partidarios que atrae siempre la osadía y la novedad, y conducen el nue-

vo césar al campamento. Estaba de guardia el tribuno Julio Marcial; y el asombro que le causa la empresa, le impide oponerse á ella. Todas las cohortes pretorias y los soldados de marina se reunen á Oton: este les prodiga promesas y caricias, empleando todas las bajezas posibles para ascender al mando. En fin, recibió su juramento de fidelidad. Las noticias de este suceso llegan á palacio, alteradas por las pasiones, aumentadas por el miedo, ó atenuadas por la adulacion. Los cónsules, senadores y caballeros rodean al emperador, midiendo su celo y sus palabras, segun los partes que sucesivamente llegaban. Galba está dudoso entre las opiniones encontradas de sus ministros. Unos quieren que marche contra los rebeldes, y mande al pueblo tomar las armas: otros que se retire al capitolio. Pison arenga á la cohorte pretoria: le representa la larga y gloriosa carrera del príncipe, la magestad del senado, los derechos del pueblo, los vicios y escesos de Oton. «Si los soldados, dice, en desprecio de las leyes, quieren disponer del imperio, al menos no elijan por emperadores á los malvados y deshonestos; y si el interes los guia, mas vale merecer recompensas por

la fidelidad que por el delito.» Creyendo segura la cohorte de palacio, fue á los reales con Celso; pero los rebeldes le impidieron la entrada, y le rechazaron tirándole dardos. Entretanto se esparce por la ciudad la noticia de que Oton habia perecido en un tumulto: los lisonjeros acuden á dar la enhorabuena al emperador: los mas circunspectos declaman altamente contra los sediciosos: los mas cobardes afectan mas ardor. Despues de una larga indecision, Galba monta en fin á caballo, seguido de sus guardias, y acompañado mas por la curiosidad que por el afecto. Julio Atico, pretoriano, se le presenta con el acero ensangrentado, y le dice que ha dado muerte á Oton. «¿Quién te lo mandó?» replica Galba, imperturbable en sus mácsimas de disciplina antigua, y continúa su marcha. Un pueblo innumerable le recibe en el foro; pero silencioso y atento como si asistiese á un espectáculo. Oton, conociendo que solo la rapidez podia asegurar el logro de su empresa, hace marchar con prontitud toda su tropa, temiendo que la menor tardanza las moviese á considerar el peligro, y resfriase su ardor. Un cuerpo numeroso de caballería atravesó en un momento la ciudad, y desembocó en el

foro; pero viendo reunidos al emperador, al senado y al pueblo, se detiene intimidado. Galba en vez de aprovechar aquel instante favorable y decisivo, duda. Entonces le abandonan : el enemigo toma brio, y atropella todo lo que se le opone. Galba, rodeado de rebeldes, presenta su garganta, y dice : « herid, si asi lo ecsige el bien de la república.» Aquellos furiosos le asesinan, y llevan á Oton su cabeza clavada en la punta de una lanza. El cadáver quedó en la plaza : sus cortesanos habian huido, y un esclavo fiel le dió sepultura. Sus tres favoritos fueron degollados. En aquel dia de crímenes y de infamia, el centurion Sempronio dió un raro ejemplo de valor y fidelidad. Armado de un puñal, y solo, detuvo á los enemigos, salvó por el momento á Pison, y le llevó á un asilo, de donde algun tiempo despues fue entregado por traicion á los satélites del nuevo emperador, y le dieron muerte. Tácito, refiriendo esta conspiracion criminal que trastornó las leyes y el trono, y sometió el cetro á los caprichos de la tropa, dice : «pocos la emprendieron, algunos la ejecutaron, y todos la sufrieron.»

Oton, emperador. (70.) Muerto Gal-

ba, se mudó el aspecto de Roma: el senado y el pueblo parecian otros. Los mismos que poco antes habian declamado contra los vicios y la osadía sacrílega de Oton, se echaban ahora á sus pies, le daban la enhorabuena de su triunfo, y las gracias por haber libertado á Roma de una opresion intolerable. Oton era de una familia antigua, originaria de Etruria; elocuente, valeroso, instruido y digno de gobernar el imperio, si él mismo no hubiese sido gobernado por sus pasiones. En sus primeros años, corrompido por el ejemplo del siglo y seducido por la hermosura de Popea, habia sido partícipe de los desórdenes de Neron; pero en el gobierno de Lusitania manifestó grandes cualidades. Era afable y generoso; mas su prodigalidad pudo ser mas dañosa á los romanos que la avaricia de Galba. Habiendo recibido las felicitaciones de los patricios y del pueblo, fue al senado. Esta corporacion, impaciente de mostrar su vileza, se anticipó á sus escusas con homenages, y le dió el nombre de Augusto con todos los títulos de sus predecesores. El dió gracias á los senadores por su favor, les dijo que solo habia tomado el poder para obedecer al senado y al pueblo, y prometió no gobernar si-

no por sus consejos. Como era el primer césar que habian nombrado los pretorianos, pagó el beneficio con una magnífica gratificacion. Recompensados por su infidelidad, se creyeron dueños de dar y quitar el imperio. El nuevo príncipe sorprendió á todos con su conducta: contra lo que se aguardaba, renunció á la molicie y á los placeres, y se aplicó al trabajo del gobierno. Mario Celso, á quien Galba habia colmado de beneficios, le conservaba fidelidad y defendia con valor su reinado y memoria. Oton, enojado por ello, le mandó venir á su presencia. Celso, habiendo declarado con firmeza sus opiniones, añadió estas pocas palabras: «la gratitud debe esperar de un príncipe justo mas bien recompensas que castigos.» Oton, conmovido de la verdad, lo abrazó y le dió un grande empleo cerca de su persona.

El suplicio del infame Tigelino y la restitucion de los bienes de los desterrados conciliaron á Oton el afecto público; pero la suerte no le habia destinado á realizar las esperanzas de Roma. Quince dias antes de la muerte de Galba las legiones de la baja Germania, creyéndose con tanto derecho para dar un gefe al imperio como las de España, proclamaron emperador á Vitelio: persistieron en su elec-

cion despues del advenimiento de Oton, y despreciaron los decretos del senado, que miraban como dictados por el temor y la violencia. Esta noticia consternó á los romanos. Habian sacrificado la república á la tranquilidad, y preferido el dominio de un solo dueño á las tiranías sucesivas y sangrientas de los grandes que se disputaban el gobierno. Veian que el sacrificio era inútil, y que iban á renovarse en el imperio las querellas y proscripciones del triunvirato y todos los horrores de las guerras civiles. Oton para conciliarse la opinion general, quiso conjurar la tempestad por medio de negociaciones. Conociendo el carácter avaro, indolente y voluptuoso de Vitelio, le ofreció si renunciaba á sus pretensiones, un retiro seguro y riquezas inmensas: Vitelio le respondió haciéndole las mismas proposiciones: se pensaba que tenia en Roma un partido; y el de Oton estaba separado por la envidia, la desconfianza y el miedo. El senado, temeroso con tantas revoluciones sucesivas, temia el éesito y se mostraba indeciso. Todos arreglaban su conducta, su ademan y sus palabras por la mayor ó menor confianza que inspiraban las noticias. Solo Oton, animoso y vigilante en conservar el trono, como lo fue

para adquirirlo, apresuraba con actividad los recursos de la guerra, y pronto se vió al frente de un ejército numeroso á la verdad, pero menos fuerte de lo que parecia. La edad y un largo reposo habian debilitado á los antiguos senadores: los caballeros, afeminados por los placeres, temblaban de esponerse á los peligros y trabajos de la guerra; y los pretorianos, aunque valientes, no eran tan belicosos como las legiones de Germania. Sin embargo, todos los hombres de poco juicio, á quienes deslumbra el esplendor del poder, y cuyas miradas no se estienden á lo futuro, soñaban victorias y felices sucesos. Los prudentes solo veian en estas disensiones desgracias para el estado; y los intrigantes, ocasiones de medrar. Los ejércitos de Germania, del Rin y de las Galias siguieron el partido de Vitelio. Este general, indigno no solamente del trono sino aun del mando que le habian dado los favoritos de Galba, no hallaba otra ventura en la autoridad suprema, que la de satisfacer sin impedimento sus pasiones brutales: empleando en la mesa y en la embriaguez todo su tiempo, era incapaz de disputar el trono á su competidor; pero la actividad de sus lugartenientes Valente y Cecina le dió la victoria. Estos generales reu-

nieron con rapidez todas sus tropas, enriquecieron su erario con horribles saqueos, destruyeron la ciudad de Divioduno que se negaba á socorrerlos, talaron la Helvecia declarada contra ellos, intimidaron á los de Lugduno, dispuestos á favorecer á Oton por su afecto á Neron; y en fin, haciendo marchas dobles, dominaron los Alpes y decidieron la parte septentrional de Italia á seguir su causa; porque en aquella época el partido mas poderoso parecia el mas justo.

En oriente eran despreciados Oton y Vitelio: los ejércitos belicosos de estos paises, mandados por capitanes hábiles, no reconocian mas autoridad que la de sus gefes. Vespasiano, guerrero infatigable, severo en sus costumbres, templado y sóbrio en sus placeres, modesto en su vestido, marchaba siempre al frente de las tropas, trazaba él mismo los reales, participaba de los trabajos y peligros, desconcertaba los intentos del enemigo por su vigilancia, y le aterraba por su intrepidez: soldado valiente, general esperimentado, se habria hecho igual á los antiguos capitanes, si hubiese sido menos codicioso. Su colega Muciano, generoso y elocuente, imponia respeto al pueblo y á los soldados por su conoci-

miento en los negocios y la dignidad de sus modales. Tácito observa que reuniendo las cualidades de estos dos hombres, se hubiera formado un escelente emperador. Al principio la ambicion los hizo rivales y casi enemigos. Tito, hijo de Vespasiano, los reconcilió. Este jóven príncipe, destinado á ser, aunque por corto tiempo, la felicidad del género humano, habia recibido del cielo un atractivo al cual nada se resistia. Vespasiano y Muciano, concertándose entre sí y reglando su conducta por la prudencia, habian reconocido á Galba, y Tito habia salido de Asia para venir á Roma á recibir sus órdenes; pero supo en Grecia la muerte del emperador, y se volvió á Siria. Los generales tuvieron por conveniente que sus legiones reconociesen á Oton; mas ellas obedecieron con una frialdad que probaba su descontento. Los ejércitos de Dalmacia, Pannonia y Mesia se declararon mas francamente, y se prepararon á marchar en socorro de Oton, que probablemente habria vencido si hubiese esperado este refuerzo, Asi se lo aconsejaban Suetonio, Celso y Galo, generales esperimentados, valerosos y prudentes: pero Licinio, prefecto del pretorio y favorito de Oton, le im-

pidió seguir tan buen consejo. No dando oidos mas que á su impaciencia, y deseando contener la marcha de los vitelianos, que ya habian entrado en Italia, encargó el gobierno de Roma al cónsul Ticiano, hermano suyo, y á Flavio, prefecto de la capital y hermano de Vespasiano. Arengó al senado con moderacion, sin proferir ninguna injuria contra su rival, marchó al ejército, y encontró cerca de los Alpes á los enemigos.

Batalla de Bedriaco. Los vitelianos estaban separados en dos cuerpos, mandados el uno por Cecina y el otro por Valente: Vitelio se quedó en la Galia, esperando los refuerzos de la Armórica y de Britannia. Valente semejaba á Marco Antonio en audacia, ambicion y desenfrenado libertinage. Cecina era igual suyo en valor y le escedia en elocuencia: deslumbraba al vulgo con su fausto, y se hacia odioso á los grandes por su orgullo. La Italia, robada por entrambos partidos, esperaba el choque con espanto, recordando las crueles discusiones de César y Pompeyo, de Antonio y de Octavio, y las funestas jornadas de Farsália y de Accio. El grito de ambos ejércitos era el mismo: *Roma y el imperio*: y entrambos partidos estaban animados de una

misma pasion, la sed de mando y de riquezas. Oton mostraba en público mucho vigor y confianza; pero cuando entraba en su tienda, le turbaban los sueños, ó mas bien los remordimientos; porque en la oscuridad de la noche creia ver la sombra de Galba, denostándole su homicidio y arrancándolo del lecho. Cecina, que deseaba vencer solo, fue derrotado en dos combates. Temiendo que Valente viniese á quitarle la gloria de haber concluido la guerra, arriesgó otra batalla cerca de Cremona y la perdió. Valente, en fin, se reunió con él, y determinaron dar una accion general.

El ejército de Oton estaba acampado en Bedriaco, ciudad situada entre Verona y Cremona. El emperador queria que se pelease: Suetonio y Celso le representaron que era conveniente prolongar la guerra: que las tropas enemigas carecian de víveres y comenzaban á desertarse, y que antes de combatir debian esperarse por lo menos las legiones de Pannonia, Mesia y Dalmacia. Los palaciegos, siguiendo el dictámen contrario, decian que era urgente terminar las calamidades públicas y aliviar los pueblos, y que el partido legítimo debia confiar mas en la justicia de su causa y en el fa-

vor de los dioses que en los socorros de las provincias. Oton, cansado de la guerra, siguió este parecer y declaró que preferia el peligro de una ruina pronta á la prolongacion de sus inquietudes. Se determinó, pues, dar la batalla; y contra el dictámen de los generales, se decidió que Oton no asistiria á ella, para no quedar sin recurso en caso de desgracia. Retiróse, pues, á Brixelo, plaza cercana á Regio. Desde entonces su causa fue perdida: las tropas se desanimaron con la ausencia del gefe; y los generales, descontentos, mal obedecidos, y trabados con las órdenes que se les enviaban desde lejos, no tuvieron, por decirlo asi, mas que el título de comandantes. Algunos historiadores refieren que estando ya ambos ejércitos para venir á las manos, se detuvieron y parecieron dispuestos por algunos instantes á arrojar las armas y dejar al senado la decision de la querella. Tácito no cree capaces á los satélites de Oton y Vitelio de un pensamiento tan generoso. «Habia mucho tiempo, dice, que los soldados de todos los partidos, corrompidos por los mismos vicios y perseguidos igualmente por los dioses, se inclinaban á la discordia con igual rabia y sed de delitos. No les

faltaba ostinacion, y si las guerras civiles se acababan en una sola batalla, era por la cobardía de los príncipes.» Otros creen que estas noticias de pacificacion fueron ardides de los generales vitelianos para adormecer al enemigo. Lo que es cierto es que sorprendieron el ejército de Oton, acometiéndole de improviso. Los otonianos sostuvieron con valor el choque, tomaron la ofensiva, penetraron en la primer línea enemiga y le quitaron un águila. Cecina y Valente reunen las tropas: el combate fue ostinado y sangriento; pero al fin los vitelianos, acometiendo por el flanco al enemigo, le desordenaron. Los pretorianos, enmuellecidos por su larga mansion en Roma, abandonaron el campo de batalla: los demas siguieron su ejemplo, la retirada se convirtió en derrota, y se hizo horrible carnicería en los vencidos. Un pretoriano llevó esta triste noticia al emperador: Oton no queria creerla y le llamó cobarde: el soldado para convencerle y justificarse se dió muerte á su vista.

Cierto ya el príncipe de su desgracia, declaró, que no sería por mas tiempo la causa de que pereciesen tantos hombres valerosos, y dignos de mejor suerte. En vano todo el ejército, reu-

niéndose al rededor de él, juró de nuevo defenderle y vengarle. Plaucio Firmo, prefecto del pretorio, arrojándose á sus pies, le suplicó que no abandonase unas tropas tan fieles, y le representó inútilmente, que el valor es mas glorioso en el infortunio, y que la desesperacion solo conviene á la debilidad. Nada bastó á mudar la resolucion del emperador. «Amigos, les dijo, no tengo en tanto precio mi vida, que para conservarla esponga vuestro valor y vuestras virtudes á nuevos peligros. Cuanto mejor me demostreis, que aun hay esperanza, tanto mas gloriosa será mi muerte. La fortuna y yo nos hemos medido: he valuado sus favores, y veo que no es dificil renunciar á unos bienes efímeros. Roma habrá debido á Vitelio el principio de la guerra, y á mí la felicidad de verla terminada. Mi muerte hará respetable mi nombre en la posteridad. Goce Vitelio los abrazos de su familia, que yo le he conservado. No necesito ni de venganza ni de consuelo. Otros habrán conservado el imperio mas tiempo: ninguno le ha dejado con mas valor. ¿Cómo podria yo sufrir que tan brillante juventud, legiones tan valientes perezcan, y sean pérdidas para Roma? Quereis morir

por mí: yo solo os pido que aprobeis mi determinacion. Mas no perdamos un tiempo precioso: quiero asegurar vuestra vida, y sostener mi esfuerzo. Hablar mucho en los últimos momentos, es una especie de cobardía. Acordaos que de nadie me quejo, cualquiera que sea la causa de mi destino: el que acusa á los dioses ó á los hombres, no desea morir.» Dichas estas palabras, ecsortó á los que estaban junto á él, á que se sometiesen con prontitud á Vitelio, para evitar su venganza. Entró en su alojamiento, y escribió dos cartas consolatorias, una á su hermana, y otra á su esposa Mesalina, prometida en otro tiempo á Neron. Su sobrino Salvio Cocceyano se entregaba á la desesperacion. Oton le animó, y le dijo: «no olvides que eres sobrino de un emperador; mas guárdate de recordarlo mucho.» Quemó despues todos los papeles que podian comprometer á sus amigos, y les repartió su dinero y alhajas. Oyese de repente un grande ruido de pendencia en la calle, y dijo: «Será preciso añadir una noche á mi vida.» Despues de restablecido el orden, se encerró, escogió entre dos puñales el mas agudo, lo puso junto á su cama, y durmió serenamente algunas horas. Al

despertar se hundió el puñal en el corazon, y espiró. Un profundo gemido avisó su muerte. Los soldados acudieron á besar sus manos, y á tributarle los últimos honores. Muchos se mataron en su hoguera, y se estendió la voz de que no habia quitado el imperio á Galba por ambicion, sino para restablecer la libertad. El amor del bien público que mostró en el trono, borró la infamia de su juventud; y el ánimo con que murió, hizo olvidar la molicie de su vida. Pereció tres meses y cinco dias despues de Galba.

Vitelio, emperador. Las tropas que habian peleado á favor de Oton, se dispersaron; y sus principales oficiales fueron á Germania, y pidieron á Virginio, ó que aceptase el imperio, ó que los reconciliase con Valente y Cecina. Virginio rehusó el poder supremo: los soldados irritados querian forzar su voluntad, ó vengarse de su resistencia: el general tomó el partido de huir de ellos y del trono, y se ocultó hasta que se aplacó el resentimiento de la tropa. Rubrio Galo, varon consular, se encargó de la negociacion, y obtuvo una amnistía de Vitelio para los senadores que habian seguido en el ejército al empera-

dor difunto. Desde que se supo en Roma la derrota y muerte de Oton, el senado, reunido por el prefecto Flavio Sabino, declaró emperador á Vitelio, le nombró Augusto y padre de la patria, y le dió gracias por la felicidad que sus valientes tropas aseguraban al imperio, al mismo tiempo que desolaban la Italia como un pais enemigo. Este cuerpo ilustre, que pareció en otro tiempo á Cineas una junta de reyes, ahora consternado y envilecido, era solo el ludibrio de la soldadesca, y la decoracion de la tiranía. Vitelio estaba aun en las Galias. Promulgó un edicto aboliendo las cohortes pretorias que habian dado muerte á Galba, y condenó al último suplicio á 120 de los soldados mas culpables; acto de severidad que fue aprobado generalmente. Cuando llegó á Lugduno, dió á su hijo el nombre de Germánico. Allí se le presentaron los generales vencidos: perdonó á Ticiano, porque habia debido pelear á favor de su hermano Oton: Suetonio y Próculo estuvieron algunos dias inciertos de su suerte; pero el temor les hizo declarar falsamente que habian vendido á Oton, haciéndole perder la batalla de Bedriaco, y esta bajeza, como dice Tácito, «hizo que fuesen absueltos

del crímen de fidelidad.» Vitelio entró en Italia, y en vez de reprimir los desórdenes de su ejército, se gozó en ellos. Fue al campo de batalla de Bedriaco: Cecina y Valente le mostraban con orgullo las posiciones de ambos ejércitos, y los movimientos que habian decidido la victoria: cada oficial, cada soldado reconocia su puesto y contaba sus hazañas. Aquella triste escena de furores civiles estaba cubierta de cadáveres que infestaban el aire; y queriendo separar de allí á Vitelio por esta razon, dijo: «un enemigo muerto siempre huele bien, y mas si es ciudadano.» Hizo traer á aquel sitio una gran cantidad de vino, y mandó distribuirla á los soldados. En desprecio de la antigua costumbre, este feroz emperador entró en Roma á caballo al frente de un ejército de 60.000 hombres, compuesto de todas naciones, precedido del pueblo y del senado, del cual triunfaba con insolencia.

Fue al capitolio, ofreció un sacrificio á Júpiter, y se alojó en el palacio imperial. Al dia siguiente convocó el senado, y pronunció un discurso fastidioso, que parecia dictado por la necedad é inspirado por el orgullo. Hizo un largo y pomposo elogio de sus acciones, y prometió

un reinado que serviria de modelo á sus sucesores. El miedo y la adulacion le aplaudieron. Despues arengó al pueblo, aparentó rehusar el título de Augusto, y le obligaron á aceptarle. Fue declarado cónsul perpétuo y sumo pontífice: nombró los magistrados por diez años, y desterró de Roma á los astrólogos porque le habian pronosticado que no reinaria doce meses. Al otro dia se halló escrito al pie del edicto fijado, lo siguiente: «Nos, en el nombre y con la autoridad de los antiguos caldeos, mandamos á Vitelio Germánico salir del mundo en las calendas de octubre.»

Vitelio se gloriaba de honrar la memoria de Neron y de imitar sus vicios. Ofreció á sus manes un sacrificio solemne. Entregándose esclusivamente á la intemperancia, y sobre todo á los desórdenes de la mesa, abandonó el cuidado de los negocios á los hombres mas despreciables de su corte. Su gula era increible: empleaba todo el tiempo en comer: hacia cinco ó seis comidas por dia, y tomaba vomitivos para multiplicarlas. El solo medio de conseguir su favor era distinguirse por la magnificencia de los banquetes. Muchos á que fue convidado, costaron 12.000 escudos. En el

que dió su hermano hubo 2.000 platos de pescado, y 1.000 de aves y de caza. Su glotonería llegó á ser una manía estravagante; porque mandó fabricar un plato muy grande, al cual llamó *el escudo de Minerva*, y le hacia llenar de hígados de aves pequeñas, sesos de faisan y huevas de lamprea. Apenas bastaban las riquezas de Roma á los gastos de su mesa: dícese que costó en cuatro meses 90 millones de sestercios. Algunas ciudades quedaron arruinadas para satisfacer su voracidad; y Josefo observa que si hubiese reinado mas tiempo, se hubiera comido el imperio. Era tan cruel como codicioso é incontinente: se complacia en derramar sangre, condenaba á muerte por el mas ligero motivo, vendia públicamente los empleos, y se libertaba de sus acreedores, proscribiéndolos y confiscando sus bienes. Mandó matar á dos hermanos, porque pidieron el perdon de su padre; y en los juegos del circo hizo degollar á muchos que durante las corridas de carros habian silvado la faccion *azul* que él favorecia. Su madre Sextilia, conociendo su perversa índole, previendo las desgracias de Roma, lloró cuando supo su esaltacion al imperio. Dícese que el mónstruo la hizo morir de hambre,

porque le habian pronosticado que reinaria largo tiempo si le sobrevivia. Miraba como una desgracia indispensable en su dignidad, verse obligado algunas veces á hacer bien y conceder favores: solo era para él felicidad y potencia lo que podia degradar su alma, y ofuscar su razon.

El esceso de sus desórdenes no tardó en embrutecerle enteramente. El desprecío que inspiraba, se hizo universal. Las legiones de oriente fueron las primeras que levantaron el estandarte de la rebelion contra un príncipe tan indigno de mandar á los hombres. Nombraron emperador á Vespasiano. A la primer noticia de esta sublevacion, Vitelio, temiendo solamente que le distrajesen los negocios de los placeres, prohibió que se hablase en Roma de noticias de guerra. Vespasiano habia propuesto á las legiones despues de la muerte de Oton que prestasen juramento á Vitelio, mas por sondear sus disposiciones que por deseo de ser obedecido. Los oficiales y soldados obedecieron con frialdad; pero despues convinieron entre si no reconocer un emperador tan despreciable, y conjuraron á Vespasiano que reinase en su lugar. Las legiones de Egipto, Siria, Mesia y Pannonia manifestaron el mismo

deseo. Vespasiano vacilaba en encargarse de un peso tan grande: temia la inconstancia del soldado: aborrecia ser conspirador y gefe de la guerra civil. «Es mas vergonzoso, decia, ser vencido en esta clase de guerras, que glorioso vencer. Cada paso que se da, forma una barrera que impide volver atrás. No se debe entrar en ellas ligeramente, porque quien toca á la corona, ó ha de alcanzarla ó perder la cabeza.» Tiberio Alejandro, gobernador de Egipto, y Muciano, pretor de Siria, sin esperar su resolucion, le proclamaron emperador. Opusieron á sus temores la facilidad de la empresa, la necesidad de libertar á Roma de una tiranía indecente é insoportable, la fuerza de sus legiones, la indisciplina y latrocinios de los soldados de Vitelio, y la estúpida ignorancia del gefe, la cual no dejaba duda del buen ésito. Añadian que ya no era tiempo de deliberar: ya no habia para él seguridad, sino en el trono; y pues se le habia proclamado emperador, su único peligro era no serlo. Aun no cedia Vespasiano: los soldados sacaron las espadas, y le amenazaron con la muerte si los comprometia prolongando su resistencia. En fin, se sometió á reinar. Resolvióse que Tito

continuaria la guerra de Judea, que Muciano pasaria á Italia con una parte de las legiones, y Vespasiano á Alejandría para reunir nuevas fuerzas, si la guerra se prolongaba. Al mismo tiempo estallaba en favor suyo una grande insurreccion en el ejército de Mesia. Antonio Primo, que lo mandaba, era natural de Tolosa. Fue desterrado en tiempo de Neron, y restituido por Galba. Era muy amado de las tropas, atrevido, ardiente, sedicioso, pródigo de riquezas mal adquiridas, y codicioso de allegarlas, amable con los que deseaba atraer, satírico contra sus enemigos, el mas peligroso de los hombres en la paz, el mas útil en la guerra. Los galos le habian dado el sobrenombre de *Bec de coq* (pico de gallo): lo que prueba que estas palabras francesas ecsistian ya en la lengua céltica. Antonio escitó sus legiones á reconocer á Vespasiano, y combatir en su favor. Queria anticiparse al ejército de oriente que marchaba á Italia, y salió prontamente, resuelto á lograr el honor de esta guerra, y los primeros frutos del botin.

Batalla de Cremona. Cecina y Valente consiguieron dificilmente despertar á Vitelio que dormia al son de la tempestad. Este príncipe continuó entrete-

nido en sus banquetes, y dejó á sus generales el cuidado de reunir tropas y salir al opósito del enemigo. Antonio habia entrado en Italia. Cecina marchó contra él, y le encontró cerca de Cremona. Las legiones de Mesia, orgullosas por los triunfos que acababan de lograr peleando con los rojolanos y los sármatas, pueblos originarios de las riberas del Borístenes y del Tanais, pedian á gritos el combate, y respondian de la victoria. Las tropas de Cecina estaban afeminadas por la licencia. Temiendo el mal écsito de una lucha tan desigual, negoció secretamente con Antonio, y persuadió á sus tropas que abandonasen el partido de Vitelio. Los soldados, sorprendidos en el primer momento, ceden y prestan juramento de fidelidad á Vespasiano; pero no tardan en arrepentirse, prenden á Cecina, y envian diputados á Antonio, intimándole que reconozca á Vitelio. Rechazados con desprecio los diputados, el ejército enfurecido ataca por la noche sin órden ni gefes las legiones de Mesia. La batalla fue larga, sangrienta y dudosa. Al alba se suspende, los dos partidos convienen en una corta tregua: se dan víveres recíprocamente, y despues de un ligero desayuno vuelven al com-

bate con el mismo encarnizamiento. Aparece el sol en el horizonte, y los soldados de Antonio le saludan con gritos de júbilo. Los vitelianos atribuyen aquella vocería á la llegada de Muciano, se turban, se desaniman y huyen. Antonio los persigue con ardor, mata 30.000 de ellos, se apodera de Cremona, y la incendia.

Los vitelianos vencidos dieron libertad á Cecina, el cual volviendo á tomar las insignias de la dignidad consular, llevó sus tropas desarmadas á los pies del vencedor. Antonio le recibió con desprecio, y le remitió á Vespasiano como trofeo de su victoria. Valente supo en Etruria el resultado de la batalla de Cremona, y se embarcó para las Galias. En el camino tuvo noticia de una conjuracion que habia estallado en este pais á favor de Vespasiano. Arrojado por el viento á las islas Estécades, fue preso y muerto por Valerio Paulino, gobernador de la Galia narbonense. Vitelio entretanto continuaba sus orgias en la capital, no queria creer la derrota de Cremona, y prohibia al pueblo dar fe á esta noticia. Su actividad se limitó á prender á Flavio Sabino, y á enviar al ejército á Julio Agreste para que le informase de la verdad. Este centurion fue conduci-

do á la presencia de Antonio que le mostró sus tropas victoriosas, y le permitió volver á Roma. Al principio no le creyó el emperador, y Julio no le pudo persuadir la verdad sino dándose la muerte. Vitelio, desengañado tarde, mandó á Julio Prisco y á Alfeno Varo reunir 14.000 pretorianos y otros tantos legionarios para defender los pasos del Apenino. Este ejército, que se acampó cerca de Perusa, pedia que el emperador lo mandase en persona. Vitelio condescendió, despues de haber dado á su hermano Lucio el mando de la capital, y distribuido sus tesoros al pueblo con la vana esperanza de conciliarse su afecto. Apenas las legiones y pretorianos reconocieron la estupidez de Vitelio, que ni aun sabia los primeros elementos del arte militar, se trocó su adhesion en desprecio. Poco tiempo despues, teniendo noticia el emperador de la sublevacion de Campania, y de la escuadra del Miseno, que se habia rebelado á favor de Vespasiano, salió de Mevania, y vino á acampar cerca de Roma. El enemigo le seguia con rapidez. Cereal, gran capitan, vino á buscar asilo en los reales de Antonio. Flavio Sabino y Domiciano, el uno hermano y el otro hijo de Vespasiano, no pudieron

sustraerse á la vigilancia de las guardias; pero Vitelio no se atrevió á darles la muerte, y á Sabino, aunque prisionero, le dejó el empleo de prefecto.

Muciano habia desembarcado en Italia y reunidose á Antonio: entrambos escribieron á Vitelio, y le prometieron un retiro seguro y descansado si abdicaba. El emperador, habiendo leido sus cartas, se viste de luto, sale de palacio, declara que renuncia al imperio y entrega su espada al cónsul Cecilio Simplex: este no quiso recibirla. Vitelio dijo que iba á dejarla en el templo de la Concordia y retirarse á casa de su hermano; pero algunos de los viles aduladores que engañan á los príncipes hasta en la orilla del precipicio, gritaron que el emperador mismo era la Concordia. El populacho repite este grito y conjura á Vitelio que no le abandone. El príncipe, tan estúpido como cobarde, creyendo que aquella lisonja era la opinion pública, vuelve á palacio, diciendo: «pues asi lo quieren, tomo otra vez la espada y el imperio, y acepto el nuevo sobrenombre que me han dado.» Los soldados le animan, y retracta formalmente su abdicacion. El prefecto Flavio Sabino y el cónsul Quincio Atico, que se habian dado prisa á proclamar á Vespasia-

no, se retiraron con poca gente al capitolio. En vano representaron á Vitelio sus promesas y su declaracion: respondió que no era dueño de sus determinaciones, y que no podia contener el celo de sus soldados. Su guardia germana sitió el capitolio: Sabino lo defendió con valor, pero sin órden. No tardó en ser tomado por asalto saqueado, y reducido á cenizas. Vitelio estaba comiendo y gozando el espectáculo del combate y del incendio. Durante el convite se le trajo preso á Sabino, y lo mandó hacer pedazos. El hijo de este desgraciado y Domiciano fueron mas felices, y se escaparon de Roma á favor del tumulto.

En fin, los enemigos se acercan. Este era el momento de combatir por la vida y por el imperio. El cobarde Vitelio imploró la clemencia de su rival, y empleó la intercesion de las vestales. Antonio le respondió que el incendio del capitolio y el asesinato de Sabino hacian imposible toda negociacion. La batalla se dió al pie de las murallas de Roma, y duró todo el dia. El pueblo, espectador tranquilo, aplaudia como en un combate de gladiadores. Despues de una resistencia obstinada, los vitelianos se refugiaron á la ciudad. Los de Antonio entraron per-

siguiéndolos, é hicieron gran matanza de ellos en las calles, y principalmente en el campo Marcio, donde procuraron rehacerse. Los habitantes desapiadados cerraban sus puertas á aquellos infelices, y los obligaban á volver á una muerte segura. La plebe despojaba los cadáveres, y los vencedores se entregaban á la alegría y á la licencia. En aquel dia funesto se vieron en Roma los desórdenes de una orgia, y los horrores de una ciudad tomada por asalto. Vitelio, que en esta estremidad no pudo resolverse ni á combatir ni á morir, despues de haberse encenagado por la última vez de su vida en las groseras delicias de un banquete opíparo, sale de su palacio por una puerta secreta, sin mas compañía que la de su pastelero y su cocinero. Iba con el designio de ocultarse en el monte Aventino en casa de la emperatriz, muger virtuosa, que se habia separado de él en el tiempo de su infame prosperidad. Una falsa noticia le da repentinamente alguna vizlumbre de esperanza: vuelve á palacio, lo halla desierto, se pone un vestido viejo, cíñese con un cinto lleno de oro, y se refugia detras de la cama de un portero, cuyos perros le acometen y muerden: grita, y rebela su paradero: sácan-

le de su escondrijo cubierto de sangre y de paja. Cobarde hasta el último instante, declara á los soldados que tiene cosas importantes que revelar á Vespasiano, y pide por único favor que le conserven preso hasta la llegada del nuevo príncipe. No hacen caso de sus súplicas: le atan una cuerda á la garganta, le rasgan los vestidos, le llevan arrastrando medio desnudo por la calle Sagrada al foro: le ponen las picas debajo la barba, le impiden sustraerse á las miradas de un pueblo enfurecido, que le cubria de ultrages é inmundicias, echándole en cara su glotonería, su plato de Minerva, su estatura colosal, su cara granugienta, su vientre monstruoso, sus crueldades, su avaricia, su cobardía, y el incendio del capitolio. Leváronle á las Gemonias, donde le mataron á palos: su cadáver arrastrado con garfios fue arrojado en el Tiber. De este modo halló Vitelio una muerte digna de su vida. Su hijo y su hermano Lucio perecieron víctimas del odio que se le tenia. De este reinado corto é infame no quedó mas memoria que la ignominia de haberlo sufrido.

CAPITULO XIV.

Vespasiano. Tito. Domiciano.

Vespasiano, emperador. Rebelion de Civil. Ruina de Jerusalen. Guerra de Antioco de Comagene. Guerra con los alanos. Ultimo censo en Roma. Conquistas en la Britannia occidental. Tito, emperador. Domiciano, emperador. Conquista de Britannia por Agrícola.

VESPASIANO, *emperador*. La muerte de Vitelio terminó la guerra; pero no restituyó la tranquilidad á los romanos. Domiciano, creado césar por un decreto del senado, en lugar de contener la ira de los vencedores, los escitaba á satisfacer la sed de venganza contra los vencidos. Antonio fomentaba el desórden, prote-

gia el latrocinio, y se utilizaba en él: por la mas leve sospecha de haber pertenecido á los vitelianos, prendia, robaba y asesinaba. Las mugeres delataban á sus maridos, los esclavos á sus amos: la codicia hacia pérfidos y temibles á los amigos. Todo era riesgo, nada asilo. Estas calamidades, peores que las de la guerra, cesaron con la llegada de Muciano. Su firmeza reprimió el partido vencedor, y aseguró al oprimido. Acusósele sin embargo de una crueldad inútil, como fue dar muerte al hijo de Vitelio, que solo tenia seis años. La política no podia disculpar esta violacion de las leyes y de la humanidad contra un niño, cuyo nombre era mas bien un peso que un honor. El partido de Vitelio no ecsistia ya: el imperio, cansado de ser gobernado por mónstruos, quiso en fin vivir bajo las leyes de un hombre, y reconoció unánimemente á Vespasiano. El senado, que no merecia un gefe tan virtuoso, estaba harto acostumbrado á la servidumbre, para hacer por sí mismo decretos conformes á la justicia del nuevo reinado. Se forjó voluntariamente cadenas que no querian imponerle; y si Roma fue libre algun tiempo bajo la autoridad de dos monarcas sabios, no

debió esta felicidad sino á la virtud de los príncipes que desdeñaban la tiranía; porque el senado se la ofreció, renovando en favor de Vespasiano la ley régia, dándole como á sus predecesores el derecho esclusivo de guerra y paz, y de hacer en su consejo privado senatus-consultos. Su recomendacion á los comicios debia ser ejecutada como un órden. El mismo decreto le esceptuaba de obedecer á los del pueblo y senado, y prohibia perseguir en justicia á los que violasen las leyes por obedecer al príncipe. Así el senado autorizaba por un edicto público lo que hubiera sido vergonzoso sufrir en silencio. Sin embargo, las formas antiguas ecsistian : aquella nacion esclava conservaba el nombre de república. Para sancionar las órdenes de un señor, las decoraban con los títulos de senatus-consulto y plebiscito. Pero estas instituciones, corrompidas las costumbres, solo servian ya para legalizar la tiranía.

Rebelion de Civil. (71.) El emperador, detenido por los vientos contrarios, permaneció aun muchos meses en el oriente. Mientras que su nombre y el respeto que se le tenia, reuniendo tódos los partidos, terminaba tan feliz-

mente la guerra interior, la estrangera esponia el imperio al mas inminente peligro. Claudio Civil, hombre de mucho talento y de gran carácter, preso por Neron, libertado por Galba y proscrito por Vitelio, habia buscado asilo entre los bátavos, sus compatriotas. Animado doblemente por el deseo de la venganza y por el amor de la libertad, sublevó su nacion con la esperanza de sacudir el yugo de los romanos. Los bátavos, que eran originarios de Germania, persuadieron fácilmente á los catos, caucos, bructeros y otros pueblos de aquel pais belicoso, á que se uniesen con ellos. Despreciaban á los emperadores anteriores, y al senado y al pueblo que los obedecian, y la brillante fama de Civil les daba ánimo y esperanzas. Al mismo tiempo los germanos, inspirados por su antiguo odio contra Roma, eran movidos á la guerra por una profetisa, llamada Veleda, cuyas palabras se tenian por oráculos. Esta muger aumentaba la veneracion supersticiosa que le profesaban, permaneciendo sin dejarse ver de nadie en una torre, á cuyo pie venian los bárbaros á recibir sus respuestas misteriosas, que les comunicaba uno de sus parientes. Civil, con-

certándose con ella, no tardó en tener á sus órdenes un ejército formidable. Los britannos le enviaron socorros: servian en sus tropas Clásico y Tútor, generales de nombradía, cuya intrepidez aterró muchas veces las legiones de Roma, Civil, tan rápido en la ejecucion, como atrevido en los planes, viendo á los romanos debilitados, y divididos por la guerra entre Oton y Vitelio, disimuló al principio su ambicion, haciendo que sus tropas prestasen juramento á Vespasiano, y atacó sin perder tiempo á Aquilio, general de Vitelio, á quien derrotó completamente. Memmio Luperco y Herennio Galo reunieron sus fuerzas para oponerse á él; pero los venció y ahuyentó. Vócula, hábil capitan, sucedió á aquellos dos; y á pesar de sus talentos militares, perdió la primer batalla, y en la segunda dejó indecisa la victoria. La muerte de Vitelio suspendió por algun tiempo las hostilidades, que hubieran debido terminarse, si los bátavos hubiesen obrado con sinceridad.

Como Civil no podia servirse de ningun pretesto verosímil, manifestó sus intenciones, se declaró abiertamente enemigo del imperio, y continuó avanzando. Una gran parte de los galos veian

con placer los triunfos de los bátavos: sus druidas y todos los adictos á la antigua religion y á las antiguas costumbres proscritas por los últimos césares, los escitaban á tomar las armas y á recobrar su independencia, anunciándoles el incendio del capitolio, como un presagio que prometia á un nuevo Brenno nuevas victorias. Los lingones, los treviros y otros muchos pueblos se unieron á los bátavos. El contagio de la rebelion se estendió hasta los campamentos romanos. Se vió una defeccion inaudita hasta entonces: se vió á las legiones abrazar el partido, y seguir los estandartes de los bárbaros. Vócula, oponiendo, aunque en vano, una firmeza heróica al delirio de la sedicion, representó á los facciosos la ignominia de llevar sus águilas en seguimiento de las banderas germanas y bátavas, de someter los vencedores á los vencidos, y los dueños á los esclavos, y de preferir las órdenes vergonzosas de un Civil, de un Tútor, de un Clásico, á los nobles mandatos de los cesares y á la autoridad del senado y del pueblo. Su elocuencia no hizo mas que irritar á los rebeldes, y le degollaron. Sin embargo, acordándose de que eran romanos, no se atrevieron á declararse súb-

ditos de un bárbaro: hicieron prestar juramento al *imperio de las Galias*, y proclamaron césar á Julio Sabino, uno de sus oficiales. Roma se creía perdida: la Italia aguardaba que cayesen sobre ella los germanos, bátavos, galos y britannos. Muciano y Domiciano reuniendo sus ejércitos, marcharon á defender los pasos de los Alpes, y enviaron delante cuatro legiones, mandadas por Petilio Cereal, general activo, esperimentado y feliz. Al llegar á las Galias halló que el peligro no era tan grande como se habia creido: el nuevo césar Julio Sabino, menos hábil que ambicioso, habia atacado á los secuanos, que le batieron y ahuyentaron. Cereal, sin esperar refuerzos, se apoderó de la ciudad de los lingones, derrotó á los treviros, y redujo al deber las legiones sublevadas. Su prudencia le adquirió tantos triunfos como su valor: los rebeldes, recelosos del castigo, dudaban someterse: pero él, en vez de irritar los ánimos con un rigor que solo parece fuerza á los ojos de los débiles, atribuyó la sedicion á la desgracia de los tiempos, concedió una completa amnistía, y prohibió á los oficiales y soldados fieles, bajo penas severas, reprender lo pasado á los que habian

vuelto al cumplimiento de su obligacion. Esta primer ventaja impidió que se estendiese el fuego de la insurreccion: en vano Civil y los desterrados lingones y treviros hacian esfuerzos para separar á los galos del imperio. Reunidos los estados de este pais, compuestos de los diputados de todos los pueblos, Vindex, uno de ellos, les demostró que su desunion, sus envidias mútuas y aun sus riquezas se oponian á que fuesen independientes: que jamas podrian convenirse en reconocer un gefe y una capital; y que la dominacion de Roma ecsigiendo solamente de ellos algunos tributos y soldados, y concediéndoles el derecho de ciudadanía, era preferible á la de los germanos, que socolor de aliados venian á robar y someter la Galia. Desde entonces quedó tranquila esta provincia, y solo tuvo que combatir Cereal con los germanos y bátavos. En una primer batalla venció á Civil: pero este rebelde, activo y valeroso, no se dejaba fácilmente abatir. Reuniendo nuevas fuerzas, sorprendió á Cereal, desbarató su ejército y se apoderó de su campamento. El general romano, digno de su competidor, reune sus tropas, las guia al combate, y por la habilidad de sus movimientos obli-

ga á huir á su enemigo. Á la noticia de esta victoria Muciano quiso suspender su marcha, porque temia el ardor y la ambicion culpable de Domiciano. Este jóven príncipe, indócil á sus consejos, continuó su camino. Cuando llegó á Leon, su impaciencia descubrió sus proyectos, y envió á decir á Cereal que le cediese el mando del ejército. Era su designio marchar con él á Italia para destronar á su padre y á Tito. Cereal desechó su propuesta, y el príncipe desconcertado pareció renunciar á la ambicion, y aun rehusó desde este momento toda magistratura pública. Cereal continuó sus victorias y penetró en el pais de los bátavos, cuyas lagunas oponian al valor de sus soldados insuperables ostáculos. Despuès de muchas victorias en que la fortuna de la guerra estuvo dudosa, Civil, tan buen político como capitan, viendo que sus aliados vacilaban, y sabiendo despues que trataban con Roma para sacrificarle, se anticipó, hizo recordar á Vespasiano el celo que habia manifestado en su favor contra Vitelio, y obtuvo, sometiéndose, una paz honrosa.

Al mismo tiempo los sármatas, que eran los escitas de Europa, penetraron en la Mesia y la talaron despues de ha-

ber vencido á Fonteyo Agripa. El emperador envió contra ellos algunas legiones á las órdenes de Rubrio Galo, que los obligó á pasar el Danubio y fortificó aquella frontera. Vespasiano se detuvo muchos meses en Alejandría, donde recibió los homenages de todos los príncipes del oriente. Tácito y Suetonio cuentan que se le presentaron un ciego y un cojo, y le contaron que se les habia aparecido el dios Serápis, y les habia dicho que sanarian de sus males si el emperador tocaba con su saliva el rostro del uno y el talon del otro. El príncipe parecia que se avergonzaba de dar crédito á semejante fábula: pero á instancias de sus amigos, y tambien persuadido de que era conveniente en su siglo unir la fuerza de la política á la superstición, consintió en la peticion de los enfermos, los tocó, y sanaron: y como era poderoso, no le faltaron testigos en gran número que depusiesen de la verdad del hecho. Despues de haber afirmado su poder en Egipto por la credulidad de los pueblos, Vespasiano dejó á Tito en el oriente para continuar la guerra contra los judíos, y se volvió á Roma. El senado y pueblo salieron á recibirle. El incienso que ondeaba en todas las plazas, las calles ador-

nadas con guirnaldas de flores, los himnos que cantaban los sacerdotes y repetia la plebe, convirtieron la ciudad en un templo magnífico. Todas las tribus manifestaron su alegría con banquetes públicos, y solo se oian votos por la duracion de su reinado y la felicidad de su familia. Vespasiano tenia entonces cincuenta y nueve años: su conducta justificó la esperanza general. Despues de haber dado á las fiestas y ceremonias el tiempo que ecsigian el uso y la decencia, se entregó esclusivamente á los cuidados del gobierno.

Ruina de Jerusalen. Escepto los judios, todo el imperio estaba sometido y tranquilo. Tito, en ejecucion de las órdenes de su padre, atacó á los hebreos, los obligó á encerrarse en Jerusalen, y sitió la ciudad, defendida por los tres recintos fortificados de sus tres murallas, y por seiscientos mil fanáticos, que peleaban unidos contra los romanos, y se degollaban despues unos á otros por las envidias y ambiciones de sus gefes. Tito que deseaba conservar á Jerusalen, les hizo proposiciones de paz por medio de Agripa, último rey de los judios, y del historiador Josefo, á las cuales solo respondieron con injurias y amenazas. Tito

prosiguió los ataques con tanta prudencia como valor y constancia. Aquella infeliz ciudad, víctima de la guerra civil y la estrangera y de una hambre espantosa, amenazada por las profecías, y que oponia á las desgracias y á los peligros la mas ciega ostinacion, fue entrada por asalto, entregada al pillage y arrasada. El templo se quemó, á pesar de las precauciones tomadas para conservarlo. Solo ochenta mil prisioneros escaparon de la matanza general. Tito para disculparse de tan grande efusion de sangre, decia: «no he hecho mas que cumplir las órdenes del cielo contra una nacion, que parece objeto de su ira.» La larga resistencia de los judios y su fanatismo los habia hecho temibles, y su caida llenó á Roma de alegría y orgullo. Tito fue colmado de elogios y honores, y el senado decretó que triunfasen él y su padre. Delante del vencedor fueron llevados los vasos del templo y el libro de la ley. Vespasiano hizo á Tito su compañero en el imperio. Le eligió siete veces su colega en el consulado, y le nombró muchos años para ejercer las funciones de tribuno.

El emperador al volver á Roma restituyó la paz, la justicia y la virtud, des-

terradas por sus predecesores. Las leyes recobraron su vigor: los magistrados su autoridad. Condescendiente con el senado, suave y popular con los ciudadanos, restableció la seguridad en la capital y en los caminos, el órden en las provincias y la disciplina en el ejército. Para afirmar su autoridad no creyó necesario proscribir á sus enemigos: tomó el partido mas seguro de ganar su afecto. Su severidad se redujo á despedir del ejército á los vitelianos mas ostinados, á reformar los hombres viciosos que arrojó de los órdenes del estado, y á desterrar á los sofistas que corrompian las costumbres de la juventud. Solo puede reprendersele una condenacion demasiado rigorosa. Julio Sabino, que habia tomado el nombre de césar, perseguido despues de su derrota, se separó de sus amigos, despidió sus esclavos, puso fuego á su casa, en el cual incendio se creyó que habia perecido, y se retiró á lo mas hondo de una cueva con solo dos libertos cuya fidelidad tenia esperimentada. Eponina, su esposa, inmortalizada por su amor conyugal, se entregó á la mas violenta desesperacion, y las señales públicas de su dolor dieron mas crédito á la persuasion de que su marido no ecsistia. Trataba de quitarse la vida,

cuando su esposo la informó secretamente del asilo donde habitaba. Aquella gala animosa, conservando las apariencias de su sentimiento para evitar toda sospecha, participó de la prision voluntaria de su marido; se alejó poco á poco del trato de las gentes, y al fin se enterró y vivió muchos años con el único objeto que le hacia amable la vida. En la oscuridad de aquella caverna y sin socorro alguno dió nacimiento á dos hijos: pero sea por imprudencia, sea por traicion, fue descubierto el asilo de esta familia desgraciada y la llevaron á la presencia de Vespasiano. Al verla derramó lágrimas y estaba dispuesto á ceder á las tiernas súplicas de Eponina. Las costumbres del siglo, la política del tiempo, los temores del senado y los consejos de Muciano le hicieron sacrificar la piedad á la razon de estado, envió al suplicio á aquellos ilustres proscriptos, y solo perdonó á los hijos. Eponina recobró la altivez, perdida la esperanza, y dijo á Vespasiano: «Sabe que llenando mis deberes y prolongando los dias de tu víctima, he gozado muchos años en una oscura gruta mas felicidad que la que tú conocerás en el esplendor del trono.» La gloria la acompañó al cadalso, y los remordimientos se

quedaron con el emperador. Este acto de crueldad, que la virtud condena y que la política no puede justificar, fue la sola mancha de aquel reinado glorioso. Vespasiano, nacido en un siglo en que se veia sin conmocion el derramamiento de sangre, se mostró siempre humano, sensible y aun generoso para con sus enemigos. No podia sufrir el espectáculo de un suplicio. El orgullo de la suprema dignidad no habia alterado la sencillez de sus costumbres: sus vestidos eran modestos, su mesa frugal: afable y popular, conversaba con todos, y en los baños públicos se mezclaba con los de la plebe. Reprimió el lujo y fue constantemente enemigo de la molicie. Un oficial jóven se le presentó un dia muy perfumado. «Mas bien quisiera, le dijo Vespasiano, que olieses á ajo que á esencias.» Roma le debió soberbios monumentos y un grande anfiteatro. Hizo grabar en 300 tablas de cobre las mejores leyes. Su atencion vigilante se estendia á las demas ciudades del imperio, que fueron reparadas, fortificadas y embellecidas.

Guerra de Antioco de Comagene. (73.) Los pueblos estrangeros no se atrevian á atacar el imperio concorde y gobernado por un gefe tan firme y activo. Sin

embargo, Antíoco, rey de Comagene, y su hijo Epifánes, confiados en el apoyo de los partos, quisieron hacerse independientes. Cerennio Peto marchó contra ellos de orden del emperador, y los puso en huida. Antíoco, sorprendido en su retirada, cayó prisionero y fue enviado á Roma. Vespasiano le volvió la libertad y le permitió vivir en Lacedemonia con el esplendor de un príncipe.

Guerra con los alanos. (74.) Los alanos, nacion de Escitia, que habitaban las orillas de la laguna Meotide, y que se llaman hoy cosacos del Don, invadieron la Media, penetraron en la Armenia, vencieron á Tigránes, rey de este pais, aliado de Roma, y le hicieron prisionero. Tito vino entonces á Siria á tomar el mando del ejército: su nombre solo aterró á los bárbaros y evacuaron el Asia. Asi no le fue preciso combatir para pacificar el oriente.

Ultimo censo en Roma. (75.) A su vuelta le nombró censor su padre, y presidió el último censo de que habla la historia. Plinio observa cuan comun era entonces una larga vida; pues se contaron 81 centenarios, de los cuales ocho tenian mas de 130 años, y tres mas de 140.

Vespasiano, que segun las mácsimas de Roma habia sido tan inflecsible para

un galo rebelde como Sabino, se condujo siempre piadosamente con los romanos. Despreciaba la delacion, y cuando se le insultaba con algun pasquin satírico, en lugar de buscar y castigar el autor, le daba por los filos, y escribia epígramas contra ellos. Helvidio Prisco no queria darle el nombre de césar, y no se enfadó por eso Vespasiano. Despues fue convencido Helvidio, y condenado por concusiones que había cometido en Siria. El emperador revocó la sentencia; pero estaba ya ejecutada cuando llegó el indulto. Mecio Pomposiano hablaba con imprudente orgullo de una prediccion astrológica que le prometia el imperio. Vespasiano, á quien querian irritar contra él, le hizo cónsul, y dijo: «Si llega á ser emperador, se acordará del bien que le he hecho. Tengo lástima á los que conspiran para ocupar mi lugar: son insensatos que no conocen el peso que quieren echar sobre sus hombros.» El rey de los partos, menos grande que él, y mas vano, le escribió asi: «Arsaces, rey de reyes, á Flavio Vespasiano.» El emperador respondió con modestia irónica: «Flavio Vespasiano á Arsaces, rey de reyes.» El orgullo de Muciano contrastaba singularmente con la

sencillez del emperador, porque se jactaba á cada momento de sus hazañas, talentos y servicios, y trataba á Vespasiano mas bien como á colega que como á gefe. Su altanería indignó á todos: el príncipe lo sufria, atendiendo mas bien á su agradecimiento que á su dignidad. Pero en una ocasion fue tan insolente Muciano, que se irritó y manifestó su enojo. Despues, vuelto en sí y avergonzado, decia: «¡cuán hombre soy!» La hija de Vitelio yacía en la pobreza: todos los cortesanos de su padre la abandonaron. Un solo hombre la socorrió y dotó, y fue Vespasiano. Un dia le presetaron una lista de conspiradores, y la rompió diciendo: «no quiero conocerlos.» Un alguacil de Neron que en otro tiempo le habia echado de palacio, diciéndole «vete á la horca,» se atrevió á presentársele: el emperador se contentó con despedirle riéndose, y repitiendo su misma espresion. Su bondad no era flaqueza: reprimió la usura con rigor, é hizo una ley, condenando á la esclavitud la muger que se hubiese entregado á un esclavo. Protector de las artes y letras, premió liberalmente al historiador Josefo: honró con su amistad á Plinio el antiguo, oficial estimado, y filósofo ilus-

tre: favoreció al célebre Quintiliano, y alentó la juventud de Tácito. Su favor se estendia á las artes mecánicas. Un matemático inventó el modo de trasportar á poca costa grandes columnas. El emperador le premió generosamente; mas no quiso servirse de una máquina que debia suplir la fuerza de los brazos. «Es menester, decia, que el pobre trabaje y subsista.» Este príncipe ecónomo fue tachado de avaro. Es cierto que nombró en todas las provincias cuestores rígidos, y que empleó la mayor actividad en llenar el tesoro; pero tambien lo es, que esto era necesario despues de los tiempas de desórden, tiranía, discordia y prodigalidad. Era menester completar el ejército, pagar las deudas, reedificar el capitolio, terminar las guerras de Germania, Galia y Judea, reparar los caminos, fortificar las ciudades; y si Vespasiano fue amigo del dinero, no lo empleó sino en objetos de utilidad pública. Demasiado rentista quizá, puso en vigor todos los impuestos establecidos por Galba; y aun se cuenta que echó uno sobre las cloacas, y que Tito le hizo representaciones acerca de la indignidad de aquella contribucion. El emperador sonriéndose le acercó á la nariz algunas mone-

das de oro procedentes de dicho tributo, y le preguntó si olian mal. Un dia los diputados de una ciudad le dijeron que sus compatriotas iban á erigirle una estátua de mucho valor. «Aquí está la base,» replicó estendiendo su mano.

Conquistas en la Britannia occidental. (78.) Al mismo tiempo que Vespasiano afirmaba por la prudencia de su gobierno la tranquilidad interior, estendió los límites del imperio, reuniendo á él la Judea, la Comagene, la Licia, la Acaya, la Panfilia, la Cilicia, la Tracia y las islas de Samos y Rodas. Sus cuidados vigilantes repararon las desgracias de muchos paises, cuya poblacion habian casi destruido los tiranos. Envió á Britannia á Cereal, que consiguió grandes victorias, y reparó los yerros de sus predecesores. Julio Frontino, que le sucedió, le era igual en valor, y subyugó lo que hoy se llama el pais de Gáles. Este general, conocido por sus obras militares que son estimadas, fue reemplazado por Julio Agrícola, que en siete años acabó de reconocer la isla, y de conquistar todo lo que los romanos poseyeron en ella, y que debió la inmortalidad á sus hazañas y virtudes, aun mas que á la pluma de su yerno Tácito.

Vespasiano gozaba en paz la felicidad que habia dado á los romanos, cuando fue atacado en Campania en una de sus casas de placer, por una enfermedad que al principio se creyó ligera. Solo él conoció su gravedad, y dijo sonriéndose á los que le preguntaban por su salud: «me voy convirtiendo en dios.» El mal aumentó, las funciones del estómago cesaron; pero aunque se desmayaba frecuentemente, nunca abandonó los negocios, ni quiso hacer cama, diciendo: «que un emperador debia morir en pie.» Falleció entre los brazos de los que le sostenian á los 69 años de su edad, y 10 de su reinado. El sentimiento del pueblo fue sincero y universal, y su elogio está encerrado en estas palabras de Tácito: «La elevacion al imperio no mudó sus costumbres, y le dió poder para hacer el bien que deseaba.»

Tito, emperador. (80.) Tito estaba asociado al imperio, y Vespasiano le habia nombrado su sucesor. Solo Domiciano quiso oponerse á su elevacion, y disputarle la autoridad suprema. Decia que era coheredero, y tachaba á su hermano de haber fabricado un falso testamento; pero su oposicion fue despreciada, y el senado proclamó emperador á Tito. Este

príncipe inspiraba entonces á los romanos mas temor que esperanza. Educado en la corte de Neron, no habia resistido al contagio del ejemplo, y se habia entregado á los placeres. Seducido por las cortesanas, rodeado de libertos, esclavos é histriones, siguió el torrente del siglo, y pasó los mejores dias de su juventud en fiestas, orgias y espectáculos, de los cuales era muy apasionado. Era de poca estatura, y ancho de espaldas; pero tenia gracia en sus movimientos, y magestad en su continente. Habia cultivado las letras y compuesto algunas tragedias. Era hábil en los ejercicios, y superior á todos en el manejo de las armas, y en disparar dardos. En el sitio de Jerusalen mató por su mano doce enemigos. Los que juzgan del carácter de los hombres por sus inclinaciones, hubieran debido augurar bien del suyo por los amigos que eligió. En la corte infame de Neron tuvo amistad con el virtuoso y desgraciado Británico. Este lazo resistió á la tiranía, al tiempo y á la muerte. Lo primero que hizo cuando subió al trono, donde se olvidan tantos afectos, fue consagrar un monumento á la memoria de su amigo. Cuando sus deberes lo alejaron de Roma, y le obligaron á presen-

tarse en los campamentos, se mostró soldado valeroso y prudente capitan; pero las primeras impresiones no se borran con facilidad; y siempre se le acusaba de ser amante de los placeres de la mesa, y dejar á las mugeres demasiado imperio sobre su corazon. Los rigores escesivos que creyó indispensables para aterrar y subyugar á los judíos, dieron motivo á que se le tachase de cruel. Echábasele tambien en cara la muerte de Cecina, á quien mandó matar para anticiparse á una conjuracion que aquel vitelíano habia tramado contra su vida. Habia desagradado á los romanos, violando sus costumbres, y entregándose al amor de una reina estrangera, Berenice, hija de Agripa, rey de Judea, y viuda de Polemon, rey de Cilicia. Esta princesa le siguió á Roma, vivió en su palacio, y logró de él una promesa de matrimonio. Por todo esto se creyó, cuando Tito subió al trono, que iba á empezar de nuevo el reinado de Neron. Pero apenas se vió revestido del poder supremo, sorprendió al orbe, pareció otro hombre, y se mostró digno de mandar á los mortales, dominándose á sí mismo.

La opinion pública se habia manifestado contra su union con Berenice. Tito

la envió al Asia. Quien sabe triunfar de un amor verdadero, vencerá fácilmente las demas pasiones. Ya no encontró placer sino en sus deberes, alejó de sí los cómplices de sus liviandades, y los esclavos y farsantes que le rodeaban. Habiendo consultado sobre los medios de reinar á Apolonio de Tiana, célebre por sus virtudes, y por los prodigios que le atribuían, el filósofo no le dijo mas que estas palabras : «imita á tu padre.» Tito hizo mas, porque le superó en justicia, bondad y modestia, y sobre todo en generosidad. Regalaba dones magníficos, y no admitia ninguno. Su primer edicto confirmó todos los beneficios concedidos por sus predecesores, aunque una ley estravagante daba derecho á la avaricia de cada nuevo emperador, de despojar á los agraciados. Tito continuó las prudentes reformas de Vespasiano en los órdenes del estado, en las costumbres, en las leyes y en los reglamentos de administracion. Á los delatores que fueron tan honrados por los tiranos, condenó á ser azotados y vendidos como esclavos. Reprimió la codicia de los curiales, abrevió los procedimientos, y castigó la corrupcion de los jueces. El senado fue libre en sus discusiones, y el pueblo en sus sufragios : el ce-

tro en mano de este escelente príncipe fue el apoyo de la libertad comun. El buen órden que reinaba en la hacienda, le permitió satisfacer la vanidad del pueplo, embelleciendo á Roma con soberbios monumentos, y su gusto particular á los espectáculos y fiestas suntuosas. Solo atendia á la justicia en los actos de su administracion; pero oía el voto de la muchedumbre para la eleccion de los regocijos públicos. Dió el espectáculo de una naumaquia magnífica, y de un combate de cinco mil fieras que se dieron la muerte unas á otras en el circo. Afable y popular, no rechazaba ninguna súplica ni reclamacion: su bondad aumentaba los favores, y mitigaba el sentimiento de los que no lograban sus solicitudes. Culpáronle un dia en el consejo porque prometia mas de lo que podia cumplir, y respondió: «á nadie debe quitarse la esperanza, y ningun ciudadano debe salir descontento de la presencia del príncipe.» Acordándose una noche de que en el dia no habia concedido ningun favor, esclamó: «amigos, hemos perdido un dia.» Fortalecido con el amor que inspiraba, no conocia el miedo: sabiendo que habian escrito libelos contra él, dijo: «no los temo: todos los tendrán por calum-

niosos, pues nada he hecho digno de censura.»

Sin embargo su bondad nunca desmentida no impidió que algunos hombres ambiciosos tramasen contra él. Dos patricios conspiraron para echarle del trono. Informado de ello, los hizo venir á su presencia, les aconsejó que renunciasen á un designio reprobado por todas las leyes divinas y humanas, envió un correo á la madre de uno de ellos para que nada temiese de la suerte de su hijo, los convidó á comer, y al dia siguiente, colocándolos á su lado en un combate de gladiadores, les entregó las espadas que era costumbre presentar al emperador antes de la pelea, y les dijo que las ecsaminasen. Asi mató la conspiracion con su clemencia, cuando los príncipes débiles solo logran con el rigor matar algunos conspiradores. Una ambicion mas culpable afligió el corazon de Tito sin irritarlo. Domiciano quiso sublevar contra él las legiones, y algunas tropas del pretorio. Tito, en lugar de desterrarle, le conjuró á que fuese su amigo, le asoció al imperio, le declaró sucesor suyo, y le pidió con lágrimas que no usurpase por el crímen una dignidad que la naturaleza le destinaba.

Mientras que Tito se empleaba sin intermision en asegurar la felicidad del pueblo romano, Agrícola sostenia en Britannia la gloria de sus armas. Venció á los ordovices: subyugó la isla de Mona, hoy Anglesey, que estaba defendida por el mar y la supersticion de los druidas. Aprovechándose de una baja marea, cayó sobre ella como si bajase de las nubes; y el pueblo, aterrado por esta invasion imprevista, se sometió. Despues de haber vencido á los britannos por la fuerza de las armas, sujetó aquellos ánimos altivos por la moderacion, disminuyó los impuestos, hizo reinar la justicia, suavizó las costumbres por medio de la instruccion, persuadió á los bárbaros que adoptasen el lenguage, los vestidos y las costumbres de los romanos, y los afeminó civilizándolos. Agricola envió al emperador una narracion modesta de sus acciones: la fama se encargó de publicar su gloria. Los romanos parecian condenados por el cielo á sufrir males proporcionados á sus crímenes y escesos; y cuando las virtudes de Tito les permitian gozar de una tregua efímera, cayeron sobre Italia espantosas calamidades. Una peste cruel mataba 10.000 personas por dia: el terror fue u-

niversal, y se temia la entera destruccion del pais. Solo Tito, superior al miedo, alentó á sus conciudadanos, consoló y socorrió á los enfermos sin temer ningun peligro, y con su vigilante solicitud detuvo los progresos del contagio. Una erupcion violenta del Vesubio fue la segunda desgracia que perturbó la felicidad de su reinado. Grandes rios de lava sepultaron las ciudades de Herculano y Pompeya, y cubrieron de cenizas la Italia, la Sicilia y las costas de Africa. La tierra conmovida parecia arrancarse de sus cimientos. Una densa oscuridad robó la luz del dia: el aire estaba cargado de un humo que quemaba: corrian por las llanuras de Campania torrentes de fuego, y los habitantes perecian entre los escombros de las casas, ó devorados por las llamas, ó ahogados por el ambiente. La mar, abriendo sus espantosos abismos, quitaba á los que huian toda esperanza de asilo. En tres dias desaparecieron villas populosas y ciudades florecientes, y los mortales, consternados, creian asistir á la conflagracion del mundo. Enmedio de este horrible combate de la naturaleza contra el hombre, solo Plinio, el anciano, impasible como Arquimedes en la toma

de Siracusa, buscando la verdad enmedio del desórden de los elementos, estudiaba y observaba las circunstancias de aquel terrible fenómeno, y pereció cuando las estaba escribiendo. Han llegado hasta nosotros por la pluma elegante de su sobrino Plinio, el menor, digno rival y constante amigo de Tácito. Al mismo tiempo era Roma víctima de un incendio. Solo el valor, la prudencia y el tiempo podian reparar y hacer olvidar estas desgracias. Pronto sufrieron los romanos otra mas irreparable: Tito murió, habiendo brillado pocos instantes en el mundo, como el sol fugitivo en un dia de tempestad.

Hacía algun tiempo que este príncipe, agitado por presentimientos y turbado por presagios, se entregaba á una funesta melancolía. Con la esperanza de disiparla, se retiró á una casa de campo que tenia en el pais de los sabinos. Apoderóse de él una fiebre ardiente que resistió á todos los remedios: quejábase humildemente á los dioses de arrebatarle tan jóven y sin haberlo merecido. Al morir protestó que no tenia que arrepentirse mas que de una accion, la cual no declaró. Algunos historiadores creen que pereció envenenado por Domicia-

no. Dion refiere, que este hermano bárbaro le hizo meter, cuando estaba con el delirio, en una cuba de agua helada. Plutarco atribuye su muerte á una causa mas natural, cual es la costumbre de baños frios, que no interrumpió durante su enfermedad. El triste fin de un emperador tan querido y respetado causó en Roma un luto general. Los jóvenes creían haber perdido á su padre, y los ancianos á su hijo. El senado, reuniéndose sin convocacion, le prodigó elogios, que por la primer vez no fueron dictados por la lisonja, y le decretó honores divinos. Un príncipe como Tito haria disculpable la apoteosis, si no fuera sacrílega: pero si no es posible igualar sin delito un mortal á Dios, se debe ensalzar sobre todos los hombres al monarca que mereció ser llamado *delicia y amor del género humano*. Tito nació el 30 de diciembre del año 792 de Roma, 40 de la era cristiana, y murió el 13 de diciembre del año 82 de la misma era. Reinó dos años, dos meses y veinte dias.

Domiciano, emperador. (82.) Domiciano, tan falso como Tiberio, y tan cruel como Neron, se vió obligado á enfrenar sus inclinaciones y enmascarar su perversa índole, al subir á un trono que

brillaba todavía con las virtudes de su padre y hermano. No se atrevió á desmentir en los primeros tiempos de su reinado las mácsimas y principios que todo el imperio respetaba, y aparentó que iba á seguirlos. Disminuyó los impuestos, rehusó las mandas que le ofrecian, afectó horror al derramamiento de sangre, y aun prohibió sacrificar animales. Volvió á completar las bibliotecas consumidas por el fuego, construyó soberbios edificios, formó un gran lago cerca del Tíber, celebró los juegos seculares, y satisfizo con magnificencia la pasion de los romanos á los espectáculos y á los combates de gladiadores. Varió los juegos públicos, ordenó que los jóvenes disputasen en el circo el premio de la carrera, y afectó deseo de los progresos literarios, estableciendo conferencias, en que los oradores mas distinguidos hablaban en griego y latin sobre las materias que se les proponian. Veló con severidad por el mantenimiento de la justicia, desterró á los delatores, y proscribió el uso bárbaro de mutilar á los niños, como en Asia, para poblar de eunucos los palacios. Reprimió el abuso de las sátiras y libelos: hizo infames á los cortesanos, que desde el tiempo de

Neron afectaban un lujo insolente, los privó del derecho de heredar, y les vedó presentarse en coche ó litera. Mitigó las penas establecidas contra las vestales que infringian sus votos, y reservó el castigo de muerte para el caso de reincidencia. Deseando preservar á Roma de las frecuentes carestías á que estaba espuesta, mandó arrancar en Italia una grande parte de las viñas para promover la cultura del trigo: pero este decreto, contrario al uso y al derecho de propiedad, esperimentó una gran resistencia, y no pudo ponerse en ejecucion. Solo uno de sus actos administrativos pudo hacer que se previese lo que habia que temer de Domiciano, y fue desterrar de Roma á los filósofos y á los sábios; porque el vicio y la maldad estan prócsimos á triunfar cuando consiguen que se destierren la verdad y la virtud.

Conquista de Britannia por Agricola. (84.) Bajo el reinado de Domiciano estendió Agrícola el imperio de Roma hasta la estremidad septentrional de Escocia, y conquistó este pais, llamado entonces Caledonia, último asilo de la libertad británica. Galgaco era rey de aquellos pueblos belicosos: defendió con valor su independencia, y no sucumbió

sin gloria. Habiendo reunido los hombres mas valientes de su pais, les habló, segun Tácito, en estos términos: «Cuando contemplo las causas y la necesidad de la guerra, se aumenta mi valor; y la conformidad de vuestros sentimientos me anuncia que la Britannia va á recobrar su libertad. Solamente nosotros nos hemos escapado del yugo hasta ahora: mas allá de nuestra patria no hay tierra: el mar, dominado por la escuadra romana, nos niega todo asilo; y así el combate y las armas, que son siempre la esperanza de los honrados, son en el dia la única seguridad de los cobardes. En las demas batallas que han dado los britannos con vario suceso, confiaban en nuestro socorro, y hallaban en nuestros bosques una retirada segura. Somos el pueblo mas belicoso de la isla: ninguna nacion esclava vive prócsima á nuestras riberas, y la presencia de los tiranos no ofendió nunca nuestras miradas. La situacion aislada de nuestro pais nos ha defendido poderosamente. La imaginacion hace grande lo que no conoce, y el enemigo ha respetado por mucho tiempo los límites del mundo. Mas en fin, ya está abierto el santuario de la independencia británica. Por una parte

tenemos peñascos y olas; por otra los romanos, á quienes no desarmará una obediencia moderada. Estos destructores del mundo buscan víctimas de su codicia en los mares, cuando ya no les basta la tierra. Nada se escapa de sus manos ávidas: la riqueza es incentivo de su avaricia: los pobres de su ambicion: los tesoros del oriente y del occidente no los han hartado: Roma es la única nacion que persigue con igual ansia á los opulentos y á los miserables. Robar y matar, ese es su dominio: y cuando han hecho un desierto, lo llaman imperio. Quítannos los hijos, los parientes, las personas mas caras, y las esclavizan. Si nuestras hermanas y esposas evitan su violencia cuando son enemigos, con el nombre de amigos y huéspedes las ultrajan. Roban nuestros bienes para aumentar sus tesoros, nuestros granos para su alimento, nuestro trabajo para desecar sus lagunas y fortificar sus reales, sin darnos mas salario que castigos é injurias. Los hombres que nacen en la servidumbre, son vendidos solo una vez y alimentados por sus amos. La Britannía paga y alimenta cada dia los suyos; y como en una casa los sirvientes que entran despues son el ludibrio de los que

ya estaban en ella, así en esa multitud de pueblos esclavizados desde antiguo, nosotros, como nuevos, somos los mas ofendidos y maltratados. No tenemos tierras fértiles, minas opulentas, puertos soberbios, en que podrian hacernos trabajar: solo poseemos virtud y audacia, cualidades que ofenden á los dominadores. La profundidad y secreto de nuestras guaridas les inspiran recelos proporcionados á la seguridad que gozamos en ellas. No teneis, pues, ninguna esperanza de perdon: armaos del valor, no menos necesario á los amantes de gloria que á los deseosos de conservar su vida. Los brigantes, mandados por una muger, incendiaron una colonia romana y forzaron un campamento: hubieran sacudido enteramente el yugo á no haberse adormecido con la prosperidad. Nosotros, hasta ahora indomables, que tenemos enteras nuestras fuerzas, que gozamos de nuestra antigua libertad, ¿no mostrarémos en el primer ataque de lo que son capaces los varones de Caledonia? No creais que los romanos tienen tanto valor en la guerra como insolencia en la paz: nuestras disensiones y discordias los han hecho ilustres: fundan su gloria en los yerros de sus enemigos. Su ejérci-

to, mezcla monstruosa de todas las naciones, se aumenta por sus triunfos, y se disolverá al primer reves. Porque sin duda no creereis, que los galos, los germanos, y esos britannos, que con oprobio de nuestro nombre les venden su sangre, sirven por afecto á unos señores estrangeros, de quienes han sido mas tiempo enemigos que esclavos. El peligro y el terror los obliga: romped este lazo, y en acabándose el miedo, estallará el odio. Nosotros tenemos todo lo que es necesario para escitar la victoria: las mugeres de los romanos no estan en sus reales para inflamar su valor, ni sus padres para echarles en cara su fuga. La mayor parte de sus soldados carecen de patria ó tienen muchas: son pocos, estan amedrentados, penetran en un pais desconocido: todo lo que ven es nuevo para ellos, cielo nublado, mar tempestuoso, bosques sombríos que los aterran. Los dioses, por decirlo así, nos los entregan encerrados y encadenados. No os dejeis asombrar por el vano aparato, por el esplendor del oro y de la plata, que ni pueden defenderlos ni heriros. Hay en el ejército enemigo brazos que son nuestros: los britannos defenderán su causa, peleando por nosotros: los ga-

los se acordarán de su libertad antigua: los germanos los abandonarán, como hicieron no há mucho los usipetes. Conseguida la victoria, no hallaréis ostáculos. Fortalezas sin guarniciones, colonias de veteranos inválidos, ciudades flacas y discordes, súbditos irritados y mal obedientes á señores injustos, es todo lo que tienen en la isla. Aquí hay un general y un ejército: allá tributos, faenas y castigos. En esta batalla vais á decidir si os condenaréis para siempre á estos males, ó si los vengaréis. Marchad, pues, y al entrar en el combate acordaos de vuestros abuelos y de vuestros descendientes.» Los bárbaros le escuchaban con trasporte, y le respondieron con aclamaciones unánimes. Corrieron entusiasmados al combate.

Agrícola, viendo brillar sus armas, contuvo dificilmente el ardor de sus tropas para incitarlas con la tardanza. Hablóles con tanta dignidad como energía, les recordó sus peligros, sus triunfos, y tantos años de lid y victoria. «Ya, en fin, les dijo, habeis traspasado los límites que detuvieron á vuestros padres: conocemos, no de oidas, sino por nuestros ojos, los términos del mundo, y á un mismo tiempo hemos descubierto y conquis-

tado la Britannia. En nuestras marchas largas y penosas, cuando pasabais tantos rios, lagunas y montañas, deciais con impaciencia: *¿llegará el caso de que encontremos al enemigo y peleemos con él?* Ahí le teneis á la vista: abierto se ha el campo á vuestro valor. Todo es vuestro, si venceis: todo lo perdereis, si os dejais vencer. En la fuga no habrá seguridad ni para el gefe ni para el soldado. Mejor es morir con gloria que vivir con oprobio. Solo el valor os asegurará la vida y la honra. Pensad ademas, cuánta gloria adquirireis terminando vuestra marcha en el fin del mundo. Los enemigos que vais á combatir, no os son desconocidos: cuando el año anterior os atacaron, los gritos de una sola legion los pusieron en huida. Si viven aun, es porque son los mas tímidos de los britanos: mientras ellos huian, los valientes han perecido. Concluid medio siglo de triunfos con un dia de gloria, y probad á Roma, que jamás ha debido culpar al ejército de la prolongacion de la guerra ni de las esperanzas de los rebeldes.» El ardor y la alegría brillaban en los rostros de los romanos: toman sus armas, y salen del campamento. Agrícola puso en la vanguardia 8.000 ausiliares, 3.000 ca-

ballos en las alas, y las legiones delante de las trincheras. Queria que su victoria costase poca sangre romana, ó conservar un recurso en caso de necesidad. Una multitud innumerable de bárbaros ocupaban el llano y las alturas circunvecinas, y superiores en fuerzas ceñian el flanco de los romanos. Agrícola estendió su línea, y para animar las tropas, desmontó y peleó á pie. Mientras se batian desde lejos, los britannos, mas hábiles en arrojar los dardos, conservaron la superioridad. Agrícola los acometió con cinco cohortes, cuyas espadas cortas y escudos largos desconcertaban á los bárbaros, que solo les oponian largos sables sin punta y paveses estrechos. La caballería británica, puesta entre carros falcados, atacó el flanco de los romanos, que le resistieron con valor: los caballos, espantados con las picas, desordenaron sus filas. Toda la masa de los bárbaros se arrojó entonces de las montañas para envolver á los romanos. Agrícola que habia previsto este movimiento, envió contra ellos una reserva de cuatro divisiones de caballería, que los desbarataron, y revolviendo despues los cogieron por la espalda. Entonces la batalla se cambió en derrota y carniceria.

Los bárbaros quisieron reunirse en los bosques; pero Agrícola, conteniendo el ardor de sus tropas victoriosas, persiguió con órden á los vencidos, y les quitó toda esperanza de renovar el combate. La noche y el cansancio pusieron fin á la persecucion y á la matanza. El enemigo perdió 20.000 hombres. Al dia siguiente un silencio profundo, la soledad de las colinas y las aldeas abrasadas dieron á entender que la victoria era completa, y que los bárbaros no conservaban ya ninguna esperanza. Estos infelices se escaparon de caverna en caverna, quemaron sus casas, y mataron á sus mugeres é hijos. Este écsito tuvo su último esfuerzo á favor de la independencia. Despues de esta victoria la escuadra romana descubrió al norte de Escocia las islas Orcades y la de Tule. Los conocimientos geográficos eran entonces tan poco comunes, que no se supo que Britannia era una isla hasta la espedicion de Agrícola. Este general la conquistó, y redujo á provincia romana ciento treinta y ocho años despues del desembarco de Julio César. Dábase tanta importancia á la posesion de esta isla y á sus fuerzas, que los emperadores no dejaron nunca á disposicion del

senado el nombramiento de sus comandantes.

Domiciano, cuyos vicios comenzaban á mostrarse sin disimulo, acababa de hacer en Germania contra los catos una campaña, en la cual no hubo ninguna accion decisiva. Ambicioso de todo género de gloria, y privado de las virtudes que la dan, hizo que se le decretase un vano triunfo por victorias imaginarias. Ante su carro iban esclavos que habia comprado para que representasen los prisioneros. La relacion que Agricola le envió de sus conquistas, aunque modesta, le dejó envidioso; y por mas que se esforzó á disimularlo, no pudo dar á aquel héroe ninguna señal de afecto, y solo le concedió su estimacion. Hizo, aunque con disgusto, que le erigiesen estátuas, y le dió los ornamentos triunfales: pero al mismo tiempo le llamó á Roma con el pretesto de enviarle á Siria, y le dió por sucesor á Salustio Lúculo, que fue quien gozó del fruto de sus hazañas. Cuando Agricola llegó á la capital, recibió órden de no entrar en ella sino de noche. El recibimiento frio del emperador lo determinó á acabar sus dias en el retiro. Algunos años despues murió, y se sospechó que Do-

miciano le habia dado veneno. Durante su enfermedad, el príncipe hacia que sus libertos y médicos le visitasen con frecuencia : tan impaciente estaba de saber la muerte de aquel grande hombre, cuya gloria hubiera quizá sepultado en el olvido, si Tácito y Dion no nos conservasen la memoria de sus virtudes y hazañas; porque los grandes capitanes no logran su fama sino con el favor de los grandes escritores. Agrícola para asegurar la tranquilidad de su familia, legó al morir una parte de sus bienes al emperador, que recibió el don como una prueba de aprecio: «ignorando, dice Tácito, que un buen padre no llama á la sucesion sino á un mal príncipe.» En esta época hicieron una irrupcion en el imperio los sármatas y los escitas, y mataron á una legion y á su comandante. Fue necesario hacer grandes esfuerzos para rechazarlos. Decébalo, rey de los dácios, declaró la guerra á los romanos, derrotó el ejército del consular Opio Sabino, como tambien el de Cornelio Fausto, comandante de las guardias pretorianas, y esparció el terror en la Italia, á la cual amenazó invadir. Las legiones que estaban acampadas en las orillas del Danubio, habian sido muertas ó prisio-

neras. Por la vez primera renunció Roma á su grandeza, y empleó para defenderse oro en lugar de hierro, comprando vergonzosamente la paz. Domiciano tuvo la imprudencia de hacer que se le decretase el triunfo y el sobrenombre de *Germánico* por aquella infausta capitulacion. Pueril en su vanidad, fue nombrado cónsul diez y siete veces, para tener el placer de decir que nadie lo habia sido con mas repeticion que él; pero abdicaba esta dignidad á los cuatro meses, y nunca ejercia sus funciones.

Desde que se creyó afirmado en el trono, arrojó la máscara, dió libre y desenfrenado curso á sus vergonzosas pasiones y á sus vicios aborrecibles, y los llevó hasta el delirio. Prohibió erigirle estátuas, como no fuesen de plata ú oro, y quiso que se le llamase *señor* y *dios*. Su crueldad era igual á su orgullo: se complacia en ver los suplicios de los condenados, en oir sus gritos, y en contar sus lágrimas y suspiros. Su tiranía pobló á Roma de espías y delatores, peste que pulula en tiempo de los príncipes malos, y que crea delincuentes para ganar un infame salario. Sus informes mentirosos causaron la muerte de los senadores mas

ilustres, Cereal, Ofito, Glabrion y Elio Lamia, á quien el emperador habia quitado su muger. Cocceyano, sobrino de Oton, fue víctima de la gratitud: acusósele de que anualmente tributaba honores solemnes á la memoria de su tio. Mucio Pomposiano pagó con la cabeza las falsas predicciones de los adivinos que le prometian el imperio. El senado se veía obligado á pronunciar tan injustas sentencias. El miedo difundió un horrible silencio en esta asamblea, terror en otro tiempo de los reyes. Solo el que la presidia tomaba la palabra, porque su puesto lo obligaba á hacerlo: los demas votaban con los ojos bajos y callaban. Materno habia escrito un libro contra la tiranía: Julio Rústico un elogio de Traseas y de Helvidio Prisco: entrambos perecieron. Domiciano detestaba las artes que suavizan las costumbres, y la literatura que instruye á los hombres. Para él el talento y la ciencia eran crímenes, lo mismo que la gloria y la opulencia. Fue perverso como casi todos los príncipes que han carecido de educacion literaria. Sin embargo, el célebre filósofo Apolonio de Tiana se atrevió á arrostrar el peligro de presentarse á su vista. Ya habia venido á Roma en tiempo de Neron, «pa-

ra saber, segun decia, qué especie de animal era un tirano.» Despues de haber viajado en la India y Arabia, á su vuelta fue acusado de magia: vino á Italia, habló sin temor á Domiciano, se defendió con el lenguage de la sabiduría y la verdad, y quedó impune, lo que pareció tan estraordinario, que sus partidarios no pudieron esplicarlo sino por un prodigio, y dijeron que habia desaparecido de la presencia del tirano. Un gobierno tan cobarde y flaco debia producir conspiraciones. Lucio Antonio, gobernador de Germania, se rebeló y tomó el título de emperador. Esperaba refuerzos de la Galia; pero el Rin, saliendo de madre, le impidió recibirlos; y Norbano, enviado contra él, le atacó de improviso, y le mató. Esta rebelion, que habia aterrado á Domiciano, le sirvió de pretesto para multiplicar las acusaciones y los suplicios. Tan insensato como feroz y medroso, pasaba dias enteros solo y encerrado en su gabinete. En vez de meditar sobre los negocios públicos, entretenia su crueldad pueril en hacer sufrir á las moscas los tormentos que destinaba á los hombres. Uniendo la hipocresía á la ferocidad, fue tan peligroso ser amigo suyo, como incurrir en su odio, y cada uno po-

dia juzgar del grado de peligro que le amenazaba por el del cariño que le fingia el emperador. La víspera del dia en que envió al suplicio su mayordomo, le habia hecho las mayores muestras de favor y estimacion. Cuando acusaba á alguno, para intimidar á los senadores y obligarlos al rigor, decia: «ahora se verá si el senado me ama ó me mira con indiferencia.» El erario estaba entregado á las cortesanas. El emperador, insultando á la decencia, iba con ellas á los baños públicos. Codicioso como todos los pródigos, se declaraba heredero de los ciudadanos mas opulentos. Dobló las contribuciones que oprimian á los judíos. Los profetas habian predicho el reinado de un descendiente de David: Domiciano los hizo buscar á todos, y los mandó matar, entendiendo que el anuncio hablaba de una monarquía temporal.

El décimo año de su reinado, los cristianos, cuyo culto se estendia con prodigiosa rapidez, sufrieron una cruel persecucion. Juan, apóstol y envangelista, fue arrojado en una caldera de aceite hirviendo. Milagrosamente salió ileso, y se le desterró á la isla de Patmos, donde escribió el Apocalipsi. San Timoteo fue apedreado en Efeso, y Dionisio Areo-

pagita en Atenas. Propagada la iglesia por la sangre de los mártires, las raices de la fe cristiana prendian ya hasta en los palacios. Flavio Clemente, primo hermano del emperador, confesó la religion cristiana, y recibió la muerte. Su deuda Domitila hizo la misma confesion, y fue desterrada á la isla Pandataria. Domiciano sabia cuánto odio le profesaban los romanos, y principalmente el senado. Dícese que proyectó muchas veces degollar á todos los senadores. Un dia rodeó la curia con sus tropas. En otra ocasion, habiendo convidado á comer á la mayor parte de ellos, mandó introducirlos en una sala enlutada, llena de lámparas sepulcrales y de atahudes, junto á los cuales se veian esclavos negros con la espada en una mano, y una antorcha en la otra. Despues de haberse divertido algun rato con el miedo de los senadores, los despidió. Aunque aborrecido en todo el imperio, los soldados le querian mucho, porque los pagaba magnificamente: mas no por eso vivia seguro. Los presagios que le amenazaban, y los remordimientos de su conciencia, le hacian mas desgraciado y mas medroso que sus víctimas. Mandó matar á Epafrodito, porque este fiel liberto habia ayudado á

Neron á darse la muerte. El astrólogo Ascleterion se atrevió á predecir la cercana muerte del emperador. Este le llamó, y le dijo: «Tú que anuncias mi suerte, ¿conoces la tuya?» Sí, respondió el adivino, moriré comido de perros. Domiciano, para sacarle mentiroso, mandó matarle al instante, y quemar su cuerpo; pero una tempestad repentina que se levantó apagó la hoguera y alejó á los satélites: los perros acudieron, y devoraron el cadáver. El odio público dió crédito á esta fábula. Domiciano temia á los historiadores, como el delincuente al juez, y por eso persiguió á los de su tiempo, esceptuando á Josefo, que siempre conservó su favor. Mas los talentos comprimidos cobraron mas brio, y las letras florecieron en su reinado. Epitecto ilustró la secta de los estóicos; y sus obras, compuestas entre los males del destierro y de la esclavitud, servirán siempre para fortificar el alma contra las desgracias. Marcial se hizo famoso por sus epígramas, y Juvenal por sus sátiras, que pintan con fidelidad las costumbres de aquel siglo corrompido. Silio Itálico puplicó un poema defectuoso en su composicion, pero que tiene algunos versos dignos de Virgilio. La suerte de Estacio

fue tan estravagante como su ingenio: consiguió ser amado de Domiciano.

Este emperador, tan temido de su familia como de sus vasallos, estaba casado con Domicia Longina, hija de Corbulon: la repudió, volvió á tomarla por esposa, y últimamente resolvió matarla. Una feliz casualidad hizo caer en manos de esta princesa la lista de los que su marido pensaba proscribir; y vió en ella su nombre, el de Pastenio, primer oficial del cuarto del emperador, el de Estéfano, su mayordomo, y el de los generales Norbano y Petronio. La emperatriz los informó del peligro que les amenazaba, y todos se conjuraron para ahogar el mónstruo que los perseguia. La supersticion de aquella época asustaba incesantemente á Domiciano: cada dia se esparcian noticias de adivinos que anunciaban su muerte: el mas cierto de estos presagios era el horror con que se le miraba. Turbado por tantas amenazas se le oyó esclamar enmedio de una tempestad: «hiera pues Júpiter, ya que es su voluntad herir.» La víspera del dia en que murió, le llevaron una fruta rara. «Guardadla para mañana, dijo, si es que la fortuna me permite comerla otra vez.» Enmedio de la noche anterior, espantado por

relámpagos frecuentes, consultó á un astrólogo; y como este le dijese que preveía grandes revoluciones, lo mandó matar. Cometido su último delito, para calmar su agitacion, quiso ir al baño; pero Partenio lo impidió, diciéndole que un negocio urgente ecsigia que pasase á su gabinete. Entra en él, y encuentra á Estéfano que le revela una conspiracion fingida, presentándole la lista de los conjurados; y mientras la lee, con un puñal que llevaba oculto le atraviesa un costado. Domiciano se arroja sobre él, y lo derriba; y durante esta lucha llegan Partenio y los demas conspiradores, y lo matan. Los discípulos de Apolonio, que querian convertir en dios á su maestro, contaron que este filósofo, en el mismo momento que estaban degollando al emperador, habia esclamado en Efeso, donde se hallaba: «ánimo, valiente Estéfano, hiere al tirano;» y poco tiempo despues: «todo va bien; el mónstruo ha muerto.» Domiciano murió el año 96 de la era cristiana, á los cuarenta y cinco de su edad, y quince de reinado. Los pretorianos sintieron mucho su muerte, y querian que se le diesen los honores divinos. El senado, mostrando una firmeza, olvidada mucho

tiempo hacia, se opuso á ello, infamó su memoria, mandó romper sus estátuas, rayó su nombre de los archivos, y le condenó al olvido. Tácito, mas severo, le condena á la inmortalidad.

CAPITULO XV.

Nerva. Trajano. Adriano. Antonino.

Nerva, emperador. Trajano, emperador. Conquista de la Dacia. Guerra con los partos. Adriano, emperador. Rebelion de los judíos. Dispersion definitiva de los judíos. Antonino, emperador. Juegos seculares.

Nerva, *emperador*. (96.) Despues de un siglo de tiranía, en el cual solo Vespasiano y Tito hicieron brillar algunos dias felices, el cielo presentó á los romanos otro siglo de ventura y de gloria, y este periodo en que reinaron las virtudes bajo los nombres de Nerva, Trajano, Adriano, Antonino y Marco Aurelio, es quizá entre los que presenta la

historia, él solo en que todos los pueblos de la tierra hayan gozado la dicha que proporcionaba la alianza no comun de la monarquía y de la libertad: «felices tiempos, esclama Tácito, en que es permitido pensar como se habla, y hablar como se piensa.» Los conjurados no se habian limitado á conspirar contra el tirano, sino que ya se habian convenido en darle por sucesor á Nerva, anciano de 70 años, honrado en su juventud por sus talentos militares y su amor á las letras: en su edad madura, por dos consulados y los ornamentos triunfales; y en su vejez, por su prudencia, suavidad y virtud. Su mérito modesto lo libertó de las sospechas de Domiciano, y entró en la conspiracion contra este mónstruo, no por ambicion sino por amor á la patria. Su familia era originaria de Creta. Desde que los matadores de Domiciano le propusieron al senado, este cuerpo se apresuró á proclamarlo emperador, y todos aplaudieron la eleccion. Solo los pretorianos guardaban un silencio feroz, porque echaban menos un príncipe que les habia aumentado el sueldo, y una tiranía que los eligió para instrumentos y apoyo, y que los colmaba de favores. Nerva apaciguó sus resentimientos con una gratificacion: las

legiones le reconocieron y le tributaron los parabienes que la lisonja prodiga al poder. Su antiguo amigo Arrio Antonio, abuelo del célebre Antonino, fue el solo que le habló el lenguage de la verdad. «Yo doy, le dijo, la enhorabuena al imperio; pero á tí te compadezco. Has logrado el poder y perdido el descanso: ¡cuántas tempestades y peligros véo, no solo contra tu persona, sino tambien contra tu reputacion, hasta ahora intacta! Debes temer principalmente la codicia de tus amigos: si les niegas beneficios, te harás odioso á ellos: si se los concedes, al imperio.»

Los primeros actos del emperador cortaron de raiz los mayores vicios del estado. El arma mas peligrosa de la tiranía era la acusacion por crímen de lesa magestad, que jamas se definia con esactitud, y que en todos tiempos ha servido de pretesto para condenar al hombre inocente, para aterrar al valeroso, para despojar al opulento, y para oprimir al libre. Un edicto de Nerva prohibió que se formasen causas por este delito. Desde que la moral fue respetada, los cristianos respiraron, y la persecucion se detuvo: san Juan volvió á Efeso, y un decreto del príncipe llamó á los

desterrados, y anuló las confiscaciones. Una bella mácsima habia salido de la boca, y no del corazon de Domiciano, y era esta: «el príncipe que no castiga á los delatores, los convida.» Su vida entera estuvo en oposicion con esta mácsima. Nerva la puso en práctica: renovó la ley de Tito contra ellos, y castigó con pena de muerte á los esclavos que habian denunciado á sus amos. Entonces muchos hombres que por la delacion se habian hecho infamemente célebres, y llegado á ser grandes personages y el terror de Roma, temblaron á su vez y fueron entregados sin defensa al desprecio de sus conciudadanos. Régulo, el mas famoso de todos, que en otro tiempo habia querido comprometer y arruinar al virtuoso Plinio, solicitó con bajeza é inútilmente el crédito de este insigne varon para libertarse del castigo que merecia. Publio Cesto se habia mostrado tan infame como cruel en la causa de Helvidio Prisco; y para complacer al tirano, degradando su dignidad de senador, prendió él mismo á aquel ilustre personage, colega suyo, y lo llevó á la cárcel. Gozaba sin embargo de un crédito escandaloso por su nacimiento y riquezas, y por cierta especie de temor que sobre-

vive al peligro, y era cónsul designado. Plinio, ofendido de este triunfo de la maldad, emprendió acusarle públicamente; pero el hábito de las revoluciones y el temor de las venganzas hacia que se mirase el valor como temeridad, y la cobardía como prudencia. Todos los senadores alarmados suplicaron al acusador que desistiese: no quiso consentir en ello, y su firmeza le grangeó la estimacion pública; pero Nerva, debilitado por los años, y mas dispuesto á premiar la virtud que á enfrenar el vicio, no permitió que se juzgase al acusado, y se contentó con privarle de la dignidad consular. A las virtudes del emperador faltaba la fuerza, y su bondad fácil se parecia á la debilidad. Asi el senador Julio Máurico, á quien habia llamado del destierro, satirizó su escesiva mansedumbre. Un dia que comia á su mesa, estando convidado tambien Veyentón, uno de los viles instrumentos de la tiranía de Domiciano, recayó la conversacion sobre Cátulo Mesalino, delator famoso y cruel, que habia muerto pocos dias antes. Todos hablaban de él con horror: Nerva dijo: «¿qué haria si viviese ahora?» Comeria con nosotros, respondió Máurico. Esta debilidad autorizaba de-

masiado la licencia, y por ella decia Fronton, personage consular: «triste cosa es obedecer á un príncipe que no permite nada; pero tambien es malo que todo sea permitido.»

Esta ligera mancha en el carácter de Nerva no quita el mérito á sus escelentes cualidades. En lugar de aumentar los tributos para reparar las desgracias del imperio, los disminuyó: su economía, la venta de las joyas de la corona, y aun de parte de su patrimonio, le dieron recursos suficientes para comprar tierras que distribuyó á los pobres, para educar la niñez y para reedificar muchas ciudades destruidas por las guerras civiles. Respetó el senado, sometiendo á él todas sus decisiones. Juró cuando subió al trono, no dar muerte á ningun senador; y lo cumplió con tanta fidelidad, que habiendo conspirado Calpurnio Craso, se contentó con desterrarle á Tarento, dejó sin castigo á los cómplices, y ni aun les cerró su casa, en cuya puerta hizo grabar esta inscripcion, que recuerda los deberes de un príncipe: *Palacio público*. Era asistente á los tribunales y administraba la justicia con equidad, mostrándose, por su conocimiento profundo de las leyes, digno de su abuelo,

que habia sido un jurisconsulto célebre. Ambicionaba el aprecio y no los homenages. Rehusó constantemente las estátuas de oro y de plata que le querian erigir. Sus predecesores temian el mérito: Nerva se creyó obligado á honrarlo. Buscó en su retiro al valiente y virtuoso Virginio que tenia entonces 83 años, y que se habia ilustrado rehusando dos veces el imperio mas que otros usurpándolo. Este anciano venerable fue ennoblecido con un tercer consulado casi en el borde del sepulcro; y mereció la gloria de ser amigo de Plinio, y de que Tácito, cónsul en la época de su muerte, hiciese su elogio fúnebre.

El fuego de la sedicion de los pretorianos, que estuvo para estallar en el advenimiento del emperador, quedó mas bien cubierto que estinguido. Lloraban la pérdida de un tirano, del cual eran el único apoyo, y no podian acostumbrarse al gobierno de un príncipe que reinaba segun las leyes, y que, amado del pueblo, no tenia necesidad de guardias. Los soldados facciosos, animados por Casperio Eliano, prefecto del pretorio, no pudiendo resucitar á Domiciano, trataron de vengarle. Despues de haberse escitado mútuamente á la rebelion, se amoti-

nan, toman las armas, sitian el palacio, y piden á gritos la muerte de los asesinos de su emperador. Nerva sale, se presenta á los rebeldes, les habla, y no pudiendo calmar su furia, les estiende el cuello, diciendo que prefiere la muerte al sacrificio de los hombres, á quienes debe la corona. Los rebeldes, respetando sus años, y desatendiendo su dignidad, rehusan á un mismo tiempo atentar contra él y obedecerle. Le rodean, le instan, agotan su vigor y su paciencia, y le obligan en fin á que les entregue á Petronio y Partenio, que fueron inmolados al instante. El resultado de este crímen horrible fue dichoso para el imperio. Nerva, convencido de que su flaqueza necesitaba de un arrimo, buscó, no en su familia, sino entre los ciudadanos, al hombre de mas mérito y mejor reconocido; y su eleccion recayó en Trajano, natural de Itálica, ciudad de la Bética, fundada por el primer Escipion cerca de Hispalis, hoy Sevilla. Descendia de una familia poco ilustre. Su padre, que fue el primero que la ennobleció, se distinguió en la guerra contra los judios, y Vespasiano lo elevó á la clase de patricio, lo nombró cónsul y le concedió los ornamentos triunfales. Trajano, el jóven,

peleando á la vista de su padre, militó con gloria en Asia, Africa y Germania, y adquirió en breve mucha fama. Duro en la fatiga, intrépido en el peligro, prudente en el consejo, haciendo las marchas á pie, peleando como el último soldado y comiendo como él, aprendió, obedeciendo con esactitud, el arte de mandar. Estimado de sus gefes, amado de sus iguales, respetado por sus inferiores, severo con afabilidad y popular con nobleza, obligó á la tiranía misma á hacer justicia á su mérito, y fue cónsul en el reinado de Domiciano. Mas no pudiendo respirar su noble pecho el aire de aquella corte corrompida, se retiró á España. Domiciano, creyendo que solo él era capaz de contener á los bárbaros de la baja Germania, le dió el mando de las legiones que habia en ella, y Trajano desplegó en este nuevo destino las mismas virtudes y talentos. Tenia entonces aquella edad, en que sin haberse amortiguado el fuego de la juventud, se gozan los frutos de la esperiencia. Su cuerpo era bello y airoso, su estatura elevada, sus miradas magestuosas: en él todo anunciaba la fuerza, y parecia que sus canas anticipadas le daban un aspecto mas respetable. Tal era el hombre que la pru-

dencia de Nerva regaló á los romanos. El emperador acababa de recibir la noticia de una victoria que habian conseguido las legiones de Pannonia. El senado le dió por ella el sobrenombre de *Germánico*: subió al capitolio, consagró á Júpiter una rama de laurel, y declaró públicamente que adoptaba á Trajano por su hijo y sucesor, y le nombraba césar y su compañero en el imperio. Una aclamacion universal y sincera confirmó la eleccion. Trajano, ocupado en Colonia en cumplir sus deberes y no en adelantar su fortuna, recibió con sorpresa la noticia de su elevacion, que ni solicitaba, ni aun deseaba; y la mayor satisfaccion que le dió, fue pensar que podria dar fin á los males de su patria. Nerva, demasiado ofendido para perdonar, demasiado débil para castigar, deseaba vengar á Roma y al trono de la sedicion de los pretorianos; y para que Trajano conociese sus intenciones, se sirvió de estas palabras de Homero, que Crises dirigió á Apolo: «Castiguen tus dardos á los griegos por las lágrimas que me han hecho derramar.» El nombre solo de Trajano habia aterrado á los rebeldes. Mandó llamar á Eliano y á los principales gefes de la rebelion, y su

muerte ó destierro tranquilizó el estado.

Nerva no abdicó: pero encargando á su sucesor los cuidados del gobierno, gozó tres meses de un descanso merecido, y murió á los 72 años de edad y 16 meses de reinado, siendo cónsul por la cuarta vez en compañía de Trajano. La historia cuenta de él pocas acciones brillantes, pero muchos rasgos de bondad, lo que es mejor. Lejos de mostrarse codicioso como sus predecesores, queria que los ciudadanos gozasen sin inquietud de sus bienes ó de los favores de la fortuna. Herodes Atico, habiéndose hallado un tesoro, avisó de ello al emperador, el cual segun el uso podia reclamar una parte. Nerva le respondió estas solas palabras: *usa de él*. Atico le representó que el tesoro era inmenso: el emperador respondió: *abusa de él*. Sus amigos le reprendian que no cuidaba suficientemente de su propia seguridad, y él dijo: «la buena conciencia vale tanto como una guardia.» Protegió constantemente las letras, y habia cultivado con felicidad la poesía. Quintiliano floreció en su reinado. Este célebre escritor compuso doce libros sobre la retórica: solo digno de censura por haber alabado á Domiciano. La gratitud que debia á este mónstruo no po-

dia justificar sino su silencio. El ilustre Plinio y el inmortal Tácito fueron honrados con la dignidad consular, ó por mejor decir, la honraron. Nerva merece ser contado entre los mejores príncipes: la fuerza, que faltaba á sus virtudes, la adquirió adoptando á Trajano.

Trajano, emperador. (98.) El nuevo emperador tenia la firmeza de carácter que aleja los peligros, porque no los teme; é inspiraba á los demas su propia confianza. Creyéndose seguro de lograr la estimacion y el amor que merecia, no descuidó el imperio por volar á Roma. Permaneció muchos meses en Germania, tomando disposiciones para asegurar aquella frontera importante. Cuando se presentó en la capital del mundo, en lugar de entrar como dueño y vencedor, entró como ciudadano, á pie, sin comitiva, y tanto mas grande, cuanto mas modesto parecia. Sus predecesores habian hecho que los dispensasen de la observancia de las leyes: él juró guardarlas, é hizo el juramento en pie, permaneciendo el cónsul sentado. Dió cuentas en público del dinero gastado en su viage: ejemplo saludable, que á haberse seguido, hubiera estorbado que los príncipes hiciesen gastos vergonzosos de manifestar. Su elevacion no le

habia trocado: no desconoció á ninguno de sus antiguos amigos, ni dejó de tratarlos con la misma familiaridad. Iba por la capital sin coche ni guardias: ningun ostáculo impedia al pueblo acercarse á él, saludaba á cada ciudadano por su nombre; y fiel á la mácsima de Nerva, su palacio, verdaderamente público, estaba abierto para todos. Plotina, su esposa, tan modesta como él, dijo al pueblo cuando entró en el palacio por la vez primera: «Dios haga que salga de aquí como he entrado, y que la fortuna no mude mis costumbres.»

Conquista de la Dacia. (105.) Despues de haber correspondido á la esperanza general con un gobierno tan firme como suave, emprendió levantar á Roma del abatimiento á que la habia reducido la cobardía de Domiciano, haciéndola tributaria de los dacios. El orgullo del rey Decébalo le proporcionó justos pretestos para romper aquella paz humillante. Este príncipe trataba con insolencia á los generales romanos, y autorizaba la licencia con que sus vasallos traspasaban muchas veces los límites ya señalados y cometian grandes escesos en la frontera. Trajano, despues de haber restablecido en el ejército la antigua disciplina, lo llevó contra los

dacios, á quienes derrotó en muchas acciones, y presentó al fin batalla general. Fue larga, disputada y sangrienta. Los dacios, rodeados y desbaratados, sufrieron una derrota completa. Los romanos tuvieron tantos heridos, que faltaron vendages, y Trajano rompió sus vestidos para este objeto: ejemplo de humanidad, que siguieron los demas oficiales. Trajano despues de la victoria persiguió á los dacios sin intermision, penetró en el centro de su pais, y se apoderó de Zarmisegethusa, su capital. Decébalo consternado pidió la paz, entregó sus armas y máquinas de guerra, arrasó sus fortalezas, abandonó sus conquistas, prometió no tener mas aliados ni enemigos que los de los romanos, y arrojándose á los pies del emperador, se sometió á enviar embajadores al senado para la ratificacion de la paz.

El reconocimiento público dió al vencedor el triunfo y el sobrenombre de *Dácico*. Restablecida la gloria de las armas romanas, y consolidada la prosperidad general por el nuevo vigor que dió á las instituciones, en cuya resistencia buscaba un ausilio, en lugar de temerlas como escollos del poder, el emperador se vió obligado á pelear otra vez con

los dacios. Decébalo no habia consentido en una paz humillante, sino para ganar tiempo en que reparar sus ejércitos; y así, cuando solo habia durado dos años, se supo que el rey, contra el tenor del tratado, alistaba en su ejército desertores romanos, fabricaba armas, reedificaba las fortalezas, negociaba con los estrangeros, y hacia alianza con los partos. Trajano por su parte solo deseaba un pretesto para acabar la conquista de aquel pais; mal satisfecho de la paz, porque el enemigo, no pudiéndola sufrir, habia de vengar su humillacion, ó arruinarse completamente. El emperador marcha contra los dacios: el terror precede sus tropas: los enemigos se dividen: algunos se desertan. Decébalo pide otra vez la paz, y no se le dan mas condiciones que licenciar su ejército y entregarse á los romanos. Entonces, consultando solamente su desesperacion, se decide á combatir, á pesar de la inferioridad de sus fuerzas. Algunos perversos, sobornados por él, penetran en el campo romano con el designio de asesinar al emperador: pero descubiertos, presos y castigados, no produjeron mas fruto á su príncipe que la ignominia de un crímen inútil. Otros agentes del rey sor-

prendieron á Longino, oficial distinguido é intimo amigo de Trajano, con la esperanza de que el emperador por salvarle consentiria en la paz: pero Longino escribió á Trajano, que el interes de un hombre no debia ponerse en comparacion con el de la república; y para que la amistad no comprometiese su gloria, se dió la muerte con veneno. Algunos historiadores dicen que Decébalo le mandó matar. Trajano continuó su marcha. La anchura y rapidez del Danubio eran un ostáculo mas temible para los romanos que las fuerzas de los bárbaros. Trajano, rápido y activo como César, construyó á la vista de los enemigos un puente apoyado sobre veinte pilares, y cuya longitud era de cerca de 800 toesas. Pasó el rio, derrotó á los dacios en batalla campal, y tomó otra vez su capital. Decébalo, no queriendo sobrevivir á su derrota, se dió la muerte. Su cabeza fue enviada á Roma: se descubrió su tesoro en el lecho de un rio, cuyo curso habia separado provisionalmente de su cauce para ocultar sus riquezas. Trajano redujo la Dacia (que es la Transilvania y Hungría oriental de hoy) á provincia romana: estableció colonias en ella, y dió el nombre de Ulpia Trayana á su ca-

pital. Su triunfo, al entrar en Roma, fue tan brillante y tan merecido como el de Paulo Emilio; y en memoria de él construyó una plaza magnífica, en la cual erigió la famosa columna Trayana, que atravesando los siglos, ha conservado la descripcion de sus combates, cuyas circunstancias omitieron los historiadores de su tiempo. Roma, siempre ávida de sangre hasta en sus placeres, celebró su alegría con juegos sanguinarios, en que pelearon 10.000 gladiadores, y perecieron 11.000 fieras. Con motivo de las victorias de Trajano sobre los dacios, le dirigió Plinio, que entonces era cónsul, enmedio del senado, el panegírico elocuente que él pronunció sin merecer ninguna reprension, y que el emperador oyó sin avergonzarse, porque lo habia dictado la veracidad.

Trajano atendia con tanto cuidado á la prosperidad como á la gloria de Roma. Cuando hacia distribuciones públicas de víveres y dinero, segun la costumbre, atendia á la justicia y no al favor. Los ausentes no eran olvidados; y hacia formar listas esactas de los hijos de los pobres para que todos tuviesen parte en sus liberalidades. Su beneficencia se estendia igualmente á todas las

ciudades de Italia; y para libertarla de las frecuentes carestías á que siempre estuvo espuesta, renunció al sistema mezquino de abastos y monopolio, protegió la libertad del comercio, y produjo así la abundancia; de tal manera, que habiendo esterilidad en el Egipto, granero otro tiempo de Roma, esta capital lo alimentó durante un año. «La administracion del príncipe, dice Plinio, fue tan prudente, que hubo abundancia en Roma, y en ninguna parte escasez.» La Italia se vió frecuentemente afligida con terremotos, inundaciones é incendios. Trajano halló en su economía los recursos necesarios para consolar á los desgraciados y reparar sus pérdidas. Mas severo que Nerva contra los delatores, y no contentándose con privarlos de los empleos y reducirlos al silencio, los hizo salir de Italia en una escuadrilla, que pareció maldita del cielo; pues dispersada por una horrible tempestad, y dando al través en unas rocas, sufrieron aquellos miserables durante algun tiempo el terror y los tormentos que habian causado por tantos años á sus víctimas. Trajano, que conocia por el ejemplo de sus predecesores cuán peligroso era dar oidos á la calumnia, solia decir: «Es di-

ficil que un príncipe de orejas blandas no tenga las manos sangrientas.» Siempre tenia á la vista la carta que le habia escrito el célebre Plutarco, su maestro, cuando subió al trono. La citamos como un modelo de noble franqueza, que ha tenido y tendrá pocos imitadores. «Pues que tu mérito y no la intriga te ha elevado al imperio, permíteme que te dé la enhorabuena de tus virtudes y de mi felicidad; porque seré dichoso si tu reinado corresponde á las esperanzas que he concebido de tí. Pero si la autoridad te pervierte, tuyo será el riesgo y mia la ignominia de tu conducta, y el maestro será responsable de las maldades del discípulo. Las de Neron han manchado la reputacion de Séneca. Sócrates y Quintiliano son reprendidos por los crímenes de sus alumnos. Si continúas siendo lo que has sido, ninguna gloria se igualará á la mia. Enfrena tus afectos, y sea la virtud el blanco de tus acciones. Si sigues estos consejos, adquiriré mucho honor en habértelos dado: si los desprecias, esta carta será mi resguardo, y probará que el mal que causes no debe atribuirse á Plutarco.» Esta carta ha hecho creer á algunos que fue ayo de Trajano; pero como eran de la misma

edad, parece mas probable que solo fue su consejero. El emperador, enemigo de toda vejacion, suavizó las leyes fiscales; y en su reinado se pleiteó sin recelo contra el erario del príncipe. Nombraba intendentes tan honrados, que los particulares los escogian muchas veces por árbitros. El emperador decia que «el fisco era en el estado como el bazo en el cuerpo, que cuando se hincha, deja secos los demas miembros.»

Sencillo en sus costumbres, frugal en la mesa, aplicado á los deberes, indulgente para con los demas, y severo para consigo mismo, perdonaba las debilidades, alentaba el mérito, premiaba la firmeza, y no concedia los empleos elevados sino á los hombres mas virtuosos. Hacia respetables sus leyes, porque era el primero en cumplirlas. Cuando nombró á Suburrano prefecto del pretorio, al entregarle la espada, que era la insignia de su dignidad, le dijo: «Usa de la espada que te confio en mi favor, si obro bien: contra mí, si gobernase mal (1).» Plinio le decia en su panegírico: «Has vivido

(1) *Esta espresion de Trajano, propia de*

con nosotros, partícipe de las penas, peligros y temores, que eran entonces la herencia de la virtud: has visto cuán odiosos eran los malos príncipes, aun á los mismos que los pervertian: te acuerdas de nuestros votos y quejas. Ahora reinas y obras siendo emperador, como hablabas cuando eras ciudadano.» Este elogio no era mas que la repeticion de un dicho de Trajano: «Quiero gobernar como yo deseaba en otro tiempo que me gobernasen.» Aunque príncipe, tuvo amigos, porque sabia amar; y oyó la verdad, porque era sincero; y así, Plinio dice con razon: «El príncipe á quien engañan, ha engañado antes.» Mostró muchas veces la noble confianza, que es propia de las almas grandes, y que el vulgo llama temeridad. Algunos amigos, demasiado suspicaces, quisieron persuadirle que Licinio Sura conspiraba contra su vida: Trajano fue á su ca-

---

su magnanimidad, prueba que el imperio romano no fue una verdadera monarquía, ni una verdadera república, pues ni habia inviolabilidad para el gefe, ni mas garantía para los ciudadanos que el caracter personal del príncipe. (N. del T.)

sa, despidió su comitiva, comió con Sura, pidió al cirujano de éste que le vendase una llaga que tenia junto á un ojo, y á su barbero que le afeitase. Al dia siguiente dijo á sus cortesanos: «Si Sura quisiera matarme, lo habria hecho ayer.» Cuando el senado le decretó estátuas, no miró este homenage como un acto de adulacion: se creía tan digno de este honor como Bruto; pues si éste echó de Roma á los tiranos, él habia echado la tiranía. Los cuidados del imperio y su aplicacion al trabajo no alteraban la jovialidad de su carácter. Era alegre y festivo en los convites que daba á sus amigos, ó que recibia de ellos sin etiqueta. Tal vez se distraía en la caza: pero diferente de otros príncipes que encierran en parques los animales para matarlos sin riesgo, gustaba de comprar el placer de esta diversion con la fatiga y el peligro. Las costumbres de Trajano reformaron las públicas, porque los hombres reciben como blanda cera las impresiones de los gobernantes. No ejerció las funciones de censor: pero su vida entera y la prudencia de sus nombramientos equivalia á la censura. Su conducta servia de ejemplo á los buenos y de leccion á los malos: la mas escandalo-

sa licencia reinaba en los espectáculos de los pantomimos: Tito los habia quitado; pero el pueblo, cuya corrupcion era estrema, obligó á Nerva á permitirlos. El mismo pueblo, respetando el sentimiento del pudor, pidió que se desterrasen.

Trajano, sencillo para sí, reservaba la magnificencia para el imperio; pero queria embellecerlo sin gravarlo. El órden mas severo en la hacienda, y la venta de los dominios inútiles le proporcionaron recursos para ejecutar sus vastos designios. Enriqueció á Roma con soberbios monumentos, fortificó todas las fronteras, abrió el puerto de Centumcelas (hoy Civitavequia), construyó magníficos puentes sobre el Tajo y el Danubio, levantó una calzada en las lagunas Pomptinas, y construyó un camino real que iba desde el Ponto Euxino hasta las Galias. Pero como sabia que á un pueblo orgulloso é independiente no le basta ser bien gobernado si no tiene parte en el gobierno, se mostró mas bien gefe que dueño de la república, desterró del senado el miedo y el silencio, y le restituyó la libertad. Este cuerpo, condenado por los tiranos á vanas formalidades y negocios pueriles, vol-

vió á ser el centro de la legislacion, el sobrestante de la autoridad imperial, el juez de las ciudades y el árbitro de los estrangeros; y el emperador, consultándole todos sus actos, animaba á los senadores á contradecir su opinion. Los ciudadanos, recobrada su dignidad, asistian á las elecciones con el mismo celo que antes, y daban su voto sin trabas ni temores; y así, el nombre de Trajano era aplaudido con elogios sinceros. Desde que se presentaba á la vista del pueblo se oia este grito, digna recompensa de un buen reinado: «¡Felicidad á Roma y al emperador! Sea siempre tan bueno: oiga siempre los mismos votos.» Algunos hombres, de los que son muy severos con los demas y muy indulgentes consigo mismos, han acusado á Plinio de lisonjero, porque ha alabado dignamente á un grande príncipe. Sin embargo, pocos de estos censores se atreverian á dar á sus monarcas los prudentes consejos que este ilustre cónsul dió á Trajano en su panegírico: «No escucheis los informes secretos: júzganos segun la opinion pública. En un conciliábulo misterioso un hombre solo puede ser engañado por otro: pero nadie puede engañar á todos, y todos no pueden engañar á uno.» Y

¿cómo un cónsul, digno de los antiguos tiempos de Roma, hubiera creido ser reprensible, alabando á un emperador que añadió al juramento de fidelidad que se le prestaba, esta noble restriccion: «Con tal que el príncipe gobierne segun las leyes y para el bien de la república?» Trajano mostró siempre mucho respeto á las instituciones antiguas; y cuando obtuvo el consulado, se sometió con esactitud á todas las formalidades que cumplian los demas candidatos. En fin, renovando el juramento de los antiguos cónsules, se consagraba á sí mismo y á su familia á la esecracion de los dioses y de los hombres, en el caso de que infringiese las leyes. Afable con todos cuando concedia, llenaba de placer al pretendiente: cuando negaba, le hacia concebir esperanzas. Aunque no muy instruido en la literatura, favoreció á todos los que la cultivaban; y así, elevó á grandes honores á Plinio, Plutarco y Tácito.

El fin de su reinado hubiera sido menos brillante, pero mas feliz, si hubiese seguido los consejos pacíficos de Plutarco; pero era romano, y la pasion de la gloria militar triunfó de las lecciones de la sabiduría. «Conozco, decia, á este fi-

lósofo, que la naturaleza me ha formado, no para hojear los libros, sino para manejar las armas.» No obstante, antes de emprender una nueva guerra, visitó el Africa, restableció el órden en esta provincia, reedificó ciudades destruidas por las guerras civiles, y se admiró del antiguo poder de Cartago, viendo sus ruinas: pasó despues á España, donde habia nacido, y reedificó las columnas de Hércules. La lisonja quiso darles el nombre de Trajano: mas él no lo consintió. De España viajó al Asia sin detenerse en Italia; porque decia, que no iria á Roma con su ejército sino para entrar triunfando.

Guerra con los partos. (112.) Los partos eran el único pueblo que competia entonces con el poder romano. Habian muerto á Craso y hecho huir á Antonio: Augusto y Tito los intimidaron, mas no los vencieron. El deseo de ser el primer general de Roma que triunfase de aquel pueblo, movió al emperador á pasar al Asia. De todos los gefes que le acompañaban, al que favoreció mas, aunque no gustaba de su carácter ligero y envidioso, fue á Adriano, natural como él de Itálica. Dióle en casamiento su sobrina Julia Sabina. Adriano mostraba

tanto amor á la filosofía, la elocuencia y las letras como Trajano á la guerra. Estos dos caractéres parecian incompatibles; pero Adriano habia sabido ganar el afecto de la emperatriz, y al favor de ésta debió su elevacion. La preferencia de Trajano á los guerreros no le impedia favorecer á los hombres pacíficos y literatos, y emplearlos convenientemente. Dió á Plinio el gobierno del Ponto y de la Bitinia. Cuando este gobernador llegó á su provincia, no se atrevió á ejecutar sin nuevas órdenes los decretos injustos y rigorosos promulgados contra los cristianos. No solamente se les entregaba á los mas horribles suplicios cuando profesaban públicamente su fe, sino se les condenaba á muerte, aun cuando tenian la debilidad de renegar su creencia y sacrificar á los ídolos. Se les acusaba por enemigos del gobierno y religion del imperio, y por anarquistas, que querian establecer la igualdad como un sistema: últimamente, se les echaba en cara, que en sus reuniones cometian los desórdenes mas odiosos. Plinio los defendió valerosamente contra estas calumnias, y escribió al emperador, que «no se resolvia á dar muerte por falsas denuncias á tantos inocentes, ni á con-

denar á los que se sometian públicamente á las leyes. Despues de haber tomado todos los informes necesarios, me he convencido, que todos los crímenes de estos desgraciados se reducen á juntarse en un lugar señalado antes de salir el sol á adorar á Cristo, que es su Dios, y cantar himnos en su alabanza. La creencia que tienen, lejos de moverlos á cometer ningun delito, los obliga, por el contrario, á abstenerse del robo, violencia y adulterio, á respetar la fe del depósito y la palabra. Despues se retiran, y se reunen de nuevo para celebrar un convite inocente y frugal.» Tal era la preocupacion general contra la nueva religion, que el mismo Trajano cedió por algun tiempo al torrente, y no quiso condescender á los deseos de Plinio; y se contentó con moderar la persecucion, prohibir que se hiciesen pesquisas contra los que profesaban en secreto el cristianismo, y perdonar á los que se arrepintiesen. El triunfo que un filósofo pagano intentó, estaba reservado á las virtudes cristianas. Los discursos, escritos, y principalmente la muerte valerosa de san Simeon y de san Ignacio, ilustraron al emperador: vencido por la firmeza de aquellos mártires, mandó cesar

la persecucion. Trajano, que desdeñaba dar crédito á las conspiraciones, adquirió sin embargo, antes de llegar al Asia, pruebas ciertas de la que Craso tramaba contra su vida. Dejó al senado que le juzgase, y no se le dió mas pena que el destierro.

No tardó en presentarse á Trajano la ocasion que deseaba para hacer la guerra á los partos. Cosdroas, rey de este pueblo, se apoderó de la Armenia, y dió á Exedaro la corona de aquel pais. El emperador se quejó de esta infraccion de los tratados, y habiendo recibido una respuesta altiva é insultante, hizo que el senado declarase la guerra á los partos. Al acercarse el ejército romano, se moderó el orgullo de Cosdroas, envió embajadores á Trajano, solicitó su amistad, le escribió que habia depuesto á Exedaro, y le pidió que concediese á su hermano la investidura de aquel reino, así como Neron la habia concedido á Tiridates. Trajano le respondió, que la amistad se probaba con obras y no con palabras, y que en llegando á Siria, decidiria lo que habia de hacer. Desde entonces se prepararon los dos pueblos á la guerra. Los romanos entraron en Armenia, y la conquistaron en poco tiempo á

pesar de los esfuerzos que hizo en su defensa Pertamasiris, hermano de Cosdroas. Despues de haber sufrido muchas derrotas, esperando desarmar á Trajano por la sumision, tomó el partido de presentársele; y estando el emperador en su tribunal, se prosternó y puso la corona á sus pies. Á este espectáculo, el ejército romano prorumpe en un grito de alegría, y proclama *imperator* á Trajano. Esta esclamacion asustó al parto, porque la creyó anuncio del furor. Trajano le aseguró la vida; pero le negó la investidura que deseaba, y le permitió retirarse libre. Dióse otra batalla, en que fue vencido y muerto Pertamasiris, y toda la Armenia quedó en poder de los romanos. El emperador, émulo de Alejandro y tan rápido como él en la victoria, venció otra vez á los partos, conquistó la Mesopotamia, obligó á Cosdroas á hacer la paz y á dar rehenes, recibió del senado el nombre de *pártico*, sometio la Arabia Petrea, y la redujo á provincia romana, y se hizo dueño de la Albania, Iberia, Cólquide y demas paises situados entre el Caspio y el Euxino. La fortuna que colmó á Trajano de favores, le negó un historiador: solo algunos fragmentos de Dion y de Aurelio Victor nos

han trasmitido una ligera descripcion de sus hazañas; y la mayor parte de las grandes acciones de este héroe yacen en el olvido por falta de una pluma inmortal que las conservase. Sabemos que uno de sus mejores generales fue Lucio Quieto, natural de Mauritania, á quien el emperador elevó al consulado. El pueblo romano, mezclándose con los demas, podia aprovecharse de algunos grandes talentos; pero alteraba poco á poco sus derechos, disminuía la magestad de su nombre, y preparaba la ruina de su poder, dando parte en él á los bárbaros.

Algunos historiadores refieren que Trajano vino á Roma el año 113, y que volvió despues á Siria; mas no cuentan ningun suceso notable del corto espacio de tiempo que estuvo en Italia. Cuando volvió á Antioquía un espantoso terremoto afligió aquel pais, en cuyas ruinas murieron un cónsul y otras muchas personas. Trajano se escapó por una ventana del palacio, y se hirió. Resuelto á llevar sus armas tan lejos como Alejandro, quiso antes de emprender nuevas conquistas, consultar, y aun probar el oráculo de Heliópolis. Puso sobre el altar un pliego cerrado, y se le devolvió sin que pareciese que lo habian abierto. El

emperador preguntó por un nuevo mensage, cuál seria el écsito de su espedicion, y se le envió por respuesta una varita dividida en pedazos. Su ambicion la esplicó como anuncio del desmembramiento total del reino de los partos. Desde su muerte se interpretó como un pronóstico de que solo sus cenizas volverian á Roma. Trajano, aprovechándose de las disensiones que habia entre sus enemigos, puso en huida sus tropas, pasó el Tigris en un puente de barcas, y gozó con orgullo el placer de acamparse en la famosa llanura de Arbela. El terror de su nombre allanaba todos los obstáculos. Se apoderó de las ciudades de Ctesifonte y de Susa, donde halló inmensas riquezas: hizo prisionera la hija de Cosdroas, y cayó en sus manos el magnífico trono de oro del rey de los partos. Cada una de sus conqüistas merecia el triunfo. El senado, creyendo que debia recompensar con honores nuevos hazañas inauditas, decretó en favor del emperador los triunfos que él quisiese. Trajano habia superado en felicidad á los mas célebres generales de la república: parece que á tantas espediciones debia suceder el descanso; pero embriagado de gloria no supo limitar sus conquistas para con-

solidarlas. Olvidando que los pueblos vencidos tardan mucho tiempo en ser pueblos sumisos, y que es imprudencia dejar detras de sí enemigos que solo esperan ocasion favorable para la venganza, atravesó el golfo pérsico, ocupó la isla de Ormuz, subyugó la Arabia, y proyectó conquistas mas lejanas; pero la debilidad de su salud le obligó á abandonar esta empresa. Envidiaba la gloria de Alejandro, y sentia no ser mas jóven para llevar como él sus armas á la India. Despues de haber visitado el Océano oriental, volvió á la embocadura del Tigris, subió por este rio hasta el Eufrates, y llegó á Babilonia, que solo conservaba entonces algunos restos de su grandeza pasada: escarmiento de las vanidades humanas, de que no se aprovechaban los romanos. El emperador honró la memoria de Alejandro, ofreciéndole un sacrificio enmedio del palacio arruinado, que fue habitacion de aquel héroe.

La fortuna de Trajano habia llegado á su colmo. Las tempestades que hubiera debido prever, oscurecieron los últimos dias de su reinado. La Siria, la Judea, el Egipto y los paises conquistados á los partos se sublevaron. Maximo, lugarteniente del emperador, perdió

contra los sirios una batalla y la vida. Lusio, mas feliz, recobró á Nisibis y tomó por asalto á Eclesa. Roscio Claro y Julio Alejandro sometieron á Seleucia. Cosdroas, semejante entonces á Dario, vagaba fugitivo por el Asia, y Trajano dió la corona de los partos á Partamaspato, que puso su residencia en Ctesifonte. El emperador marchó despues á Arabia, y encontró el primer reves en el cerco de Atra. Ni su talento ni su valor pudieron vencer la resistencia de los habitantes. Habiendo reunido todas sus fuerzas para dar el último asalto, fue rechazado y herido, y hubo de levantar el sitio. La rebelion de los judios tuvo toda la violencia de las guerras emprendidas por la desesperacion y el fanatismo. Sublevándose á un mismo tiempo en Cirene, Egipto, Chipre y Mesopotamia, degollaron un gran número de griegos y romanos, y arrojaron sus cadáveres á los perros; y se cuenta tambien, que repartieron entre estos animales tan horrible alimento. Segun Dion, historiador ecsagerado, ascendió el número de las víctimas á 460.000. Lupo, gobernador de Egipto, vencido por los judios en la primer batalla y obligado á retirarse á Alejandria, degolló todos los de aquella na-

cion que habia en esta ciudad. El emperador envió á Egipto un poderoso ejército á las órdenes de Marcio Turbon. Este general derrotó á los rebeldes, los dispersó, los persiguió sin descanso, y restableció la paz haciendo horribles matanzas. En fin, los judios de Mesopotamia perdieron una batalla, y fueron todos pasados á cuchillo.

Restablecido el orden, Trajano pasó el invierno en Siria, resuelto á volver á Babilonia por la primavera; pero un ataque de apoplegía interrumpió sus proyectos, y le dejó tan débil que pensó en volverse á Roma, y entregó á su sobrino Adriano el mando del ejército de oriente. Apenas supieron los partos la ida del emperador, depusieron al nuevo rey y restituyeron el trono á Cosdroas, que no tardó en hacerse dueño de Armenia y de Mesopotamia. Asi no quedó de las conquistas de Trajano mas que el recuerdo y el pesar de la sangre que costaron. El emperador se debilitaba por momentos, y en Selinunte, ciudad de Cilicia, padeció un segundo ataque de apoplegía que terminó su vida. Plotina, su esposa, tuvo secreto algun tiempo este suceso: hizo creer á todos los de la corte que el emperador habia adoptado á

Adriano, escribió al senado informándole de la adopcion, y bajo la palabra de la emperatriz fue reconocido y proclamado en Roma. Adriano, compatriota y pariente de Trajano, nombrado por él tribuno del pueblo, pretor y gefe del ejército, aspiraba al trono. En la guerra de Dacia se distinguió tanto, que Trajano en señal de aprecio, le dió un magnífico diamante que él mismo habia recibido de Nerva; don que presagiaba su futura adopcion. Despues gobernó con prudencia, y peleó con valor en Pannonia contra los sármatas. Sosteníale en palacio el crédito de Plotina y de Licinio Sura, y mas que todo la utilidad de sus servicios. Su elocuencia y talento le hacian necesario al emperador, que le encargaba redactar sus discursos y cartas. Sin embargo, su cuñado Serviano, y los ministros Palma y Cestio eran contrarios á él, y querian ponerlo mal con el emperador que le estimaba sin amarlo. La mayor parte de los historiadores aseguran que Trajano, incierto en sus proyectos, habia querido trasmitir su poder, primero á Serviano, despues á Lusio y en fin á Narrancio Prisco, jurisconsulto célebre, y llegó á decirle á éste: «si muero, os recomiendo la suerte de las

provincias.» Otras veces manifestaba deseo de abandonar el nombramiento de sucesor á los votos del senado. Parece cierto, pues, que si Adriano mereció el imperio, no lo adquirió sino por la amistad y quizá por los artificios de Plotina.

Trajano murió á los 64 años de edad y 19 de reinado. Sus virtudes brillantes, manchadas con algunos ligeros defectos, tributo de la humanidad, le merecieron el amor y la veneracion de los pueblos. Su nombre inspiraba tanto respeto, que despues del triunfo de la iglesia cristiana muchos fieles creyeron que las oraciones del papa san Gregorio habian alcanzado la salvacion de este emperador cinco siglos despues de su muerte. De esta fábula resulta una gran verdad, á saber, que la virtud en el trono triunfa del tiempo y adquiere los sufragios de todas las ciudades. Como capitan fue igual á los guerreros mas ilustres: restaurador de la disciplina, moderado en los castigos, magnífico en los premios, mandaba mas bien con el ejemplo que con la autoridad. Era el primero en el ataque y el último en la retirada; y Plutarco observa, que nunca decia *haced esto, marchad, pelead*; sino *hagamos, marchemos, peleemos*. Como príncipe hizo observar

la justicia, respetar la propiedad y florecer el comercio. A él se debe esta hermosa mácsima: «mejor es que escapen diez culpables, que no que perezca un inocente.» Nadie gobernó con mas esplendor y economía, con mas firmeza y suavidad. Ennio Prisco le preguntaba, cómo habia logrado que le amasen mas que á sus predecesores; y respondió: «perdonando á los que me han ofendido, y no olvidando á los que me han servido.» El elogio de Trajano puede reducirse á estas palabras: «entre todos los conquistadores es el solo que recibió y conservó el sobrenombre de *muy bueno*. Murió el año 869 de Roma y 117 de Jesucristo.

Adriano, emperador. (117.) Adriano, favorecido por Plotina y por Taciano, prefecto del pretorio, fue proclamado inmediatamente por las legiones de Siria. Al mismo tiempo escribió al senado, pidiéndole que confirmase la eleccion de Trajano, y escusándose de haber aceptado el imperio antes de los decretos del senado y del pueblo, porque, segun decia, no habia podido resistir al celo ardiente de los soldados. Sabida en Roma la muerte de Trajano, fueron diversos los votos de los senadores. Unos atendiendo solo á la capacidad y servicios de

Adriano, le creian esclusivamente digno de sostener el peso del imperio. Otros temian el gobierno de un príncipe que ya habia dado muestras de propension á la crueldad. Pero cuando pocos dias despues se supo que el ejército de oriente se habia declarado en su favor, persuadidos á que conservaria el mando por la fuerza, si la ley no se lo daba, los senadores le proclamaron unánimemente emperador, y aun le concedieron el triunfo decretado á Trajano: mas Adriano rehusó este honor, y mandó colocar en el carro la urna del emperador, para que su sombra gozase de esta última gloria. Su intencion fue cumplida: Plotina, acompañada de Taciano, trajo á Roma las cenizas de su esposo, y la capital del mundo vió una pompa triunfal y fúnebre á un mismo tiempo: las lágrimas sinceras del pueblo honraron á Trajano aun mas que los laureles.

Mientras Adriano sirvió bajo un príncipe belicoso, desplegó grandes talentos en la guerra: cuando se vió en el trono, manifestó su constante amor á la paz, y solo pensó en conservar la tranquilidad del imperio, cuyos límites habia querido estender demasiado su antecesor. La sublevacion de los partos, de la Arme-

nia, Mesopotamia y Arabia, la de los sármatas, rojolanos y escotos, habrian obligado á los romanos á guerras largas y sangrientas para someterlos al yugo que detestaban. Los últimos sucesos habian demostrado que la fuerza se estenúa estendiéndose. Adriano abandonó todas las conquistas, cuya gloria inútil se habia pagado con demasiada sangre, y que todo el genio de Trajano no hubiera podido conservar fácilmente. Reconoció á Cosdroas, hizo la paz con él, permitió á los armenios elegir un rey, y para indemnizar á Partamaspato, le nombró pretor de Siria, asignándole tierras con que viviese. Hubiera querido renunciar tambien á la Dacia; pero hubo de conservarla por no abandonar las colonias romanas establecidas en aquel pais. Destruyó el soberbio puente construido por Trajano sobre el Danubio, para impedir las incursiones de los bárbaros en la Mesia. Como no era posible acusarle de cobarde, los partidarios del sistema de conquistas atribuyeron estas medidas prudentes á una baja envidia contra la gloria de Trajano. Lusio Quieto se habia mostrado enemigo en el reinado anterior de la elevacion de Adriano: este principe le quitó el mando de Palestina y nom-

bró en su lugar á Turbon, cuya prudencia pacificó por entonces la Judea. Este mismo general pasó despues á Mauritania, agitada por sediciones, y restableció en ella la tranquilidad. Adriano partió de Siria á Europa, atravesó el pais de los dacios, y volvió á Italia por Iliria.

El temor que inspiraba su carácter, el amor del pueblo á las virtudes de Trajano y el sentimiento de ver abandonado el fruto de tantos trabajos y victorias, produjeron en el espíritu público impresiones poco favorables al emperador. Domicio Nigricio, Lusio Quieto, Palma y Celso, todos consulares y antiguos amigos de Trajano, fomentaban el descontento: decian que la adopcion de Adriano era una fábula fraguada por Plotina, y que esta princesa habia hecho poner un esclavo en el lecho del emperador ya difunto, para pronunciar estas palabras, imitando la voz de Trajano: *yo adopto á Adriano*. No contentos con difundir estos rumores injuriosos, conspiraron contra la vida del emperador, y resolvieron darle muerte cuando volviese de una cacería. Uno de los cómplices los delató al senado, el cual los hizo prender y los condenó al último suplicio. La ejecucion, que se creyó haber sido man-

dada por Adriano, esparció en Roma el miedo. Acordábanse que en el largo reinado de Trajano no habia corrido la sangre de ningun personage ilustre; y este primer acto de severidad hacia temer que renaciesen los dias espantosos de Domiciano y de Neron. Adriano que llegó entonces á Roma, supo disipar con su conducta y discursos aquellos temores. Habló al senado con deferencia, al pueblo con afabilidad, se defendió de haber tenido parte en el suplicio de los consulares sentenciados, censuró el escesivo rigor del senado, y declaró que era su voluntad que en su reinado no se diese muerte á ningun senador.

El uso antiguo obligaba á todas las ciudades á pagar un tributo al advenimiento de cada emperador, y se destinaba á hacerle coronas de oro. Adriano lo abolió diciendo, que «su corona era bastante rica, si lo era el pueblo romano.» Hizo distribuir á cada ciudadano tres monedas de oro, y perdonó á todas las ciudades del imperio los impuestos que debian al erario, cuya suma ascendia 1.250.000 pesetas. Erigiéronle un monumento para perpetuar este beneficio. Hábil en reprimir sus pasiones, se manifestó en los primeros tiempos sencillo, modesto, popu-

lar y clemente. Una vez encontró á un grande enemigo suyo, y le dijo: «seguro estás, pues yo reino.» Asistia con frecuencia al senado, y nada resolvia sin consultarle. Cuidadoso de mantener la dignidad de este cuerpo, declaró, nombrando senador á Taciano, que no podia concederle un favor mas insigne. Por un decreto, que fue muy agradable al pueblo, cargó al tesoro público los gastos de viage, que eran muy grandes, de los procónsules y pretores. Ningun príncipe fue mas severo en la eleccion de los jueces, y en reprimir los abusos de autoridad. Tavorino, su amigo, le notó que pagaba sueldos muy crecidos á los magistrados, y respondió: «les doy el dinero del tesoro, para quitarles la tentacion de tomar el de los particulares.» Escepto los dias de audiencia solemne, á nadie obligaba á hacerle la corte; y rara vez iba á pie por la ciudad, por no obligar á los principales ciudadanos á que le acompañasen. Olvidaba su dignidad en el trato, visitaba familiarmente á sus amigos, subia en su coche, celebraba su aniversario, y tal vez era su huésped en sus casas de campo. Los sábios y artistas mas distinguidos frecuentaban su mesa, y competia con ellos en ingenio. Con esta con-

ducta grangeó la estimacion del pueblo, pero no el amor; porque se sabia que sus virtudes aparentes procedian de la cabeza y no del corazon. Era propenso naturalmente al vicio, al orgullo, á la envidia y á la crueldad; pero su política ilustrada le hizo reprimir sus inclinaciones, y encubrir sus defectos. Fue mal hombre, pero buen príncipe. Sabia que no basta ser pacífico para evitar la guerra; que era forzoso mostrarse dispuesto á combatir para no ser atacado, y que no se permite gozar de una paz durable sino á los que hacen respetar la fuerza de sus armas. Mantuvo cuidadosamente el vigor de la disciplina, no dejó ociosas á las legiones, y en los intervalos de paz las obligó á marchas frecuentes, á ejercicios contínuos, y á trabajos penosos, pero útiles. Emprendió pocas guerras, é hizo muchos viages. Cada año visitaba todas las provincias del imperio, las fronteras y los campamentos, premiaba á los vigilantes, castigaba á los perezosos, é impedia por su actividad que se debilitasen los muelles del estado. Su memoria fue prodigiosa, y no tenia necesidad de archivo para conservar las notas relativas á la conducta, mérito y defectos de los oficiales del ejército. Su aparicion

frecuente en las fronteras contenia á los romanos en su deber, y á los bárbaros en el respeto. Los rojolanos y sármatas amenazaron la Mesia : Adriano se presentó en Dacia, pasó nadando el Danubio con los bátavos que servian de ausiliares en su ejército, y espantó á los bárbaros con este acto de valor de tal manera, que pidieron la paz. Derrotó tambien á los alanos, que habian hecho una incursion en el territorio del imperio; pero su demasiado amor á la paz le incitó á un acto vergonzoso para Roma, funesto en lo sucesivo, y cuyo primer ejemplo se debia al cobarde Domiciano; y fue pagar un tributo á los sármatas y rojolanos para comprar su inaccion : es verdad que fue disimulado con el nombre de subsidio. Los partos, siempre inquietos, parecian dispuestos á tomar las armas. Adriano evitó con habilidad esta nueva guerra, y ganó la amistad de Cosdroas sin mas sacrificio que devolverle su hija, la cual estaba prisionera en Roma. Otros príncipes se ensoberbecian con sus conquistas : Adriano se jactaba de haber hecho prosperar el imperio con la paz, mas que ellos con las armas. En efecto, un largo descanso despues de tantas guerras, restituyó la opulencia á las ciudades, la ac-

tividad al comercio, la vida á la labranza, y Roma pareció en este reinado atenta esclusivamente á gozar del poder, la grandeza y los bienes que habia adquirido en ocho siglos de lides y victorias. El tesoro, libre de los gastos escesivos que ocasionaban las espediciones lejanas, no tocaba á las fortunas de los particulares, se aumentaba diariamente, y subvenia con facilidad á todas las obligaciones públicas. Adriano, sencillo en su casa, y magnífico para el imperio, erigió en todas partes soberbios monumentos que lisonjeaban el orgullo de Roma. «Yo gobernaré siempre, decia, de modo que se conozca que la república pertenece al pueblo, y que yo la administro y no la domino.» Conociendo la pasion de los romanos á los espectáculos, la satisfizo dando muchos combates de gladiadores y de fieras: en uno de estos últimos murieron cien leones y ciento diez leonas. Tambien dió certámenes de carros, danzas pírricas, é hizo representar á mucho costo tragedias y comedias, escritas por los autores mas famosos. Nada perdonaba para que fuesen magníficas estas representaciones: en ellas se distribuían al pueblo vino, carne, aromas y regalos por suerte; y las graderías del teatro es-

taban inundadas de perfumes. En una de estas fiestas el pueblo se obstinó en pedir una cosa que el emperador no queria conceder. Este, enfadado, mandó á un rey de armas, que segun una costumbre adoptada por los tiranos, gritase al pueblo: *callad*. El rey de armas estendió su mano como para tomar la palabra, y el pueblo se calló para oirle. «Eso es, dijo, lo que el emperador desea de vosotros.» Adriano le premió por su prudencia.

Cuidadoso de estender su popularidad fuera de Roma, aceptó empleos municipales en casi todas las grandes ciudades del imperio, principalmente en Atenas, á la cual mostró grande predileccion. Iniciose en los misterios eleusinos, aceptó dos veces el empleo de arconte, llevó sus insignias, cumplió sus funciones, y presidió las fiestas de Baco. Fue pretor en Etruria, primer magistrado de Neápolis y de Adria, y dictador en muchas ciudades del Lacio. En sus viages aliviaba á los pueblos del peso de los impuestos, satisfacia sus quejas, é indemnizaba las pérdidas causadas por las tempestades, incendios y terremotos. Levantaba y embellecia las ciudades, y nadie le igualó en activar los trabajos públicos. En Mantinea erigió una colum-

na sobre el sepulcro de Epaminondas, y en Egipto un monumento cerca del sitio donde reposaban las cenizas del gran Pompeyo: en Atenas concluyó el templo de Júpiter Olímpico, edificó otro á Juno, y formó una biblioteca magnífica. En Roma edificó para sí un sepulcro que parecia una fortaleza: en efecto la *Mole Adriana* sirvió despues de ciudadela, y hoy es un castillo con el nombre de Sant-Angelo. El puente Elio, por donde se va á la mole, fue una de sus obras. De todas partes del mundo venian á admirar su quinta de Tibur, cuyas bóvedas subterráneas subsisten aun como si acabaran de construirse. Habia reunido en aquel palacio la representacion de los lugares mas célebres del universo: allí se veian el liceo, la academia, el pritaneo, el célebre pórtico de Atenas, llamado Pecio, la ciudad de Canopo, y el ameno temple de Tesalia. De este edificio y de sus jardines no quedan mas que algunas ruinas con el nombre de antiguo Tivoli.

La actividad de Adriano bastaba á todo: á pesar de su pasion á los placeres, las ciencias, la literatura y las artes, en cada una de las cuales tenia la necia vanidad de ser sobresaliente, en-

medio de sus viages contínuos por Europa, Africa y Asia, cuidó siempre de hacer reformas útiles en la administracion y las leyes. Hasta él la Italia estuvo sometida á la autoridad de los cónsules y del senado, cuya atencion llamaban otros muchos negocios: dió pues un decreto para dividir la península en cuatro departamentos confiados á cuatro consulares que debian dar cuenta de su gobierno al senado. El uso antiguo habia permitido á los pretores la facultad de interpretar las leyes, lo que producia una variacion contínua en la jurisprudencia. Adriano la fijó y uniformó por su edicto perpétuo que redactó Salvio Juliano, y que contenia las mejores disposiciones de los antiguos edictos pretorios. Una ley prudente suavizó la esclavitud y abolió la mácsima cruel que condenaba á muerte á todos los esclavos cuyo amo hubiese sido asesinado. Prohibió tambien vender las mugeres para prostituirlas. Como las calles de las ciudades eran entonces muy estrechas, vedó pasearse por ellas á caballo, y llevar carretas. Uno de los principales deberes de los emperadores era la administracion de la justicia: Adriano presidia muchas veces los tribunales, escogia por asesores hombres sábios é ilus-

tres, y era elogiada merecidamente la equidad de sus sentencias. No se distinguia en sus vestidos de los demas ciudadanos, y se confundia con el pueblo en los baños públicos. Un dia encontró en ellos á un veterano que se frotaba contra un mármol para enjugarse, y le preguntó: ¿por qué no hacia que le sirviesen? El veterano respondió: «porque no tengo sirviente.» El emperador, que le habia visto distinguirse en el ejército, le regaló algunos esclavos y una suma considerable de dinero. Pocos dias despues vió en el mismo sitio algunos soldados viejos que hacian lo mismo que el veterano, y esperaban la misma recompensa. «Sois muchos, les dijo riéndose, podeis enjugaros unos á otros.» Cuando iba al frente de sus tropas, no era notable por el lujo, sino por el ejemplo que daba: su espada tenia puño de marfil solamente, y no habia oro en su vestido: comia en público tocino y queso, bebia agua con vinagre, y arrostraba con la cabeza desnuda la nieve de los Alpes y el sol de Egipto. Consolaba y socorria á los soldados enfermos, y les daba en la vejez un descanso seguro y honroso. Pero su vida privada daba tanto asunto á la sátira como la pública al elogio. Curioso hasta el

escéso, queria saberlo todo: lleno de vanidad, queria sobresalir en todas materias. Siendo orador elocuente y poeta bastante agradable, queria ser tenido por pintor, escultor y arquitecto. Despues de haber estudiado la historia, la filosofia, la literatura griega y romana, la física y las matemáticas, se habia entregado con pasion á la astrología y á la mágia; y á pesar de la estension de sus conocimientos, era tan crédulo de presagios como la muchedumbre. Estaba persuadido que un oráculo, dado por las aguas de la fuente Castalia en Dafne, arrabal de Antioquía, le habia anunciado su elevacion al imperio, y mandó cegar el venero para que ningun mortal pudiera leer en él su destino. Admirador de los misterios eleusinos, los introdujo en Roma. Los demas príncipes habian solicitado ser sumos pontífices solo por el honor: él cumplió con celo las funciones de este sacerdocio. Preferia el culto griego á los demas: sin embargo, su curiosidad supersticiosa le movió á estudiar las religiones estrangeras, y como empezó á construir en el oriente algunos templos que aun estaban sin dedicacion, Lampridio y otros escritores cristianos creyeron que tenia la intencion de con-

sagrarlos á Jesucristo; pero es mas probable que los destinaba para sí mismo ; y si la adulacion acostumbraba á colocar los emperadores en el número de los dioses, bastaba su propia vanidad para señalarse á sí un lugar en el cielo. Por lo demas , aunque estuvo muy lejos de abrir sus ojos á las luces del cristianismo , es indudable la impresion que hicieron en él las apologías de Cuadrato y Arístides ; pues se mostró moderado con los cristianos , reprendió las violencias cometidas contra ellos , quiso que fuesen protegidos por las leyes, y mandó castigar á sus calumniadores. Su amor á la filosofía fue causa de la estrecha intimidad que tuvo con los filósofos Eufrates y Epitecto: fue tambien amigo de Favoriano, natural de Galia, cuyas luces ilustraron su entendimiento sin mejorar su carácter. Pronto tenia envidia á los mismos hombres cuyo saber admiraba, y su amistad era mas peligrosa que su indiferencia. En él se verificó mas que en otro príncipe esta mácsima : «los monarcas son como el fuego , no se debe estar ni muy lejos , ni muy cerca de él.» Dionisio de Mileto , su favorito, habia caido en su desgracia , y le sucedió Heliodoro , hombre sin mérito. Dionisio , picado de esta

eleccion, le dijo: «el emperador puede darte riqueza, pero no elocuencia;» y por esta espresion fue desterrado. Favorino, hombre modesto y sagaz, conservó mas tiempo su favor; y como los demas filósofos le reprendiesen su complacencia, dijo: «yo no disputo con un hombre, cuyos argumentos estan sostenidos por treinta legiones.» Pero habiéndose atrevido una vez á ridiculizar la credulidad del emperador á la astrología judiciaria, la amistad de Adriano se trocó en un odio violento; y Favorino decia muchas veces que su fortuna era estraordinaria, pues «estando en guerra abierta con un emperador, conservó la vida.» Adriano se habia manifestado clemente con los que atacaban sus dias: mas no sabia perdonar á los que injuriaban su amor propio. El famoso arquitecto Apolodoro, de cuya habilidad fueron pruebas la plaza y la columna Trajana, y el puente del Danubio, habia lanzado en el reinado anterior varios epígramas contra Adriano; y haciendo alusion á algunos paisages medianos, que este príncipe habia pintado, le interrumpió en una disputa, y le dijo que se fuese á pintar sus *calabazas*. Adriano subió al trono, el emperador vengó al pintor, y dester-

ró al arquitecto. Algunos años despues, el príncipe dirigió la construccion de un templo consagrado á Roma y á Venus, y envió el plan á Apolodoro con el intento de insultarle, y darle á entender que para crear en Roma soberbios monumentos no se necesitaba de su genio. Apolodoro criticó las dimensiones del edificio, cuya altura no era proporcionada á las estátuas que habian de colocarse en él. «Si las diosas, dijo, que estarán en el templo quisieren levantarse, se romperán la cabeza contra la bóveda.» El monarca no respondió al artista, sino mandándole matar. La envidia de Adriano no se limitaba á los vivos: queria tambien destruir la gloria que ilustraba los sepulcros. Preferia los poetas medianos á Homero, á Caton el antiguo, á Ciceron, á Antípatro, desconocido en nuestros dias, á Salustio. Envidioso del amor que los romanos conservaban á Tito, escribió un libelo contrra este escelente príncipe, acusándole de haber dado veneno á Vespasiano. Contando el número de desterrados se podia conocer el de los hombres que habian tenido la desgracia de haber sido amigos de Adriano. Abandonándose sin reserva al libertinage, el honor de las mugeres de aquellos con

quienes vivia en intimidad, era el mas espuesto á la seduccion ó á la violencía. Su muger Sabina imitaba sus desórdenes; y como la curiosidad de Adriano le hacia interceptar todas las cartas, descubrió las intrigas de la emperatriz, la despreció, mandó á todos los de su corte que la ultrajasen, y la maltrató de manera que la obligó á darse la muerte. Los mayores servicios no aseguraban á sus cortesanos contra los caprichos del príncipe. Desterró á su tutor Faciano, á quien debia el imperio: las hazañas de Turbano le libertaron de la misma desgracia. Similis, su sucesor, evitó el destierro condenándose á un retiro voluntario, donde, lejos de la confusion y de la corte, halló la felicidad que la ambicion le habia prometido, y le dió solo la filosofía; y asi mandó escribir en su epitafio: «aquí yace Similis: murió de 76 años, y no vivió mas que siete.»

Adriano era escesivo en sus afectos como en sus aversiones. Su amor á Antinoo, jóven dotado de una rara belleza, se acercaba á la locura. Atormentado por presagios y quimeras astrológicas, y persuadido que para salvar su vida era necesario una víctima voluntaria que se ofreciese en holocausto, halló en Antinoo

quien se prestase á serlo. Adriano aceptó y consumó el sacrificio; é hizo correr la voz de que el jóven se habia ahogado en el Nilo. Tan débil en su desesperacion como bárbaro en su credulidad, su dolor fue tan insensato como su ingratitud. Convirtió en dios á la víctima, le erigió templos é inmortalizó su oprobio. Mas constante con los animales que con los hombres, trataba á sus perros mejor que á sus validos, y compuso un epitafio para consagrar la memoria de Boristénes, su caballo de guerra. Su gratitud á Plotina fue el único afecto que no desmintió nunca: le prodigó los mayores honores en vida, y le erigió templos despues de muerta. Los hombres que se le acercaban eran los que sufrian sus injusticias y las puerilidades de su orgullo. Los grandes veian, temian y detestaban al hombre perverso, envidioso é inconstante: el resto del imperio admiraba al príncipe activo, hábil, justo y prudente.

Cada uno de sus pasos en sus contínuos viages era señalado con grandes actos de prudencia ó liberalidad. Alivió á la Galia de contribuciones: enriqueció la ciudad de Nemauso con monumentos soberbios: el anfiteatro y el puente de Gard, construidos por él, han atravesado

los siglos y resisten todavia á las injurias del tiempo. En Britannia consolidó la tranquilidad del pais libertándole de las incusiones de los escotos con la construccion de una gran muralla con muchas torres bastante fuertes para resistir á los bárbaros: reformó con leyes sábias las costumbres de los britannos, haciendo mas sagrado entre ellos el vínculo del matrimonio, y aboliendo la poligamia de ambos secsos. Su firmeza mantuvo la paz en Germania. Su justicia hizo amable á los españoles el yugo de los romanos: mandó reedificar la ciudad de Tarragona, destruida en las guerras civiles. Calmó las turbulencias de Mauritania. Disminuyó en Sicilia los tributos y concedió grandes privilegios al comercio de esta isla: su curiosidad le llevó á la cima del Etna, donde arrostró la nieve y las llamas. En vano emprendió fijar con su generosidad el carácter móvil de los egipcios, cuyas costumbres describió en una carta dirigida desde Alejandría á su cuñado Serviano. «En este pais, le decia, no hay mas que levedad, capricho y disposicion á mudarse á cualquier viento. Ningun cuidado de la religion: cristianos y judios se truecan, si quieres, en adoradores de Serapis, en astrólogos, auruspices y charlatanes. Es-

te pueblo, naturalmente sedicioso, obliga al patriarca de los hebreos á adorar unas veces á Cristo y otras á los dioses antiguos del pais. Alejandría es una ciudad bella, comerciante, rica y poderosa. Nadie está ocioso: unos fabrican vidrio, otros papel, las manufacturas de lienzo ocupan una gran parte de la poblacion; y hasta los gotosos y ciegos se ejercitan en los trabajos que pueden. Ninguno hay sin oficio, y su único dios es el interés. Lástima es que una ciudad tan hermosa no tenga mejores habitantes. Son los mas ingratos de los hombres: les he prodigado privilegios y gracias: su gratitud no duró sino mientras estuve entre ellos: apenas salí atacaron á mi amado Vero, y disfamaron á Antonio. No les deseo otro castigo sino que coman solamente de los pollos que sacan de sus estercoleros.» Al salir de Egipto volvió á Grecia y llegó á Atenas, su predilecta mansion: le cedió la isla de Cefalenia y la colmó de presentes. El pueblo ateniense dió el nombre del emperador á una de sus tribus, y declaró que aquella ciudad no reconocia ya por fundador á Teseo, sino á Adriano. Siendo la política de éste contraria á la de sus predecesores y al espíritu belicoso de la república, no oprimia á los re-

yes estrangeros con el peso del orgullo romano. Fiel observador de los tratados, jamas atacó la independencia de los otros pueblos, ni entendió en sus querellas, sino para reconciliarlos. Cuidadoso al mismo tiempo de infundirles respeto hácia la república, en lugar de decidir por sí mismo los negocios que les concernian, llevaba los embajadores al senado, y no les daba respuesta sino como órgano de aquella corporacion.

Rebelion de los judios. (133.) A pesar de todos sus cuidados para evitar la guerra, no pudo mantener la tranquilidad en Palestina. Los judios, destruido su templo, humillado su orgullo y perdida su libertad, deseaban vengarse. Animados por sus falsos profetas que les anunciaban la prócsima llegada de un Mesías, tomaron las armas resueltos á morir ó recobrar su independencia. Un edicto del emperador quitó á Jerusalen su antiguo nombre, mudándolo en el de Elia Capitolina, y mandó erigir á Júpiter un templo sobre las ruinas del que fue consagrado al verdadero Dios. Entonces estalló la sedicion. Era gefe de los judios Barcoquébas (que quiere decir hijo de la estrella), á quien los suyos respetaban como si fuera un Dios, por-

que salian llamas de su boca, formadas de estopa encendida. Esta rebelion fue despreciada al principio; pero despues de degolladas las guarniciones romanas, el falso profeta, aumentadas sus fuerzas, pasó á la Siria. Adriano hizo venir de Britannia á Julio Severo, gran capitan, y le dió el mando del ejército de oriente. Severo al llegar á su nueva provincia, viendo tan reforzado al enemigo, no creyó prudente esponerse al trance de una batalla; y así dividió su ejército en muchos cuerpos, y obligó á los judios á diseminar sus fuerzas. Venciólos separados, los persiguió y tomó ó destruyó 50 ciudades y 985 pueblos menores. Barcoquébas, encerrado en la plaza de Bitera, la defendió ostinadamente y pereció en el sitio. Esta guerra duró dos años: murieron á hierro 580.000 judios: los incendios, las enfermedades y la hambre destruyeron muchos mas.

Dispersion definitiva de los judios. (134.) El emperador desterró á los judios de Jerusalen, y solo les concedió que pudiesen venir un dia del año á llorar sobre las ruinas de su templo. Júpiter fue adorado en el monte Sion: la estátua de Adónis se colocó en la gruta de Belen, y un cerdo esculpido en la puerta de la

ciudad santa ofendió constantemente los ojos, el orgullo y la religion de los judios. Desde este golpe no han vuelto á formar un cuerpo de nacion, ni se han mezclado con los otros pueblos. Su dispersion fue el suceso último y mas importante del reinado de Adriano. Este príncipe, cuya salud se habia alterado por los vicios, despues de largas hemorragias que lo debilitaron, fue atacado por la hidropesía. No tenia hijos, é incierto algunos dias sobre el nombramiento de su sucesor, el capricho mas bien que la razon le hizo adoptar á Lucio Ceyonio Cómmodo, yerno del consular Nigrino, que habia conspirado en otro tiempo contra él, y le dió el nombre de Vero. Este jóven descendia de una familia noble de Etruria: no tenia mas mérito que su belleza: la conformidad de sus vicios con los de Adriano fue el motivo de su elevacion, aunque no poseia ninguna de las grandes cualidades del príncipe. Jamas la muelle Sibaris produjo un hombre mas afeminado: su cama y su mesa estaban cubiertas de rosas y azucenas: pasaba su vida entre concubinas y eunucos, y solo leia las obras licenciosas de Ovidio y Marcial. Sus correos llevaban alas y tenian por nombres Boreas y Cé-

firo. Una eleccion tan ridícula escitó el descontento de Serviano, cuñado del emperador, de Fausto y de otras personas ilustres dignas de gobernar el imperio. Los tormentos de la enfermedad irritaban el carácter de Adriano: acusó las murmuraciones de los descontentos como pruebas de conspiracion, y los envió al suplicio. Serviano, que tenia noventa años, ofreció un sacrificio á los dioses antes de morir, y les dirigió esta oracion: «Sabeis que muero inocente: no os pido mas venganza sino que Adriano desee la muerte antes de lograrla.» Este voto se cumplió.

Habiendo sabido el emperador que los bárbaros hacian movimiento hácia las fronteras de Pannonia, envió contra ellos á Vero, el cual despertando de su molicie, para sostener el título oneroso de césar, se condujo con mas vigor del que se esperaba, é hizo entrar á los rebeldes en la sumision. Pero este esfuerzo agotó su cuerpo enervado por los deleites: volvió enfermo á Roma con grandes vómitos de sangre, y murió poco despues. Adriano en el decreto de su apoteosis decia: «creí adquirir un hijo, y añadí un nuevo dios al Olimpo.» Apenas merecian el título de hombres los que te-

nian la vileza de reconocer semejantes divinidades. Vero no tuvo mas que tres años la dignidad de césar: un hijo suyo reinó despues con Marco Aurelio. Adriano, obligado á elegir un nuevo sucesor, consultó esta vez su política y su obligacion, mas que su índole é inclinaciones. Para la felicidad del imperio adoptó á Tito Aurelio, Fulvio Boyonio Antonino, descendiente de una familia gala, oriunda de Nemauso. Sus abuelos paternos y maternos habian sido cónsules. La naturaleza habia reunido en él la belleza del alma y la del cuerpo: su estatura era alta, su ademan magestuoso, su entendimiento instruido, y su elocuencia suave como sus costumbres. Esento de ambicion, aplicado como los antiguos romanos á los trabajos de la agricultura, moderado en sus placeres, liberal y clemente, amaba la virtud por ella misma, independientemente del atractivo de la gloria. La Italia habia gozado ya de los frutos de su bondad, porque era uno de los cuatro consulares que administraban la península. Enviado despues procónsul al Asia, se hizo amar y respetar por su mansedumbre y justicia. Adriano, declarando su adopcion en el senado, hizo el merecido elogio de la esperiencia y ta-

lentos del nuevo césar. «Espero, añadió, que á pesar de su modestia, no rehusará esta elevacion imprevista, y se someterá al peso que le impone el interes público.»

Antonino, conformándose con el deseo del emperador, que queria asegurar para muchos años la tranquilidad del imperio, adoptó al hijo de Vero y á Marco Aurelio, pariente de Adriano, español de orígen. Este grande hombre, amante de la filosofía estóica, tomó la capa, que era su insignia, á la edad de doce años, y toda su vida se mostró fiel á los preceptos severos de esta secta: pero evitó su ostentacion, y fue siempre virtuoso sin orgullo, suave sin timidez y grave sin sequedad. A los ojos de un varon semejante el trono pareció un peligro: recibió con pesar la noticia de su elevacion, é hizo un verdadero sacrificio de sus inclinaciones al amor de la patria. La enfermedad de Adriano empeoraba, y ya no podia sufrir los dolores. No bastando los remedios, solo esperaba descanso en la muerte, la pedia á gritos, y aun trató de dársela muchas veces; pero la vigilante piedad de Antonino le quitaba los medios de hacerlo, y le defendia, á su pesar, de la desesperacion. Sin

embargo un dia, á fuerza de oro, persuadió á un esclavo á que le atravesase el pecho, y ya se creia libre del tormento de vivir; pero en el momento de la ejecucion, el bárbaro, asustado del crímen, renunció á él y á la recompensa, y huyó. Antonino, valiéndose de la credulidad del emperador para impedir que atentase contra su vida, hizo que se le presentasen varias personas y le refiriesen oráculos y sueños de su prócsima curacion. El los creyó y sufrió con mas paciencia. Pero su alma, debilitada por el dolor, no podia ya reprimir la violencia de su carácter, y abandonándose á sus sospechas, á su odio y á su ira, mandó matar á muchos senadores. Antonino fingió obedecer, y los salvó.

Cediendo en fin al peso de sus males, abandonó á su sucesor las riendas del gobierno, y se retiró á Bayas, se negó á tomar remedios, abandonó todo régimen, aceleró su muerte, y falleció diciendo: «La multitud de los médicos ha matado al emperador.» Vivió 62 años, y reinó 21. Mereció todo el bien y todo el mal que se ha dicho de él por la continua oposicion entre su recto juicio y su perverso corazon; y asi, era alternativamente suave y cruel, orgulloso y modes-

to, clemente y vengativo, filósofo y crapuloso, afable y vano, avaro y pródigo, protector de las letras y envidioso de los literatos, y en fin, supersticioso é impío, como se puede ver por los versos que compuso á su alma en el momento de apartarse del cuerpo, cuyo sentido era:

¿Dó vuelas, dulce alma,
errante y fugitiva?
Si pálida y helada
vas por incierta via,
y al huésped compañero
dejas yerto y sin vida,
¡ay! por siempre acabaron
los juegos y las risas.

Adriano dió al imperio una larga paz, hizo felices los pueblos con su hábil y justa administracion, inspiró terror solo á los grandes, y fue recto para todos, escepto para sus amigos. Los primeros años de su reinado merecieron que se le comparase á Augusto: los últimos á Neron. Pero el mundo le debe una gratitud eterna, porque adoptando á Antonino y á Marco Aurelio, cumplió el deseo que para la felicidad de los hombres habia formado un antiguo sabio de Grecia, colocando la filosofía en el trono.

Antonino, emperador. (138.) Antonino celebró con pompa los funerales de

su padre adoptivo. Se quemó su cadáver en Putéolos, en la casa que fue de Ciceron, y se trasladaron sus cenizas á Roma. Los soldados y el pueblo sintieron mucho la pérdida de Adriano, que siempre se habia manifestado gran capitan, administrador prudente y monarca popular. Por el contrario, los senadores, sobre quienes habia gravitado la tiranía en los últimos años, detestaban su nombre, y querian infamar su memoria. Estaban ya para anular todos sus edictos, cuando Antonino los desarmó con sus ruegos y lágrimas. «Si anulais, les dijo, todas las actas de mi padre, anularéis tambien la de mi adopcion y mis derechos al imperio.» El senado, á pesar del amor que tenian al nuevo emperador, persistia en su intento, y rehusaba dar los honores divinos á un príncipe que acababa de proscribir tantos personages ilustres. Antonino presenta inesperadamente en la curia los senadores de cuya muerte se lamentaban, y que él habia libertado del suplicio, y lejos de atribuirse el mérito de esta accion generosa, afirma que no lo ha hecho sino por órdenes secretas de Adriano. Los senadores se rindieron á su virtud; y su reconocimiento á su padre y bienhechor le gran-

geó el título de *Pio*. Roma habia perdido hasta tal punto los hábitos republicanos, que le era imposible recobrar la libertad y gozar de ella aun cuando príncipes virtuosos se la concediesen. Como todos los pueblos corrompidos, tenia necesidad de la servidumbre, semejante á los decrépitos que necesitan de una guia, ó por mejor decir, de un amo.

Antonino ejercitó como sus predecesores, una autoridad absoluta bajo formas republicanas; pero su justicia, sabiduría y clemencia templaron siempre su poder. Su alma, superior á las pasiones y á las debilidades, conservaba siempre aquella serenidad que busca el verdadero filósofo: magestuoso sin altanería y popular sin bajeza, inspiraba á un mismo tiempo respeto y amor. Aunque habia hecho la guerra con felicidad en el reinado anterior, la historia no ha citado sus hazañas; pero nos ha transmitido muchos rasgos de su bondad. Cuando fue procónsul del Asia, en lugar de imitar el orgullo y fausto de sus colegas, logró con su moderacion y sencillez hacer amable la dominacion romana que los otros hacian aborrecible, y como dice Plutarco, «todas las lenguas lo alababan y todos los corazones lo querian.»

En Esmirna se habia alojado en una casa soberbia, cuyo dueño estaba ausente de la ciudad. Este hombre, llamado Polemon, sofista vano y grosero, se quejó agriamente de que se hubiese apoderado de su domicilio: Antonino se lo devolvió al instante. Cuando este príncipe subió al trono, Polemon fue á Roma, y tuvo la osadia de darle la enhorabuena. El emperador le recibió con bondad, y dijo: «Quiero que se dé aposento en mi palacio á este filósofo, y sobre todo, que nadie lo eche de su alojamiento.» Antonino pudo ser siempre liberal, porque fue económico. Cuando sus tesoreros le presentaban planes para aumentar sus rentas, les decia: «trabajad planes para alimentar el pueblo y no el fisco: mejorad el estado de la república y no el del tesoro: buscad medios, no para aumentar las entradas, sino para disminuir los gastos. La economía es el recurso mas sólido y suave para el acrecentamiento de la hacienda.» El buen príncipe decia: «antes de ser emperador nada debia; despues que lo soy, nada he tomado.» Decianle, que su aficion á la agricultura, y la ocupacion en que se empleaba de cultivar las vides, no eran decentes á su dignidad, y respondió: «los príncipes

que no saben hacerse iguales algunas veces á los demas, acaban por ser inferiores á todos.» El entendimiento de este monarca era esacto y delicado: su elocuencia fácil y agradable: su corazon esento de vicios, é hizo gozar al imperio una felicidad completa. Ocupado incesantemente en restituir á las leyes su vigor y á la religion su reverencia, mereció ser comparado á Numa, y su ejemplo tuvo tan grande influencia en las costumbres públicas, que se le llamaba el *padre de las virtudes*. Su vigilancia en reprimir los abusos mantenia el órden en el imperio: su firmeza contenia á los estrangeros, y así no hubo grandes sucesos en su reinado, y el silencio de la historia es una parte de su elogio, porque los historiadores, semejantes á los autores dramáticos, enmudecen cuando todos los personages de la escena son felices, y la vida de Antonino ofrece mas virtudes para el elogio que acciones para la narracion.

Sin embargo, cuando tomó las riendas del gobierno, Britannia, Dacia y Germania se rebelaron á un mismo tiempo, como para hacer prueba de su carácter. Urbico redujo á los britannos, y añadió nuevas fortificaciones á la muralla de

Adriano, y el senado le concedió el sobrenombre de Británnico. Los dacios fueron castigados, y los germanos se sometieron sin pelear. Despues de estos primeros actos de vigor, Antonino no tuvo necesidad de emplear la fuerza. Su carácter prudente y conciliador hizo tan suave la dominacion romana, que como dice Aurelio Victor, los pueblos tributarios le miraban mas bien como padre, que como señor, y todos decian, que «Antonino era un don concedido por el cielo á la tierra.» Las naciones mas lejanas é independientes le elegian por árbitro de sus diferencias. La Bactriana y la Hircania le enviaron embajadores. Estangoro, rey de India, Farasmanes, rey de Iberia, y Abgaro, principe árabe, vinieron á Roma á rendir homenages á este monarca virtuoso. El rey de los partos entró en Armenia al frente de un ejército, y una carta de Antonino bastó para que evacuase el pais. Faustina, su muger, poco digna de él, lo afligió por su orgullo y mala conducta: el marido mostró la misma paciencia que Sócrates, y quiso mejor sufrir sus caprichos que hacer público el escándalo con el divorcio. Tres años toleró sus desórdenes. Cuando Faustina murió, el senado no tuvo vergüenza

de decretarle estátuas, juegos, templos y sacerdotes: Antonino lo permitió, aunque es mas absurdo colocar el vicio en el cielo, que suponer los titanes atreviéndose al Olimpo, como hicieron los antiguos poetas.

Los romanos, dando al vicio un culto religioso á pesar de las luces del siglo, se mostraban al mismo tiempo injustos y crueles con la religion de la virtud, y tenian á los cristianos por hombres turbulentos y peligrosos, cuyos principios propendian á la ruina del estado. Mientras todo el imperio bendecia la clemencia y equidad del emperador, los adoradores de Jesus eran perseguidos con los pretestos mas frívolos, aherrojados, atormentados y entregados á las fieras. Justino, célebre por su elocuencia, y despues por su martirio glorioso, disipó estas inicuas preocupaciones, publicando una elocuente apología de la doctrina y costumbres de los cristianos, y dirigiéndola al emperador, á sus hijos adoptivos, al senado y al pueblo romano. Quejóse en ella enérgicamente de la violacion tiránica de las leyes que infligia á tantos ciudadanos castigos espantosos, sin poderlos convencer de ningun crímen. Antonino, merecedor de escuchar

la verdad, dió un decreto favorable á los cristianos. En él decia: «la persecucion no hace mas que aumentar su número. Prohibimos que sean inquietados. Si alguno los acusa solo por ser cristianos, los jueces deberán absolverlos y castigar al acusador.» Mientras vivió este príncipe, gozó la Iglesia de la mas profunda tranquilidad. Como las intenciones del emperador eran siempre buenas, nunca tuvo necesidad de ocultarlas, y siempre publicaba los motivos de sus edictos. A pesar de su gran discernimiento, desconfiaba de sus propias luces, y en las cuestiones difíciles consultaba á los mas sábios jurisconsultos, como Marcelo, Jabolino y otros sábios ilustres, que eran libros vivientes, de los cuales gustaba estar acompañado. Tan constante como severo en sus nombramientos, jamas dejó esperanza ni pábulo á la intriga, que se complace en las mudanzas. Los cortesanos no podian tomar otra máscara sino la de la franqueza para agradar á un monarca tan sincero. Era enemigo del artificio y de la falsedad; y asi, cuando se le propuso sustituir dientes postizos á los que le faltaban, respondió sonriéndose: «nada falso entrará en mi boca, ni saldrá de ella.» Su sistema pacífico debia hallar

muchos detractores en un pueblo guerrero; pero cuando se celebraban en su presencia, como echándolas menos, las hazañas de César y Trajano, repetia el dicho de Escipion: «mas glorioso es salvar un ciudadano, que matar mil enemigos.» Las tempestades políticas no afligieron á Roma; pero sufrió los estragos de la naturaleza. El órden que Antonino guardaba en sus gastos, le dió recursos para reparar los daños que hizo en la capital una avenida del Tiber, y el hambre, los incendios y los terremotos en Narbona, Cartago y Antioquía.

Juegos seculares. (148.) Despues de haber remediado las necesidades de la república, no omitió diligencia para aumentar su esplendor. Los puentes de Terracina y Cayeta, y los acueductos de Ancio, fueron ilustres monumentos de su magnificencia. El año 900 de Roma celebró los juegos seculares con gran pompa, y satisfizo la pasion del pueblo á los espectáculos con grandes luchas de gladiadores y de fieras. Los príncipes que reinan segun la justicia, no temen las luces; y asi, Antonino protegió las letras, y animó los ingenios. La época de Adriano produjo solamente al sabio Plutarco, á Arriano, á Suetonio y á Floro: Fle-

gonte, liberto de este principe, habia escrito muchos libros, en uno de los cuales hay un pasage muy digno de observacion, acerca del eclipse que sobrevino el dia de la muerte del Redentor, el cuarto año de la olimpiada 202. El reinado de Antonino fue mas fecundo en sábios: brillaron en él Apiano Alejandrino, historiador elocuente de las guerras civiles de Roma: Galeno de Pérgano, digno rival de Hipócrates: Máximo de Tiro, platónico: Eliano, naturalista: el compendiador Justino: Diógenes Laercio, autor de las vidas de muchos filósofos; y el elegante Herodes Atico, del cual desgraciadamente no se ha conservado ninguna obra. Apolonio el estóico vivia tambien en este tiempo: el emperador le pidió que viniese á Roma para dar lecciones de filosofía á Marco Aurelio; y este orgulloso filósofo, habiendo llegado á la capital, se negó á ir á palacio, diciendo que el discípulo debia venir á casa de su maestro. Antonino dijo: «no sabia yo que habia mas distancia de su casa á la mia, que desde Cálcis á Roma:» no obstante, le envió á Marco Aurelio. La modestia adornada de la púrpura imperial visitó á la vanidad encubierta bajo la capa de la filosofía. Todas las re-

formas que hizo este príncipe en la legislacion, parecian dictadas por la justicia y la humanidad. Prohibió añadir tormentos á los suplicios. «La muerte, dijo, espia el crímen, y sirve de ejemplo: los tormentos inspiran lástima para con los delincuentes.» No permitió á los maridos infieles acusar á sus esposas de adulterio. Mitigó todas las leyes fiscales. Contra este escelente príncipe se tramó una conspiracion: el senado desterró á los conspiradores, y Antonino prohibió que se pasase adelante en el proceso. «No indagueis, dijo, los cómplices: me seria muy doloroso saber que hay muchos ciudadanos que no me quieren.» El senado, despues de una larga resistencia, le obligó á aceptar el título de *padre de la patria*; y el príncipe que mas lo mereció, fue el que lo rehusó por mas tiempo.

El año 161 de Jesucristo, Antonino, atacado repentinamente despues de comer, de una calentura violenta, previó su muerte, confirmó la adopcion de Marco Aurelio, hizo trasladar al aposento de este príncipe la imagen de oro de la fortuna, que se guardaba siempre en el gabinete del emperador, dió al tribuno por última palabra de órden *la igualdad*

de ánimo; y tranquilo al fin de una carrera llena de virtudes y esenta de vicios, pareció dormir mas bien que espirar. Murió á los 75 años de su vida, y 23 de su reinado. El dolor universal y lágrimas sinceras honraron su memoria. El mayor elogio que puede hacerse de este escelente emperador, está en las palabras siguientes que pronunció en el senado su ilustre heredero: «Recuerdo sin cesar las virtudes de mi padre adoptivo, á quien debo y quiero tomar por modelo; Nadie le igualó en la suavidad de carácter, en la prudencia antes de obrar, y en la firmeza de las resoluciones. Enemigo de la vanagloria, indiferente á los honores y distinciones que lisonjean el orgullo, solo el deseo de cumplir sus deberes era el móvil de sus acciones. De aqui procedian su amor al trabajo, su constancia en el estudio, su propension á oir todo consejo útil, su inflecsible justicia, su sagacidad en distinguir las circunstancias que reclaman indulgencia de las que ecsigen rigor. Llenaba las obligaciones de amigo como las de príncipe: nunca sintieron los que él amaba el peso de su autoridad: su amistad complaciente no era ecsigidora: gustaba del afecto, no de las demostraciones. Los amigos que tu-

vo siendo particular, no le hallaron mudado por su elevacion: era fiel y constante en la amistad, pero no impetuoso. Nunca fue apasionado, pero tampoco caprichudo ni inconstante. Moderado en sus deseos, le bastaba muy poco: vivió siempre contento con su suerte, y nunca se alteró la tranquilidad de su ánimo: ninguna turbacion ni desórden secreto le impedia prever con sagacidad lo futuro. No se decidia por una primera ojeada, por un movimiento casual: todo lo ecsaminaba muy por menor, sin conmoverse ni agitarse, sin dar á las cosas mas importancia de la que merecen. Estableció el órden mas severo en la hacienda, y sufria sin irritarse las burlas de los que tachaban de avaricia su economía. Demasiado grande para ser vano, la lisonja careció de valimiento en su corte: suprimió todas las aclamaciones vulgares que se prodigan, asi á los tiranos como á los buenos príncipes, y que parecen licencia mas que veneracion. Honraba á los dioses sin supersticion, y ganaba el afecto de los hombres sin hacerse popular á costa de su dignidad. Su prudencia constante le apartaba de todo esceso y le mantenia siempre en el justo medio, sin que le separase de él el atractivo de las innovaciones

Su afabilidad no tenia nada de afectacion, porque procedia de su alma. Sencillo y sin fausto, probaba con su ejemplo que un príncipe para ser respetado no tiene necesidad ni de púrpura en sus vestidos, ni de ornamentos en su trono, ni de guardias que lo rodeen; y que aprosimándose en su manera de vivir á los ciudadanos, adquiere á sus ojos una grandeza mas verdadera. Era instruido; pero con la prudente medida que conviene á un príncipe. No fue erudito, ni retórico, ni sofista, sino sabio. Su razon perfeccionada por la lectura y el estudio le hacia capaz de gobernar á los hombres y á sí mismo. Como no se jactaba de sobresalir en las ciencias, en la literatura y en las artes, no se mostró envidioso de los que hacian de ellas un estudio esclusivo. Su munificencia los alentaba: honraba á los verdaderos filósofos, y despreciaba á los que envilecian este nombre, encubriendo con él sus errores ó sus vicios. Cuidaba de su salud, pero no con delicadeza: la sobriedad le fue mas útil que los médicos, y la templanza le conservó las fuerzas. La solidez de su juicio hacia arreglada su conducta y esactos sus pensamientos. Sus ocupaciones y recreo fueron siempre los mismos; y todos los dias

de su vida se parecieron unos á otros. Su administracion era franca y sin misterio. En el colmo de la grandeza no se abandonó á las delicias de la vida: sabia gozar de los placeres con moderacion y sufrir las privaciones con paciencia. Sus liberalidades arregladas por la justicia no tenian por objeto captar el favor de la muchedumbre, sino cumplir una deuda ecsigida por la necesidad ó por la costumbre. Dió juegos y espectáculos no por fausto, sino para conformarse al uso. Las obras que construyó, fueron monumentos, no de orgullo, sino de utilidad. No se inventaron en su palacio nuevos manjares, modas ni deleites: lo mas sencillo le agradaba mas. Esento de dureza, temeridad y codicia: bueno, prudente y moderado en todo, mereció que se dijese de él lo que de Sócrates: que era el único mortal capaz de abstenerse y gozar de los bienes, cuando el vulgo de los hombres ni sabe usar de ellos, ni sufrir su privacion.» Despues de este elogio de la sabiduría, hecho por la verdad, el senado concedió á Antonino *el piadoso* los honores divinos; y si la apoteosis fuese disculpable, la suya era mas de perdonar, que la de cuantos dioses adoró Roma gentil en sus altares.

ÍNDICE

DE LOS

CAPITULOS COMPRENDIDOS EN ESTE TOMO.

HISTORIA ROMANA.

Capitulo ix.

Capitulo x.

CAPITULO XI.

CAPITULO XII.

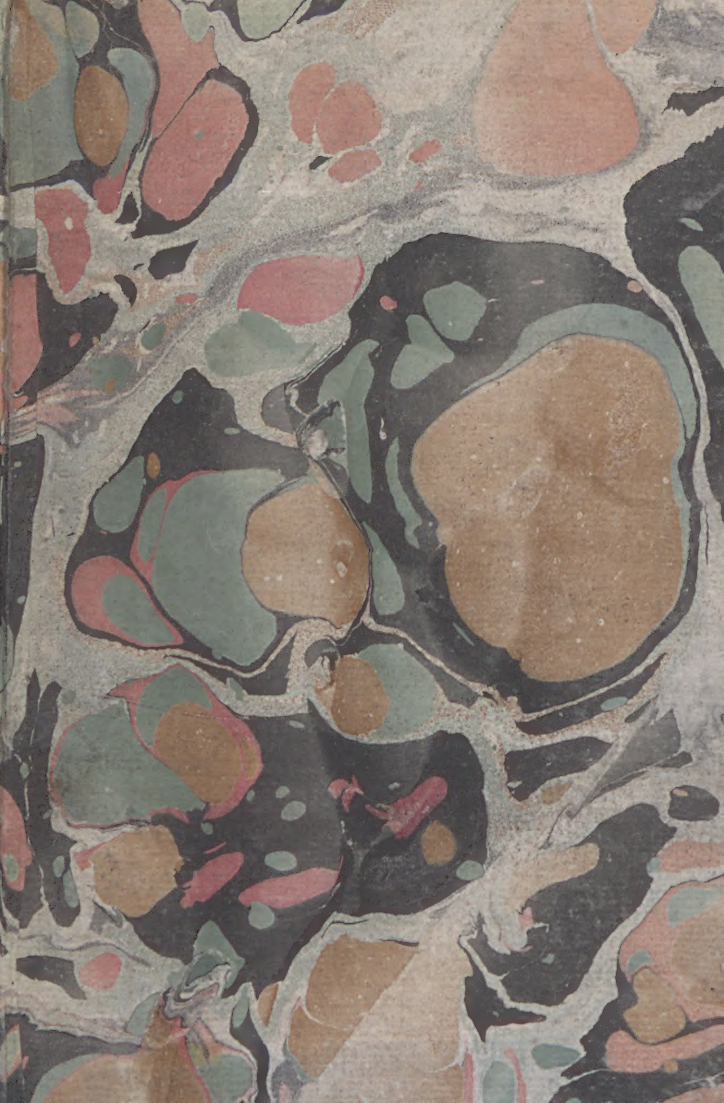
CAPITULO XIII.

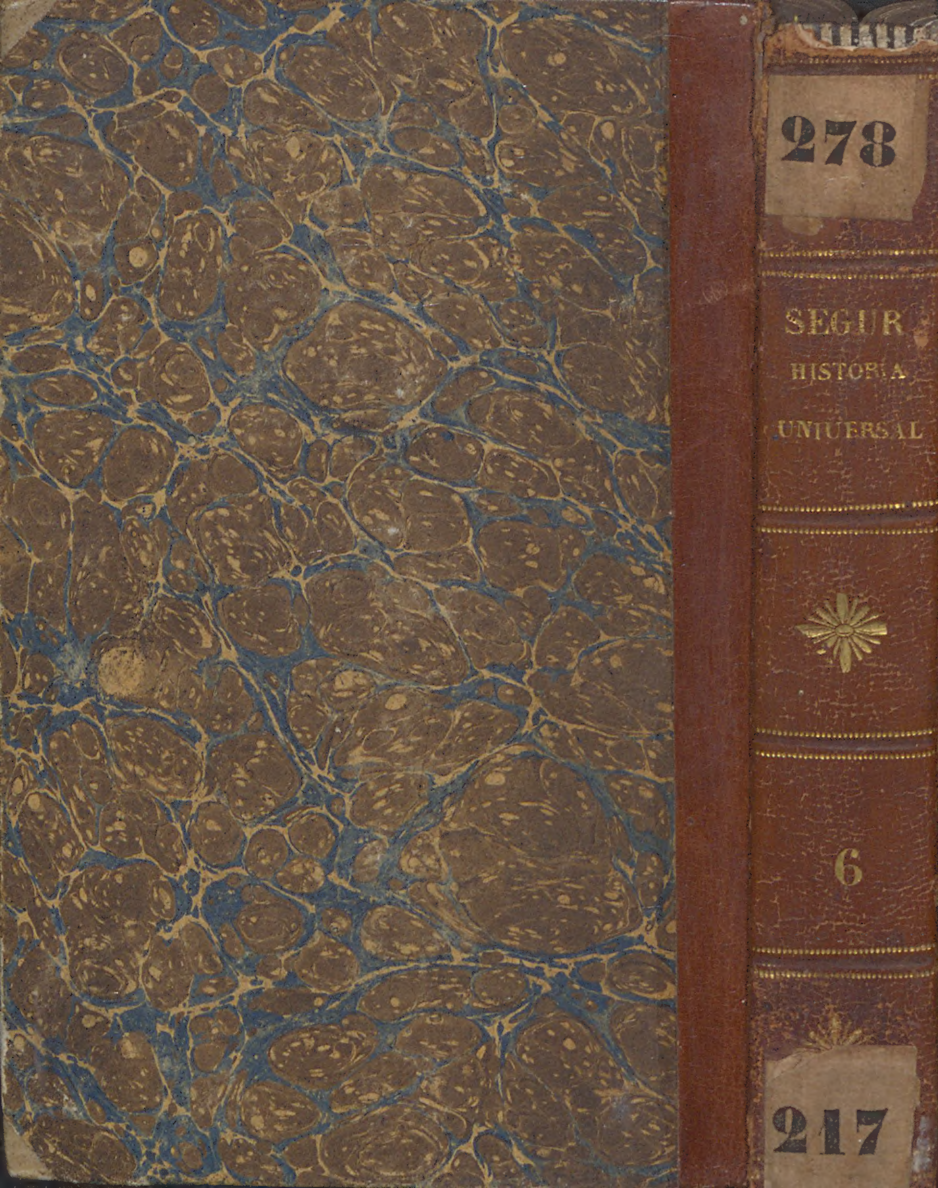
CAPITULO XIV.

CAPITULO XV.

FIN DEL TOMO VI.






278
SEGUR
HISTORIA
UNIVERSAL
6
217

colorchecker CLASSIC

calibrite

mm